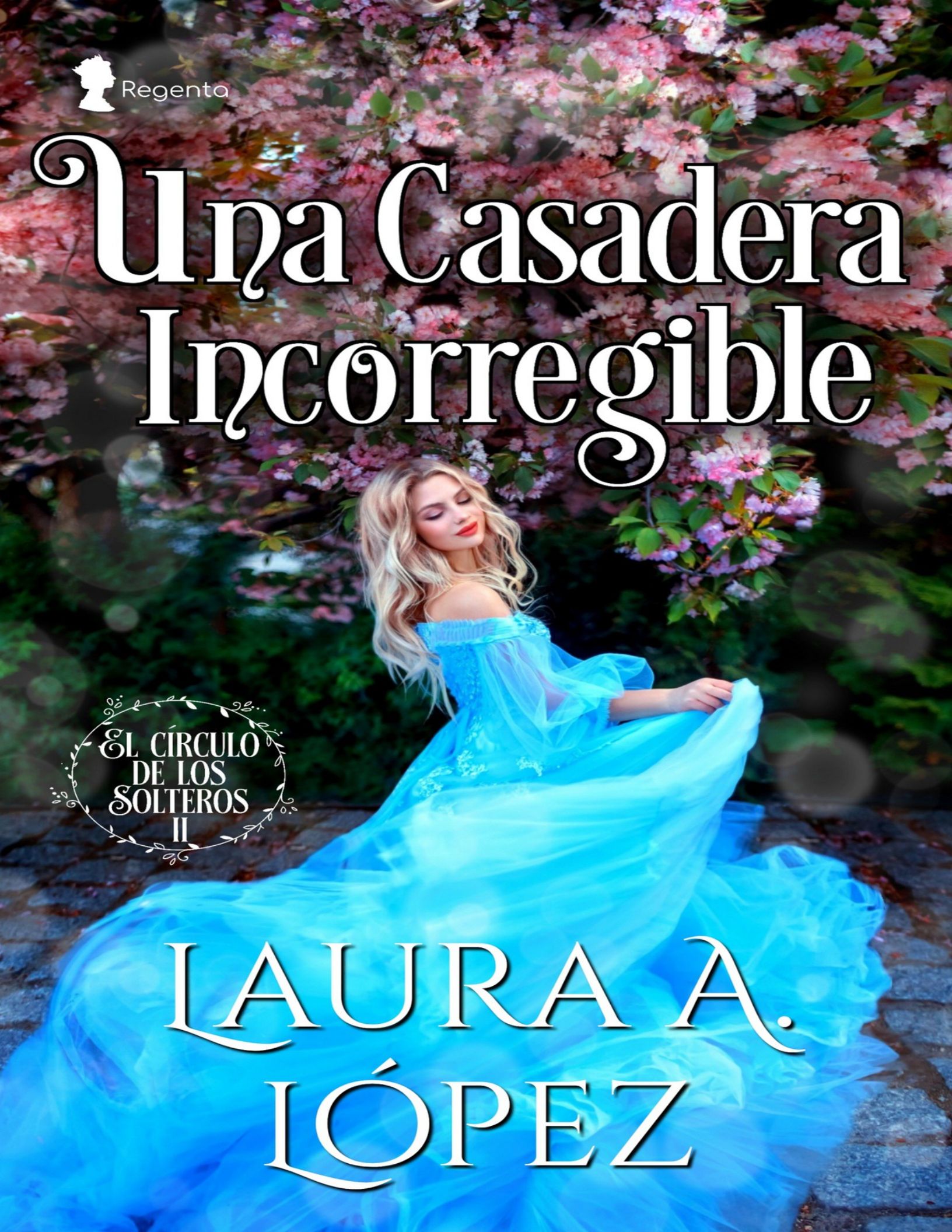
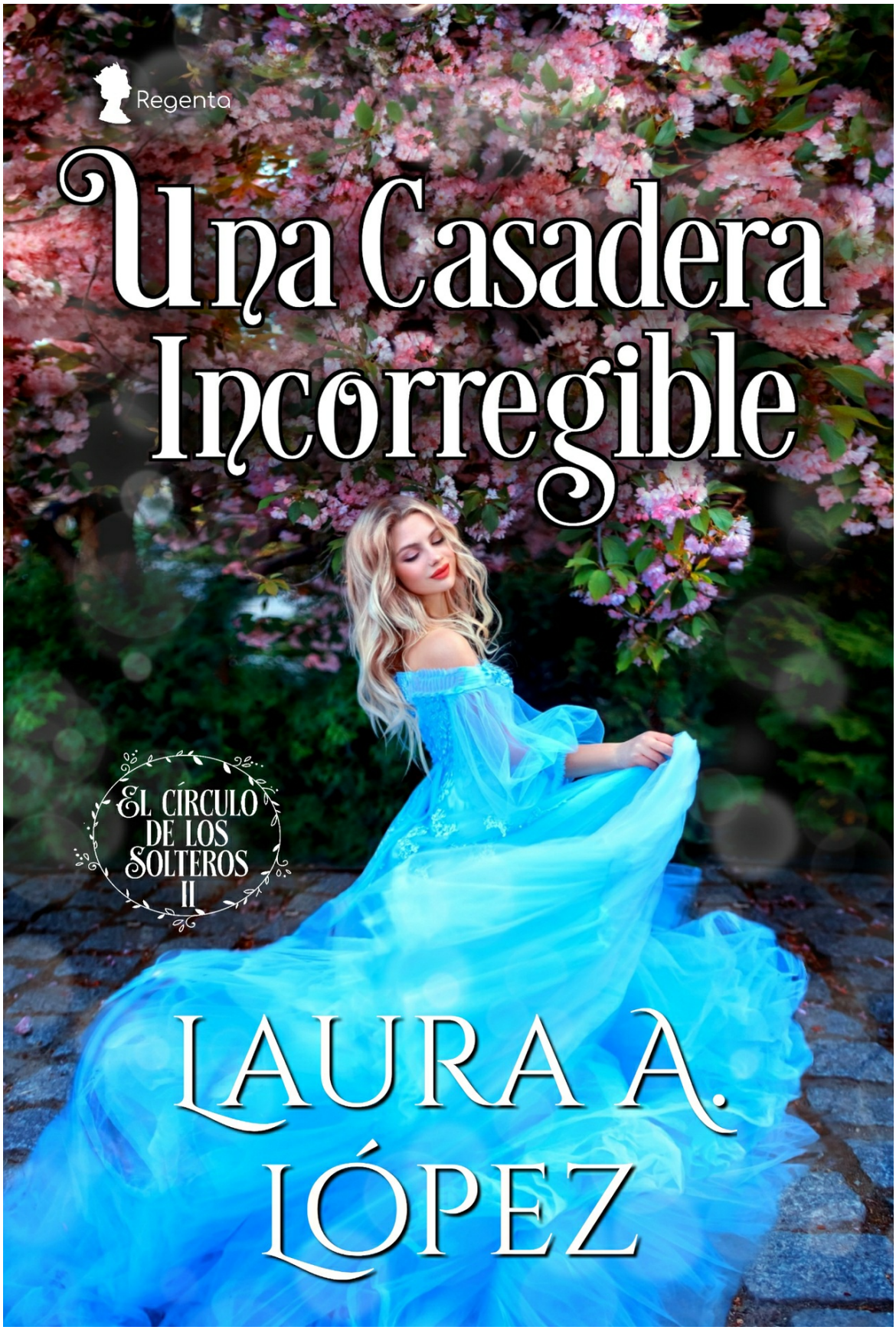
Regenta

Una Casadera Incorregible



El Círculo de los Solteros II

LAURA A. LÓPEZ


Regenta
Una Casadera Incorregible
El Círculo de los Solteros II
Laura A. López

Contenido

Contenido
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
Conoce la próxima novela de la Serie El círculo de los solteros
Si te gustó Una elección peligrosa, podría gustarte…

Biografía

Una casadera incorregible

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SAFE CREATIVE: **2405168014742**

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

Regla N°2

«Para un aristócrata soltero algo seguro al igual que la muerte es el matrimonio».

descargaepub.com

Capítulo 1

En pleno inicio de la temporada, Wilburg Westwood, duque de Westwood, abandonó la abarrotada Londres con la intención de regresar en el verano. Este año estaba dispuesto a perderse las reuniones del círculo de los solteros. Sabía que este sería su último año soltero y no quería desperdiciarlo en bebidas y personas que apostarían su nombre en el libro de apuestas de White's como el primero en caer en las garras del matrimonio.

Con treinta y tres años era uno de los mayores del grupo de solteros y por su título era muy respetado, aparte de gozar de pésimas referencias en cuanto al trato cuando algo no le gustaba. No tenía razones para callar si algo le desagradaba y para no pasar un mal rato, la mayoría de la gente que lo rodeaban se ahorraban opiniones que pudieran desatar su cólera.

—¡Mi querido sobrino! —exclamó lord Ernest Westwood, tío de Wilburg, a quien había ido a visitar en esas tierras.

—No sabes lo feliz que nos hace recibirte —dijo su tía que lo abrazó.

Wilburg se sentía incómodo con las muestras de afecto, pero a ellos no podía alargarles la cara, puesto que eran muy amables y no habían concebido hijos en más de treinta años de matrimonio, por eso siempre lo habían tratado como a un hijo. Las únicas personas a las que no podía tratar mal eran a ellos.

—A mí también me alegra verlos, estimados tíos —replicó.

—Cuánta formalidad, querido. Tu habitación está lista y también le he pedido a la cocinera que prepare tus platillos favoritos. Durante el tiempo que te quedes con nosotros serás el consentido de la casa. —Su tía le pellizcó la mejilla como si fuera un niño pequeño.

Él era un duque siendo desprestigiado por el afecto familiar. Ese pellizco era una gran humillación que solo estaba presenciando su ayuda de cámara que sabía cómo eran ellos, por lo que no hacía falta dar explicaciones.

—Hay tantas perdices que te divertirás matándolas. He visto patillos salvajes y otra variedad de aves. Los perros están listos para atraparlos y debes ver los caballos que he comprado recientemente. He traído uno que es ideal para ti, un presente —indicó su tío.

—No se hubieran molestado. Mi intención es acompañarlos y no mermar sus recursos —musitó con una sonrisa conciliadora.

—Tonterías, Wilburg. Nos ahogamos en una bañera con monedas de oro, deja que gastemos nuestra fortuna en ti, de todas maneras, será tuya, ya que sabes que no tenemos ningún hijo —dijo la mujer con un poco tristeza en sus palabras, estaba resignada a lo que la vida le había dado.

—Margarite —pronunció su esposa en tono de reproche.

—Wilburg siempre prefiere que le hablemos con la verdad. Es un encanto este niño mío.

—Tengo más de treinta años, tía...

—Para mí siempre serás ese pedacito de cielo que me prestaron tus padres cada cierto tiempo. He sido muy afortunada contigo.

¿Pedacito de cielo? Eso ya era tocar la vergüenza nacional. La frase era nueva no solo para el ayudante de cámara de Wilburg, sino también para él. El cariño de su tía sobrepasaba los límites de la humillación.

—Le agradezco tales palabras, pero preferiría que me dijera que me aprecia mucho. Es menos humillante que el mote de pedacito de cielo. Le recuerdo que soy un duque.

—El menos adorable de todos, lo sé, Wilburg. Lo que quiero es golpearte en los bajos y bajar tu orgullo de las estrellas —aseguró su tía. Ya que su sobrino quería la verdad siempre, ella se la diría.

—Me complace saber que piensa en eso, tía, comenzaba a preocuparme por usted.

—Es una arpía, Wilburg, ni siquiera le hagas caso.

—Lo soy, y tengo mucho que ofrecer como tal. Wilburg, en un par de días tenemos una cena en casa de unas amistades aquí. El barón Zouche y su esposa hacen veladas muy divertidas. Te agradará conocer a nuestros vecinos.

—No quiero asistir, saben que no me agradan los eventos sociales.

—Tenemos aquí a otro que no le gusta mucho asistir. Lord Montgomery es un caballero reservado, pero siempre asiste animado por su esposa. Nadie te obligará a ir si no lo deseas, pero te sugiero que sí lo hagas. Tienen juegos y bailes que ofrecer.

—No me apetece, pero lo consideraré por respeto a ustedes.

—Eso es un avance viniendo de ti. Vamos, te acomodaré en tu habitación. Bernard, te diré qué prendas quiero que se ponga mi sobrino. Sabes que en esta casa la del buen gusto soy yo —habló Margarite, cogiendo a Wilburg del brazo.

Él se sentía como una muñeca de trapo a la que asfixiaban con exceso de amor y atenciones hasta el punto de agobiarle. Sus tíos no conocían de límites y creía que con los años empeoraban y no era porque lo quisieran demasiado, sino porque estaban interesados en algo: que él tuviera un heredero y que pudiera prestarles eso. Wilburg no era ningún tonto, lo turbio estaba detrás del objetivo de aquellos dos. Sabían que se encontraba en una edad avanzada para casarse y todavía no lo había hecho. Todo estaba orquestado en sus mentes y no le molestaba que hicieran esos planes, ya que no lo hacían con malas intenciones.

—Como pasarás más tiempo que de costumbre con nosotros, hemos comprado una cama más grande. Ah, pero existen condiciones... No debes meter mujeres indeseables a esta casa y tampoco puedes acosar a la servidumbre, eso no está permitido aquí—aclaró su tía.

—No soy capaz de algo semejante ni siquiera bajo mi techo, tía, mucho menos bajo techo ajeno. Dios me libre de sus ideas libertinas sobre mí.

—No le hagas caso, sobrino. Ella tiene ciertos celos hacia algunas damas.

—Cierra la boca, Ernest, pues si pienso así es por tu causa, puesto que eres un seductor...

—Y vamos de nuevo con eso... —se quejó el hombre—. Solo fui amable con una dama.

—Una dama joven, en edad de aún darte hijos, ya que soy una planta seca —reprochó.

—¿Mi tío ha buscado algún hijo fuera del matrimonio? —cuestionó Wilburg, consternado.

—Una vez, pero porque yo se lo pedí, pero no dio resultado. No hemos conseguido ningún bebé —comentó la mujer, entristecida.

No sabía nada acerca de eso. Si bien sospechaba que siempre habían intentado tener un hijo, no se le había ocurrido la infidelidad consentida como la manera más rápida de hacerlo.

—Pero solo fue una vez por temor a que Ernest se enamorara de la mujer y este matrimonio se terminara. Fue hace demasiados años, ni siquiera tiene sentido recordarlo, aunque siempre recuerdo esto cada vez que pienso en algo que tenga que ver con otras mujeres.

—Fue tu propia idea, Margarite. Ahora no me regañes.

—Pero fuiste encantado a la cama con otra...

—Ni siquiera pude hacerlo, ya te lo dije.

—¡Miéntele a tu sobrino, no a mí!

—No peleen. Siento que estoy viviendo con mis padres otra vez. Guarden silencio. No quiero guerras. Si van a pelear, me iré y el asunto se soluciona —farfulló.

Margarite cruzó los brazos bajo el pecho e intentó gobernar sus pensamientos indomables cuando recordaba lo que había pasado. Ella era muy celosa de las damas.

Ernest suspiró y siguieron con el recibimiento a su sobrino.

Al tranquilizar a sus parientes, pudo sentirse más cómodo. Prefería que ellos se pelearan a puerta cerrada, pero sin riesgo de separación, si eso pasaba, tal vez Wilburg sufriera dolor parecido a la muerte de sus padres. Pese a que sus progenitores no se amaron nunca ni por diez segundos, él los amó; sin embargo, donde conoció una familia unida fue en casa de sus tíos. Su madre solía dejarlo a su suerte ahí, mientras ella iba al té o a fiestas a divertirse y su padre había hecho algo parecido. No entendía por qué dos personas que no tenían nada en común se habían casado. Suponía que fue a causa de su abuelo que le sugirió que escogiera a una mujer rica de la alta sociedad. Sabía que su tío no había tenido la misma exigencia y por eso era más feliz. Se le había dado lo correspondiente a su herencia y él pudo levantar un gran imperio de bebidas y caballos. La vida de su tío Ernest le parecía emocionante, en cambio, la de su padre no lo había sido tanto. Vivía de las rentas de las tierras vinculadas al título y de eso gastaba en diversión y

mujeres más que en otras cosas. Solo lo recordaba cómo alguien exigente que no le daba los mejores consejos, quería que se comportara como un duque. Como la mayor parte del tiempo había pasado con sus padres por separado, cada uno lo envenenaba contra el otro y cuando él decía algo, los gritos y reproches eran incesantes. El único lugar de paz era esa casa en Gloucestershire.

—Mira tu nueva habitación, querido. ¿Te gusta? —preguntó Margarite que se aferró al brazo de Wilburg con cariño.

Su tía se había esmerado para que ese lugar luciera exquisito y elegante, ella gozaba de un excelente gusto por la decoración. Había renovado la pintura al igual que los muebles. La cama se veía cómoda y tentadora para su descanso después de varias horas de viaje.

—Como siempre ahí están tus papeles y el tintero para escribir las cartas a tus amistades. Si quieres decirles que vengan, los recibiremos con gusto. Hay suficiente espacio para todos aquí —dijo su tía.

—La idea es librarme de ellos. Esto es un oasis de paz. Tal vez les escriba en un par de semanas, tengo pensado disfrutar mi visita con actividades tranquilas, no quiero cenas ni bailes en donde puedan presentarme a alguna dama. Los conozco y sé lo que piensan con exactitud, lo mismo que consideran las matronas de Londres sobre mí: que ya es tiempo de contraer matrimonio.

—No es por llevarte la contraria, Wilburg, pero ya es tiempo. Te sugiero que busques a una joven que contraste contigo. Ni se te ocurra casarte con la hija de un marqués o un duque o tendrás una vida como la de tus padres, ambos creyéndose tan importantes e independientes —alegó su tío.

—Una joven un poco más humilde sería una esposa ideal para ti. Sabemos que tú ya eres algo engreído para tener que soportar a otra persona con tu mismo carácter. Nosotros jamás te obligaremos a escoger, pero te aconsejaremos para que seas feliz. Ahora descansa y te veremos en la cena. —Margarite le dio unos golpes en el brazo antes de dejarlo en el lugar.

—Descansa, Wilburg... —se despidió su tío.

Cuando los dueños de la casa se fueron, el sirviente de Wilburg cerró la puerta y suspiró.

—Sus tíos están muy emocionados por su presencia —comentó yendo hacia el baúl del duque.

—Ellos están tramando algo y yo caí directamente en lo que estaban pensando, ya que se aprovecharon de mi lástima y afecto para tomarse libertades. Odio las flores, pero no se lo diré a mi tía. —Wilburg se acostó en la cama.

—Debería invitar a sus amigos y hacer que vivan lo mismo que usted. Su tía casamentera estará extasiada con tantos caballeros a los cuales casar.

—No me des ideas para ver sus rostros desesperados, podría divertirme mucho ver la cara de John.

—El marqués de Horshire se desmayaría ante la insistencia de sus tíos.

—Sí, lo bueno es que son mis tíos.

—Pero sería peor tener a su tía y a su abuela detrás de usted.

—Siempre hay bendiciones, Bernard. Vine a Gloucestershire porque es un lugar pacífico y perfecto para despejar la mente. Me fascina la cacería de perdices y aprovecharé que aquí siempre me consienten. Pese a las humillaciones cariñosas de mi tía, aquí me siento bien, como si fuera mi casa, mucho más que en Londres.

—Es que esta será su casa, ya que sus tíos no tienen herederos y por defecto, usted es el dueño de todo lo que tienen.

—No me gusta sentir compasión por los demás, pero mi tía me conmueve. Quisiera comprar un bebé para ella y que lo herede todo.

—¿Cómo que comprar un niño?

—Hay un montón de familias pobres, alguno querrá deshacerse de uno de sus hijos por unos peniques que los ayuden a comer. Suena un poco desagradable, pero consideremos el bien que le haríamos al darle la vida que mis tíos tienen para ofrecer.

Capítulo 2

Sobre el corcel en medio de las praderas iba lady Augusta Relish azuzando a su caballo para jugar una carrera contra su institutriz, la señora Smith, antiguamente conocida como la señorita Harting, quien hizo que todas las hermanas de lord Nottingham fueran bien educadas.

—¡Jugaría a las carreras con usted, pero para eso necesito un caballo! —exclamó la institutriz al ver que la joven se perdía en el paisaje.

Augusta aprovechaba su tiempo en Gloucestershire para practicar sus habilidades como cabalgar y cazar con distintas armas. Su padre la había preparado para defenderse de cualquier cosa, hasta del hambre. Además, la había dotado con una jauría de perros que eran especiales para protegerla, pero ella no los quería sacar, puesto que esos mastines eran destructores y mataban a las gallinas de propiedades cercanas y su madre le decía que eso solo le traería problemas con sus vecinos.

Cuando ella vio que la señora Smith ni siquiera cogió un caballo, tuvo que regresar.

—Señora Smith, usted debió ser más activa de joven, con mi madre y mis tías —reprochó.

—Es evidente que los años no pasan desapercibidos, milady. Se quedará castigada por desobediente.

—Pero...

—Pero nada...

—No tengo la culpa de que usted sea lenta. Le hablaré a mi padre para que la haga cambiar de opinión.

—Espero que su excelencia me diga que ya puedo ir a mi retiro. Usted es una joven desgastante y muy caprichosa, incluso peor que lady Eugenia.

—No puede compararme con todas sus pupilas, cada una es diferente y yo también lo soy. Las épocas han cambiado y usted ha envejecido, no puede cuidar de una joven como yo.

La señora Smith suspiró y siguió a la joven que la acusaría con su padre. Ella no tenía ningún respeto por nadie, pensaba que todo se le debía servir en la vida. Era más prepotente que cualquier otra persona que hubiera conocido.

—¡Padre! —vociferó al entrar al salón. Miró hacia donde él estaba sentado con un libro. Su madre se encontraba cerca de él cogiendo un par de flores para colocarlas en un florero.

—¿Qué quieres esta vez? —cuestionó el duque de Salisbury que no dejó de mirar su libro.

—La señora Smith me ha castigado.

—Debe existir una razón para tal cosa. Ella no lo haría por gusto —justificó su madre, la

duquesa.

—Kitty tiene razón. Acata el castigo y asunto arreglado, Augusta.

—Pero, padre. Ella ha sido lenta. Es una persona de edad. Deberían dejar que salga sola por el campo.

—¿Cómo es eso de que la señora Smith es una persona de edad? ¿Qué falta de respeto es esa? —cuestionó el duque.

—Sus rodillas deben dolerle y por eso no pudo subir con presteza al caballo. Yo quiero cabalgar sola. No necesito una institutriz que me cuide. Sé hacerlo sola. Prefiero que se quede a descansar. La señora Smith está ansiosa por tener su retiro y sería bueno que alguien la escuchara y se lo concedieran.

—Estás a poco de debutar. Les pido a ambas que tengan paciencia y sobre todo que se toleren. Las dos están a punto de obtener lo que quieren. Señora Smith, castigue a Augusta sin problema. Le haría bien hacer un par de costuras —musitó la duquesa.

—¡Madre!

—Sí, su excelencia. Ha escuchado a sus padres, milady. Sigue castigada y ahora está más castigada que antes por andar diciendo mentiras y exageraciones. No me duelen las rodillas, me duele la espalda. Vamos al salón de costura.

Ella chilló y colocó los brazos bajo el pecho antes de salir de la estancia en la que se encontraban. Mientras Augusta estaba disconforme, la señora Smith tenía una sonrisa de suficiencia en los labios. Tenía el respeto de los padres de la joven y por eso la institutriz era como un dios en esa casa.

—Mire a lo que nos ha condenado, señora Smith. Estaremos aburridas durante el tiempo que a usted se le antoje —masculló Augusta, enfadada, sentándose en el sillón.

—Usted ha empezado. Cuando pierde el respeto, pierde los privilegios. Y eso que su padre es muy flexible en comparación con lord Nottingham. Si usted fuera una de sus hermanas, estaría castigada al menos un año por desacato. —La institutriz le entregó una flor dibujada sobre una tela para bordar.

—Mire la naturaleza ahí afuera y nosotras aquí, como si fuéramos presas inútiles. ¿Si le pido disculpas podré ir a cabalgar?

—Sus disculpas no serán sinceras, pero eso no me preocupa. Usted no puede salir sin que alguien la acompañe.

—¡No es justo! ¿Y si llevo a los perros?

—Usted no tiene control sobre sí misma, menos la tendrá sobre una jauría peligrosa. Su madre no tolera a esos enormes animales, le traen malos recuerdos.

—¿Malos recuerdos? Si está casada con mi padre es gracias a los perros y a mi abuela.

—De todas maneras, no irá a ningún lugar. Tomaremos el té aquí y esa flor debe estar completa para hoy, no admitiré la holgazanería.

A Augusta no le quedaba más remedio que soportar lo que ocurría. ¿Por qué no los visitaban algunas personas? Si sus tíos iban a verlos, ella podría convencer con facilidad a su tío para que salieran juntos a cabalgar y él no se negaría.

La joven no dejaba de bostezar. Dormitaba a la vez que intentaba mantenerse despierta para que su dedo no sufriera las consecuencias. Ella no quería morir desangrada por pincharse con la aguja.

—¡Ay! —exclamó al meterse la aguja en el dedo—. ¡Demonios, condenación!

—¡Por el amor de Dios, lady Augusta! ¿De dónde ha sacado esos términos?

—¿Y qué quiere que diga si he matado mi dedo? De mis labios no saldrán flores ni frases motivadoras.

—Iré a por el té, cuando regrese espero que siga avanzando. No sea ociosa o no tendrá un buen esposo.

—¿Y quién dice que quiero un esposo que quiera esclavizarme? Quiero tantas joyas como pueda tener, carruajes lujosos, caballos valiosos y que me lleve a navegar por el océano, solos él y yo. Imagino a mi futuro marido como un verdadero consentidor romántico, incapaz de llevarme la contraria.

—¿Quiere un esposo o un esclavo?

—Para mí es lo mismo.

La señora Smith negó con la cabeza y siguió con su idea de buscar el té.

Cuando la mujer se fue, Augusta fingió continuar con su labor, mas arrojó el bordado al canasto y fue para salir por la puerta. Quería escapar del aburrimiento.

—¡Sinvergüenza! —exclamó al darse cuenta de que la institutriz la conocía demasiado bien, tanto que había cerrado la puerta con llave, sin embargo, eso no detendría a Augusta en sus planes de salir de la casa y hacer su voluntad.

Se acercó a la ventana y la abrió para salir por ahí. Sonrió al lograr su cometido sin mucho esfuerzo.

—Hay otras salidas, señora Smith —declaró la joven que salió por la abertura y comenzó a caminar entre las plantas.

—Hemos recibido una carta del barón Zouche, querido —comentó Kitty.

Augusta escuchó la voz de su madre y se acercó a la ventana del salón en la que ellos estaban.

—Eso sería divertido para nosotros —replicó el duque que estiró a su esposa de la cintura y la llevó junto a él.

—¿No crees que sería propicio llevar a Augusta para que la conozcan las personas de la región?

—Aquí no hay nadie que pueda ser interesante para Augusta. ¿Piensas que un terrateniente podría cubrir las necesidades de alguien como ella? Nuestra hija es demasiado para que un bolsillo común la sostenga.

—He oído de muchos jóvenes que buscan esposa por aquí.

—Condes, cariño. Si no tienen algo más que sus tierras, quebrarán. Ella los llevará a la ruina más absoluta y eso no es bueno. Es mejor que debute en Londres. Sé que encontrará a un buen candidato. Estuve conversando con la familia del marqués de Horshire, la abuela y la madre están muy interesadas en la hija de un duque. Sé que son una familia próspera y que no solo dependen de sus tierras, sino también de otros ingresos de comercios fuera de Inglaterra.

Las orejas de Augusta parecían las de una liebre en la pradera. No podía dejar de escuchar lo que hablaban sus padres. No sabía de la fiesta que ofrecerían las amistades de sus padres y mucho menos se imaginaba que su padre estaba buscando un candidato sin su consentimiento.

—Ahora, dime el defecto de ese caballero —pidió Kitty.

—Pertenece a un grupo absurdo de solteros. Como si fuera que estando en grupo se salvaran de lo inevitable.

—Entonces estamos hablando de alguien que ni siquiera sabe de la existencia de Augusta y que probablemente no quiera saber de ella. No expondré a mi adorada hija a alguien que la humillará.

—Seamos sinceros, Augusta barrerá el suelo con cualquiera de los caballeros. Si tiene suerte se casará por la influencia de la familia.

Seguía oyendo con los brazos cruzados bajo el pecho. Su padre no tenía ni una gota de fe en lo que ella podría lograr solo porque era una niña consentida y caprichosa.

—Entonces ella puede ir sin peligro alguno. Además, nadie querrá meterse con la hija del dueño de los peores animales de la región.

—Son los perros de Augusta.

—Pero nadie dice que son de ella, dicen que son del duque, es la fama que tienes gracias a los perros que mataban a las gallinas de la propiedad de mi hermano.

—No empecemos, mataron a uno de ellos...

—Es mejor que no lo recordemos.

—Si Augusta es obediente, la llevaremos, de lo contrario, se quedará a contar estrellas

desde la ventana de su habitación.

Al oír aquello, Augusta corrió para regresar al salón de costura, ella quería ir a su primera fiesta. No podía desaprovechar esa valiosa oportunidad de ver cómo era un salón. La emoción recorría su cuerpo y por eso debía hacer lo posible por ser la niña más buena del condado.

Entró por la ventana y fue a sentarse en su lugar. Menos mal que lo había hecho todo muy rápido, pues la señora Smith regresó pronto.

La institutriz entró con la bandeja y la dejó sobre la mesita. Las dos beberían el té.

—¿No me diga que intentó huir por la ventana, milady? —cuestionó la mujer.

—No, señora Smith, sentí calor y la abrí, eso es todo.

—Mmm...

Ella no era tonta. La arena en el suelo delataba que la joven había salido y regresado. Al parecer se arrepintió y por eso no la volvería a castigar ni le diría al duque. Un arrepentimiento significaba que estaba comenzando a pensar las cosas.

Las dos tomaron el té a la vez que continuaban con sus bordados. Augusta trataba de ser una buena aprendiz, llegando a sorprender a la institutriz por el sorpresivo interés que mostraba por algo que había despotricado durante horas.

—¿Cómo cree que lo hice, señora Smith? —preguntó Augusta enseñándole el bordado terminado.

—Me sorprende que lo hiciera tan bien y en poco tiempo. Déjeme felicitarla.

—¿Eso significa que hablará bien de mí frente a mi padre?

—¿Por qué hablaría mal de usted? No hace falta que yo lo haga, usted siempre se echa tierra encima. En esta oportunidad no dude que la halagaré frente al duque.

—Se lo agradezco mucho. No dude en exagerar lo buena que soy. De hecho, ahora todavía hay un poco de sol, iré a buscar algo para regalarle a mi padre.

—Aquí cerca, no vaya lejos y mucho menos se monte en un caballo.

—Prometo portarme bien.

La joven dejó a su institutriz en el salón y fue a buscar lo que necesitaba para agradar a su padre. Su madre siempre usaba flores para lo que fuera y a él le gustaban mucho. Le encantaría darle unos patos o un faisán, pero como ya era tarde y la señora Smith estaba cada vez más vieja, no podía acompañarla. Quizá un día no muy lejano pudiera arrastrar a su progenitora a la cacería para que dejara de dedicarse a su esposo.

Después de conseguir un par de flores, Augusta entró a la casa con una sonrisa y buscó a su padre que se encontraba saliendo de su despacho sin la elegancia que lo caracterizaba, ya que al

parecer sentía calor. Su camisa de lino la tenía remangada hasta los codos y no llevaba puesto el pañuelo anudado.

—Son para usted, padre —dijo la joven.

Albert miró las flores que su hija ofrecía y achicó sus ojos de manera acusatoria.

—¿Qué has hecho, Augusta? ¿No me digas que mataste a la señora Smith?

Capítulo 3

—¡No, padre! ¿Cómo puede pensar de esa manera tan espantosa de su hija?

—Lo siento, es culpa de tus tías... —se disculpó. Estaba tan afectado en la mente como Spencer, su cuñado y hermano de su esposa.

—Solo quería darle este detalle porque sé que le gustan las flores y me he comportado como una niñata caprichosa e insoportable.

—Oh, Augusta... —Albert estaba conmovido por las palabras de su hija. La acercó a su pecho y le dio un beso en la frente—. Eres una joven muy noble. Me gusta que comiences a madurar.

—Por supuesto que sí, padre. Sé que debo ser más sencilla y humilde...

Lo único que quería Augusta era ir a ese evento que ellos habían mencionado. No tenía otro interés, y menos el de cambiar su forma de ser.

—Estoy orgulloso de ti. ¿Qué quieres por tu buen comportamiento? Me han llegado rumores sobre la mina. Hay diamantes enormes para ti. ¿Quieres que los mande traer?

—No estaría mal un juego de varias piezas —musitó, mas ella tenía demasiadas joyas que todavía no alcanzaba a ponerse y lo que a Augusta le importaba era salir de esa casa—, aunque apreciaré que quiera darme lo que sea su voluntad, padre.

El duque no dejaba de sorprenderse con la condescendencia de su hija.

—Entonces te compraré una propiedad de varios acres.

Ella estaba a punto de golpear a su padre con esas flores que le había llevado. No podía decirle directamente lo que quería porque sabría que estuvo oyendo y él no estaba entendiendo la sencillez de lo que Augusta esperaba.

—No hace falta, padre. Lo importante es hacer lo correcto.

—Es extraño que no me pidas nada. ¿No estarás enferma?

—¿Por qué todo tiene que resultarle extraño, padre? No puedo darle flores porque cree que maté a mi institutriz y tampoco puedo no pedir nada porque cree que estoy enferma.

—Es que, mi niña, comprende, no es algo normal en ti, ya que siempre actúas con prepotencia, exigiendo.

—¿Acaso no puedo cambiar y pensar si estoy haciendo bien las cosas?

—Por supuesto que sí. Esperaré a escuchar lo que tenga que decir la señora Smith para poder premiarte. Las flores son tan encantadoras como tú, Augusta. —Él cogió las flores y las

colocó en un jarrón que estaba cerca antes de continuar con su camino.

La joven gruñó y golpeó su falda. Ser zalamera no le había servido mucho, ya que su padre era lento de entendimiento o tal vez demasiado inteligente y se hacía el tonto para confundirla.

—¿Por qué está haciendo un berrinche, milady? —cuestionó la institutriz al verla golpeando su falda.

—Se me ha metido una mosca. Todos están en mi contra hoy. ¿Qué les he hecho? Ahora ya ni puedo matar una mosca.

—Parece que está a la defensiva.

—No lo estoy, solo que... Necesito que mi padre me vea con buenos ojos, señora Smith, dependo de usted y de sus buenas referencias para sobrevivir en esta casa.

—¿Está enferma? Está actuando muy raro desde la tarde. ¿Se ha dado en la cabeza con algo?

—Lo que me ocurrirá es que moriré si habla mal de mí con mis padres.

—Saque eso de su cabeza. Considero que el roce de la tarde está solucionado entre nosotras. La conozco desde que estaba en el vientre de su madre, por lo que estoy más que acostumbrada a sus desplantes. No es una niña mala, solo es caprichosa.

—Me reconforta saber los conceptos en los que me tiene, señora Smith.

—Qué bueno. Vaya a cambiarse para poder cenar más tarde y haga algo útil.

—Trataré de no respirar mucho por si le robo el aire a los caballeros intelectuales de Inglaterra...

—El sarcasmo le sale muy bien, eso es muy Fane, aunque los Relish no se quedan atrás en eso.

Le tuvo que hacer caso a su institutriz y fue a su habitación para descansar, era lo único útil que podía hacer a esas horas. Por la mañana tenía la obligatoria lectura, por lo cual eso no componía una diversión para ella. La amargura la perseguía en horas de la tarde, por eso quería salir a cabalgar o ir a la cabaña a orillas del arroyo. Ese lugar lo había construido su padre para su cuñada, Eugenia. Él tenía una gran debilidad por ella, y su tía, a la vez heredó ese lugar.

—Con permiso, milady —dijo Amber, su doncella.

—Estoy tan aburrida que ni siquiera mi hermano con toda su tontería podría hacer que me divirtiera.

—Su hermano será el duque, hoy es marqués y está en Eton para completar su educación. —La doncella comenzó a acomodar las prendas que Augusta utilizaba en sus cambios de ropa. Siempre debían estar impecables.

—¿Por qué las mujeres no podemos heredar? Yo sería mejor duquesa, marquesa, condesa, baronesa y todo lo que venga. Él es un verdadero bueno para nada.

—Es la adoración de su madre.

—Y yo de mi padre. Debería poder heredar su título y ser la gran duquesa Augusta sin depender de un esposo. Ahora me veo en la necesidad de buscar a un caballero a quien no sé si toleraré o en el mejor de los casos me tolerará. Es bien sabido que tal y como tengo buenas posibilidades, tengo el estigma de un mal carácter.

—Usted solo tendría buen carácter si sus padres no fueran sus padres. Eso lo lleva en la sangre.

—Gracias por darme ánimos, Amber.

—Siempre estoy para servirle.

—Debo practicar más mi sarcasmo para que lo entiendas.

—No, milady, debe practicar más entender el de los demás.

Augusta le dio una sonrisa a Amber. Su doncella era juguetona, aunque a veces solía tomarse algunas libertades como eran hablarle con la verdad o ser sarcástica.

—¿Mañana me acompañarás a la cabaña? —curioseó Augusta.

—¿No es mejor que la acompañe a recoger bayas? Eso sería menos sospechoso.

—Tienes razón. Amber, quiero salir de la casa, pero debo portarme bien. Hoy escuché una conversación entre mis padres.

La doncella dejó de lado lo que estaba haciendo para prestarle atención a su ama.

—¿Y qué han dicho? —indagó la criada.

—Están invitados a una velada del barón Zouche y mi madre ha sugerido que me llevarán.

—¡Eso es maravilloso, milady!

—El problema es que mi padre quiere un comportamiento impecable de mi parte.

—Oh, lo lamento mucho. Será para otra oportunidad, ¿no lo cree?

¿Qué pasaba con las personas de esa casa? Temía preguntarle a su madre qué opinaba sobre ella porque podría asustarle su respuesta. Ni siquiera la servidumbre de su casa era capaz de creer en ella. Eso solo le decía que era insoportable.

—No, por supuesto que no. Yo quiero esta oportunidad y la tendré, si me toca ser lamebotas con todas las personas del condado para ir, pues lo haré. Quiero ir a mi primer evento social, deseo dejar a todos boquiabiertos. Deben conocer a la hija del duque de Salisbury.

—¿Piensa que puede conocer a alguien digno de casarse con usted?

—Dudo mucho que alguien demasiado importante esté por estas tierras. Londres es el lugar en donde estarán los buenos candidatos, aunque dudo que cualquier caballero cabeza de alcachofa pueda ser atractivo para mí. Mi hermano me ha demostrado que los varones carecen de una inteligencia superior, solo están en donde están porque escriben las normas y para nuestro pesar es para favorecerse a sí mismos.

—A su padre no le gustará escuchar algo semejante.

—Mi padre es la excepción a toda regla. Él es todo lo que una dama puede desear. Es rico, audaz, inteligente y atractivo para su edad. ¿Has visto a alguien tan bien conservado como él?

—No, milady, tiene mucha razón. El duque es perfecto, por eso me ha contratado.

—No seas tonta, si estás aquí es por suerte, la mejor de todas. Imagina ser la doncella de otra joven...

—Ufff... Eso sería un infierno comparado con este edén en el que vivo.

—¿Eso es sarcasmo?

—Es probable. Cuénteme más...

—Te decía que necesito que mi padre me proponga ir y eso solo lo conseguiré con el visto bueno de la señora Smith.

—Es una arpía mañosa, jamás dará su aprobación, ella lo único que quiere es ver arder al mundo. Manda más que la propia duquesa.

—La señora Smith tiene la aprobación de mis padres y le otorgaron más poder del que deberían. Es la reina de las torturas, pero hoy me dijo que hablaría bien de mí frente a mi padre. Lo que ella diga es palabra mayor para ellos.

—Esperemos que no termine diciendo que es una díscola.

—No dudo que tal vez lo insinúe antes de hablar bien de mí.

La joven y su doncella siguieron conversando, mientras que la señora Smith fue a conversar con Kitty.

—¿Cómo se ha portado Augusta, señora Smith? Me preocupa que se convierta en alguien como yo en mis primeros tiempos de casadera —habló la duquesa un poco mortificada—. Albert me ha dicho que ella le dio unas flores. Solo el diablo podría saber con qué intenciones.

—El diablo o usted son los únicos capaces de saberlo. Milady es peor de lo que usted fue. Su hermano era muy riguroso, pero el duque... —La institutriz pensó si era bueno morder la mano de quien le daba de comer o decir lo que consideraba correcto—. Su esposo no tiene el carácter suficiente para enfrentar a lady Augusta, la ama ciegamente para poder encontrar defectos en su retoño.

—Lo sé, no puede echar a un lado sus sentimientos.

—Y usted...

—¿Y yo?

—Y usted tiene mucha culpa. Si tuviera mano dura como su hermano, lady Augusta no sería una diligencia atropellando a todos. Es una buena niña, no lo dudo, pero considero que sus valores están comprometidos y está un poco confundida con el hecho de cómo funciona la vida. Cree merecer todo lo que tiene y no sabe que lo que posee es solo por el lugar en donde nació, no con exactitud porque lo merezca. Ese es el problema de milady, le tocará estrellarse contra la pared cuando llegue a su vida un caballero diferente o aún peor, uno igual.

—Me temo que eso pueda ocurrir. No quiero que ella se encuentre con alguien igual, porque está destinado a fracasar, no será feliz como su padre y yo. Pese a nuestro orgullo, pudimos alcanzar la felicidad.

—Hoy se comportó de manera extraña, debe estar tramando algo que los involucra a ustedes, ya que ha rogado que hable bien de ella con su excelencia.

—¿Y hay alguna razón para no hablar bien de ella?

—Nunca le enseñé a hacer preguntas absurdas, su excelencia. Las joyas están haciéndole mucho daño. Deje de aceptar presentes de su esposo.

—Lo siento, señora Smith. Es cierto que el amor por mi hija me mantiene ciega. ¿Qué me aconseja?

—Puede llevarla un tiempo con lord Nottingham, él se encargará con un solo grito de poner orden en su vida.

—Eso sería muy cruel de mi parte, pero no está mal. Todavía creo que mi esposo puede ser diferente con Augusta si llegara a enfadarlo. No olvide cómo devolvió a Eugenia con Spencer.

—Ahora que lo recuerdo, eso me devuelve la esperanza de que su excelencia despierte y no quede dormido en los laureles del amor por su hija. Entonces, pese al desacato de milady, hablaré maravillas de ella para saber qué quiere esa jovencita.

—Si es como yo, nada bueno debe ser.

—Absolutamente, su excelencia.

Después de esa conversación, la señora Smith buscó al duque y se presentó frente a él. Sabía que tenía la plena confianza de su antigua pupila y del esposo de esta. No había quejas sobre la educación recibida, por lo que podían confiar en todo lo que decía.

—Disculpe, su excelencia, lo molestaré un minuto para hablarle sobre lady Augusta —interrumpió la institutriz al duque que estaba bebiendo una copa de brandy.

—Por favor, que sean buenas noticias. Hoy ha venido con flores para mí y no me gustaría

castigarla, siendo ella tan amable, aunque confieso que en un primer momento creí que Augusta la había matado de un disgusto.

—Oh, no, su excelencia. Con mis años de experiencia y la edad, le aseguro que un disgusto no me llevará a la tumba, si lady Eugenia no lo hizo, nadie puede hacerlo. Quería decirle que milady se ha comportado muy bien esta tarde y ha terminado su bordado con éxito y a la perfección. Cuando ella decide que hará algo bien, lo logra.

—Eso me alegra mucho, señora Smith, entonces sí podremos llevarla a un primer baile aquí, para que se ambiente en lo que puede ser Londres.

Capítulo 4

Wilburg llevaba un par de días en la casa y en verdad se estaba sintiendo como un verdadero rey. Sus tíos no escatimaban para tratarlo como merecía. En el fondo de su corazón, él creía que ellos debieron ser sus padres y no los que le tocaron.

—Hay venados enormes —comentó el tío del duque—, solo que están en un lugar un tanto problemático.

—¿Qué lugares de estas tierras suelen ser problemáticos, tío? —preguntó Wilburg.

—¿Ves aquel bosque? Es el límite con la propiedad del duque de Salisbury —señaló Ernest con el dedo índice.

—Un animal entra y sale de los límites de cualquiera. Ese hombre no puede pretender que todo lo que hay en su propiedad tenga que ser de él. Los animales se mueven al igual que las aves, migran.

—Ese no es el punto. El duque no es alguien insensato, mas tiene un pequeño defecto conocido entre el vecindario: perros. Tiene canes con fauces enormes, son negros y de ojos rojos brillantes... Nadie se anima a salir por la noche, ya que es probable que podamos perder la vida. Cuentan que la hermana de lord Nottingham casi fue atacada por uno de ellos hace más de dieciocho años.

—Los perros no duran más de diez años, dudo que los mismos perros estén vivos. Me alegro por la joven que no fue devorada por esos animales.

—No fue devorada por ellos, pero sí por el dueño de los perros. —El tío comenzó a reír y Wilburg no pudo evitar seguirle en eso.

—Imagino que debió decirle: ¡cásate conmigo o te echaré a mis perros! —dijo Wilburg entre risas.

—Pues no es tan descabellado viniendo del duque de Salisbury. Gracias a Dios hicimos gallineros más fuertes para evitar que esos perros pudieran hacer lo que les plazca.

—Me interesan los venados, tío. Me gustan las gallinas, pero ahora deseo carne roja.

—Tenemos dos opciones: ir hacia el arroyo que comparto con el duque o esperar a que un venado corra hacia nosotros.

—De preferencia podríamos ir al arroyo, de paso nos refrescamos un poco. Llevo un par de años sin arrojarme al agua.

—Es cierto, podríamos hacer eso. Son muchos años en los que no vamos ahí. No llevaremos a tu tía, a esta edad podrías escandalizarla, ya no eres un pequeño niño, eres un hombre.

—¿Es cierto lo que dijo mi tía el día que llegué?

—Hicimos un trato, pero yo no pude cumplirlo. Para mí fue imposible acostarme con otra mujer sabiendo que ella me esperaba en casa. Pudimos haber tenido un hijo, pero no quise que naciera sobre las lágrimas de ella. Preferí que nos quedáramos como estábamos.

—Como hombre pudo haber puesto por encima de ella su necesidad de tener herederos.

—¿Para qué hacerlo si ya te teníamos a ti? No me preocupa tener que dejarle nada de esto a nadie. Tú eres el dueño de todo.

—Me siento mal cuando lo dice. Parece que soy como un usurpador.

—No deberías sentirte así. No pudimos tener hijos y esa es la realidad, nos duela o no. No hay forma de solucionarlo. Margarite y yo lo entendimos con los años.

—No me gusta la cursilería, pero ustedes hubieran sido unos padres maravillosos, al menos conmigo lo fueron.

—No creas que no insistimos para que nos dejaran criarte, casi lo logramos, de hecho, lo hicimos los primeros años de tu vida y cuando tu padre creyó conveniente educarte a su antojo te arrebató de nuestros brazos. Después de eso, cuando nos visitaste ya no fuiste el mismo. Creíste que te habíamos abandonado, pensabas que éramos tus verdaderos padres.

Aquello que contaba su tío estaba difuso en su mente, pero era cierto. La mayor parte de sus recuerdos de infancia no implicaba a los duques, pero sí a sus tíos. La dura educación que había recibido en Londres lo hizo olvidar de muchas cosas y la sensibilidad de aquel niño querido y amado debió desaparecer para dar paso al próximo duque, que debía ser una persona sobria, sin mayor emoción que una sonrisa al ganar un juego y eso se lo debía a su padre. Lo había culpado de ser débil y por eso tuvo que cambiar, mas cuando sus padres murieron, él pudo respirar de nuevo, aunque muchas cosas ya estaban arraigadas en su mente.

Los dos hombres fueron hacia el arroyo, aunque no para cazar al venado. Tanto tío como sobrino se arrojaron al agua fría que venía de las partes altas de la tierra. Habían dejado sus botas, las calzas, las camisas de lino, los chalecos de tweed y las capas largas hasta la rodilla, en la orilla. Decidieron nadar y disfrutar de aquel sitio que los hacía retroceder años para llevarlos a momentos felices de sus vidas.

Definitivamente, Wilburg consideraba que había tomado la mejor decisión al ir a Gloucestershire. Se sentía bien y reconfortado por sus parientes. No tenía que ir a los clubes para estar en compañía de alguien, sus tíos siempre lo estaban buscando para hacer algo, no le quedaba tiempo para pensar en nada, solo en disfrutar de los buenos momentos. Una vez que regresara a Londres, se preocuparía por los demás, por él y su futuro como duque, ya que era tiempo de tener un hijo para sembrar las bases para su heredero, eso sin tener en cuenta que en lugar de un varón podría engendrar a una niña. Eso le parecía deprimente, puesto que no quería tener problemas y las damas representaban un problema y los varones una solución.

—El agua aquí ablanda los huesos, es fresca, especial para un día caluroso como este —habló Ernest que se sumergió para después salir empapado del agua.

—Esos momentos me recuerdan a mi niñez. Recuerdo que una vez caí de aquella piedra, pero no me pasó nada. Fue divertido ver la desesperación en los ojos de usted y de mi tía.

—Fue un accidente con suerte. Si ahora llegaras a caer de ahí la cintura te dolería por semanas. La edad no viene sola y tú aún no tienes familia.

—No empecemos con eso.

—No estoy empezando, solo estoy mencionando el asunto que a toda costa quieres evitar.

—No es que lo quiera evitar. Lo estoy enviando para más adelante, dentro de dos o tres años.

—¿Por qué tanto? Deberías considerar casarte, ya es tiempo.

—Lo sé, pero... no me decido. Ni siquiera he encontrado a la mujer correcta.

—La mujer correcta es la primera que te deslumbra, esa que hace que pienses diferente y solo en ella. No sé si podrás encontrarla en Londres, ya que tal y como piensa tu tía, esperamos que no te fijes en alguien que será una competencia para ti. Hay muchas damas que en lugar de aceptar el lugar que les corresponde quieren imponerse ante un varón. Eso solo terminará en una terrible lucha como la de tus padres.

—No quiero volver a pasar por algo semejante. Imagine que me caso con alguien igual a mi progenitora. Sería un infierno. Eso no significa que apoyo a mi padre, pero ahí siempre hubo algo que anduvo mal en esa relación.

—Por eso te lo digo, es un consejo sabio. Busca a una dama que esté por debajo de ti, muy por debajo, alguien que puedas amoldar a tus necesidades. Esa será una buena duquesa y una madre para tus hijos.

—Las duquesas deben tener carácter como los duques, no quiero a alguien a quien tenga que decirle cómo comportarse.

—No te preocupes que el título de duquesa hará lo suyo. Todas las damas están preparadas para lo mismo, mas algunas de ellas esperan a hombres flojos y sin carácter a los cuales manejar a su antojo. No seas de esos.

—No lo seré, tío. Intentaré seguir su consejo.

—¿Irás con nosotros al baile que ofrecerá el barón Zouche? No estarás obligado a hacer nada que no quieras.

—No, no pienso ir. No tengo apuro por conocer gente nueva. Con mis amigos en Londres tengo suficientes problemas.

—Nadie te dará problemas aquí, tampoco insinúo que te hagas amigo de nadie.

—Aquí son muy inferiores a mí, tío, no estoy interesado en que me traten como zalameros. Estamos en medio de la nobleza rural. Esa gente no ve a un duque con frecuencia.

—Puede que tengas razón, pero no consideres que todos te tratarán con deferencia. Aquí pueden llegar a ser muy hostiles si tú eres de esa manera con ellos.

—Como dije, no me interesa que me quieran, por lo que no iré a ninguna velada.

A Wilburg era difícil llevarlo hacia donde uno deseaba, pues se portaba reacio cuando no deseaba algo. Su tío lo había intentado, aunque dejaría que Margarite lo siguiera haciendo. Querían sacarle un poco lo estirado que estaba.

Después de un par de horas, ellos regresaron a la residencia, pero casi lo hicieron con las manos vacías. Ernest recordó al menos llevar algo y lo que vergonzosamente encontró fueron frutos silvestres.

—¿Frutos silvestres? —curioseó Margarite al ver a los dos varones que habían llegado con la cabellera larga y mojada. Ambos se parecían mucho en el pelo rubio y los ojos verdes.

—Es todo lo que pudimos conseguir, querida.

—¿Me están diciendo que no han podido conseguir un poco de carne? Se suponía que traerían faisanes, perdices o tal vez patos, pero frutos del bosque... Dos hombres de familias adineradas y con gran preparación para la cacería están intentando tomarme el pelo...

—Nos distrajimos, tía. Fuimos al arroyo.

—¿Y no fueron capaces de agarrar unos pececitos? Hombres, solo se preocupan por sus intereses particulares. Ahora pensaré en qué preparará la cocinera con frutos del bosque. Tal vez un pan con mermelada. Tendré que sacrificar a mis animales, quizá una pobre gallina que me da huevos.

—Mañana traeremos algo, cariño. Hay mucho para faenar en la propiedad.

—Quería algo silvestre, querido.

—¿Y los frutos silvestres no son silvestres, tía?

—¡Jovencito! —Margarite lo golpeó con su abanico—. No te burles de tu tía.

—Es la verdad, es coherente —manifestó Wilburg.

—No soy una gallina para comer pasto, Wilburg. ¿Sabes para qué tenemos colmillos como algunos animales? Para la carne. Iré a la cocina para modificar el menú gracias a ustedes. Comerán papas asadas.

Tío y sobrino se miraron y fueron a sentarse al salón.

—Hemos sido castigados. Mañana no podemos venir con las manos vacías —declaró Ernest.

—Debería plantarse ante mi tía y decirle que es usted quien manda y faenarán una cabra.

—¿Quieres que me echen de la casa? No dormiré en el establo con los caballos. No siembres la discordia en esta casa, Wilburg.

—Entonces ella es quien lleva los pantalones en esta casa.

—No me pelearé por la comida, tocan papas y no hay más que comer. Se acepta la decisión de quien decide el menú de la semana.

Para la hora de la cena, la cocinera preparó una sopa de tomates con pan crujiente, un poco de cecina y papas asadas como había dicho Margarite que todos comerían. Ella pretendía que el castigo sirviera para que ambos pensaran más allá del goce de un momento.

—Mañana por la noche es la fiesta del barón Zouche, le dije a Bernard qué prendas te pondrías. Quiero que mi querido sobrino deje una buena impresión, de alguien afable. No queremos que te vean como alguien que los pisoteará —habló Margarite que había entrado en la habitación de Wilburg durante su ausencia.

—No voy a ir a ningún sitio y menos si no podré lucir mis prendas —expresó el duque.

—Yo anuncié que irías, querido. ¿Me harás quedar mal?

—Puede «desanunciarlo» —musitó jugando con la palabra.

—Es una pena. Te quedarás a escuchar una orquesta de grillos y renacuajos durante la noche, mientras que nosotros estaremos bailando, bebiendo y conversando de cosas interesantes, al igual que enterarnos del mejor cotilleo del condado.

—Lo que más lamento de todo eso es tener que perderme el cotilleo —alegó Wilburg con sarcasmo.

—Todavía tienes tiempo para recapacitar. Nadie va a querer morderte y con esa cara de funeral, querido, créeme que no atraerás más que al diablo. Ten presente que las jóvenes no vendrán a tocar tu puerta, salvo que yo les indique el camino. Cuídate, Wilburg, tengo mis esperanzas puestas en ti y haré lo posible cuando llegue el momento en que demuestres interés por el matrimonio.

—Tendrá que esperar al menos dos años más. Estoy muy feliz con lo que tengo ahora mismo.

—¿Y qué tienes ahora mismo?

—A mí.

Capítulo 5

Al día siguiente, Wilburg y su tío partieron hacia el bosque para conseguir aves que estuvieran por la zona. Ellos no comprendían la razón por la que el arroyo no atraía a los animales. Comenzaron a pensar que los vecinos habían estado cazando y por eso las presas estaban asustadas y escondidas. Lograron coger unas tres perdices y nada más, salvo algunas flores silvestres que el tío del duque tomó para su esposa.

Ese día al menos el almuerzo había sido un éxito, aunque no lamentaba haber cenado unas papas asadas la noche anterior. La cocinera tenía grandes destrezas culinarias.

Por la tarde, Wilburg alcanzó a tomar el té con sus tíos. Ellos se veían felices y como en una extraña complicidad, hablaban en doble sentido y sonreían con mucha frecuencia. Él no se sentía incómodo ante esas muestras de afecto entre sus parientes, le gustaba ver algo distinto a gente intentando quitarse los ojos.

Por la noche, él se había vestido con elegancia, mas era para cenar.

—¿A qué hora bajarán mis tíos a cenar? —preguntó Wilburg que llegó hasta el comedor. Ahí solo vio los cubiertos puestos para una sola persona.

—Sus tíos tenían un compromiso esta noche, su señoría —comentó la cocinera—. He cocinado para usted, es lo que ordenó milady.

—Ah, lo había olvidado. En casa del...

—Del barón Zouche, excelencia.

—Sí, sí. Que Bernard venga junto a mí.

—Sí, excelencia.

La cocinera le sirvió la cena a Wilburg y después fue a buscar al ayuda de cámara del duque para que conversara con aquel.

Después de unos minutos, Bernard se presentó frente al duque.

—Dígame, excelencia... —Bernard se puso a disposición.

—Olvidé que mis tíos fueron a una fiesta.

—Usted fue invitado a dicho evento, excelencia. Le recuerdo que rechazó acompañar a sus tíos en demasiadas oportunidades.

—Soy consciente. ¿Qué hora crees que iniciará el concierto de grillos y renacuajos?

—Supongo que alguno de ellos estará esperando a que usted desee dormir.

—Sí. ¿Qué puedo hacer para no aburrirme? Ellos no me han dejado solo por mucho tiempo.

—Lo que podría hacer es alcanzarlos e ir a divertirse.

—Eso le daría la razón a mi tía. Además, es probable que me presente a alguna jovencita a la que me veré obligado a frecuentar para que ellos no queden mal, mientras que yo debo tolerar quién sabe qué cosas.

—Nadie puede obligar a un duque a absolutamente nada. Es el dueño de su destino, excelencia

—Mmm... Está bien, iré. ¿Quién sabe dónde queda eso?

—Milady ha dejado instrucciones a su cochero, excelencia, en caso de que usted quisiera ir.

—Ella lo sabía todo. Sabía que me aburriría aquí. Este asunto es una maquinación suya.

—Milady se lo advirtió, pero si usted no se negaba, no sería su sobrino.

—Buen punto. Terminaré mi cena y alcanzaré a mis tíos. Dudo mucho que este condado tenga una fiesta digna para un duque.

—También lo dudo, pero tal como a usted le gusta divertirse en clubes de mala muerte, también puede divertirse con la nobleza rural.

***

Dentro del carruaje, Augusta no podía contener su emoción. Llevaba días emocionada con el asunto de ir al baile del barón Zouche. Cuando su padre se lo dijo en la cena hacía un par de días no lo podía creer. Lo esperaba, pero la emoción era incontenible para ella.

—¿No crees que Augusta ha exagerado con las joyas, querido? —indagó Kitty que vio a su hija con demasiados accesorios.

—¿Para qué mi padre tiene una gran mina si no puede darle a su niña lo que ella quiere? —preguntó Augusta.

—No puedo discutir con lo que dice mi hija. Augusta tiene razón, cariño —aseguró el duque que alzó el mentón de la joven y la admiró orgulloso.

Augusta había escogido una gargantilla de diamantes, al igual que una pulsera y unos pendientes del mismo material. Ella estaba tan brillante que cualquiera diría que no estaba vestida para la ocasión y que la oportunidad no era la correcta para lucir las joyas.

—Mi tía Fanny se quedará impresionada con mis joyas. Tío Clifford es muy rico, pero no creo que pueda comprarle esta clase de cosas a Berenice cuando cumpla mi edad.

—A todas mis sobrinas les regalo joyas, y no dejaré de hacerlo con Berenice —dijo Albert refiriéndose a la hija menor de su cuñada Fanny y de Clifford.

—Me parece justo. Yo pensaba darle mis joyas de soltera —agregó Augusta, condescendiente.

—Hemos llegado —anunció el duque.

Él descendió primero y ayudó a su esposa y a su hija para bajar después.

El barón Zouche junto a su esposa se acercaron a recibirlos.

—Sean bienvenidos a nuestra casa —saludó el barón.

—Mi estimado barón, es un placer acudir. En esta ocasión hemos decidido que será la primera velada de nuestra querida Augusta —habló Albert.

—Es un honor para nosotros que la hija de un duque escogiera nuestra casa como su primera experiencia. Estoy segura de que será lo más grato posible. El vecindario está repleto de gente amable —comentó la baronesa.

—Estoy segura de que así es. Las amistades de mis padres también son mías. Este lugar es hermoso —replicó Augusta como agradecimiento a la buena predisposición de la esposa del barón.

—Pasen, pasen. Clifford y Fanny los están esperando —pidió el barón.

Para Augusta, por más que estuviera acostumbrada a lo mejor de la vida, la experiencia de ver otra residencia acondicionada para recibir a invitados era otra cosa y más cuando no estaba en sus dominios. Se sentía como una verdadera dama y eso le daba una muestra de lo que sería la realidad en Londres.

Cuando miró dentro de la casa del barón Zouche, sonrió al ver la armonía de la decoración y oír el sonido de la orquesta tocando piezas para ambientar el lugar.

—Esto no es algo tan íntimo y me gusta mucho. Hay tantas caras que no conozco —aseguró Augusta que cogió a su padre del brazo.

—Menos mal. Y lo que más me tranquiliza es que no hay caballeros de ninguna edad que te pueda llamar la atención.

—Yo creo que todavía es temprano para ellos. La señora Smith dice que los solteros codiciados nunca son los primeros en presentarse.

—No estés considerando a ningún jovencito aquí, Augusta. Ninguno está a la altura de la hija de un duque. Fija tus ojos arriba, el nido más alto, el del águila.

—Lo sé, padre, pero no me hace daño bailar un poco con cuanto joven pueda ver.

—Qué comentario más incómodo y desagradable, Augusta. No juegues con el corazón de tu padre, ya no estoy tan joven para soportar mis propios berrinches.

—No van a pelear aquí, ¿o sí? —cuestionó Kitty al oír que su esposo levantó la voz.

—Por supuesto que no, pero sería bueno que conversaras con tu hija sobre sus aspiraciones de vida —farfulló su esposo.

—Vengan, debemos saludar a los demás.

Para ese momento se acercaron a Clifford, el conde de Montgomery. Él era alto y de una melena matizada que cubría la mitad de su rostro. Siempre acostumbraba a usar algo que lo ayudara a no resultar desagradable para los demás, según el mismo conde, temía asustar, en especial, a los niños.

—¡Oh, Augusta! —exclamó Fanny al ver a su primera sobrina, ya que su primer sobrino era Philip, hijo de su hermano—. Eres tan encantadora, te pareces tanto a Eugenia.

—Eso podría ser tomado como un halago o tal vez como algo que temer —dijo Augusta que dejó que su tía Fanny la abrazara.

—Sin duda la persona que debe tenerte miedo todavía no te conoce, Augusta. —Clifford se acercó a ella y cogió su mano para dejarle un beso.

—Menos mal que nadie puede escucharte, Clifford, no queremos asustar a otros. Aquí hay parientes importantes de la buena sociedad londinense —comentó Fanny.

—¿Tío Clifford bailará conmigo? —preguntó la joven a su tía.

—Si él está dispuesto. Sabes que Clifford no es muy dado a las fiestas y bailes.

—Pero lo veo aquí de muy buen humor, por eso bailará conmigo al igual que mi padre. Este lugar es hermoso.

—La casa de mi tía Miranda es preciosa. El jardín y el invernadero son maravillosos, te los puedo enseñar después.

—Ella vino a bailar, no a que le enseñaran el invernadero, querida —musitó el conde.

Los cinco se reunieron para conversar, aunque después, Augusta comenzó a recorrer el salón. Ella se alzaba con las miradas de los demás invitados. Esa sensación de ser el centro de atención le resultaba fascinante y le daba aún más confianza para continuar su recorrido.

—Esa joven me parece tan extravagante —expresó Margarite para que su esposo la escuchara—. Es exactamente el tipo de mujer que no quiero para Wilburg.

—Es una suerte que no viniera, pues me parece que él estaría más que encantado al ver a esa joven. Tiene cierto atractivo y no puedo decir más que creo suponer a qué familia pertenece, es nuestra vecina.

—Ya no lamentaré que Wilburg no viniera. El destino es misterioso, después de tanto insistirle para que viniera a conocer a jóvenes decentes y humildes, es una suerte que no se encontrara con tanta pomposidad hasta el punto de la arrogancia.

—Creo que quiere dejar claro cuál es la posición que ocupa en la sociedad. Debe estar

buscando a alguien similar, hija de un duque...

—Buscará a un duque. Espero que no sea al nuestro, Ernest.

—Pues si no se conocen, no hay de qué preocuparse...

Los tíos de Wilburg continuaron conversando hasta unirse a una de las tertulias de personas conocidas del vecindario. Si bien, ellos compartían la amistad del barón y de la baronesa, no eran tan asiduos a juntarse con la familia de ellos, solo coincidían en las fiestas y otras actividades que organizaban los demás.

Después de un tiempo, Wilburg llegó hasta la casa del barón Zouche. Observó todo a su alrededor. Nada podía sorprenderlo, ya que había visto todo tipo de excentricidades a lo largo de su vida en los salones. Si en Londres no habían logrado sorprenderlo, menos lo lograrían ahí, en un condado y para no hacer el cuento largo, personas de la nobleza rural.

Entró al lugar y vio a muchas personas en varias actividades. Desde tertulias, juegos de cartas y bailes, hasta personas muriendo a risotadas. Era evidente que, pese a la lejanía de los altos círculos, las personas de los alrededores sabían divertirse. El ambiente era bastante agradable para pasar un buen rato.

Él se propuso encontrar a sus tíos para sorprenderlos. Quería ver el rostro incrédulo de sus parientes al verlo ahí. Podía llegar a ser un tanto humillante lo que podrían decir, pero acostumbraba a salirse con la suya la mayor parte del tiempo.

Cuando observó a los danzantes, él se quedó perdido en una joven que tenía más joyas que un artesano en su joyería. Ella brillaba no solo con el glamour de sus alhajas, sino también por su gracia, su belleza y perfección. No podía creer que aquel sitio recóndito de Inglaterra albergara a tan notable criatura. Sus ojos no dejaban de sorprenderse con su elegancia y sofisticación. Ni siquiera Wilburg comprendía lo que ocurría por su mente, solo sabía que no quería perderla de vista. ¿Quién era esa mujer que a la distancia parecía ser inalcanzable? ¿Por qué no podía apartar su mirada de ella? Jamás algo lo había hechizado con tanta facilidad. Una cabellera rubia larga y con bucles, no parecía ser algo que pudiera volver loco a alguien, mas esos detalles lo hipnotizaban, haciendo que gozara de cada movimiento de la figura de la joven.

—Tío Clifford, sé que usted es la persona más sincera de Inglaterra y no es capaz de ocultar las cosas, salvo tal vez sacarles la gravedad que tienen, pero quería preguntarle si usted tiene fe en mí —indagó Augusta que se animó a realizar ese cuestionamiento.

—¿Por qué preguntas eso? ¿A qué te refieres?

—En mi casa nadie cree en mí, o al menos, no creen que algo bueno pueda venir de mí.

—Augusta, si confié en la diablesa que es Eugenia, ¿cómo no confiar en ti si eres su discípula más fiel? Hay algo que muchos no entienden: a veces el encanto no es ser dulce ni amable, en ocasiones lo encantador puede ser grotesco y agrio.

—Usted es encantador.

—Por más que sea grotesco y agrio. Si los demás no te entienden ya llegará quien lo haga.

Capítulo 6

—¿Y quién cree que puede ser ese ser milagroso que crea en mí o me vea más allá de un comportamiento errático? —curioseó la joven.

—No lo sé. A veces las personas más especiales pueden estar escondidas o encerradas sin desear convivir.

—¿Cree que me casaré con un duque o un marqués? Menos de eso no me interesa.

—A veces es bueno conformarse con la idea de casarse. Las damas ambicionan un buen título para estar seguras. No hay nada mejor para la comodidad, pero ¿te has puesto a pensar en que también es importante un buen hombre? Es mejor ser feliz que tener dinero.

—Para mí ser feliz es tener dinero.

—Tampoco es incorrecto pensar de esa manera. Tus padres te educan como ellos fueron educados. Desde nuestro privilegio nos cuesta darnos cuenta de algunas cosas sencillas que nos hacen felices. —Clifford miró hacia su esposa que conversaba con otras personas sin sospechar que él la observaba con afecto.

—¿Y si mi esposo es un vampiro como usted?

—Si es como yo, creería que no es un vampiro. Que mi casa sea excéntrica no significa que ande bebiendo sangre ajena.

—Era solo una pregunta. Desde pequeña supe que no era un vampiro, pero supongo que tía Fanny inventó eso para que ninguna mujer se fijara en usted. Los celos son malos consejeros o depende desde donde se lo mire. Nunca nos ha dado miedo a ninguno de sus sobrinos por más que hemos visto su cara.

—Agradezco que no salieran corriendo, eso es gratificante para alguien como yo.

Los dos estaban a punto de terminar la pieza, cuando hicieron la inclinación en agradecimiento a la pareja de baile y se hicieron una reverencia, Clifford la llevó a la mesa del tentempié y después, cuando estaba a punto de servirse, Fanny se acercó y lo cogió del brazo.

—Te robaré a mi esposo por un minuto —alegó Fanny dirigiéndose a Augusta, antes de dejar sediento a su marido.

—Adiós... —los despidió sonriente.

Augusta se quedó sola, mientras probaba su primera copa de vino fuera de su casa, puesto que con la señora Smith habían practicado beber con moderación por el accidente de su tía Meredith. La institutriz le dijo que si quería escoger a su esposo bebiera con tranquilidad, pero que, si quería que el diablo le proporcionara uno, podía tomar hasta caer de un balcón sobre un caballero. Como ella quería escoger y todas las historias familiares eran como para tenerles un poco de miedo, Augusta prefería moderarse con la bebida.

Cerca de ella, Wilburg se encontraba siguiéndole el paso como alguien obsesionado, como si nunca hubiera visto a una mujer o aquella fuera la última sobre la faz de la tierra. Pasó muy cerca de ella, rodeándola para percibir su aroma y fijarse más de cerca en los detalles de la joven. No había nada imperfecto en ella, las joyas le sentaban a la perfección y no la opacaban con tanto brillo, pues brillaba mucho más.

Cogió una de las copas de brandy servidas en la mesa y quedó de pie cerca de ella.

Mientras bebía de su copa, Augusta tenía una extraña sensación de que alguien la observaba con afán. Su cuello parecía darle comezón, entonces decidió rascarse un poco y mirar a su alrededor, de repente, distinguió a un hombre de cabellera rubia y ojos verdes que la miraba sin disimulo. No se había sentido tan escrutada en toda su vida. Trató de darle la espalda al hombre, pero este se movió y siguió en la misma posición. Eso comenzaba a perturbarla. Tenía dos opciones, correr hacia las alas protectoras de su padre o enfrentarse al extraño.

Consideró que su padre tal vez armaría un escándalo que los obligaría a retirarse del lugar, por lo que ella decidió hacerse cargo de la situación. No enfrentaría a un caballero cuerpo a cuerpo, pero lo enfrentaría con la mirada, tal y como él lo hacía. Se colocó casi frente al varón sin acercarse mucho y lo estudió con la mirada desafiante.

Mientras lo observaba, podía concluir que ni era tan joven ni viejo y que su atractivo era algo que le agradaba. Era un hombre de facciones armoniosas, aunque no porque fuera un adonis de la creación, ella se arrojaría a sus pies. No sabía cuáles eran sus nefastas intenciones, pero al mismo tiempo, al no acercarse, tampoco podía ser alguien peligroso. Quizá tuviera problemas mentales y debió escapar de su casa, no sería la primera vez que escuchaba que algún noble al que escondían sus parientes se escapaba para avergonzarlos.

Wilburg se sintió enfrentado por la joven. Su mirada azul no dejaba de mirarlo con firmeza. Esa prepotencia le resultaba desagradable, puesto que, en su imaginación, la joven era como un ángel, mas al ver que sus ojos eran desafiantes, supuso que no era una mujer mansa con la que pudiera cruzar palabra de manera amable.

—¿Qué tengo en la cara? —increpó Augusta, enfadada, ya que él no hacía ningún movimiento, quizá ni siquiera parpadeaba.

—Es grosera —replicó el duque.

—¿Yo? ¿Grosera? Supongo que no estamos hablando de mí, puesto que es usted quien no ha dejado de observarme de manera extraña.

—Es que su vulgaridad no se ve en todas partes. No esperaba menos de un condado mediocre como este.

—Lo mismo digo sobre usted. No esperaba nada de gente inculta que vive aquí. Si quiere llamo al barón Zouche para que lo devuelva a su corral.

—Es probable que mi corral se encuentre junto al suyo.

—Lo dudo, porque ni siquiera somos del mismo vecindario.

—Se comporta de manera grosera solo porque la observo. Es una criatura tan extraña y, sobre todo, excéntrica. Sin decir que es chabacana con tanta pedrería barata.

—Puede ofenderme a mí, pero no a las joyas de la mina de mi padre —farfulló convirtiendo su mano en un puño. Quería golpear a ese indeseable.

—Burguesa, ¿no es así? Nunca serán como los verdaderos nobles.

—No puedo creer que exista alguien tan ignorante. Soy hija de un duque. Usted no debe ser más que algún escocés o irlandés que tiene hambre en sus tierras y quiere venir aquí para aprovecharse de la situación. ¿Quiere casarse con una joven rica para que pueda comer?

—Se equivoca, soy un duque. Y si quisiera casarme, quédese tranquila, usted sería mi última opción.

Los dos tenían no solo una batalla con la lengua, sino también con los ojos. Se notaban amenazantes, cada uno defendiendo su espacio. Wilburg no pensaba ceder ante la grosería de la joven y Augusta ni siquiera consideraba a ese hombre como un caballero. Los caballeros no miraban con tanto afán a nadie.

—Ya quiera usted tener la buena fortuna de ser mi esposo, pero gracias a Dios no seré castigada con su presencia más que en este instante. Le agradecería que dejara de observarme como si no perteneciera al mismo mundo. Debería ser más cuidadosa con su mirada. No a todos les gusta que los escruten con tanta grosería.

—Puedo mirar lo que desee y no solo usted, no está prohibida, si quiero mirar a un renacuajo, lo haré, y será más gustoso que verla a usted.

—Entonces busque su renacuajo y pierda su tiempo ahí. Con permiso.

Augusta le dio la espalda y fue a buscar a sus padres. De ninguna manera se quedaría a discutir con aquella bestia. Podía ser todo lo atractivo que quiera, pero nada compensaba su grosería. Ese no podía ser un duque ni si volviera a nacer.

El duque de Westwood se quedó en su sitio y sirvió su copa de brandy. Todavía trataba de entender lo que había pasado con la bella dama, que de dama tenía poco, pues tenía un carácter un tanto explosivo. Ciertamente, era culpa suya por haberla observado sin recato. Pese a todo lo que se habían dicho, él seguía considerándola una belleza inquietante.

Pensó que permanecería en ese lugar por más tiempo, pero él necesitaba seguir viendo a la joven. Fue hacia donde ella se encontraba, para su suerte, su tía estaba ahí cerca y lo vio.

—¡Es Wilburg! —expresó Margarite, emocionada, al ver que su sobrino se acercaba.

—Ha venido, no puedo creerlo. Creo que lo has convencido con tanta insistencia de tu parte —dijo su esposo.

—Buenas noches. No quería venir, pero me sentí un poco abandonado. Son malos anfitriones al dejar sola a la visita —acusó Wilburg con humor.

—Querido mío, por supuesto que no. Aquí te divertirás mucho. Ya que estás en este lugar te presentaré a un par de jovencitas que te fascinarán. Las he visto bailando y son tan encantadoras.

—¿Cómo les parece la fiesta? —preguntó el barón Zouche que estaba en compañía de su esposa.

—Preciosa, mis queridos amigos. Miren quién ha venido. Estoy segura de que usted, barón, se acordará del pequeño niño que teníamos en casa mi esposo y yo. Es nuestro sobrino, Wilburg —habló Margarite.

—El pequeño marqués —comentó el barón, sonriente—. De pequeño no tiene nada.

—Ya es un duque, mi estimado. Mi esposa desea presentarle a un par de damas aquí. Como sabrá, es notable que Wilburg ya se encuentra en edad de contraer matrimonio —alegó el tío de Wilburg.

El duque quería que se lo tragara la tierra. Ninguno de sus tíos lo trataba con respeto. Hablaban de él como si se tratara de una moneda de cambio.

—No necesito bailar con nadie. He venido a disfrutar de la música y de la compañía de las amistades de mis tíos —musitó con condescendencia.

—Pues, de todas maneras, le presentaré a una joven que lo cautivará, es sobrina de lady Montgomery. Ellos son parientes de lord Nottingham en Londres, un hombre bastante rico con una familia con gran influencia en la sociedad —comentó Miranda—. Iré a por ella para que la conozcan.

Miranda fue hacia donde se encontraba Augusta en compañía de su familia y también de sus tíos.

—Fanny, tengo a alguien importante a quien presentar con tu sobrina. Jovencita, ven aquí —pidió Miranda dirigiéndose a Augusta.

—¿Con quién quieres presentarla? —indagó Albert con presteza.

—Una persona importante. Es sobrino de lord Ernest Westwood —respondió Miranda.

—La acompañaremos para conocer a esas personas —decidió Kitty, pues su esposo no quería que Augusta se fijara en alguien inconveniente. Si la presentaban con un pobre diablo, él estallaría y todo terminaría en un desastre.

—Es una posibilidad para bailar —aceptó Augusta. Después del disgusto con el supuesto duque quería estar tranquila y ser feliz. Comenzaba a cogerle gusto al baile. Había bailado con su padre y con su tío Clifford, los dos eran excelentes bailarines. Cualquier otro caballero tenía la vara muy alta en ese aspecto.

Partieron en grupo hacia donde se encontraba el joven con el que querían presentar a Augusta. Cuando ella se dio cuenta de quién se trataba, dejó de caminar y giró sobre sus talones para salir de ahí. Si se ponía junto a él le escupiría en el ojo y eso no era bueno para su

reputación.

El duque también comprendió que querían presentarla con la belleza ambulante. Se sintió un tanto ofendido al ver, que se dio la vuelta.

—Augusta debió tener algún inconveniente —declaró el barón al ver la actitud de la joven que se acercaba—. Iré a ver si no se le ha extraviado algo.

Los tíos de Wilburg se miraron entre sí con desagrado.

—Uf, quieren presentarte con esa mujer tan pomposa —comentó Margarite haciendo unas muecas en el rostro.

—Rezábamos para que nunca la conocieras, pero es inminente. Considero que es una mujer que jamás podría gustarte, Wilburg. Queríamos evitarte la fatiga de rechazarla —argumentó su tío.

Para Wilburg el asunto era incomprensible. Sus tíos no querían a esa dama rica e importante porque les parecía arrogante; sin embargo, él la encontraba demasiado atractiva para una danza con ella.

—¡Augusta! —la llamó su madre—. ¿Qué ocurre?

—Me ha agarrado la timidez —contestó ante la pregunta de su madre. Ella estaba agitada, y avergonzada por lo que decía. La timidez no era algo que Augusta conociera.

—Es un duque, entiendo que estés nerviosa, Augusta, pero tú eres la hija de uno, puedes afrontar la situación. Nada de timidez —dijo la baronesa—. Ven conmigo, él quedará encantado contigo.

La baronesa la tomó de la muñeca y casi la arrastró para colocarla frente a Wilburg.

Para ese entonces, Augusta volvió a tener esa mirada desafiante de minutos atrás. ¿Qué quería el destino al colocarlos de nuevo frente a frente?

Capítulo 7

Obligada o no, ellos volverían a verse y lo peor era que tal vez hasta tuvieran que bailar. Wilburg no debía darle más importancia de la que tenía. Su belleza no podía hacer que él perdiera su buen juicio.

—Aquí está lady Augusta Relish, hija del duque de Salisbury —la presentó Miranda, complacida. De a poco estaba empezando su vida de casamentera. Si ella pudiera unir a la hija de un duque con un duque, comenzaría con una gran estrella en su frente. No había mejor presentación que poder decir eso.

Los tíos de Wilburg no aprobaban a Augusta. Era casi idéntica en la mirada de la anterior duquesa y madre del joven.

—Es un placer conocerla, milady. —Wilburg se acercó a Augusta—. Soy Wilburg Westwood, duque de Westwood, estoy a su disposición.

A Kitty le gustaba el duque, parecía educado y fino, como deberían ser todos los de su clase. Le recordaba al porte de su esposo cuando se conocieron. Sin embargo, Augusta no decía nada, ni intentaba responder al saludo del hombre, por lo que tuvo que meter su pie bajo el vestido de ella para que reaccionara.

Al sentir el golpe que alguien le había dado en el tobillo, ella quiso gritar, pero necesitaba tranquilizarse y responder ante el grosero que estaba frente a ella.

—Es un gusto conocerlo —correspondió haciendo una venia de mala gana.

Ante aquello, Wilburg cogió la mano de la joven para dejar un beso en ella. Pese a que intentó retirarla, no pudo, pues él la apretó con fuerza para dejarla ahí. No lo haría ese desaire. Ya era mucho tolerar su rostro poco amable. Los demás se darían cuenta de que no se toleraban.

—Es bueno conocerlo. Soy el padre de Augusta —habló Albert al notar algo extraño entre su hija y el hombre.

—Es un placer, excelencia. Milady es muy hermosa y demuestra que es la hija de un duque —alegó Wilburg siendo condescendiente con el hombre. No era bueno tener malas relaciones con un hombre importante.

—¿Tiene una casa en Gloucestershire? —preguntó Albert, curioso.

—No, vine a visitar a mis tíos, solo estoy de paso. Debo regresar a Londres para la temporada social.

—Augusta irá pronto a Londres a debutar de manera oficial.

—Entonces milady y yo nos seguiremos encontrando más veces. ¿Podría concederme un baile con su hija, excelencia? Me encantaría conocerla mejor.

—Wilburg, ¿no bailarás con tu tía? —indagó Margarite que quería salvarlo de las garras de Augusta.

—Ella es mi querida tía Margarite. Entiendo que no se enfadará conmigo, puesto que me ha dicho muchas veces que debo bailar con una joven, tía. Además, solo molestaré a milady con un baile.

—Es cierto. —Margarite lo reconsideró. Era mejor que fuera cortés de una vez y luego se alejaran.

—Si mi hija quiere bailar, lo hará —aseguró Albert, esperando que Augusta dijera algo, ya que ese día parecía corta de palabras y, de hecho, no parecía ella misma.

Su padre la estaba metiendo en un aprieto, ya que, si decía que no, tendría problemas. Al parecer el duque le gustaba a su progenitor, pero si decía que sí, ella se odiaría por tener que tocar a ese hombre tan extraño. Al menos no le había mentido con respecto a lo que era.

—Estaré encantada de bailar con su excelencia —aceptó Augusta. No se dejaría aplastar por nadie. Si él creía que era poderoso, ella le demostraría que no era así.

—Acompáñeme, milady —pidió el duque como si fuera un santo, incapaz de matar a una mosca. Extendió su mano hacia la joven, presionando para que ella correspondiera a ese acercamiento.

Augusta aceptó con presteza. Le dejaría claro a ese hombre que ella no era alguien con quien podía jugar.

Iban caminando rumbo al centro del salón para unirse a los demás danzantes, cuando Augusta quiso retirar su mano, pero Wilburg la cogió con fuerza para impedir que ella pudiera zafarse.

—Le advierto que a mí no puede engañarme. No lo llamaré como merece, le diré: su rareza. Su excelencia es un tratamiento demasiado alto para alguien de su paupérrima educación —manifestó la joven que seguía estirando su mano para librarse del agarre del hombre.

—Entonces la llamaré: mujer. No merece otro tratamiento más simple que ese. ¿Está segura de que es hija de un hombre como el duque? No creo que él pudiera tener a semejante criatura. Se ve que es un hombre culto y educado.

—Sí, no como usted. ¿De dónde lo sacaron? Es probable que descienda de una familia de chimpancés sin gracia.

—Qué halago. No estoy seguro de conservar mi pie después de bailar con una jovencita grosera.

—No me dé ideas para deshacerme de usted. Desconoce de qué puedo ser capaz. No me agrada y creo que no hace falta que se lo diga.

—Agradezco su sinceridad. Ser sinceros es el principio de la honestidad.

—Después de este momento horrible que pasaremos juntos, espero no volver a verlo.

—¿Por qué si soy tan atractivo?

—Para una hembra de chimpancé.

Él sonrió ante lo que decía Augusta, que parecía muy enfadada con él. No había conocido a nadie que se enfrentara de esa forma a alguien y más a una persona que podría ser un potencial esposo, y no cualquiera, lo mejor de lo mejor en cuanto a pureza de la sangre se refería, aunque ella tal vez tampoco tuviera mucho que envidiarle en ese aspecto. De ambos lados de su familia era evidente que tenía mucha alcurnia.

Cuando llegó el turno de los dos, Augusta y Wilburg se hicieron las reverencias antes de empezar la pieza. Al hacerlo, sus manos se encontraron en la contradanza. Esperaba pronto tener que cambiar de pareja para no volver a tocarlo.

—Trate de no tocarme. Se siente horrible cuando lo hace —pronunció Augusta. El duque parecía no querer soltarla y lo peor era que no la dejaba tranquila, la miraba como si la intentara descifrar.

—¿Le molesta que baile como la danza dice que debo hacerlo? —cuestionó Wilburg. Él no la perdía de vista, ya que era más hermosa al enojarse, aunque era evidente que se odiarían por el resto de sus vidas.

—No quiero que me esté mirando. Parece un demente. Al menos debería fingir que mira a otro lado.

—No soy alguien que dé muchas vueltas. Usted se ve muy vistosa. Es porque quiere atraer miradas, ¿o me equivoco? No tendría tantas joyas si quisiera pasar desapercibida. Le doy la atención que requiere. Quizá la próxima vez use unas joyas menos presuntuosas, ya que son lo único que pueden lucir en usted.

—¿Quién dice que quiero llamar su atención? Está equivocado si piensa eso. Déjeme aclararle que solo he venido a conocer este lugar. Me he portado bien toda la semana para conseguir estar aquí y usted no lo arruinará con sus groserías. Si piensa que puede vencerme en un juego de temperamentos, está equivocado. Más vale que se vaya haciendo con una idea distinta de eso.

—No le gusta negociar, ¿verdad?

—No negocio con rufianes de poca monta, su rareza.

Cambiaron parejas y los dos se miraban desafiantes. Wilburg no se había divertido tanto desde que era niño y escondió las llaves del ama de llaves. Lady Augusta lo divertía tanto con sus insultos infantiles, que, en lugar de dejar de verla, él quería seguir estando cerca y solo por el hecho de que se divertía. Tal vez se comportara como un crío tonto, pero lo importante era que estaba feliz a su manera. Ya mañana sería otro día y no la volvería a ver. Era casi un juramento que ambos podían hacerse.

Ella no dejaba de observarlo amenazante. Llevaba mucho tiempo sin pelear con nadie. Su tía Eugenia, desde que tuvo hijos, dejó de ser aquella persona divertida y ocurrente para centrarse en ser una madre elocuente y bien portada. Su hermano no le servía para divertirse porque era un débil escupitajo de Satanás. No tenía ni el carisma ni la gracia de su padre. Augusta tenía al duque de Salisbury en la cima de lo que esperaba como esposo. Alguien que la tratara con amor, condescendencia y que la consintiera en todo. Ella no conocía un «no» como respuesta. Era más fácil ver un cerdo volador antes de que le dijeran esa palabra.

Al tener que regresar con el duque, la sonrisa que le dedicó a su otra pareja desapareció para colocar de nuevo su rostro de enfado y sin emoción alguna.

—He visto que sonríe —comentó Wilburg.

—Sí, y usted no sonríe.

—No daré mis dulces sonrisas a cualquiera. Valgo mucho para regalarme.

—Soy joven, pero creí que podría suponer de todo, aunque nada me ha preparado para semejante tontería.

—Si usted no se da el valor suficiente, nadie se lo dará. Mi sonrisa está reservada solo para personas importantes. Si cree haber visto que sonreí, está equivocada, es solo una mueca educada.

—La última palabra dudo mucho que sea cierta, pero en algo puedo apoyarlo, mientras uno se crea sus propias mentiras, nadie sospechará que no dice la verdad. Muy astuto de su parte.

—Es la reina de las conspiraciones, mujer. ¿De dónde saca tantos pensamientos absurdos?

—Puede culpar a que tengo demasiado tiempo libre, ¿no le parece? Eso diría cualquier persona y no se equivocaría.

—Debería dedicar su tiempo a algo útil.

—Quiero hacerlo. Sé cazar, pero no me dejan ir sola de cacería.

—No mienta, usted no es capaz de cazar ni siquiera un copo de nieve en medio de una tormenta.

—Su falta de fe me tiene sorprendida. Sé cazar con pistola y con arco y flecha. Ya quisiera usted tener mis habilidades.

—No ande diciendo eso por ahí, a nadie le gustará escuchar algo semejante.

—Por eso se lo digo a usted. De esta manera nunca volverá a solicitarme un baile. Sabe que lo puedo perseguir como si fuera un pato en la laguna.

—Cada vez me deja más sorprendido. Un duque no le dejaría aprender esas disciplinas tan peligrosas a una dama. Usted fue adoptada.

—Lo dudo mucho. Soy su hija sin duda alguna y soy aún más parecida a la familia de mi madre. Que no lo tilden de descuidado con una Fane.

Volvieron a separarse para continuar con otras parejas. Estar lejos representaba unos instantes de paz en la incesante batalla de egos entre ellos. Definitivamente, juntos se arrancarían los ojos, aunque Wilburg quizá lo hiciera con gusto, ya que se divertía mucho más que cuando bebía con sus amistades hasta perder la conciencia.

Una vez que les tocaba regresar, la amabilidad que habían tenido con sus anteriores parejas se desvanecía y el desprecio mutuo se hacía presente.

—Me sigue llamando la atención que le dejen hacer todo lo que guste —habló Wilburg que quería provocar a Augusta.

—Se sorprenderá de muchas cosas más, pero como no puedo invitarlo y decirle que le puedo demostrar lo que digo, prefiero que todo lo que sale de mi boca muera aquí.

—Si no me soporta, ¿eso también significa que morirá el hecho de hablar mal de mí?

—Considero que eso podría ser permanente si vuelvo a verlo, mas quiero confiar en que usted y yo somos superiores en inteligencia y que jamás volveremos a cruzar nuestros privilegiados caminos el uno con el otro. Es lo más razonable que se me puede ocurrir en este momento.

—Viviremos un buen tiempo cerca.

—¿Cuánto tiempo planea quedarse para convertir mi existencia en un infierno?

—Tal vez toda la primavera.

—Menos mal que yo iré a Londres pronto. Mi padre al parecer quiere que atrase un poco mi presentación, pero eso no significa que me quedaré a soportarlo. Debemos considerarnos afortunados.

—Considero desafortunado al caballero que deberá tratarla en Londres. Espero que no se encuentre con mis buenas amistades.

—Si me dice los nombres de sus amistades, no dude que correré, puesto que, si se juntan con usted, nada bueno puede salir.

—Se equivoca, tengo un selecto grupo de caballeros. Soy parte de una asociación de solteros.

—¿Es parte de una asociación de tontos? Quizá ustedes no se dan cuenta, pero para todos nosotros el matrimonio es algo tan inevitable como la muerte. Lo que hace es una pérdida de tiempo. Terminarán como todos: casados.

Capítulo 8

—No le he dado permiso para opinar. Su comentario es completamente intrascendente para mi vida y la de cualquier otro mortal. No dé opiniones que nadie le pide, queda como metiche e indiscreta —respondió Wilburg, cuyos modales estaban muy oxidados para tratar con una dama. Llevaba tanto tiempo con hombres que quizá olvidó cómo debería comportarse con personas del sexo opuesto.

Para Augusta eso había sido suficiente. Dejó a Wilburg en medio del salón ante la mirada del resto de los danzantes que seguían moviéndose, aunque sus ojos no dejaban de mirarlos a ellos.

Kitty esperaba desmayarse ahí mismo, pero no podía hacerlo, el escándalo sería mayor. Su rostro se tiñó de vergüenza, ya que estaban conversando con los tíos del duque de Westwood.

—Dramático e innecesario —dijo Albert en voz baja. Su pensamiento escapó de su cabeza hasta bajar a su boca. ¿Qué debió pasar para que Augusta tomara esa acción tan precipitada y escandalosa?

La joven fue hacia sus padres dejando atrás al duque. Hasta ahí llegó su escasa paciencia. Esa fue una falta de respeto que no podía pasar por alto. Ese hombre había ganado su rechazo eterno a pulso y sin intermediarios. Si ella pudiera, impediría que se casara y lo dejaría mal parado, pero como ese chimpancé con título era tan obstinado, quizá hasta la dejara mal a ella. Era mejor hacerse a un lado antes de arruinar su propia reputación, aunque también era probable que ya estuviera un poco dañada por la decisión de abandonarlo en el medio del salón.

Wilburg no podía creer lo que le estaba pasando. Esa mujer lo había dejado solo y ante el escrutinio de los demás. Eso era demasiado humillante y lo era aún más para un duque. Tuvo que salir del centro de la pista de baile y hacerse a un lado. Ir con su familia era lo mejor que podía pasarle, por más que la joven caminara hacia el mismo lugar que él.

—¿Te sientes mal, Augusta? —preguntó la baronesa al verla llegar junto a ellos.

—No, estaría peor si me quedara con ese caballero que tiene muy poco de eso —declaró con sinceridad.

—¿Cómo ha podido dejar a mi sobrino en ese lugar? Qué atrevimiento —espetó Margarite.

—Margarite... —pronunció su esposo que tocó su brazo para que se calmara. No podía reaccionar como una madre enloquecida por un desplante que le habían hecho a su hijo.

—Si nos permiten, conversaremos con nuestra hija —propuso Kitty, avergonzada, puesto que la tía del duque comenzaba a reaccionar ante la situación de vergüenza en la que estaban envueltos Augusta y el sobrino de la mujer.

Albert cogió a Augusta del brazo, aunque no lo hizo con fuerza. Por más que la situación ameritara una tremenda bofetada, él no era capaz de levantarle la mano a su pequeña niña. Ni

pensarlo.

—¡Dios! ¿Qué has hecho, Augusta? —increpó Kitty, molesta.

—Dejar a ese grosero en su lugar. Es un incordio, y como yo también lo soy, no pensaba quedarme a que me humillaran —replicó orgullosa, colocando sus brazos cruzados bajo el pecho.

—¿Qué fue lo que te dijo? —interrogó su padre—. Se le veía muy educado.

—Solo con ustedes. A mí me ha tratado mal.

—No lo sé, Augusta. Todos te conocemos y sabemos de lo que eres capaz, pero esto... No puedes dejar a un caballero y menos a un duque en medio de un salón de baile, mientras bailaban. Es un acto criminal que habla mal de ti, de tu familia y de tu reputación. ¿Cómo crees que te mirarán? —interpeló el duque.

—Resuélvalo, padre. Estoy segura de que con su influencia puedo limpiar mi nombre y también puede hacer algo por el suyo. Pídale un favor a mi tío Spencer o los demás que tienen alto rango como usted. No creo que se nieguen a echarnos una mano.

—¿Escuchas a tu hija, Kitty? ¡Es una Fane, una Fane de las peores! —espetó su padre.

—Debemos conservar la calma. No nos pasará nada, somos los duques de Salisbury. Tenemos una gran reputación. Este es un asunto aislado en Gloucestershire —alegó Kitty—. Y otra cosa, ¿tienes algún inconveniente con que sea una digna exponente femenina de mi familia? ¡Ja! Hubieras deseado casarte con alguna arribista que te hiciera pasar vergüenza.

—No tengo nada en contra de tu familia, pero esta cría infernal no lleva una gota de mi sangre. Debería enviarla con Spencer.

—¿Quieres matar a mi hermano? Es un pobre viejo que apenas ha sobrevivido a sus hermanas. Ten más consideración, tienes solo una hija y él tuvo cinco hermanas. Era un problema multiplicado por cinco. Tú no has puesto mano dura en su crianza y le has dado todo. Las carencias también son necesarias.

—¿Por qué hablan de carencias? ¿Piensas sacarme lo que por derecho me pertenece por culpa de un rufián? ¿No son capaces de creer en mi palabra cuando les digo que él no es el ser impoluto y educado que dice? ¡Trata de engañarlos! —reprochó Augusta, pero como ellos dos habían visto a demasiadas damas de la familia quejarse por capricho, no le creían. Las palabras de Augusta valían exactamente lo mismo que el viento: nada.

Para ese punto, ya no le sorprendía la falta de fe familiar. Preferían creerle a un extraño con modales actuados que a la hija que habían tenido juntos.

—Tu padre y yo nos disculparemos con esa familia, ve con Fanny —ordenó la duquesa.

—Pero...

—Ve. —Su padre no la dejó seguir quejándose de sus infortunios.

Entre tanto, Wilburg se acercó a sus tíos y a sus acompañantes, el barón y la baronesa.

—¿Qué ha ocurrido, su excelencia? No podemos creer lo que ha hecho Augusta —comentó el barón.

Antes de que él respondiera, el duque y la duquesa de Salisbury se acercaban a él. La joven debió decirles lo que había pasado, por lo que debía cambiar eso para que creyeran que ella había tenido la culpa del incidente.

—Tal como el barón, nosotros queremos saber qué ha pasado entre nuestra hija y usted.

Él suspiró como si fuera una víctima inocente y cansada.

—Ella me agravió con sus palabras que faltan a la verdad y al respeto. Me ha tratado de chimpancé —contó.

Albert se sintió muy avergonzado y supo que su hija sí era capaz de decir algo semejante, ya que la autoridad para ella era algo inexistente. Por supuesto que Augusta era un problema en ese caso.

Kitty también creía que su hija era culpable. Si el duque respondió al agravio, no debió ser amable con ella, tampoco lo merecía.

—No sabemos cómo pedir disculpas, excelencia —aseguró Albert muerto de vergüenza, por lo que suponía que su hija había hecho.

—No se preocupe, es comprensible. Milady es aún una niña caprichosa, pero pronto aprenderá que no puede decir ciertas cosas a las personas, al menos no sin esperar una respuesta que no la complazca.

Margarite se mordía la lengua para no decir absolutamente nada, ya que, si lo hacía, se metería hasta el cuello en el asunto y nadie la podría sacar. Le parecía que el tiempo, hacía que las personas fueran menos decentes y precavidas al hablar de otros. El cotilleo era como el pan caliente de una panadería, quien lo oía lo llevaba y lo compraría. El inconveniente en el asunto era que no hacía falta que alguien se pusiera a cotillear, puesto que tanto su sobrino como Augusta habían dejado al descubierto un desacuerdo que podría haberse solucionado en privado sin que sus nombres tuvieran que correr como pólvora ardiendo por el condado.

—Sepan disculpar a nuestra hija. En ocasiones, es un poco insidiosa y petulante, mas ella está entrenada para ser una dama de las mejores. Hoy no debió ser un buen día. La falta de costumbre pudo jugarle en contra. Además, no tiene contacto con caballeros distintos a nuestros parientes. —Kitty no sabía que otras cosas podía decir para justificar la actitud de su hija. Ella sabía que, con los años, esto ocurriría, pues Augusta no tenía límites, no los conocía y menos los respetaría a estas alturas de la vida. A punto de cumplir los dieciocho años sería imposible hacerle entender que no todo sería como ella deseara.

—Por mí no se preocupe, su excelencia. Milady y yo podremos seguir tratándonos en el futuro. El rencor no existe para mí y menos hacia una dama tan hermosa como su hija —refirió Wilburg, sonriente. Él esperaba poder tomarse una pequeña venganza. Lo que le había hecho la

joven era una humillación pública y una patada en los bajos.

Si bien, Wilburg había iniciado con los dimes y diretes contra la joven, debería primar la paciencia por sobre cualquier otra virtud. Él era muy paciente, ya que no tenía otra salida en una casa en la que todos los días parecía existir una batalla sin cuartel entre los duques. Sus padres nunca se habían amado y ninguno de ellos trataba de ocultar o disfrazar ese hecho. Como cualquier otro varón concebido en un matrimonio por conveniencia, no podía esperar nada, aunque en un momento de su vida añoró la paz. Fue tiempo después que sus progenitores murieron para su buena fortuna, pero habían dejado su semilla de la batalla y de lo que no deseaba ver en el futuro. Lady Augusta Relish era todo lo que estaba mal ante sus ojos y no había forma de cambiarlo. Ella no se daba cuenta de que era un pez pequeño frente a un gran tiburón. Augusta creía ser el gran depredador cuando era todo lo contrario.

—Agradecemos su comprensión y esperamos poder resarcir este acontecimiento tan lamentable. Por favor, acepte nuestras disculpas y a través de nosotros la de nuestra hija —pidió Albert que iría a colgar a su pequeño retoño del primer árbol que viera.

—Por favor, para mí es un asunto olvidado y de poca importancia. No hace falta tener que excusar a nadie, la situación es entendible.

Sus tíos no podían creer tanta generosidad por parte de Wilburg, consideraban que él estaba tramando algo o quizá solo ocultaba la amargura por el desdén que le había hecho la joven. Ese era un gran golpe para alguien de la importancia de un duque. Un desaire no era algo difícil de digerir y menos para alguien como Wilburg que no estaba acostumbrado a las humillaciones, sino más bien a las reverencias y zalamería propias del tratamiento hacia su título.

Los duques de Salisbury parecían un poco más conformes con las palabras del duque, pero en el fondo sabían que la niña no se salvaría de alguna llamada de atención o un doloroso castigo. El barón y la baronesa se disculparon por un momento y fueron a atender a invitados que requerían de la presencia de ambos.

—Has reaccionado tan tibio —reprochó su tía—. Me hubieras dejado defenderte. Si me dejaras, le arrancaría las greñas a esa mujer. Cuando dije que era vulgar no me había equivocado.

—Tengo más de treinta años, le aseguro que puedo defenderme solo de una dama desorientada y que pagará su error de alguna manera. ¿Usted cree que la dejaría en paz? Este es el principio de su martirio. Créame que jamás le perdonaré esta humillación, pero es mejor ser el lobo vestido de cordero.

—Suponía que estabas siendo macabro, tienes la misma mirada que mi hermano cuando estaba tramando algo. Te apoyo en la mayor parte de tus decisiones, Wilburg, pero ten cuidado. Puedes terminar repitiendo la historia familiar —advirtió su tío.

—Eso pasaría si esa mujer me interesara, pero no me agrada en nada. Es una chiquilla caprichosa, engreída y mimada. Esa clase de mujer jamás podría ser una esposa para mí. Lo que necesito es una dama sumisa y obediente que sepa cuál es su lugar. Soy consciente de lo que debo buscar para evitar repetir la historia.

—Una dama educada de pueblo es lo mejor que puedes tener. Se ajustará a lo que necesitas

y serás lo más importante en su vida. Observa a las demás jóvenes, y cuando puedas, toma represalias con la joven. No puede salirse con la suya después de lo que ha hecho —alegó Margarite.

Capítulo 9

—Cometiste un crimen horrible, Augusta. Lo más probable es que te quedes soltera para siempre. Si alguien rechaza de esta manera a un duque, nadie te verá con buenos ojos en el futuro. La señorita Harting... Digo, señora Smith, morirá al saber qué has desperdiciado una oportunidad de oro —musitó Fanny que comenzaba a preocuparse por su sobrina.

—Considero que para las mujeres de la familia Fane no es un problema ir contra las normas, aunque deberían seguirla —opinó Clifford—. La institutriz es quien más podría verse afectada en su reputación. ¿Has pensado en la salud de la señora Smith? Ya no es tan joven para soportar algunas cosas de sus pupilas.

—¿Y quién piensa en mi salud cuando alguien está insultándome? Supongo que no es la señora Smith quien debe colocar una sonrisa fingida para agradar a semejante víbora como es ese hombre. Es grosero, arrogante, petulante, incordio, insoportable y no me quedan tantas palabras que puedan describirlo perfectamente como las que dije antes.

—¿Y qué esperas, Augusta? Es un duque. Los duques son insoportables. Creen que merecen el mundo —alegó su tía Fanny.

—Mi padre no es así. Él es un hombre honorable. No se parece en nada a ese...

—Augusta, hablaremos en casa sobre tu comportamiento, pero te quedarás quieta, sentada en un rincón, sin hacer nada más que pensar en lo que has hecho —dijo su padre que se acercó a ella.

—Padre, no sé qué le dijo ese...

—Detente, no digas más. Hablaremos en casa y es mi última palabra. Tu madre y yo trataremos de solucionar el problema en el que nos has metido con tu comportamiento.

Ella solo arrugó su frente antes de aceptar su destino. Si hacía algún tipo de berrinche le iría muy mal, quizá peor de lo que ya le estaba yendo y todo por culpa de ese hombre que lo único bueno que tenía era su atractivo, después era imposible encontrarle alguna cosa que fuera valiosa. Gracias a él, su primera salida fue un verdadero fracaso. Debió pisarlo mil veces en lugar de abandonarlo. ¿Qué hubiera hecho su tía Eugenia con un hombre así? Sin dudas ella le hubiera seguido la corriente hasta que estuvieran en un lugar más privado y pudiera hacerle morder el polvo de la derrota, pero Augusta era mucho más emocional y menos pensante. No tenía el adiestramiento suficiente para tener paciencia con nobles tontos.

Como estaba aburrida, viendo cómo los demás se divertían, cogió una copa de vino y comenzó a tomarla a cortos sorbos. Augusta evitaba mirar hacia donde se encontraba el duque, pero no podía evitarlo, por alguna razón lo buscaba, pero tal vez para maldecirlo con su mirada. Cuando lo halló, sus ojos se cruzaron y aquel desvergonzado levantó su copa con una sonrisa cínica.

La respiración de Augusta se agitó ante la provocación del duque. Debía tratar de recuperar

la compostura o iría a tirarle su copa encima y con eso se aseguraría que nunca terminaría casada con nadie por el resto de sus días. Cambió de posición para evitar verlo, pero él parecía moverse con intención de que ella no lo perdiera de vista. Era tan insolente que quizá él también quedara soltero. Ser un duque tampoco debería representar tener un lugar seguro en el mundo del matrimonio. ¿Por qué solo las mujeres debían luchar por un buen esposo que las tratara bien cuando eso debería ser una obligación?

Para esa instancia comenzaba a cuestionarse muchas cosas que tenían que ver con su formación. ¿Por qué ella debía agradar a todos y nadie quería agradarla? Su padre era muy encantador con su madre, entonces, eso contradecía los perceptos de la institutriz.

Wilburg observaba a la joven que tampoco le perdía el rastro. Ambos eran desafiantes, ninguno de los dos quería perder. Se notaba que lady Augusta Relish lo tenía atorado en su garganta, tendría que seguir así, ya que solo estaba empezando su proceso para que ella tampoco estuviera feliz. ¿Qué creía? No la dejaría en paz hasta que él se sintiera compensado por la humillación de haberlo dejado en medio del salón. No estaba acostumbrado a ser la comidilla de los salones, él era alguien que imponía tendencia, alguien importante. Una niña como ella no debería ser un impedimento para ser alguien de peso en Gloucestershire. Ella se hundiría y él saldría a flote.

Podría atreverse a seguir buscando más problemas y solo lo haría para divertirse, pero eso echaría a perder su venganza que quería disfrutar como el mejor platillo que le pudieran servir.

La joven solo esperaba que pudieran irse de ese lugar. El duque le hacía la guerra de nervios y ella no quería caer en provocaciones que le acarrearían más problemas que soluciones. Ya tenía pendiente algo con sus padres, no podía sumarse alguna otra tontería al hombro. Lo único que lamentaba era que se había portado tan bien para nada. El duque de Westwood lo había echado a perder todo, convirtiéndola no solo en la amargura personificada en esa fiesta, sino también al dejarla sin oportunidades gracias a que debió decirle algo que no era cierto a su padre, por la que su relación idílica con su progenitor podría perderse para siempre. El nombre de la familia era muy importante, menos mal que no tenía una hermana que dependiera de que ella hiciera algo bien o mal o estaría en un problema terrible.

Cuando por fin llegó la hora de retirarse, pese a que Augusta estaba un poco temerosa por su destino, trataba de no demostrar su miedo.

—Augusta Philipa Eugenia Relish Fane... —pronunció el duque tratando de respirar con tranquilidad.

Al escuchar el nombre completo de su hija, Kitty supo que nada podía salir bien. Hizo una mueca dolorosa, pues su hermano solía usar esa frase para castigarla a ella y a sus hermanas.

—¿Qué ocurre, padre?

—¿Has llamado chimpancé al duque? —preguntó buscando tranquilizarse.

La joven guardó silencio y después se mordió los labios. No tenía escapatoria. Si no lo asumía, él lo sabría y si decía que sí, de todas maneras, sería castigada.

—Creo que he sido generosa con mi apreciación sobre él —contestó para sorpresa de sus padres.

—Entonces es cierto —habló el duque.

—Depende. Ese hombre es un refinado farsante. No cambiaré ninguna palabra de lo que he dicho. No me pida que por alguna razón me disculpe con él porque una vez que lo tenga enfrente, le escupiré en la cara. Me ha insultado y me ha dicho que solo me tratará con el mote de: mujer, y que no merezco más que eso. ¿Piensa que debo tenerle consideración a alguien así? Me ha acusado de querer llamar la atención con mis joyas y me ha tratado de pretenciosa.

—Augusta tiene razón al haber tratado así a ese hombre. Por supuesto que todo lo pondrá a su favor. No puedes caer en sus maquinaciones —musitó Kitty defendiendo a su hija.

—Lo ha llamado chimpancé. Es un duque, Kitty, eso no puede traer nada bueno. Lo mejor es que ella se disculpe.

—¡Primero muerta antes que disculparme con ese practicante de Satán! No me obligue a hacerlo, padre, porque me quedaré soltera para siempre.

—Más bien creo que él tiene potencial para ser tu esposo. Es perfecto.

Tanto Augusta como Kitty se habían quedado boquiabiertas por lo que decía el hombre cabeza de esa familia.

—¿Perfecto para qué? ¿Para enloquecerme? ¿Cómo puede pensar en dejar a su hija con alguien así? Pensé que me amaba, padre.

—Por supuesto que te amo, Augusta, pero me preocupa más tu posición social. Tu madre y yo no fuimos los mejores amigos al conocernos.

—Tu sabueso infernal casi me mata...

—Por favor, no quiero recordar ese evento. Mataron a mi pequeño.

—Pequeñas eran mis esperanzas de salir con vida, querido, pero todo en la vida es cuestión de prioridades —masculló Kitty al recordar tal evento.

—No me interesa un matrimonio con ese... caballero o chimpancé, aunque la idea de soltar a mis perros si llegara a verlo no es mala. Se está quedando cerca de aquí, un descuido y puede terminar de un bocado en las fauces de Silvester o los otros.

—Quita esa idea de tu cabeza, Augusta. No vas a echarle tus perros a nadie. Es insensato de tu parte. Deberías considerar lo que te digo. Supongo que le has resultado fascinante al duque. Podríamos invitarlo a una jornada de cacería —opinó el duque.

—Donde supongo que él será el pato si llegara a encargarme de atenderlo —replicó la joven sin dar un paso atrás.

—No la obligues. Considero que deberíamos hacer lo mejor por librarnos del problema en

el que nos ha metido Augusta ante la sociedad y después regresar a Londres para estar rodeados de nuestra familia, querido. ¿Para qué emparentar con un grosero? Ni siquiera está cerca de ser tan rico, elegante y excéntrico como tú, Albert.

—Qué halagos, Kitty Fane, pero no le darás malos consejos a Augusta. Todos te conocen en la familia por ser la más rebelde y a la que castigaron enviándote aquí para no hundir al resto de tus hermanas.

—¿Piensas traer el pasado de vuelta? ¿Y si hablamos de ti que llevabas encerrado en tu casa por años como un ermitaño, huyendo de una pésima elección de esposa?

—¡Silencio! Esto no se trata de ustedes, se trata de mí. Estoy de acuerdo con mi madre. No quiero volver a ver a ese hombre y tampoco moveré un solo dedo por llevarme bien con él. Si pueden solucionar lo que he hecho, tendrán mi gratitud eterna.

—¿Piensan que me voy a ir a Londres sabiendo que tengo cosas que cazar aquí? Hemos quedado que iremos a mitad de la temporada. Augusta será codiciada, claro, si logramos limpiar lo que ha hecho. También, el duque y muchas de las personas que están aquí irán ahí y no solo lo hacen por necesidad, sino además por curiosidad de lo que ocurrirá. Puedes huir de las malas lenguas, pero esconderte no será fácil. ¿Imaginan si esto lo llegara a saber lady Kirby?

—Espero que para estas alturas de la vida dejara los salones o Augusta será el festín de esa mujer.

—¿Quién le da tanta importancia a una mujer decrépita? —interrogó Augusta.

—El conocimiento de varias generaciones es importante. El problema con los jóvenes de ahora es que creen que no necesitarán de una matrona del calibre de lady Kirby. Cuando las cosas se ponen difíciles, es ahí donde uno va en busca de soluciones. Los años de experiencia no son en vano, Augusta —dijo su padre.

—Un adefesio no puede decir nada sobre mí y menos chismes sin fundamentos.

—¿Sin fundamentos? ¿Estás segura? —increpó su madre.

—Tal vez algunos. No es justo... —lloriqueó Augusta.

Nada le estaba saliendo bien a ella. Primero pelea con un hombre atractivo que para colmo de males resulta ser un duque. Su padre comenzaba a ser un viejo zorro casamentero que quería recrear la historia de su madre en ella. Y, para agravar su situación, debía preocuparse por una casamentera desconocida que probablemente hablara pestes de ella en Londres. Existían muchas cosas que ella desconocía sobre el mundo del matrimonio y que, comenzaba a comprender por las malas.

Exaltarse parecería ser la peor forma de enfrentar un problema fuera de su casa. ¿Cómo podría prosperar fuera si dentro conseguía casi todo lo que deseaba, salvo dejar mal a su institutriz? En esta ocasión un desconocido puso en su contra al hombre que pensaba que la amaba como nadie podría hacerlo en el mundo: su queridísimo y amado padre. Lo peor era que con palabras absurdas de caballero educado, debió convencerlo de que ella era la maldad

encarnada.

Al llegar a su residencia, su padre la ayudó a bajar al igual que a su madre.

—Mañana la señora Smith se enterará de lo que has hecho —comunicó Albert.

—¿No piensa en la salud de una mujer mayor, padre?

—La señora Smith ya debe tener una piedra en lugar de corazón. Ha llorado tanto por cada una de sus pupilas que supongo que sus lagrimales deben estar secos —alegó el duque.

Capítulo 10

Dormiría con un gran cargo de conciencia al pensar que algo malo le pasaría a la señora Smith. Llevaba muchos años conociéndola y no solo desde que era su institutriz, sino también cuando fue la de sus tías. Pese a que no le gustaba que la persiguiera tanto, tenía un cariño muy especial por ella, al igual que toda la familia. Los demás miembros estaban haciendo fila para poder llevarla y que pudiera educar a otras futuras damas como sus primas, aunque no creía que la pobre pudiera alcanzar eso después del disgusto que le causaría cuando se enterara que le dijo chimpancé a un duque.

—Buenas... —Amber no terminó su saludo al ver que Augusta levantó la mano para que ella no dijera nada, mientras entraba a la habitación.

—Me fue horrible. No es una buena noche, esto es de terror, Amber —contó a la vez que intentaba quitarse los zapatos.

Su doncella corrió hacia ella, la sentó en la cama para ayudarla a deshacerse de lo que le molestaba.

—Cuénteme lo que ha ocurrido. No puede venir y decir que solo le ha ido mal. Debería explicarlo para que pueda comprender y alcanzar a consolarla si esto fuera necesario. Sé que no debería pedirle que me cuente, pero usted empezó.

—He peleado con un duque —confesó.

Amber ahogó un grito que quizá despertara a la gente que dormía en esa casa si no lo controlaba.

—¿Cómo ha podido hacer algo semejante, milady? Se ha disparado en el pie. Mañana su institutriz se morirá.

—No me hagas sentir más culpable de lo que ya me siento, Amber. Ese hombre me ha tratado de muchas cosas no dignas de una dama de mi alcurnia. ¿Será posible que él no entienda con quién se ha metido? Debería estar bebiendo su sangre en este momento; sin embargo, me preocupa más que mi familia y mi institutriz me den la espalda o tengan algún problema por mi causa. Jamás lo perdonaré. Si lo llegara ver... Porque es sobrino del vecino que está aquí cerca, le echaré a mis perros y sin duda, lo perseguiré con un arma para matarlo. Me ha dejado mal parada frente a mis padres, haciéndose pasar por víctima por decirle chimpancé.

—Oh, milady, no debió decir eso. La inteligencia no se hizo presente en ese momento, me sorprende, pues usted no es de esa forma.

—Debió confundirme con su atractivo. Ese grosero es capaz de cegar a una dama con sus ojos. Fui provocada y entontecida por un bruto.

—Entonces le gusta...

—¡No, por supuesto que no! Tengo el paladar muy fino como para probar semejante porquería inglesa.

—Esas palabras que ha dicho le costarán caro con su padre, milady, pero quiero que me lo cuente absolutamente todo.

Augusta comenzó con su relato detallado de todo lo que había ocurrido esa noche. No ganaría mucho siendo cotilla con su criada, pero al menos desahogaría sus pensamientos que la aquejaban.

Después de que Amber se fuera, ella quedó despierta cavilando todo lo que había pasado. Wilburg Westwood era irrespetuoso, creía que todos le debían fineza cuando él solo era un duque sin educación.

Por la mañana, Albert mandó llamar a la señora Smith a su despacho para conversar sobre lo que había pasado. Kitty la acompañaba por si algo ocurría.

—Las reuniones privadas en los despachos de los tutores no es buena señal —pronunció la señora Smith. Imaginaba que nada hermoso podría salir de algo así.

—Tiene razón, señora Smith, usted mejor que nadie conoce lo que pasa en esos casos —habló Kitty.

—¿Qué ha hecho lady Augusta? Con todos mis años de experiencia espero que no me afecten tanto sus acciones.

—También espero que no lo tome mal. Augusta le ha dicho chimpancé a un duque —contó el duque.

—¡Chimpancé! —exclamó la institutriz, después se desvaneció.

—¡Señora Smith! —la llamaron el duque y la duquesa.

Kitty abrió su abanico para soplarle el rostro a la pobre mujer que había tenido una fuerte impresión. Albert cogió unas hojas y comenzó a abanicar a la educadora.

—Sabía que no estaba lista. Ella no está en edad de seguir haciendo esto —dijo Kitty, preocupada.

—No me sorprende que su salud se debilitara por tantos años de aguantar a las hermanas Fane. No cualquiera sobrevive a cinco de la misma generación y a la segunda generación.

—Señora Smith, despierte, por favor —pidió la duquesa, pero ella no reaccionaba.

El duque agitó la campanilla para que su personal se presentara ahí y pudieran ayudarlos.

Amber, la doncella, que estaba escuchando lo que ocurría, en lugar de ayudar a los duques, se escabulló antes de que otro criado la viera oyendo tras la puerta. Corrió escaleras arriba hacia la habitación de Augusta. Abrió la puerta sin permiso y vio a la joven despertando.

—¡Milady, despierte! —pidió apresurada.

—Estoy despertando. Déjame abrir los ojos con lentitud...

—¡No puede continuar ajena a lo que pasa en la casa!

—¿Qué puede estar pasando? ¿Algunos inútiles dejaron abierta la tranquera y escaparon los perros otra vez?

—Ya desearía que fuese eso, pero no es así. Su padre...

—¡Qué le ocurrió a mi padre! —espetó exaltada.

—A su padre, nada, pero creo que la institutriz ha muerto a causa del asunto del chimpancé, el duque se lo ha dicho y ella no lo ha tomado muy bien.

—¡Cómo que muerta! ¡No! ¡Eso no es posible!

Ella saltó de la cama, abrió la puerta con prisa. Corrió descalza por la casa buscando el lugar donde podría estar la institutriz. Cuando vio a los criados correr hacia el despacho de su padre, supo que ahí era el lugar.

Al acercarse hasta la entrada de la estancia, observó que la cocinera le colocaba sales en la nariz y el mayordomo trataba de darle aire.

Sus padres dirigieron su vista hacia ella al verla entrar. Esas miradas acusatorias eran dolorosas.

—No puedo creer que milady hiciera algo semejante. Les juro que eso no se lo he enseñado... —pronunció la señora Smith entre lágrimas.

—Lo sabemos, señora Smith. Augusta es responsable por sus propias acciones, espero que tenga mano dura con ella hasta quitarle eso que podría dejarla soltera para siempre —musitó Albert.

—Ninguna de mis pupilas se quedará soltera. Lady Augusta no será la excepción. La castigaré como merece.

De nuevo la palabra menos mágica de la tierra: castigo. Augusta no sabía con qué podrían castigarla.

—Señora Smith... —murmuró Augusta que se acercó a ella.

—Con usted tendré que usar técnicas más drásticas, lady Augusta. Sus orejas comenzarán a crecer —advirtió la señora Smith.

—No entiendo a qué se refiere.

—¿Cómo ha podido decirle chimpancé a un duque? ¿Qué le he enseñado a decir?

—El placer es mío o he sabido que usted es un hombre muy importante... —respondió

Augusta que agachó la mirada.

—¿En qué parte debía decir chimpancé? ¡En ninguna! —se exaltó la mujer.

—Trate de calmarse, señora Smith... —rogó Kitty para que no volviera a desmayarse.

—¡Oh, su excelencia! Usted es mi orgullo, la primera gran duquesa de la familia, quien ha catapultado mi nombre hacia las altas esferas como una gran referente de la educación, pero su hija... ¡No puedo rendirme! Usted fue un hueso duro de roer, pero ha podido lograr esto. Milady debe ser capaz de lograr algo similar si deja la inmadurez de lado. Una joven de su edad está preparada para llevar una casa a la perfección. No la he preparado para que sea una pueblerina, lady Augusta, la preparé para ser una duquesa. No puede pelearse con quien quizá será un esposo. Las posibilidades de volver a encontrar a otro caballero joven con un título parecido no son tan fáciles.

—Como si fuera que ese caballero es la juventud encarnada. Es casi de la edad de una antigüedad, juraría haber visto canas en su cabellera. No se sienta mal si ese hombre desaparece de nuestras vidas. Nadie lo extrañará —declaró la joven.

—Puede usar una fusta para una educación más justa, señora Smith —pronunció Albert.

—No hace falta. Solo le pido, su excelencia, que le quite todos sus privilegios a milady y que le prohíba salir de la casa. Con eso su espíritu estará más que doblegado y dispuesto a trabajar para ser una dama, buscar al mejor candidato y pedir disculpas.

—Se nota que no le han dicho todo lo necesario para que sepa de qué lado ponerse, señora Smith. Mi padre ha hecho omisiones imperdonables. Faltó que le diga que ese señor me ha acusado de desear llamar la atención y hasta de que soy una mujer vulgar por las joyas que llevaba. No es culpa mía que viva en un florero o en un plato hondo para desconocer lo que son alhajas de verdad. El pobrecillo no sabe lo que es el ojo crítico, pero eso ya no importa. Lo único importante aquí es que ustedes están equivocados con respecto a mí. Castígueme, señora Smith, mas eso no le asegura que yo iré corriendo a pedirle perdón de rodillas a un ignorante solo porque es un duque. Mi orgullo es mucho más grande que mi sentido común.

Augusta le dio la espalda a todos en el despacho y fue rumbo a su habitación otra vez, pero esta vez para cambiarse y salir de la casa a dar un paseo y quizá hasta no regresar jamás. A nadie le preocupaban sus sentimientos y pensamientos, ¿por qué en esta situación la dejaban de lado?

—La señora Smith no está muerta, Amber. Solo quiere castigarme. Demonios, mi padre, en lugar de ponerse de mi lado, prefiere cualquier otra cosa —farfulló.

—No vuelva a decir esa mala palabra o tendrá más problemas de los que ya tiene. Escuche, milady, estaba pensando en que el asunto no es tan grave. Pronto sus padres olvidarán el asunto, regresaremos a Londres y dejaremos ese condado en el absoluto pasado. Le sugiero que espere a que sus padres se tranquilicen. Ellos la adoran y no la obligarán a nada. Ahora están preocupados por su reputación, pero tal vez esto pase más pronto que tarde y todos nos ahogamos en un vaso de agua.

La joven miró a su doncella y alzó una ceja. Era la primera cosa coherente que le había

escuchado decir a Amber. Ciertamente, quizá se estuviera ahogando más bien en un charco. Debería dejar que las cosas se enfriaran y no provocar fricciones entre ella y sus padres. Lo único que debía hacer eran olvidarse de que alguna vez había conocido al duque de Westwood.

—Debo admitir que tiene sentido lo que dijiste. Entonces, me quedo callada, aunque ya me castigarán...

—Mmm... Sí.

—No me gusta. Esto no me gusta. La señora Smith ha pedido que me quitaran mis privilegios. Quiero escuchar todos los malditos privilegios que se supone que tengo.

—Otra palabra que a su institutriz no le gustará escuchar...

—¿Salir a caminar es un privilegio? Supongo que es un derecho que tengo. Piensan encerrarme aquí, pero no importa, de día o de noche, en la luz o en la oscuridad, podré hacer lo que yo quiera. Después ya le perteneceré a algún tonto.

—Elija bien al tonto o lo peor será que su padre lo escoja por usted y termine casada con su peor enemigo.

—Quisiera decir que mi padre sería incapaz de semejante acto, pero desde ayer, lo desconozco por completo. Ha salido su vena casamentera, a la que no le importa si seré feliz. Solo él quiere serlo. Si tanto le cree a ese duque, que lo adopte como su hijo. Sabes que no me importa llevarme bien con hermanos inútiles.

—Milady, sus modales van en decadencia a medida que se hace mayor. Espero que no la escuche otra persona de la casa.

Para Augusta, salir de la casa sin haber desayunado, podría ser un agravante a su situación. Debía presentarse y después desaparecer con lentitud. Llegó al comedor y vio a sus padres con sus rostros muy serios. Parecían odiarla en ese mismo instante.

—Decir buen día estaría contraindicado en este momento... —saludó antes de que un sirviente moviera su silla para que ella se sentara.

—Ahora recuerdas tus buenos modales, de nada sirve que quieras agradarnos si ya te conocemos —alegó su padre.

—Tus acciones han sido horribles y no me refiero solo a eso, sino también a lo que has hecho hoy. Pudiste haber acabado con la vida de la señora Smith —reprochó su madre.

—Ustedes casi acabaron con su vida. Si se hubieran mantenido en silencio, nada hubiera ocurrido.

Capítulo 11

—¿Desde cuándo los patos le tiran a las pistolas, jovencita? —interrogó Albert casi escandalizado por la actitud de su hija que, en ese instante, se parecía a alguna de sus cuñadas en el pasado. Lo más probable es que Augusta se pareciera a él solo en los dedos del pie, porque del resto muy poco o nada.

—¿Para qué dan consejos que no van a seguir? Siempre dicen que no hay que contar cosas muy graves si no es necesario. La señora Smith no necesitaba que alguien le dijera que yo había dicho lo que pensaba de una bestia con tratamiento de su excelencia. Solo requería que le dijeran que me había defendido.

—De la manera incorrecta —masculló su madre.

—Tal vez, pero ¿ninguno de ustedes ha reaccionado de esa manera inconsciente en el fragor de la batalla?

—Es cierto, yo desafié a un duque. Le traje su perro muerto y se lo dejé en el despacho —replicó Kitty.

—¿Lo ve, padre? Aquí está ella casada con usted. No se ha quedado sin matrimonio.

—¿Y sabes por qué no se ha quedado sin matrimonio, Augusta? Porque se casó con la persona a la que ofendió. Lo que significa que tú deberías casarte con ese hombre por lo que has hecho. ¿Crees que has dado el mejor ejemplo?

—Escogí mal. Lo lamento. No me casaré con ese hombre ni aunque fuera el último hombre de este país.

—No digas que de esta agua no he de beber —aseguró su madre—, porque yo tampoco quería casarme con este encantador duque que ves aquí. Era un huraño insoportable.

—¿Era? —preguntó Albert.

—Lo sigues siendo, pero un poco más agradable después de casarnos. Yo sí he tenido que cambiar por ti y por mis hermanas. Lo bueno es que Augusta no tiene la responsabilidad de hacer bien las cosas para que sus hermanas no terminen mal.

—¿La estás apoyando, Kitty?

—No, solo estoy diciendo que no tiene razones para sentirse presionada a pensar que debe casarse con un incordio que la ha llamado vulgar. Mi lado Fane prima sobre mi honorable título de duquesa de Salisbury.

—Tú y yo hablaremos después, Kitty, y tú, Augusta, sigues castigada porque soy antojadizo —sentenció el duque—. Sin privilegios hasta que pase todo esto. Por un par de semanas seremos la comidilla de este lugar... Al que, por cierto, vengo para estar en paz, una paz que no tengo desde que ustedes dos me acompañan.

—Eso significa que no podemos hablar con él, Augusta. Es un ser irracional en este mismo instante. Comamos en silencio.

Augusta tuvo que obedecer y no decir nada. Al paso que iba podrían hasta mandarla a vender verduras en el mercado solo para avergonzarla.

Al terminar su desayuno, Augusta creyó que escaparía de la señora Smith, salió como una pequeña delincuente hacia el área de las caballerizas, pero ella estaba ahí, con los brazos cruzados, viéndola llegar.

—Señora Smith... —habló Augusta, sorprendida.

—¿A dónde iba? —cuestionó la institutriz—. Supongo que no estaba pensando en que saldría a cabalgar…

—Por supuesto que no, señora Smith. Solo estaba caminando.

—Caminando hacia las caballerizas. Me temo que con usted usaré una de las técnicas que no todas las institutrices quieren utilizar, pero ante su desobediencia, he sido autorizada a utilizarla. —La institutriz le mostró sus dedos índice y pulgar del lado derecho.

—¿Qué significa eso, señora Smith? ¿No estará pensando en pellizcar mi brazo?

—No. Su brazo, no, pero su oreja, sí.

—¡Ay! —exclamó Augusta al sentir que la mujer la cogió del cartílago que componía su oreja y la estiró hacia la residencia.

—Con ninguna de las hermanas Fane he utilizado esto, pero parece que cada generación de niñas es más rebelde. Regresará a la casa y escribirá en una hoja en doble carilla: «No volveré a decirle chimpancé a nadie».

—¿Y puedo decirle orangután? —curioseó sarcástica—. ¡Ay, ay, ay! ¡Era un chascarrillo!

—Desde hoy en adelante no volverá a tratar a nadie de chimpancé, simio, orangután o cualquier otro bípedo de la creación que se parezca a un humano. Aprenderá la lección.

***

Mientras que Augusta sufría por sus dichos, el duque de Westwood montaba en su caballo blanco, como si fuera el héroe de algún libro. Salió en compañía de sus tíos para despejar su mente de lo que había ocurrido la noche anterior.

Pese al bochornoso baile que tuvo con lady Augusta Relish, no había podido dejar de pensar en ella, en sus gestos, sus palabras, sus desafíos y su increíble belleza. Era la peor candidata a esposa y, de hecho, jamás la consideraría como tal, ya que pelearía con ella todos los días de su vida hasta que la muerte les hiciera el favor de liberarlos de esa tortura que podría ser eterna.

—¿En qué piensas, querido? No quiero creer que sigues dando vueltas en lo que ocurrió

con esa niña sin educación —habló su tía.

—No estaba pensando en eso, aunque tiene que ver. Hay consecuencias en lo que ha hecho.

—Quisiera que no se casara nunca. Es una arpía. Si te atreves a abrir un poco la boca, puede hacer que ella se quede soltera, pero creo que la misma sociedad se encargará de dejarla así —siguió su tía.

—Es la hija de un duque, la dote debe ser algo muy interesante. No se quedará soltera solo por darle el gusto a usted, tía. Su padre me ha parecido un caballero en toda regla, mas ella deja un poco que desear en ese aspecto, pero no la culpo, debo admitir que soy un poco impertinente.

—Eso significa que tú provocaste lo que ella te dijo —concluyó su tío.

—Es cierto, la perseguí durante toda la noche con mi mirada hasta conseguir su atención. Considero que ella estaba buscando eso con tantas joyas que llevaba encima en un evento tan sencillo y convencional como ese. Tampoco puedo sorprenderme si es una debutante, no tiene experiencia en nada.

—Pese a que tú pudiste haberla provocado, no apoyo su falta de delicadeza. Las damas deben comportarse contra todo pronóstico negativo.

—Tantos celos te harán daño, querida. Nadie te robará a Wilburg —habló Ernest.

—No son celos. Esa joven no sabe apreciar la valía de mi pequeño niño...

—Tía, no más humillaciones cariñosas, por favor. Soy un hombre hecho y derecho, estas cosas denigran mi masculinidad. No quisiera que alguna de esas frases como pedacito de cielo o algo similar se le terminara escapando frente a alguna joven interesante.

—La gente morirá de envidia al saber lo amado que eres. Que no te dé vergüenza, Wilburg.

—Me mata de vergüenza. Trate de evitarlo el mayor tiempo que pueda, que no se le escape frente a otros.

Los tres cabalgaron por el territorio de la familia de Wilburg, ya que no había mucho que hacer. Quizá se tomara el tiempo de escribirle un par de cartas a sus amigos para decirles que en esta temporada no contaran con él. Necesitaba un descanso de los excesos, el alcohol, las mujeres, la sociedad y todo, antes de buscar una esposa. No le parecía que fuera algo de vida o muerte, pero no dejaba de pensar en sus tíos y en los deseos que ellos tenían por dar su infinito amor a un pequeño o una pequeña.

Al regresar a la casona, Wilburg fue a su habitación, se sentó junto a la ventana, cogió papel y pluma para comenzar a escribir, pero en lugar de eso sus ojos se perdieron en el verde paisaje de Gloucestershire. De un lado los frondosos árboles y del otro las amplias praderas rodeadas por pastizales. A lo lejos se veían las tierras de los arrendatarios de la localidad. Ese lugar era tan distinto a Londres que apreciaba esa diversidad. Llegaba a cansarse de las cosas que siempre veía en la ciudad. Conocía a la perfección la propiedad de su tío, pero nunca la había apreciado realmente hasta ese momento.

Después de un buen rato de estar perdido en el paisaje, desistió de la idea de escribir una carta. Prefirió acariciar su rostro con la pluma que debería ser para escribir. Le costaba pensar en algo en concreto, su mente viajaba, dispersa entre sus ojos y sus acciones. ¿Por qué no podía dejar de pensar en la hija del duque de Salisbury? No era una mujer que le hubiera mostrado un exceso de piel para excitarse de manera descomunal, pero le clavó en algún lugar que todavía no sabía. Tal vez en el interés por pelear, ya que, pese a su carácter orgulloso y prepotente, trataba de mantener la calma y el control para evitar peleas por el estigma que representaba para él. Sin embargo, al ver a Augusta, él quería algo más que peleas y discusiones, quería apreciarla, pues su atractivo era indudable y lo mantenía ciego. Debería mantener la distancia con ella e intentar no volver a pensar en alguien tan insoportable y de igual manera inconveniente.

Su personalidad apabullante chocaría constantemente con la suya, ya que eran tan parecidos en ciertos aspectos que lo mejor era que ni siquiera vivieran en el mismo condado. Esperaba que la vida no se encaprichara con encontrarlos en cada rincón de este lugar.

Agobiado por sus pensamientos absurdos, abandonó su asiento y salió de la habitación con la intención de coger un libro de la biblioteca. Debía hacer algo para regresar a ser el mismo Wilburg de siempre. El hombre serio, orgulloso e insufrible, ese era él. Todo muy correcto, pero bastante amargado para los demás por las posiciones que tomaba, en ocasiones con inteligencia y otras veces empeñado en conseguir algo que se le metía en la cabeza, como un niño caprichoso. Esa era la herencia que habían dejado sus padres en él, jamás se resignaba a perder, eso estaba en su sangre y por ambos lados. Era el hijo concebido sin amor, por una obligación y para demostrarle a los demás que ese título se perpetuaría. Por supuesto que se perpetuaría, pero a un costo muy alto para un pequeño niño que conoció el afecto de mano de sus tíos que no eran capaces de concebir un hijo. Él vivió la mayor parte del tiempo entre Gloucestershire y Londres, después en Eton. Pocos momentos recordaba con anhelo en su casa de la gran ciudad. Su madre no era muy cariñosa, aunque su padre sí demostraba que estaba orgulloso de él y lo presumía frente a la sociedad.

Él recordaba haber sido feliz cuando salía con su tío y su padre a las jornadas de cacería. Su madre se quedaba haciéndole compañía a su tía Margarite y nunca le hablaba bien de su esposo. Quería saber cuál era la razón del odio de su madre hacia su padre. Una razón era que ambos se sentían poderosos, pero no creía que ese fuera el evento desencadenante, debía existir otra cosa, y pensar en ese algo a veces no lo dejaba estar tranquilo, él quería saber la razón de muchas cosas.

—En un par de días hay un baile de máscaras, querido. ¿No te parece divertido? —preguntó la tía de Wilburg.

—¿En cuántos días? —respondió Wilburg con una pregunta.

—En una semana.

—Me esconderé para no ir. No tengo ningún interés en eso y menos si me cruzaré con lady Augusta Relish.

—A esa jovencita no la dejarán salir hasta nuevo aviso. Disfruta, querido. Hay muchas jóvenes preciosas y humildes que puedes conocer y que encajarán a la perfección con lo que

necesitas.

—No necesito nada de eso, tía. ¿Y mi tío?

—Está en el despacho. ¿Quieres ir con él? Mejor quédate conmigo, estoy bordando un pañuelo para ti en donde pongo que eres un terrón de azúcar.

—Tía, piense en mi masculinidad. Este asunto de los sobrenombres es perturbador. Con mi nombre es suficiente. No me ponga motes extraños. Imagine que se me llegara a perder el pañuelo... Dios no lo quiera, pero para conservar mi hombría intacta, no ponga mis iniciales junto con terrón de azúcar por si acaso, piense en mi reputación, está bastante ajada en Gloucestershire, no creo que usted desee contribuir a mi desgracia.

—Por supuesto que no. Era una broma para hacerte reír. Te noto preocupado y no me gusta verte así. Ve a hacer lo que gustes, hijo. Después seguiremos conversando.

Capítulo 12

Augusta sentía que sus orejas ya eran dignas de ser confundidas con las de una liebre. La señora Smith no había tenido compasión por esa parte de su cuerpo.

—¿Por qué tienes esa cara, Augusta? —preguntó Kitty que la vio lagrimeando en un rincón de la casa.

—Tengo una oreja de liebre, madre... —respondió la joven lloriqueando.

—¿A qué te refieres?

—¡Que está más larga!

—¿Qué pasa? —curioseó el duque que se acercó a su esposa y a su hija.

—Que la señora Smith me ha alargado la oreja y ahora parezco una liebre. Esa mujer malvada a la que llaman mi institutriz también me ha hecho escribir tanto que me duele la mano.

—Tienes suerte de que la señora Smith no te igualara la otra oreja, Augusta, y que tampoco dijera que parecía de burro. Tu institutriz debió atajar su mal genio para dejarte una oreja saludable, deberías agradecerle —musitó el duque.

—¡Cómo se atreve a decir algo así! —lloriqueó—. ¿Por qué quería tanto a sus cuñadas y en especial a mi tía Eugenia, pero a mí me odia?

—Los hijos son una responsabilidad distinta, Augusta. Lamento haber sido muy condescendiente contigo, pues has puesto en peligro tu futuro. Por mis cuñadas me preocupaba, pero justamente para que no quedaran como un clavo aquí en mi propiedad. Si he movido cielo, mar y tierra por ellas, no dudes que también lo haré por ti. En mi casa no habrá mujeres solteras.

—Tu padre está muy influenciado por Spencer, Augusta. Como buena Fane que eres, ignorarás ese comentario y te irás a dar una vuelta por el jardín. No más de eso. Tal vez mañana puedas salir un poco más, si la señora Smith no tiene nada más para ti —habló Kitty, que en ocasiones se veía reflejada en las actitudes erráticas de su hija. Ella también había sido joven y rebelde, y los castigos tampoco le resultaban ajenos, solo que Kitty no podía ponerse en su totalidad del lado de Augusta, ya que parte de sus actos eran errados.

La joven obedeció a su madre y fue a dar una vuelta por el jardín. Dentro de su mente palpitaba el enfado hacia su padre. A todos los trataba bien y a ella comenzaba a hacerla a un lado como si no importara. Parecía alguien con el objetivo fijo de deshacerse de su hija. Como padre estaba dejando mucho que desear. Llevaba poco tiempo dándose cuenta de que su progenitor no era lo que creía.

Para los días que siguieron, Augusta seguía castigada por la institutriz, pero como ella no conseguía nada que le gustara y le habían arrebatado sus joyas más preciadas para guardarlas en la habitación de sus padres, decidió que estaba cansada de ser la niña que aceptaba los castigos

sin nada que decir. Estaba cansada y se iría a vivir como quería, al menos por un día. Que todos se preocupen por ella para que, al menos, la estimen un poco.

Ella cerró el libro que la señora Smith le ordenó que leyera.

—Adiós a: «La obediencia y la felicidad de una dama». —Augusta citó el nombre del libro —. Ha sido suficiente de tonterías para ser la esclava de un caballero. A mí no me verán de esa manera y menos con ese duque que mi padre tanto mezquina.

—Milady, la señora Smith se enfadará y su castigo será épico si no lee lo que le ordenó —dijo Amber que estaba acompañándola después de terminar los quehaceres. También le servía de espectadora para que no se aburriera.

—Soy capaz de soportar todos los castigos existentes, menos casarme con «su rareza». A veces lamento que las cosas sean así, porque... Me hubiera gustado que él fuera ese romántico consentidor con el que sueño, pero es el patán de mis pesadillas —confesó dejando el libro a un lado. Sé levantó del sillón y fue hacia la puerta solo para corroborar que estaba cerrada con llave. A su institutriz no se le escapaba ese detalle, pero a ella tampoco. Se dirigió hacia la ventana para abrirla y salir por ahí.

—¡Milady! ¿Qué está haciendo? —indagó la doncella que la veía salir por ahí.

—Me voy, ¿no ves? No pienso seguir aquí en este lugar. Es suficiente castigo y quiero un poco de paz, lo que venga después lo enfrentaré de alguna manera.

—¡La señora Smith enloquecerá! ¡La matará!

—Lo lamentaré por mis queridas primas, pero me voy. Puedes quedarte y que te coja de la oreja o venirte conmigo. ¿Quién te castigará? Ella no tiene influencia sobre ti, mi padre sí puede hacerlo.

—Le tengo más miedo al duque...

—El miedo es para las gallinas, ven aquí.

—Pero, milady...

—Cacareas muy alto, te escucharán y mis planes se echarán a perder.

—Siento que esto me va a doler —alegó la doncella que siguió a Augusta, saliendo por el mismo lugar que ella—. Espero que su padre no esté en su despacho. Estaba abriendo invitaciones para otros eventos. Hay una mascarada muy pronto.

—¿Has dicho una mascarada? —inquirió Augusta, interesada.

—Usted no irá.

—Nadie te ha pedido tu opinión. ¿En dónde será?

—No lo sé.

Augusta giró sobre sus talones para increpar a su doncella.

—Eso no es posible. No hay otra persona que sepa más que tú en esta casa, ahora, dímelo.

—Solo la estoy cuidando de cualquier mala decisión que quiera tomar. ¡No debí decirle nada!

—Le pediré a mi padre que te despida si no haces lo que te pido. ¿Crees que te conviene perder el trabajo por un cotilleo?

—¿Vale la pena despedirme por un cotilleo?

—Claro que sí, es un castigo por reservarte cosas importantes.

—Usted lo único que ha aprendido de su institutriz es a castigar.

—Me falta aprender a alargar tus orejas...

—Milady...

—Habla —ordenó.

—Su padre le dijo a su madre que en cuatro días sería el baile y ellos no irían.

—¿Ellos no irán? No lo creo.

—Así dijo su padre, porque alegó que no podría decírselo a usted porque haría un escándalo y no quiere reprenderla.

—Me sorprende que mi padre me conozca tanto.

—Eso fue todo. ¿No me despedirá?

—No. Necesito que me prepares para una mascarada en cuatro días.

—¡Milady!

—Si ellos no van, yo sí iré, pero regresaré antes de que cualquiera se dé cuenta.

—Me van a despedir de todas maneras, cuando el duque lo sepa, quizá tenga las dos piernas fuera de esta casa.

—O tal vez una de ellas en el cementerio... Es mejor que no tome a mi tío Spencer como un ejemplo, es muy extremo. No te pasará nada. Mi padre ni siquiera se enterará, te lo aseguro. Ya ves que ahora nadie sabe que hemos salido.

—Pero la señora Smith ya debe saberlo.

—Llegaremos con alguna bobería del monte para dárselo a ellos y ganar sus favores. Mis padres y ella van a estar enfadados, pero nada que unas bayas silvestres no puedan solucionar. Ven, Amber, sacaremos a Silvester.

—Ese perro es muy peligroso, podría devorarnos de un solo bocado. Sus ojos fulgurantes son horribles, no quiero morir así.

—Está bien, cobarde, no te obligaré a pasear con él si no quieres, pero tú serás quien junte las bayas en tu delantal, ¿oíste?

—Ahora mismo me pongo a ello.

La doncella partió hacia otro rumbo, mientras que Augusta fue hacia donde se encontraban los perros.

—Prepara la correa de Silvester —ordenó Augusta a uno de los mozos que se encontraba custodiando esa parte de la propiedad.

—Milady, el perro no puede salir sin autorización de su excelencia —replicó su sirviente.

—Él me ha dado permiso para sacarlo a pasear. Si dudas de lo que te digo puedes ir a preguntarle a mi padre.

—Puede llevárselo, milady. Le preparo lo necesario.

Ella asintió y después fue hacia la tranquera que protegía al resto de los mortales de los perros.

—Silvester, tú y yo saldremos a pasear. Espero poder sacarlos a ustedes muy pronto —dijo a los otros perros que quedaban ahí. Silvester era su mastín favorito. A ella no le parecía una temible criatura salida del infierno y tampoco lo veía con los ojos embadurnados con el color del averno. Su doncella y el resto de los empleados eran un montón de miedosos que no podían apreciar la presencia de esos impecables animales. Tenían otros perros más pequeños, pero esos lo usaban para la cacería de animales en sus madrigueras.

Cuando los sirvientes terminaron de colocarle la correa de cuero, corrieron para esconderse del animal, pues había intentado morderlos.

Con ese perro, nadie en su sano juicio se animaría a acercarse a ella. Estaba más que protegida; sin embargo, Augusta sabía que se estaba metiendo en un problema aún más grande que el otro que pronto tendría cuando se dieran cuenta de que escapó.

—Bajen de ahí —espetó el capataz que llegó hasta ese lugar después de una ronda—. ¿Quién autorizó la salida de Silvester?

—Milady dijo que el duque le había dado permiso.

—Seguimos sin aprender. Hace diecinueve años hemos pasado por el mismo problema y nos ha ido mal. Hay que avisarle al duque antes de que ese animal se le escape a milady.

Los sirvientes fueron hacia la residencia a la vez que Augusta iba tranquila hacia el arroyo. Podría estar al menos unos minutos ahí antes de regresar.

Una vez junto al arroyo, notó la crecida del agua por las últimas lluvias que habían caído.

Todavía quedaban charcos de agua aislados por el camino de los cuales Silvester abastecía su babeante hocico.

Del otro lado del arroyo, distinguió una figura masculina que estaba sentado sobre una enorme roca y arrojaba piedritas al agua como si estuviera aburrido.

Wilburg salió en su caballo para buscar algo que hacer. Los libros ya no eran suficiente distracción y su tío había salido al pueblo para comprar algunas cosas para la mascarada a la que pretendía asistir y a la que, por supuesto, él no los acompañaría. Se quedaría en casa de sus tíos, era mejor eso antes que conocer a otras personas, aunque era el momento ideal para salir, ya que como era un baile de máscaras, nadie notaría que era el duque humillado. Todavía recordaba esa noche, pero no por la vergüenza, sino por la joven. No la había vuelto a ver.

Cuando levantó su mirada al tirar las piedras que tenía en la mano, distinguió la gracia y la elegancia de Augusta a tal distancia; no obstante, ella estaba acompañada de una densa masa negra a su lado.

Él abandonó su posición para ir a otra piedra más alta y más cercana a la joven. No podía creer que la estuviera viendo. Una parte de él se emocionaba y la otra lo lamentaba mucho. Esa contradicción entre sus pensamientos era lo que estaba consumiéndolo. Nunca ninguna mujer había permanecido tanto tiempo injustamente en su cabeza. Ella no era digna ni siquiera de ser pensada.

Los ojos azules de Augusta brillaron sin un motivo aparente al ver al duque. Quizá fuera su sed de venganza por todo lo que estaba pasando en su casa. Él era el culpable de todos los castigos sin sentido que le daba la señora Smith.

—¿Qué hace en estas tierras? —increpó Augusta.

—Es un placer verla. Sus modales van mejorando, milady. No es cierto, son pésimos como siempre —dijo Wilburg desde donde se encontraba.

—No caeré en sus juegos en esa ocasión. No tiene la ventaja, pero yo sí.

—¿De qué ventaja está hablando?

—No tiene a mi padre para hacerse la víctima frente a él. Déjeme decirle que no es de caballeros hacer quedar mal a una dama frente a su progenitor. Usted no es más que un cobarde. Y para colmo, osa agraviarme con su intolerable presencia en este sitio. Creí que no lo volvería a ver y estaba feliz por eso, pero ninguna felicidad es eterna.

—Ah, su padre. Alégrese por verme, pues no me encontrará en otros lugares. No pienso asistir a ningún evento.

—Cómo me alegra saber que no amargará mi noche en el baile de máscaras. Eso supone que nos daremos la paz desde la lejanía.

—Tómelo como guste. Puede tomar eso como que quedamos a mano.

—No, no hemos quedado a mano. Me temo que debo tomarme una pequeña venganza...

Silvester, ve —ordenó Augusta soltando la correa de su perro para que este fuera tras el duque.

Capítulo 13

Augusta se había dejado llevar por el terrible espíritu de la venganza. Una pequeña ventaja era lo que necesitaba para hacerle tragar todas sus ofensas a ese hombre.

—¡Espero que le sirva para no volver a menospreciarme! —vociferó, mientras su perro saltaba las piedras con dirección al duque.

Wilburg abrió los ojos con asombro por lo que veía. Un enorme animal se acercaba a él entre rugidos y baba que colgaba de su boca. No pudo replicar ante lo que había hecho lady Augusta, mas no se quedaría a intentar hacerlo.

Pese a su edad todavía contaba con cierta agilidad. Corrió como si no existieran obstáculos hasta saltar hacia un árbol y encaramarse a él. Su vida dependía de que esa rama soportara su peso. Sus años de niño pequeño trepando a uno de esos colosos habían quedado muy atrás. Con suerte había logrado salvarse, aunque aún no podía asegurarlo, ya que el animal saltaba y él apenas podía sostenerse. Sus piernas se resbalaron, pero quedó colgado de sus dos manos, mientras el can cogía una de sus botas.

Vio que Augusta se acercaba con lentitud y no exactamente con la intención de salvarlo. Tenía las manos cruzadas bajo el pecho y el mentón en alto, actitud que con claridad quería darle a entender que ella era en verdad rencorosa y no se trataba de cualquier rencor, sino uno muy dañino.

—¡Está usted demente! —afirmó el duque colgado de la rama e intentando que una de sus piernas se aferrara a ese mismo sitio para salvar su pie, ya que había perdido su bota.

—¿Demente? ¿No estará haciéndose la víctima? Ahora sí nadie dudará que usted es un chimpancé. No me gustó lo que hizo, su rareza. Aquí tiene las consecuencias de sus malos actos. Ha convertido mi existencia en un verdadero calvario con sus dichos. ¿Por qué no he de querer que sufra un poco? El mundo es de los vivos y no de los tontos. Esta clase de oportunidad se da una sola vez en la vida.

—Cuando baje de aquí se arrepentirá.

—Quien se arrepentirá será usted, ya que Silvester no dudará en engullirlo en una sola pieza, aunque podríamos negociar si gusta.

—No negocio con dementes —habló imitando lo que la joven le había dicho en su primer encuentro sobre las negociaciones. Mientras respondía eso, sus fuerzas regresaron y él pudo encaramarse por la rama con su pierna y conseguir equilibrio para quedarse encima.

—Mi trato iba a ser muy bueno. Puedo ordenarle a Silvester que lo deje en paz con la condición de que me pida perdón, humíllese un poco ante mí y será libre de mi mascota.

—¿Qué ha desayunado? ¿Hongos alucinógenos? Ni crea que voy a pedirle perdón y menos después de que su perro me quitara una de mis botas. Puedo anochecer aquí y morir en esta

posición, pero jamás le pediré perdón, mujer demente y poco elocuente.

—A Silvester le gusta masticar objetos y a otros animales. Él puede quedarse aquí aguardando a que usted, con valentía, baje de ese lugar. Es un duque, no un cobarde. Solo los cobardes no enfrentan sus problemas.

—¡Vaya gracia que tiene! No estamos hablando de cualquier problema, es un animal.

—Lo dejaré en paz y lo libraré de Silvester si me pide perdón —repitió.

—¡Nunca! —respondió el duque.

—Entonces prepárese para permanecer ahí. Cuando se decida solo dígame: preciosa Augusta.

—Los desayunos en su casa deben ser fenomenales para producir alteraciones en su mente. Es una persona ruin. Cuando baje de aquí, pagará esto y esa sonrisa de su boca desaparecerá.

—¿Todavía tiene la osadía de amenazarme?

—Y me sobra osadía. Jamás me doblegaré ante su locura. Puede quedarse aquí a esperar conmigo a que su perro se canse, cuando eso ocurra, usted y yo ajustaremos cuentas.

—Ni siquiera cuando la situación está en su contra es capaz de ser una persona honorable. En fin... Esperaré a que se caiga para que...

Antes de terminar de decir lo que deseaba, Silvester observó hacia otro lugar y vio a una liebre, por lo que abandonó al duque, aunque no dejó la bota, se la llevó con él.

La joven palideció al ver que su perro se perdía entre los matorrales, eso no podía ser bueno para nadie y menos para ella. Era la crónica de una muerte anunciada en su casa si no lo alcanzaba. Después miró hacia el árbol en el que estaba el duque y vio una sonrisa burlona en su rostro. Esa tampoco era buena señal, ya que no tenía con qué seguir extorsionándolo.

—Ya no es tan valiente, ¿no es así? Cuando baje de... ¡Espere, mujer! —exclamó al ver que Augusta se escurría como una serpiente.

—¡Huir a tiempo no es cobardía! ¡Considere el asunto de pedirme perdón! —Ella corrió para coger a su perro. Con el duque podría arreglar el asunto una vez que recuperara el control sobre el animal. Si su padre sabía que el sabueso se había escapado, la mataría. No quería problemas con nadie. Qué ganas de meterse en uno más sin necesitarlo.

Su perro tenía el hocico metido en una madriguera y al lado la bota. Aquel era el momento de volver a colocarle la correa. Lo hizo con cuidado y suspiró pensando en que todo había terminado, mas estaba equivocada, Silvester tomó carrera y se la llevó con él, arrastrándola por todos los charcos que existían en aquel camino.

—¡Silvester! —lo llamó para que se detuviera, pero aquel estaba poseído y no respondía.

Ella tuvo que soltar la correa unos metros más adelante. El animal terminó perdiéndose

frente a sus ojos y solo Dios sabía con qué destino.

Se levantó del suelo y miró sus prendas. Estaba encharcada y con la piel pareciendo la de una esclava. Debía considerar la idea de regresar a su casa a pedir clemencia.

Con toda su ropa y sus cabellos mojados se retiró hacia su residencia casi arrastrando sus pies imaginando el terrible castigo que le impondría su padre, ya que este era un asunto muy delicado para él y ella lo había tomado como una diversión, al menos nadie le quitaría sus cinco minutos de terrorista con el duque, eso era lo único bueno.

Cuando estaba llegando cerca de la residencia, vio que varios caballos se acercaban. Caminó un par de pasos más y oyó algo terrible y desgarrador, su nombre en un grito de su padre.

—¡Augusta Fane! —vociferó el duque a ver a su hija.

Kitty espoleaba a su caballo para alcanzar a Albert y a sus peones. Si no llegaba a tiempo, quizá su esposo acabara con su hija.

—Padre... —pronunció agachando la cabeza.

—Mira cómo estás vestida. ¿Dónde está el sabueso? —increpó Albert.

—No lo sé...

—Vayan a buscarlo y no vuelvan sin él o los despediré a todos —ordenó a sus sirvientes—. Y tú... espérame en casa.

La joven tragó saliva al escuchar a su padre de esa manera. Su madre descendió del caballo una vez que su esposo se fue con sus sirvientes.

—Estás en un gran problema, jovencita —comentó Kitty.

—Mi padre ha renegado de mí, me ha llamado Fane.

—Es que te has pasado con esto. Le has puesto el dedo en la llaga a tu padre. Lo único que puedes hacer es enfrentar la situación. Vamos a que tomes un baño. Encontrar a Silvester será algo difícil.

—¿Y Amber?

—No te preocupes, a ella ya la atrapó la señora Smith. Preocúpate por ti, porque te irá muy mal.

Unas horas después, su padre regresó a la residencia y pidió que su hija se presentara en la entrada.

Sabía que el duque la haría trizas, por supuesto que sí. No dejaría nada de ella. Cuando la viera quizá le soltara el perro encima para acabar con su inmadurez. Se presentó en la entrada y no le gustó lo que vio.

—Ven —ordenó Albert—, acércate para observar tu obra.

—En verdad lo lamento.

—Todavía no comienzas a lamentarlo, Augusta. Dime, ¿qué tenemos aquí? O, mejor dijo, ¿cuántos animales muertos tenemos aquí? —interpeló el aristócrata—. ¡Habla!

—¡En este momento no sé contar! Los nervios me han quitado esa habilidad —replicó.

—Entonces los contaremos juntos como padre e hija. Aquí tenemos cinco gallinas, una oveja, una desafortunada liebre, tres patos y una bota... ¿Qué hace una bota aquí? Pagaré los animales, pero ¿una bota? Dime de dónde la ha sacado.

—Deberíamos ser agradecidos porque la bota está vacía, imagine un pie o parte de una pierna ahí… Eso sí sería un escándalo.

—No me hagas perder la poca paciencia que me queda contigo, Augusta. No es el momento de bromear. ¿De quién es la bota?

—Si confieso mi delito, ¿usted reducirá mi condena?

—¿Por qué eso se oye tan mal? ¿Qué hiciste?

—Vi al duque de Westwood y le di la orden al perro para que lo persiguiera. ¡Él debía pagar por lo que me hizo!

Albert cerró los ojos y los apretó con los dedos. Su hija valía al menos por unas diez cuñadas. El disgusto que le provocaba era demasiado grande para dejarlo pasar de esa manera. ¿Cómo había podido hacer semejante cosa para poner en riesgo la vida de alguien tan importante?

—¿Y dónde está él? ¿Está vivo?

—Lastimosamente conserva ambas piernas y está más vivo de lo que yo puedo estar en este momento. ¿Quiere renegar de mí, por eso me ha dicho Augusta Fane?

—Es evidente que sí. Estoy tan molesto que quiero enviarte a Londres con tu tío a ver si él puede hacer algo contigo, ya que a mí no me respetas lo suficiente para seguir mis órdenes, pero no puedo hacerlo porque lo mataría de un disgusto y sobre todo porque eres mi responsabilidad.

—Quisiera decir que me arrepiento de haber sacado a pasear al perro, pero no lo siento del todo, ya que pude obtener un pequeño beneficio que fue ver a ese hombre convertido en chimpancé. Para que vea que no estaba tan lejos de serlo.

—Y sigues con eso. Eres caprichosa, y por no arrepentirte, te castigaré.

—Aceptaré el castigo porque lo merezco y porque he disfrutado mi maldad. —Ella cruzó los brazos bajo el pecho.

—Pues entonces asumes las consecuencias.

—Solo tenga en cuenta mi confesión para que la pena sea soportable, padre.

—Esto es el colmo. Todavía te atreves a pedir clemencia por tus actos.

—No es clemencia, es solo una reducción considerable del castigo, solo considérelo.

—¡No voy a considerar nada! ¡Señora Smith! —vociferó enfadado por las preocupaciones que le daba su hija.

La institutriz se encontraba junto a la duquesa. Con los años ambas habían aprendido a no sobresaltarse por los gritos masculinos, tanto del conde de Nottingham como del duque de Salisbury.

La señora Smith se presentó ante el duque.

—Señora Smith, aquí tiene a esta jovencita, si hace falta ser más duros, tendremos que serlo. Tal vez una fusta ayude a corregir sus acciones.

—¿Cómo que fusta? —cuestionó Augusta, pálida como un cadáver.

—Sí, su excelencia. Venga conmigo, milady.

—Pero...

—He dicho que venga conmigo —espetó la señora Smith que la cogió de la oreja para llevarla consigo hasta la puerta—. Espéreme en el salón del té.

A la joven no le quedó más remedio que acariciarse la oreja.

—¿Lo de la fusta es cierto, su excelencia? No considero que sea una buena opción para ella. De hecho, nunca la he implementado.

—Si ella sigue así será lo mejor. Me duele más a mí de lo que puede lastimarle a Augusta. Creo que no imagina lo que significa para su padre, es más que un dolor de cabeza y una dote, pero debía mostrarme duro o ella seguirá creyendo que puede hacer lo que guste. Tenga la fusta con usted, no la use si no precisa de ella.

—Sí, su excelencia. ¿Y qué haré con Amber?

—Nada. Ella solo sigue órdenes de Augusta, pero ahora comenzará a seguir lo que usted diga. Puede castigarla como a mi hija, porque debió comentar los planes de la niña.

—Ya es hora de que esa doncella traviesa tenga su merecido. Me ocuparé de ella.

El duque se quedó frente a su residencia para mirar lo que había hecho Silvester por la inconsciencia de Augusta. La bota era lo más preocupante de la situación. ¿Cómo estaría el dueño?

Capítulo 14

Wilburg solo quería encontrar a su caballo. Aquel se había perdido debido a que quedó aterrorizado por la bestia peluda que lady Augusta Relish había llevado de manera irresponsable por el campo. Esa mujer no vivía de perdón, solo de rencor. Casi acabó masticado por un enorme mastín.

—Mírate, Wilburg, tú, un duque, un hombre proveniente de dos familias aristocráticas de la mejor sangre que tiene a príncipes como antepasados... —Guardó silencio y observó sus pies mientras caminaba—. Tienes una elegante bota de un lado y del otro tienes la humillación hecha carne caminando con tu media. Eres una vergüenza. Tus antepasados deben estar revolcándose en sus tumbas, por fortuna, decidió separar a sus padres, al menos después de sus muertes, por si resucitaban y quisieran pelear.

Se sentía avergonzado, pero a la vez reconocía que la hija del duque de Salisbury sabía aprovechar las pocas oportunidades de la vida para tomar ventajas. Sí, ella era astuta.

Mientras en su mente lamentaba su pésima suerte, una sonrisa se dibujó en su rostro. No sabía si era para burlarse de su suerte o al recordar a Augusta y su cara de suficiencia, superioridad e inteligencia.

Lo que sí sabía era que también buscaría una venganza. Lo mejor sería que no se volvieran a ver por la paz de ambos; sin embargo, él no era un perdedor. Este asunto debía quedar a su favor de una u otra forma, ya que no estaba dispuesto a aceptar una derrota contra esa mujer. Tenía tanto tiempo ocioso que una competencia con una supuesta dama, a que por mucho era inferior a él, le daba otro aire. Necesitaba la frescura del campo y añadirle a eso un conflicto, eso era para hacer honor a sus padres que eran expertos y Wilburg no podía quedar atrás.

En medio de su caminata vio a su caballo pastando cerca y lo llamó dando un silbido con fuerza. El corcel paró sus orejas al oírlo y fue corriendo hasta su posición.

—¿Dónde estabas? Sé que ese horrible animal te asustó. Calma, podemos regresar a casa —dijo Wilburg hablando con su caballo—. Una mujer malvada ha hecho esto, mira cómo me ha dejado. ¿Qué te parece?

Su caballo movió sus patas delanteras como si estuviera haciendo un trote. Era probable que se estuviera comunicando con su jinete.

—Pienso que es una víbora, pero es bella. De hecho, todas son vistosas y peligrosas, ningún reptil de esas características se escapa de ser tan hermoso y peligroso.

Después de hablarle a su montura, se dirigieron a la residencia. Wilburg estaba muy cansado por haber caminado tantas millas en la búsqueda de su caballo, además, haber subido a un árbol no había sido tan sencillo. Azuzó a su caballo para que cogiera rapidez y poder llegar para descansar. Simplemente estaba destruido.

Al llegar a las caballerizas, dejó al animal y trató de disimular que no tenía sus dos botas,

estaba incompleto por fuera, pero por dentro seguía siendo el mismo hombre regio e imperturbable, un duque. Podía verse como el duque de la vergüenza, pero no perdió ni su hombría ni su poder, más bien adquirió una nueva forma de soportar las humillaciones. Esa joven no distinguía entre clases sociales, ni siquiera sabía en donde estaba parada, quizá por exceso de atención por parte de su padre. En el futuro, se aseguraría de que eso no ocurriera si llegara a tener una hija, solo quería un varón como él a quien transmitirle su sabiduría y heredarle el título y dinero.

Llegó a su casa, entró y pasó hacia el salón, ahí sus tíos que estaban mirando lo que parecía un plano de alguna construcción y discutían aquello.

—¡Por la reina! ¿Qué te ha ocurrido, Wilburg? —interrogó su tía que bajó el monóculo que cubría sus ojos.

—¿Y tu bota? —preguntó su tío.

—No quiero acrecentar el rechazo de mi tía hacia lady Augusta, pero me temo que ella misma se crea mala fama. Estaba en el límite del arroyo y no de nuestro lado. Quise burlarme de la joven, pero ella no estaba sola. Un enorme perro la custodiaba. En resumen, le ordenó al animal que me atacara y así perdí la boca. Pudo ser peor, esto no es nada para mí.

—¡Le arrancaré cada pelo de su cabeza a esa niñata! —masculló y se apresuró a llegar junto al duque—. ¿Te hizo daño esa bruja? ¿Dónde te duele?

Margarite no dejaba de tocar los brazos, piernas, torso y rostro del duque, buscando heridas que pusieran su vida en riesgo.

—Por favor, tía, soy un hombre fuerte...

—Pediré que tu ayuda de cámara te prepare un baño. Pobre de ti, cariño. Mañana iremos a comprarte unas botas nuevas.

—Tía...

—No acepto discusiones, estás aquí para que te consienta. Deja todo en mis manos. Ahora, ve a tu habitación y espera un buen baño —ordenó su tía.

—Hazle caso a Margarite o se viene una humillación mucho peor, Wilburg —habló Ernest.

—Lo haré. Los veo en la cena.

El duque se retiró y Margarite cambió su sonrisa por una mueca de desagrado.

—Esa niñita comienza a ser un problema para Wilburg —pronunció Margarite, molesta.

—Y lo peor es que creo que le resultará para conquistar a Wilburg. Le gusta el juego y la pelea.

—No, no dejaremos que esto se convierta en un infierno. Él ha sufrido mucho, si no fuera por nosotros, estaría consumido por el orgullo y la prepotencia como tu hermano. Dejar que se

encapriche con una mujer inconveniente y, por lo visto, también incorregible, no le hará bien.

—Pero él tiene la opción de casarse por amor, si la escoge a ella...

—No podemos permitir esa aberración. Sufrirá a futuro, lo que queremos es su felicidad y no que repita historias. Esa sería una maldición. Necesita una joven humilde que lo respete, no alguien que le trepe en la cabeza y lo humille, siendo él un hombre tan inteligente e importante. No pienso discutir eso. Haremos lo más conveniente para Wilburg. Viajaremos a Londres si es necesario. Me encargaré personalmente de buscarle una buena esposa y, si hace falta, sacaré a esa niña del camino. No me importa que sea la hija de un duque, ella jamás podrá hacer feliz a Wilburg.

Una vez que subió a su habitación, esperó a que Bernard llegara para que lo ayudara. Eso no tardó mucho en ocurrir, ya que el sirviente entró con unas doncellas que prepararían su baño.

—Oh, su excelencia, ¿se apresuró a quitarse la bota? —curioseó Bernard.

—¿Mi tía no te dijo lo que pasó?

—Su tía dijo tantas maldiciones que olvidó explicar las razones por las que tomaría un baño antes de lo que debería.

—La vecina se ha vengado de mí y me envió a un perro para lograr su cometido y este se comió mi bota.

—¿Cuál vecina?

—La hija del duque de Salisbury, lady Augusta. Esa mujer problemática que me ha tratado de chimpancé. Hoy ha ganado la batalla por fuerza bruta, pero no me ganará en intelecto —sentenció.

—Le está dando demasiada importancia a una dama que no lo merece. Tratarlo a usted de esa manera debería ser considerado un delito.

—Te pareces a mi tía, pasas mucho tiempo con ella. Deberías considerar una separación.

—Es que su tía tiene razón. Ella se preocupa por usted.

—No, ella se preocupa por mi soltería y porque no tengo hijos, lo que quiere de mí es que plante mi semilla y le dé pequeños Wilburg a los que tratará como niños hasta después de los treinta años.

—Tiene razón. ¿Piensa ponerse al mismo nivel de una debutante? Déjeme recordarle que casi le dobla la edad.

—¿Y qué me sugiere tu sabiduría?

—Algo como lo que haría su padre, él seduciría a esa joven.

—¿Piensas que soy un encantador de serpientes? No, me niego rotundamente a tal cosa.

Ese es un juego peligroso, la reputación de una dama es algo valioso.

—Su padre no era con exactitud alguien tan honorable en ese aspecto, puede que no solo tenga el ánimo de pelear, sino también de seducir a una mujer.

—He dicho que no me involucraré con nadie como ella. Es la última mujer a la que se me ocurriría mirar de otra manera. De esa agua no beberé y estoy seguro. Somos incompatibles, ella, el día, y yo, la noche.

—¿Sabe que hay ocasiones en las que la luna y el sol se juntan? Todo se oscurece por unos minutos, solo eso es necesario para perder la cabeza.

—Pareces salido de una profecía, Bernard, basta con eso.

—Es solo un decir. Quédese quieto para que lo ayude.

Después de que las doncellas se retiraran, Wilburg se metió al agua tibia, mientras que Bernard le limpiaba la espalda.

—Ahora podré pensar mejor. Estoy cansado. He caminado tanto y ni hablo de la carrera que tuve que hacer. Debería regresar a boxear, Bernard. Mi estado físico es lamentable.

—Con la mujer con la que piensa jugar es mejor que practique esgrima. Hasta podría retarla. Es una forma en la que usted podrá tomar ventaja. Si la joven utilizó una ventaja ilegal, usted puede hacer lo mismo. Sería como un ojo por ojo.

—Mmm... —Al hacer ese sonido consideró que Bernard tenía razón, ¿por qué esa dama podía tomar una soberana ventaja y él no? Además, la vida de ella no correría riesgo, aunque no dudaba que pudiera llegar a tenerlo si lo provocara hasta su punto de inflexión y por lo poco o mucho que había visto, romper los límites era lo que mejor sabía hacer esa mujer—. Lo pensaré.

—O también puede dejar de lado esa idea como un caballero ocupado que no tiene tiempo de atender los caprichos de niñas consentidas por sus padres opulentos.

—El tiempo me sobra y es por eso que lo más excitante en mi vida, en este momento, es una joven caprichosa que salió del monte con un perro para matarme. Mi tío dijo que el duque de Salisbury tenía a esos animales, pero no creí que ella los sacara a pasear durante la tarde. Fui advertido del peligro y no le di importancia.

—Siempre debe tomar en cuenta las leyendas de los pueblos, no sabe cuáles pueden ser verdad. La gente de las grandes ciudades pretenden ser incrédulos, pero cuando ven algo comienzan a creerlo.

—Admito que soy incrédulo, ¿quién pensaría que eso de los perros de ojos rojos fuera cierto? Sé que existen animales grandes, pero por ser área de caza, pensé que encontraría unos spinel, corgi o teckel, pero un mastín no lo imaginaba.

—Debe tener más de esos guardados, de lo contario, su tío no le hubiera comentado nada.

Con lo que le había dicho Bernard, él recordó la burla que había hecho sobre el matrimonio

del duque con esa dama a la que el perro casi había matado. Se imaginó siendo intimidado por Augusta para que se casara con ella. Esa idea le hizo gracia. No se veía en el papel de casarse con alguien que se pareciera tanto a él, tal vez le gustaba cómo se veía y hasta cómo era, pero no podrían sobrevivir un día juntos, sería un campo de batalla diario.

Cuando Wilburg acabó su baño y después durmió un par de horas, se levantó todavía agotado, la edad no lo estaba tratando tan bien. Entre bostezos y caminata lenta llegó hasta el comedor en donde lo esperaban sus tíos para la cena.

Durante ese tiempo en que su cuerpo descansó, su mente no lo hizo. Pasó mucho tiempo intercalando sus pensamientos entre el perro, Augusta y algo que no podía dejar pasar de ninguna manera: el baile de máscaras.

—Buenas noches —saludó.

—¿Has descansado, querido? Ordené que prepararan un pudín de carne con trufas para la cena. Por lo mal que has pasado tu día, una buena cena siempre ayuda a que no todo sea malo —dijo su tía.

—Le agradezco que me consienta tanto y como un premio a su afecto hacia mí, le digo que los acompañaré al baile de máscaras.

—¡Oh! ¡Qué alegría! —expresó la mujer—. ¿Lo has oído, Ernest?

—Sí, querida. ¿Por qué has cambiado de opinión? De hecho, es la segunda vez que lo harás cuando has dicho que no irías a fiestas.

—Calla, querido, no espantes a Wilburg.

—Le responderé, tío. Considero que merezco un poco de diversión después de tanto sufrimiento y, además, para que me presuman. Nada mejor que alimentar el ego para recuperar la moral perdida.

Capítulo 15

Por la tarde del día del baile de máscaras, Augusta buscaba una forma sencilla de escapar de su casa. Llevaba días sin salir de la residencia, ya que ni siquiera la dejaban pisar el pasto de su jardín. Su padre la trataba como si fuera una verdadera paria, su madre era una despreocupada criatura que la ignoraba y la única que mandaba en aquella tierra de nadie era la señora Smith que rastreaba ese sitio como si fuese una temible criatura de las pesadillas. Su doncella tenía prohibido estar mucho tiempo con ella, ya que para las locuras no hacía falta más que un minuto.

Estudió cada rincón para saber cuál era el mejor lugar para salir y concluyó que escapar por la ventana de su habitación era lo peor que podía hacer, por lo que debía buscar otra opción más conveniente. Las aberturas de la planta baja eran más accesibles, aunque más peligrosas para lo que ella necesitaba. La biblioteca era el lugar perfecto para su plan. Lo había decidido, saldría por ahí.

—Amber... —pronunció Augusta para llamar la atención de su doncella que pasaba por el pasillo, parecía no haberla visto. Al ver que ella cogía carrera para alejarse, la joven comenzó a seguirla y la otra casi estaba corriendo—. ¡Amber!

—¡No me siga, milady! ¿Quiere que nos encuentre el sabueso del averno? No quiero tener orejas de liebre por su causa.

—Oye, lo sé, lamento que también te castigaran por mi culpa.

—Tengo prohibido acercarme a usted más de lo que requiere mi puesto, así lo ha definido la señora del ejército que es su institutriz. Me ha castigado y ha torturado a mis orejas por apoyarla. No me pida nada, absolutamente nada porque ignoraré cualquier pedido que quiera hacerme.

—Necesito una máscara...

—No, no. Yo no puedo conseguirle algo así.

—Claro que puedes. Entrarás a la habitación de mi madre...

—Me arrojarán a la calle, pero no sin torturarme primero. Nadie querrá a una doncella con orejas de liebre, no quiero ser así.

—Nadie te descubrirá. Hoy es el baile de máscaras y yo quiero ir.

—¿Y cómo cree que irá? Es imposible, ni siquiera podrá sacar un caballo de las caballerizas.

—Te pediré otro favor...

—¡No!

—Mi padre tiene mucha bebida en la bodega y sé que el joven de caballerizas del lado

oeste es tu más fiel admirador.

La doncella se sonrojó y bajó la cabeza, aunque después volvió a colocarse correctamente.

—No iré a emborracharlo para que usted pueda salir como se le plazca. Aparte, a él no le gustará que tenga orejas largas.

—Ya deja eso de la oreja larga. Seremos de la misma especie en poco tiempo gracias a la señora Smith. Hazme esos favores que te pido, Amber. Sabes lo importante que es para mí salir y practicar. Mis padres me tienen tan abandonada, que siento que moriré de tristeza... —Augusta fingió que la situación en la casa le dolía mucho; sin embargo, le daba igual, aunque sí le perturbaba que su padre le hubiera quitado sus objetos más valiosos e incluso solo le dedicara cortas frases y que ya no la besara en la frente.

—Milady, lo haré —dijo Amber, conmovida por su patrona. La quería demasiado para dejarla sufrir.

—Te lo agradezco y...

—Doncella perezosa, ve a hacer lo que te ha pedido la cocinera —ordenó la señora Smith que cogió de la oreja a Amber para arrastrarla hacia la cocina.

—¡Ay, ay, piedad, señora Smith! —pidió Amber.

—Ve —insistió soltándola.

Amber se escurrió como si fuera un pequeño ratoncito.

—¿Y usted qué hace por aquí? Esta es el área de la servidumbre.

—Solo vine a llevar un par de panecillos, tengo hambre... Usted sabe que el buen comer es... ¡Ay! —se quejó Augusta cuando la señora Smith se pegó a su oreja como si fuera un arete.

—Usted está tramando algo. Mi instinto no me falla. ¿En qué anda, lady Augusta? ¿Qué tiene pensado esa maquiavélica mente?

—Si me suelta se lo diré —alegó la joven.

Pese a que no le creía ni siquiera la oración de agradecimiento en la comida, la señora Smith la soltó.

—¿Cree que se lo voy a decir? No, no lo haré, porque no tengo nada en la mente. Soy una pobre criatura torturada en una mansión. ¿Cuándo se irá, señora Smith? Ya quiero que se retire de la vida de institutriz.

—Vaya, le gustan los castigos. Le daremos otro. ¿No quisiera limpiar el estiércol de las caballerizas? A su padre esa idea le encantará y su tío Spencer la aplaudirá cuando lo sepa.

—Era un chascarrillo. La quiero, señora Smith. Regresaré a lo mío y no tema, que no haré nada malo. —Augusta debía hacer que su mente se comunicara con su lengua en ocasiones tan

importantes como esa, si no la señora Smith no tendría compasión y la colgaría de cualquier árbol que encontrara. Lo peor sería que todos apoyarían a la institutriz y no a ella.

La institutriz no se fiaba de ninguna pequeña arpía de apellido Fane. Con ella debía tener un ojo abierto y vigilante mientras dormía. Era evidente que la joven tenía pensado hacer algo, ya que su actitud, tan sospechosa, delataba sus intenciones perversas. Nada bueno salía de una persona castigada cuando se aburría. Al parecer era momento de cambiar de estrategia.

A Augusta todavía le quedaba la tediosa tarea de cenar con sus padres y ver sus rostros cubiertos por el enfado, ya que ella era la manzana de la discordia entre sus propios progenitores.

—Hoy me he portado bien —contó Augusta y después sorbió su copa de vino.

—No sé cuántas veces he escuchado ese mismo cuento antes de que ocurriera una desgracia —comentó el duque.

—Y yo perdí la cuenta de cuántas veces lo he dicho durante mi vida en casa de mi hermano.

La joven sonrió con una mueca de disgusto y golpeó la mesa con ambas manos.

—¡Siempre es lo mismo con ustedes! ¡No soy Charles, el perfecto hijo que tienen! ¡Soy Augusta y tienen que entenderlo! —masculló.

Después de golpear la mesa, ella se retiró, pero Albert no estaba dispuesto a dejarla ir.

—¡Vuelve aquí, jovencita! —ordenó su padre.

—¡No quiero! No hago nada bien para ustedes.

—¡Es que no haces bien las cosas! ¿Qué quieres? ¿Que te felicite por tus vergonzosas acciones? Vives haciéndolas desde que amanece hasta que anochece y la última vez, me decepcionaste. ¡Un duque, Augusta! ¡¿En qué estabas pensando?!

—¡Estaba pensando en mí y usted está pensando en él! ¿De qué lado está? ¿De su hija o de un desconocido que ha manipulado la situación a su antojo? Usted me enseñó a defenderme y es lo que hago. No cuestione mis métodos.

—Voy a cuestionar lo que quiera de ti, tengo autoridad suficiente para hacerlo.

—¿Y qué quiere? ¿Que corra a pedirle perdón de rodillas por querer que el perro se lo comiera? Debería agradecer que quise alimentar a Silvester.

—Albert... —lo llamó su esposa al ver que él se estaba poniendo rojo por la ira—. Augusta, vete antes de que no pueda hacer nada por ti.

—No hará nada. No soy Charlie que, por ser un varón, tiene el mundo a sus pies.

Ella le dio la espalda a sus padres y procedió a retirarse, ofendida. Quizá no tuviera razón para sentirse así, pero estaba cansada de que la miraran como si fuera un defecto en el mundo.

¿Dónde estaban sus padres amorosos que la habían consentido? Sabía que había cometido errores, pero eso no podía hacer que dejaran de amarla, al menos eso creía Augusta.

El duque regresó a su sitio, tirándose con el peso entero a la silla.

—Tu hija, Kitty. Esa niña aprendió todo eso de ti, de tus hermanas y de Spencer —acusó enfadado.

—Es el precio por el matrimonio con una Fane. Si no estabas dispuesto a sufrir esto, me hubieras dejado en casa de mi hermano.

—Sin mí ninguna de ustedes estaría bien casada, ¿lo sabes?

—Puede que tengas razón, pero ahora solo te queda soportar. Ah, y no te acerques a mí en lo que te quede de vida por renegar de mí y de mi hija.

—¿Quieres una disculpa? La pediré, pero ya es suficiente tortura tener a Augusta en estas condiciones.

—Ella no soporta nuestra ausencia, en especial la tuya, eres su mundo, su primer caballero, Albert. No puedes mostrarle que todo a su alrededor es digno de ser castigado. Mi padre debía repartir su amor entre cinco niñas y cuando murió, mi hermano también. La rebeldía es un reclamo de amor. Siente celos de Charles y admito que es mi culpa... Me dolió que le dijera Charlie en tono tan despectivo. Son hermanos, pero siempre estuvo cegada por los celos hacia él por ser tu heredero. Sabe que las mujeres no son tan valiosas como los caballeros.

—No digas eso, harás que muera de culpa. Augusta es todo para mí. Charles es otra cosa.

—Charles es superior a Augusta solo por ser quien es. Habla con la niña, te aseguro que le importa tu opinión, mucho más que la mía.

—No he pensado bien en lo que te he dicho, Kitty, lo siento. Te amo, eres consciente de eso.

—De todas maneras, no dormiré contigo.

—Lo acepto, pero nada cambiará con respecto a lo que pienso de las acciones de Augusta. Mi amor de padre no puede cegar que vele por sus intereses. Me importa un buen matrimonio para ella.

—No puedes obligarla a que adore a tu candidato solo porque a ti te ha convencido con tanta parafernalia. Al menos no se niega al casamiento o quiere criar caballos. Todavía debe conocer mucho del mundo del matrimonio, no lo eches a perder.

Albert se sentía culpable por cómo Augusta había reaccionado. No quería que ella tuviera celos de Charles. Ambos eran sus hijos y él la amaba demasiado.

Después de un par de minutos, él fue a la habitación de su hija, golpeó la puerta y esperó.

—¿Quién es? —indagó la joven.

—Tu padre...

Ella colocó sus brazos cruzados bajo el pecho y respondió:

—Charles está en Eton. Esta no es su habitación, es la de la paria, hija del mismo Lucifer.

—Deja de decir tonterías —masculló su padre al entrar en la habitación sin permiso. Ahí vio a su hija sentada al borde de la cama, con los brazos cruzados, los cachetes inflados y la boca achicada y arrugada.

—¿Qué quiere?

—Primero, recordarte que no existen puertas en mi casa. Entro y salgo por donde quiero... Quería hablarte de lo que has hecho.

—Lo sé de memoria y no cambio una sola palabra al referirme a esa escoria inglesa que debería ser considerado la flatulencia de una ballena.

—Espero que eso no te lo enseñara la señora Smith.

—Todavía no llegué a las clases de insultos con etiqueta, o creo que no me enseñará nada de eso.

—Augusta, no estoy de acuerdo con tus acciones. Todos estos castigos me destrozan, me hacen sufrir, pero lo hago por tu bien, porque mereces una buena vida. Quiero que vivas como vives aquí.

—Pero yo quiero un esposo romántico y consentidor. Me temo que no lo encontraré. Se supone que los duques son buenas personas como tú o como el tío Harper, pero desde que conocí a ese hombre malvado, no hay forma de que sea bueno. Desde un principio no me quitó los ojos de encima, le reproché, pero él se ofendió aún más.

—Augusta, los caballeros a veces no somos tan caballerosos. De vez en cuando nos agarra la torpeza y nos convierte en su súbdito más fiel. Queremos conquistar a las damas con tácticas poco adecuadas para cualquiera, olvidando la costosa educación recibida. Detrás de esa actitud no todo puede ser malo. Él debió quedar impactado con tu belleza, pero al creerse un soltero empedernido que debería disfrutar de su juventud, no pudo mostrarse como era. A nosotros nos dicen que podemos disfrutar mejor de la vida si nos casamos en edades avanzadas, en cambio, a ustedes se les exige lo contrario. Eso es todo, mi querida Augusta. ¿Eso puede hacer que quieras dejar de matar a alguien y esforzarte por buscar una oportunidad con él?

Capítulo 16

—Déjeme entender, padre. ¿Está saliendo a favor de él o de mí? Me ha confundido. ¿Por qué no conversa con el duque como lo hace conmigo? A mí no puede convencerme de nada, tal vez a él sí.

—Él aún no ha contestado mi carta. Supongo que estará muy ofendido por la situación. Si me permite conversar, le hablaré muy bien de ti.

—¿Y piensa que le creerá después de lo que ha pasado? Será una pérdida de tiempo que nadie le devolverá, padre. Sin dudas lo echará si va a verlo y si viene aquí... No es tan tonto para hacerlo.

—Veré qué hacer. —Albert se acercó a dejarle un beso en la frente y se retiró.

Después de que su padre hiciera eso, ella se quedó pensando por un instante en qué había pasado con su progenitor para haber acudido a su encuentro. Ese beso en la frente le demostraba que todavía la quería.

Por un instante dudó en escapar para ir al baile, pero ella quería asistir. El mundo de afuera la llamaba, era como un impulso salvaje de experimentar en soledad y más aún cuando se trataba de un lugar en el que nadie la reconocería, lo que le daba una libertad totalmente desconocida. Bailaría un poco y después regresaría a su casa, nadie se enteraría y asunto solucionado.

Augusta buscó unas prendas que se pondría para la ocasión, aunque fue sorprendida por la puerta abriéndose de manera repentina.

—Milady...

—¡Amber, vas a matarme de un susto! —acusó Augusta, pues la joven escogía la ropa mientras se perdía en sus pensamientos al imaginar cómo se vería.

—Lo siento. Es que venía a traerle lo que me ha pedido. Pude entrar a la habitación de la duquesa para sacar una de sus máscaras. No olvide devolverla, milady, o tendremos problemas.

—Si la encuentran aquí, solo creerán que anduve jugando.

—De todas maneras, guárdelo. Iré a la caballeriza.

—No dejes que te dé respiración boca a boca.

—¿Qué es eso?

—Pues lo que hacen las damas que se portan mal con un caballero. Descubrí a mi tía Eugenia dándole aire a un varón en la cabaña cuando yo era pequeña.

—Ah, entiendo. No dejaré que nadie me dé aire, milady. Trataré de dejarle el caballo bien preparado. Espero que la señora Smith no nos pille en esta situación porque seremos liebres en

poco tiempo.

—Primero ayúdame con el corsé, quiero estar hermosa con lo poco que me han dejado de prendas. Siento que soy una joven de clase baja con solo un delantal para cambiarme.

—No se queje de su suerte. Ahora deje todo en mis manos, ya que le sacaron todas sus joyas, traje unas perlas de su madre, para que no vaya tan descubierta. Esa joya no dirá que pertenece a una clase muy alta, dirá que es la hija de algún hacendado de la región. Es una fiesta de disfraces, nadie sabrá quién es usted si no lo pregona por ahí.

—No lo haré. Hoy en día decir que soy la hija del duque de Salisbury no es la mejor presentación después de abandonar al duque de Westwood. ¿Por qué crees que me entusiasma esta salida? Nadie verá mi cara.

—Esa podría ser una desventaja, pues nadie distinguirá lo hermosa que es.

—De este lugar no quitaré nada. Lo que importa es la diversión.

Amber comenzó a arreglarla para dejarla como una humilde hija de algún hacendado o terrateniente. El duque le había quitado sus prendas finas y le había dejado las más sencillas para que aprendiera a comportarse, pero para Augusta todo lo que tenía no era tan importante como hacer lo que deseaba. Al final, un bello antifaz cubriría la mitad de su cara.

Al verse en el espejo, Augusta notó más parecido que nunca con su madre. Era tan parecida a ella con el cabello rubio con tonalidades más oscuras. De su padre solo había heredado el mal genio, el resto era la sangre fuerte de los Fane.

Una vez que la doncella se retiró, Augusta comenzó su espera antes de ir a buscar el caballo. Durante ese tiempo, los nervios comenzaron a invadirla. Tenía muchos pecados y, sumarse uno, no era lo más inteligente, pero necesitaba ser feliz después de tantas torturas gracias al duque de Westwood. ¿Por qué las cosas debieron ser así? Si se hubieran conocido en Londres, tal vez las cosas hubieran sido diferentes. Él le gustaba, pero ella no le caía en gracia y era algo que lamentaba, ya que tendría que resignarse con algo inferior, pero a quien pudiera amar. Augusta deseaba un matrimonio perfecto como el de sus padres, alguien que la amara, que fuera su alma gemela, su romántico consentidor empedernido. ¿Sería posible que estuviera soñando? No, no podía ser mentira. Veía a sus tías felizmente casadas, al igual que a su madre, eso no podía ser una mentira. El hombre maravilloso debía estar afuera, en algún lugar de Inglaterra, esperando a que lo encontrara. Esperaba lograrlo para no tener un horrible matrimonio de conveniencia como el que su padre quería con el duque. Ninguno de ellos serían felices y no porque ella no quisiera, sino porque él no la toleraba.

Antes de salir, arregló la cama con varias almohadas, las tapó y colocó una peluca para dar la impresión de que alguien estaba durmiendo ahí. Ella sintió que lo había hecho muy bien. Apagó su lámpara de la habitación y cogió otra para ir hasta la caballeriza.

Salió del lugar y fue por el pasillo con mucho cuidado. El salón del té era el lugar ideal para escapar y volver a entrar. Cuando llegó a la planta baja, escuchó el sonido de unos pasos que se dirigían hacia el segundo piso. Corrió a esconderse detrás de los sillones de la sala y cubrió su lámpara con la falda, ya que todo estaba oscuro.

Luego, oyó otros pasos y un carraspeo de garganta que venían desde la dirección de la biblioteca, menos mal que no había escogido ese lugar para salir. Su corazón latía presuroso, ya que suponía que su padre era quien aún no se había acostado a dormir.

—¿La última ronda, señora Smith? —preguntó el duque.

—Sí, su excelencia. Iré a ver si lady Augusta está durmiendo —respondió la institutriz.

—¿No ha visto a Kitty?

—Ella debe estar enfadada en su habitación, solo entre y las cosas se resolverán.

—Eso espero, señora Smith. Que tenga una buena noche.

Augusta rezaba para que la señora Smith no diera un grito desgarrador. Esperaba que no descubriera que lo que había en la cama eran un montón de almohadas con una peluca. Se había esmerado hasta en meter medias en los brazos de su camisón para que fuera más real. Eso debería resultar.

Un par de minutos más tarde vio que la institutriz daba un gran bostezo y se retiraba. Siguió en la espera hasta que creyó prudente ir al salón del té para salir por la ventana. La puerta ya estaba cerrada con llave y el área de los sirvientes debía estar con gente aún trabajando.

Sigilosamente, casi a hurtadillas, caminó por los escondrijos de la residencia hasta ver la puerta del salón. Ahí no dudó en abrir la ventana y apagar la lámpara para salir por la abertura. El camino a la libertad estaba ahí, frente a ella. Una vez que salió, quiso cerrar la ventana, pero la puerta del lugar se abrió y Augusta se agachó con presteza para no ser descubierta.

—Este es el sonido que oí. Es probable que lady Augusta quisiera escapar esta tarde de sus lecciones, pero mañana me oirá —masculló la institutriz que cerró la ventana. Ella creía que el viento había hecho ruido en el lugar.

La joven palideció. Estuvo a punto de ser descubierta, pero lo peor no era eso, sino que no sabía cómo entraría de vuelta a la casa al regresar.

—Te preocuparás por eso después... —se dijo una vez que la señora Smith se retirara al dejarla sin más formas para entrar.

Tenía dos opciones: ponerse a llorar por no saber qué hacer o ir a divertirse. Era obvio que ir a divertirse era la mejor opción en ese momento. Tendría la ida y la vuelta para pensar en una solución.

Se dirigió la caballeriza del lado oeste. El lugar parecía desierto; sin embargo, oía sonidos extraños que venían de uno de los establos, pero no eran de animales, eran de humanos, ya que se escuchaba como si fueran gemidos. Prefirió no darle importancia, ya que andaba más corta de tiempo que nunca en su vida.

Encontró no solo al caballo ensillado, también, allí al lado, había una botella casi vacía y una camisa masculina. Entonces, Augusta pensó que Amber había hecho muy bien su trabajo de distraer al joven mozo, que una vez que se retiró, el pobre no pudo llegar a sus aposentos, cayó y

estaba gimiendo del dolor, al menos eso suponía. Debió perder el equilibrio por tanta bebida.

Más discreta que nunca, cogió las riendas del caballo y lo sacó de ahí caminando hasta que creyó conveniente subir a su lomo y partir con presteza rumbo a la indicación que le había dado su propia doncella días antes, ya que requerían saber el lugar en el que se realizaría el baile y la invitación estaba en poder del duque. Amber era muy astuta para muchas cosas y por eso era una buena aliada.

Su padre le había enseñado a orientarse desde muy pequeña dentro de la propiedad, sabía en dónde se encontraban los puntos cardinales y los horarios. Siempre decía que no quería que su hija se perdiera en el bosque y gracias a eso siempre llegaba sana y salva a su casa, sin importar la distancia que recorriera. Para ella no sería difícil llegar al baile de máscaras.

A poco de llegar notó un lugar iluminado con muchas lámparas, a medida que se acercaba, oía la orquesta y veía a la gente bajar de sus carruajes con sus antifaces puestos.

Para Augusta lo que veía era casi un sueño. La intriga era lo que más le llamaba la atención. No sabía quiénes eran las personas que estaban ahí y eso era lo más excitante de la situación. El aire oculto era la verdadera diversión.

Le entregó su caballo a uno de los mozos de la residencia y fue hacia la entrada del salón.

Wilburg llegó al mismo tiempo que ella en compañía de sus tíos, pero ninguno se había visto hasta el momento. Augusta entró y ellos todavía seguían bajando del carruaje.

—Tía, no quiero que rompa el encanto de esta noche. La idea es no conocer a nadie, que todos seamos desconocidos. Le pido que no quiera presentarme a nadie, ni pretenda descubrir a las damas detrás del antifaz.

—Ese es el juego, querido. Descubrir quién está detrás del antifaz es lo que importa y después hacer el cotilleo que corresponde —alegó su tía.

—Solo evite presentarme a alguien. Yo bailaré con quien me apetezca y si no me quedaré a beber.

—No bebas en exceso, podrías terminar mal, en las manos equivocadas —siguió Margarite.

Su tía siempre exageraba los consejos y cuidados hacia él. Era una persona un poco sobreprotectora. Ella sabía que él solía estar casi inconsciente con la bebida, pero en un ambiente masculino, Wilburg comprendía que con las damas eso no debería hacerlo, ya que representaba una invitación para que pudieran aprovecharse para comprometerlo o colocarlo en una situación que lo obligara a casarse.

Las mujeres no eran tan inocentes como deseaban hacer creer a los caballeros. Siempre estaban pensando alguna manera maquiavélica para casarse, por eso no debía fiarse de ninguna. Hasta ese día, la única mujer que no lo veía como un candidato a esposo era lady Augusta Relish, ella creía que él era una molesta piedra en su zapato y no llegaba a ver que un duque era lo más conveniente para su futuro, pero la joven prefería arder en el mármol del infierno con tal de que no estuvieran juntos. Le resultaba un poco ofensivo porque su orgullo de duque no le permitía

sentirse rechazado. Ella debería estar adorándolo y de esa manera jactarse de rechazarla. No se moría para que Augusta se fijara en él, pero era parte de su ego golpeado, debía mimarse un poco.

Cuando entraron al salón, había mucha gente, por lo que pasar entre las personas era algo difícil. Por accidente se llevó por delante a una joven al empujarla.

Augusta sintió que alguien la había empujado con mucha fuerza, cuando giró para reclamar cruzó sus ojos con los de ese hombre. Juraba haberlo visto antes.

—Lo siento... —se disculpó Wilburg, perdido en los bellos ojos de la dama.

Capítulo 17

Se quedaron por un instante observándose como si se conocieran de algún lugar, pero la dama hizo una venia y siguió su camino, dejando a Wilburg con la duda de quién podría ser la dama misteriosa.

Él sabía que esa mujer lo trastornaría lo que quedaba de la noche. ¿Dónde había visto esa mirada antes?

Augusta se alejó porque había reconocido a ese hombre y era el duque. No sabía si él pudo identificarla, pero por su mirada, ella comprendió que algo existía entre ellos y eso la había puesto más nerviosa de lo que ya estaba. Tenía suficientes razones para estar desesperada esa noche. No quería pasarla mal, ya que si sabía quién era ella, convertiría su vida en un infierno, si es que él no suponía quién era ella a esas alturas. Lo único que podía hacer era intentar evitarlo lo máximo posible.

Dentro de lo que podía hacer era no mirar por ningún motivo hacia donde él se encontrara, algo que sería muy difícil en su situación, pues era atractivo y más cuando llevaba el pelo en una coleta. Aunque no podía ver su rostro, Augusta lo imaginaba. Era tan odioso, engreído y arrogante que no lo toleraba, pero eso no le quitaba su interés, lo que representaba un problema mayor, pero ella moriría con esa confesión. Jamás se la diría a nadie. El esposo que ella conseguiría estaba en Londres, no podía ver a ese hombre como una oportunidad, era una distracción.

Cogió una copa de vino y esperó a que alguien se le acercara para bailar y eso no tardó demasiado, un caballero de unos cuarenta años se acercó a ella para saludarla e iniciar una conversación antes de comenzar el baile. Ninguno había dicho su nombre.

Wilburg se había quedado solo en un rincón, ya que sus tíos fueron a bailar. Él no estaba interesado en danzar con cualquier dama, sino con una en particular, pero ella no parecía tener la misma preferencia, pues la veía bailar con un caballero que para nada era alguien que la mujer podría merecer. Era perfecta en todo, tanto que le encontraba cierta similitud con Augusta, ella dijo que asistiría, pero no reconocía la figura del padre por ningún sitio, ya que tenía una gran altura y un cuerpo atlético, la mayoría de los que estaban eran aristócratas panzones y burgueses delgados o tal vez fuera al revés.

Definitivamente, esa persona que estaba ahí no era Augusta, quizá alguien similar. Muchas damas eran rubias, de ojos azules, con senos atractivos y una piel que parecía delicada. Imaginaba todo lo que podía esconderse bajo ese vestido marfil con toques celestes. Esa también era una señal de que no era la hija del duque, ya que era pomposa y frívola. No se vestiría con esa prenda ni usaría unas sencillas perlas. No, esa no podía ser la bella lady Augusta, pero se quitaría la duda bailando con ella.

Siguió cada paso que daba la joven y cada vez le gustaba más lo que veía. Ver cómo su vestido se movía era algo que comenzaba a llamarle la atención, ella debía tener una figura esplendorosa con unas piernas carnosas y una cintura muy pequeña. Su cabeza comenzaba a

imaginarla de una forma indecente, en la que nadie debería estar imaginando a otra persona, pero no podía evitarlo.

Mientras más cavilaba sobre la joven, se daba cuenta de que entraba dentro de los estándares de su tía. Una dama de prendas humildes y que no parecía ser un enorme perro hambriento de venganza.

Cuando vio que el hombre dejó a la mujer en el lugar en el que la había recogido, él se apresuró para tomar su turno. No podía quedarse ahí, debía cogerla para él.

A largas zancadas se acercó y se colocó frente a ella.

La joven quería que la tierra se la tragara, la había descubierto y eso solo significaba que comenzaría su calvario.

—Buenas noches, señorita —pronunció Wilburg.

Los dos se hicieron una venia como saludo.

¿Qué juego era ese? ¿Por qué el duque no se había puesto como loco por haberle arrojado el perro encima? ¿Qué tenía que hacer?

Al ver que la joven no parecía responder, insistió.

—¿Quiere bailar una pieza conmigo? Me encantaría hacerlo, creo que la he visto en algún lugar y me gustaría saber en dónde.

No creía al duque capaz de idear un juego tan complicado como ese. Un hombre era de pocos recursos como la artimaña, ellos solo gritaban y amenazaban. No eran tan inteligentes para jugarretas sofisticadas, por lo que ella le seguiría la corriente hasta que él se diera cuenta de quién se trataba y todo se arruinara.

—Sí, acepto —respondió con suavidad, como si ella no fuera Augusta, ya que en realidad su voz era de una persona que no estaba acostumbrada a hablar con dulzura como su madre.

Entonces, el duque extendió su mano para que ella la tomara. Augusta no alcanzaba a comprender lo que ocurría, pero le dio la mano. Era una sensación distinta a la primera vez que se encontraron. Lo conocía, pero como él fingía demencia, ella también podía hacerlo.

A Wilburg le resultaba agradable ir caminando con ella. No podía evitar mirarla de reojo. Le invadía la curiosidad para saber de quién se trataba, ya que le resultaba conocida, o quizá la estuviera confundiendo con otra, mas no le importaba, quería quitarse la duda de encima.

Se colocaron frente a frente para comenzar el baile y se saludaron.

—¿Cuál es su nombre? —indagó el duque.

—Disculpe mi respuesta, pero es un baile de máscaras, ¿no le parece que el asunto es secreto?

La respuesta que le había dado la joven hizo estallar la cabeza de Wilburg. Con más razón necesitaba saber quién era esa mujer. Hasta su contestación era deliciosa.

—¿Dónde la he visto? —Wilburg regresó a la carga con esa pregunta.

—Tal vez me viera en sus sueños, caballero.

Otro acierto para ella. Cada vez que escuchaba algo de su boca parecía que era extraordinario.

—¿No quiere saber quién soy?

—No, porque se perdería este encanto para siempre —respondió Augusta con sinceridad.

El duque terminaría como un demente si no llegaba a saber el nombre de esa mujer. Debía conocerla de algún lugar. Lo que le parecía atractivo de ella era la sensación de haberla visto antes, el misterio de averiguar su identidad.

—Qué buena respuesta, una digna de aplaudir. Supongo que le agrada el suspense. ¿Se encuentra en la búsqueda de un esposo?

Augusta se sorprendía con la educación, respeto y dulzura con la que él se dirigía a ella. Qué crimen podría ser romper el encanto de esa noche con una terrible verdad. El juego que llevaban a cabo era tan divertido como peligroso. Estaban conociendo el lado oculto y juguetón del otro, ese lado encantador que ninguno quiso mostrar desde un principio.

—Le pregunto, ¿hay alguna casadera que no busque esposo? —respondió la joven.

—Lo dudo, y si no está buscando es porque se trata de una solterona.

—Un caballero no debería hablar de una dama desafortunada. Yo no me atrevo, pues hoy estoy aquí, pero mañana puedo ser como ella.

—No, no. Es imposible no debería siquiera pensar en tal disparate. Damas como usted merecen lo mejor que ofrece el mercado del matrimonio.

—Qué condescendiente. Ni siquiera ha visto mi rostro para referirse a mí, pero le agradezco su consideración.

—¿Qué opina de mí?

—No puedo opinar nada de un desconocido.

—Puedo jurar que la he visto. ¿La vi en Londres? ¿Hemos bailado antes?

—No, no nos conocemos en realidad, ahora lo estoy conociendo.

Los dos estaban confundidos, por diferentes motivos, pero esa misma confusión los unía de forma extraña. Estaban hablando como debieron haberlo hecho antes. Lo peor era que ambos se daban cuenta de que se encantaban, pero por cuestiones de orgullo, nunca sería posible un

acercamiento. Lo que eran en realidad los destrozaría, ya que eran incompatibles.

A medida que más bailaban, Wilburg hacía que su interés hacia ella creciera, lo tenía dominado dentro del juego y él no sabía cómo tomar ventaja, salvo usar la técnica de los sinvergüenzas: llevarla a un lugar solitario. Por supuesto que se animaba a hacerlo, la joven lo incitaba a enloquecer y tomar decisiones un tanto arriesgadas, no pensaba hacerle daño, aunque sí obtener más información sobre ella.

Cuando el baile llegó a su fin, Augusta pensó en retirarse, ya que, si seguían juntos en algo, se desmoronaría ese instante tan agradable que habían compartido como desconocidos. No quería hacerlo, prefería recordar con una sonrisa la amabilidad de Wilburg. Realizó la venia y pensó que podría retirarse tranquilamente; sin embargo, el duque la cogió de la mano con suavidad.

—¿Me acompaña a beber una copa? Como es un baile de máscaras, nadie nos reconocerá, podemos estar juntos. No hay nada incorrecto —pronunció.

Una punzada que no sabía si era de decepción la atacó en su mente. ¿Por qué él no se comportó de la misma manera antes? Parecía ser el romántico consentidor con el que ella soñaba, mas sabía que el duque de romántico tenía lo mismo que ella de humilde.

—Me gustaría bailar más, y con diferentes personas. Si voy con usted, me acaparará.

—Haré que no oí cierta parte de lo que ha dicho. La idea es acapararla. Acompáñeme.

Ella no pudo negarse. En verdad quería estar junto a Wilburg esa noche, era maravillosa, estar ahí en ese sueño, esa magia que jamás volvería a ver. Se dejaba llevar con su cálida personalidad que ella desconocía. Tampoco Augusta podía reconocerse, ya que el tono de voz que ella utilizaba le estaba resultando recurrente y hasta familiar.

Él le ofreció su brazo y ella aceptó entrelazando su extremidad para que pudieran ir juntos. Los dos cogieron sus copas con lo que deseaban beber y salieron hacia el jardín. Caminaron en silencio, hasta que Augusta se separó un poco para beber su copa de vino.

El duque la guio hacia un banco que se encontraba cerca de unos arbustos cortados de forma armoniosa.

—¿Pertenece a Gloucestershire? —indagó el duque.

—No. Estoy aquí acompañando a mi familia —respondió. Ese hombre había vuelto a la carga con sus preguntas para saber quién era ella. Se divertiría un buen rato con él.

—Tampoco soy de aquí. Vine a visitar mis tíos. En Londres, me sentía un poco solo y vacío por más que estuviera rodeado de personas y amistades. Ellos son una parte importante de mi vida.

—¿Y sus padres?

—Afortunadamente están muertos.

—Lo dice con tanta frialdad...

—Como ellos desearían que me refiriera a cualquiera. No fueron buenos padres. Muchos somos solo consecuencia de una obligación.

—Lo lamento. Yo soy consecuencia de un gran amor entre personas maravillosas —contó y después sonrió como si lo que decía no lo hubiera sabido, pero acababa de descubrir que eso pensaba sobre su propia vida.

—No me atrevo a cuestionar a las personas que se casan por la debilidad del amor. Mis tíos son de esas personas, me resultan agradables y para nada débiles como podrían decir en Londres sobre esas personas.

—¿Usted cree en ese extraño sentimiento que puede ser la ruina para cualquiera?

—Tal vez sea algo para pocos escogidos, no para mí, pero eso no me hace insensible ante algún sentimiento parecido. Me gusta sentirme orgulloso e inalcanzable.

—Hoy no es orgulloso ni inalcanzable.

—Eso significa que me conoce.

—No. Jamás se me hubiera ocurrido que un caballero pudiera demostrar empatía y sensibilidad.

—No me nace todos los días, solo con alguna persona especial. ¿Quién es?

—No soy especial, puedo ser una pesadilla.

Los dos dieron sorbos a sus copas. Estaban sentados en una banca, conversando sobre el amor. Eso era impensable para ellos. Para Wilburg era un asunto imposible y para Augusta, era difícil digerir que el duque tuviera algo vivo latiendo en su pecho.

—Usted solo podría ser la pesadilla de otra dama con tanta gracia que posee —confesó el duque.

Augusta se puso de pie con presteza, pues el asunto se estaba poniendo extraño. El duque era demasiado amable para lo que ella podía tolerar. Ese juego era peligroso porque no sabía si él quería tomar una terrible venganza y fingía demencia al no decirle que ya sabía quién era.

—Me retiraré —decidió Augusta.

—¿Por qué? ¿A qué le teme?

—Es suficiente, regresaré a mi casa.

Wilburg volvió a tomarla de la mano, pero esta vez la pegó a su figura para que no escapara.

Capítulo 18

El corazón de Augusta estaba a punto de estallar al estar pegada al cuerpo del duque. ¿Qué era eso que estaba pasando entre ellos?

—Prefiero irme porque esto no está bien, y si es un juego de su parte para hacerme daño, le diré que no puede. Entre nosotros no puede pasar nada —alegó Augusta tratando de escapar de sus garras.

—¿Nada de qué? Si no la volveré a ver, ¿por qué no tomar esto como una maravillosa aventura? Puede ser un juego divertido —declaró Wilburg ajeno a lo que Augusta sí sabía.

—No, no...

Entonces, pese a las negativas de la joven, el duque se acercó a los labios de ella y comenzó aquella danza prohibida entre dos solteros.

Por la mente de Augusta solo podía pasar la imagen de su tía Eugenia dándole aire al que después se convirtió en su tío Randalf. En ese instante, comprendió que eso que ella creía que era ayudar a respirar, en realidad era un beso, el duque de Westwood la estaba besando sin su consentimiento. Le asustaba lo que significaba un beso y lo que era peor, le gustaba.

Mientras la besaba, se cuestionaba si ese acto era necesario, a lo que rápidamente se reprochó, ya que sí lo era. Esa mujer estaba jugando con su mente, ella sabía quién era él, pero el pobre no podía saber quién era ella. No quería dejarla ir, deseaba perderse para siempre en ese acercamiento que había logrado. ¿Sería posible que se quedara sin saber su identidad? No podía. Algo le pedía que se quedara con ella. Devorar su boca era lo mejor que le había tocado vivir.

Augusta terminaría derretida y de paso enloquecida, si no salía de ahí. No debió darle rienda suelta a su atracción hacia el duque. Ahí estaba perdiéndose en algo que no tenía futuro y que echaría a perder sus oportunidades, pues no sabía si encontraría a alguien que pudiera cumplir con las expectativas de vida que ella tendría después de ese beso.

—No haga esto —pidió Augusta que se alejó de Wilburg, pero él se negaba a soltarla por completo.

—Quédese, podríamos continuar hablando.

—Ya no quiero hablar, adiós...

—¿Se irá sin decirme su nombre?

—¿Para qué decepcionarlo? No hace falta. Quédese con un buen recuerdo.

—¡Condenación! ¡Deme una pista!

Ella cerró los ojos con fuerza y buscó en su mente una pista que no le resultara tan difícil, después de eso se iría. No volvería a salir de su casa nunca más. Era probable que se curara de la

desobediencia después de esa experiencia.

—Solo no responda a la carta de mi padre...

Augusta partió hacia la oscuridad de la noche. Su dichosa velada maravillosa, lo había sido en realidad, aunque muy corta, porque debía regresar. Lo que había obtenido de esa salida era suficiente para darse cuenta de que por algo existían las reglas y normas que ella rompió para escapar y cumplir con un capricho. Todavía no alcanzaba a comprender cómo enfrentaría después esta vivencia. Ser besada por el duque no era cualquier cosa, pero tampoco podía pensar demasiado en eso, ya que él al parecer la besó engañado por creer que era otra dama. Descubriría todo cuando leyera la carta que le había enviado su padre para reunirse a causa del hecho de haberle dado una orden al perro para que lo atacara. Ahí él volvería a ser el mismo. El hombre que conoció esa noche era una ilusión y el personaje que ella fingió ser también. Ambos eran fantasías excitantes, mas inexistentes.

Rodeó la casa por el jardín hasta ir a buscar su caballo. No más baile para Augusta. Necesitaba estar en su casa para pensar en todo lo que había pasado y en qué podía hacer para evitar volver a verlo. No quería ver su rostro de decepción cuando supiera que era ella de nuevo. Se imaginaba toda la sarta de cosas que le diría por haberle tomado el pelo, cosa que para nada había sido su intención, pero él jamás lo entendería porque la odiaba sin motivo... Tal vez tuviera dos pequeños motivos.

Una vez que pudo estar con su caballo, lo azuzó para que pudieran tomar el rumbo hacia la casa. Ya no quería estar fuera, deseaba acurrucarse en su cama y tapar su cara con la manta para olvidar lo que había ocurrido, mas ese beso sabía que sería imposible olvidarlo porque le había gustado. Representó un gran disfrute para ella.

Cuando llegó a la caballeriza de donde había quitado el caballo, lo dejó en el mismo sitio. Lo hizo con mucho cuidado y después se apresuró a ir hacia su casa, pero recordó que la señora Smith había cerrado la ventana, hecho que la dejaba a la deriva.

Mientras intentaba buscar una entrada no muy sospechosa, escuchó el aullido de lo que sería un coyote, al igual que el fuerte ladrido de los perros que estaban encerrados en su corral. Eso no le agradaba, porque significaba que esos animales o se habían visto o percibido de alguna manera. Le tenía miedo a los coyotes, sin duda alguna.

Ninguna ventana estaba abierta. ¿Qué haría? No podía quedarse ahí. Por más miedo que tuviera, debía entrar a la casa y la única opción debía ser el área de los sirvientes y esa estaba hacia el lado de los perros y de donde había venido el sonido del coyote.

Lloriqueó por un instante, ya que ni siquiera tenía su arma para defenderse, aunque tal vez fuera mejor ser devorada por un animal salvaje que descubierta por su padre y después volviera a imponerle un castigo, no quería más de eso.

Tomó valor y corrió hacia la puerta de entrada de los sirvientes e intentó abrirla. Lo había logrado, pero no estaba sola. Palideció al ver la sombra de alguien, estaba perdida.

—Pensé que tardaría más, milady —dijo Amber que todavía no se había puesto el camisón para dormir.

—Me asustaste, Amber.

—Eso es porque hace cosas malas. Vaya a su habitación, la señora Smith suele levantarse para beber un té en este horario.

***

Wilburg se había quedado solo en el jardín. Cogió su copa y bebió su contenido, lo mismo hizo con la copa que perteneció a su acompañante. Ella se había escapado dejando algo en el aire.

¿Quién podría ser el padre de la joven que le envió una carta y cuándo había sido eso? Una vez que supiera de quién era el sobre, sabría lo que necesitaba. Debía verificar la correspondencia en casa de sus tíos, era evidente que había ido ahí. Los dos no pertenecían a ese lugar y estaba seguro de que ellos dos se conocían. Sabía que la había tocado alguna vez, ya que su acercamiento no le era ajeno, y pese a que se negó a decirle si se conocían o no, él sabía que sí.

Para el duque toda diversión se había terminado, puesto que la bella joven que lo atrajo se había escapado y la mujer malvada a la que esperaba jamás apareció, lo que significaba que estaba sufriendo un castigo colosal que merecía por haberle hecho daño a una de sus botas. Definitivamente, era una noche sin gracia. Por respeto a sus tíos se quedaría en aquel rincón a beber. Nadie podía decirle nada si se pasaba de algunas copas. Nunca había sido un hombre escandaloso cuando bebía, era un ebrio respetable.

Una vez que sus tíos se compadecieron de su sobrino y decidieron retirarse, Wilburg fue a su habitación y se quedó ahí y no para dormir, sino para pensar en la misteriosa enmascarada de las perlas. No podía dejar de darle vueltas a ese asunto dentro de su cabeza. Ella era tan extraña y la sensación de conocerla no salía, se disipaba. ¿Qué podría ser tan grave para que ella no quisiera decirle quién era? Nada podía ser problemático, salvo que fuera una mujer casada. Ese era el punto de no retorno para cualquier persona. No podría estar con alguien así ni por más que la adorara. La conversación también fue extraña como si hablar de amor fuera lo adecuado entre dos extraños. Podría llamarlo destino o casualidad, pero ahí había algo. Debía calmarse y esperar a la dichosa carta que la joven había dicho. Eso haría que este misterio se aclarara.

Pasaron unos dos días y Wilburg no recibía nada.

—¿No hay nada para mí, Bernard? —preguntó el duque refiriéndose a la correspondencia.

—No, su excelencia. Su tía me lo hubiera dicho, aunque podría usted preguntarle si ha recibido algo y ha olvidado decirlo —respondió su sirviente que fue a avisarle que el almuerzo estaba servido.

—Preguntaré. Sé que debo recibir una carta.

Él se dirigió al comedor y ahí encontró a su tía sentada al igual que a su tío. Pasó junto a ella y le dejó un beso en la frente.

—Ese beso vale dos porciones de *creme brulee* para ti —habló su tía sonriente.

—Eso me encanta... Tía, creo que hay una correspondencia que debí recibir ayer o antes de ayer. ¿Cree que pudo haberse mezclado con sus correspondencias?

Los tíos de Wilburg se miraron y comenzaron a coger algunos panes de la mesa en forma sospechosa, situación que no pasó desapercibida para el duque.

—No, no hay nada, querido —negó la dama.

—¿Por qué presiento que me ocultan algo? No tengo siete años, pueden decirme lo que sea.

—Ya te he dicho que no hay nada importante en la correspondencia.

—Tía...

—¿Quieres que lo invente?

—Los conozco muy bien y ustedes no se mirarían de esta manera si no escondieran algo. Lo hacían cuando mis padres me abandonaban aquí y ustedes no querían decírmelo, no soy un tonto.

—Margarite, no puedes ocultar el asunto —pronunció Ernest.

—¿Para qué quieres que le diga que el padre de esa víbora le ha enviado una carta para disculparse y reunirse? ¡Quiso matar a Wilburg! Sobre mi cadáver él pisará la propiedad del duque de Westwood.

Wilburg estaba más que confundido, de ninguna manera imaginaba que quien le enviaría la carta fuera el duque de Salisbury.

—¿Desde cuándo está la carta en esta casa?

—Desde hace casi cinco días.

El tiempo ni siquiera coincidía con su encuentro con la joven del antifaz, fue enviada antes, entonces... La dama misteriosa era lady Augusta Relish.

Esa conclusión solo lo llevó a una terrible decepción y a un enfado que era difícil disimular. De nuevo esa joven se había salido con la suya cuando se refería a burlarse de él y lo más triste del asunto era que ella había visto sus debilidades y el beso le había fascinado. Llevaba días fantaseando con encontrarla. Lady Augusta era la reina de las artimañas, la persona más cruel y despiadada que podría haber parido alguien para ensañarse con él de esa forma por haberla estado observando por ser bella. Comenzaba a arrepentirse de haberse fijado en ella.

Debió hacer todos los esfuerzos posibles por no desternillarse de la risa frente a él cuando hablaban del amor. Había hecho el papel del hombre más tonto del año. Debió sospechar tanta negativa, aunque por nada del mundo se le habría ocurrido que fuera ella porque su tono de voz no coincidía y la gran diferencia era la amabilidad, la empatía y la sencillez que había sentido en la dama. Augusta no era de esa manera, era la arpía más grande del mundo, pero con una gran capacidad para camuflar sus intenciones. El rencor y la venganza eran sus aliados.

Le avergonzaba saber que se habían besado, que lo había disfrutado tanto y también seguía deseando repetir el beso. Las cosas, en lugar de mejorar, empeoraban, pues hasta había considerado hablar de la joven con su tía y comentarle que alguien había despertado su interés. Menos mal que no lo había hecho o estaría muerto de vergüenza en ese instante, ya era mucho darse cuenta de que era un tonto de clase mundial y que cualquiera podría tomarle el pelo, pero juraba que este asunto no se quedaría así.

—Te dije que era mejor ocultar eso. Mira su cara, Ernest —dijo Margarite al observar el rostro serio y molesto de su sobrino.

—Citaré al duque aquí para una jornada de caza, espero que venga con su familia.

Capítulo 19

Como siempre, su tía estaba en desacuerdo respecto a lo que él había decidido, pero necesitaba ir a enfrentar la terrible burla que había caído sobre él. Wilburg había encontrado la horma de sus zapatos en lo que se refería a un oponente. No era digna de llamarse así, pero como era la única que le llevaba la contraria, debía darle un nombre acorde.

No podía creer que estuviera perdiendo contra una joven debutante, cascarrabias, engreída, orgullosa, egocéntrica, frívola, mimada, caprichosa, maquiavélica y casquivana. Tal vez le faltaran más calificativos, pero no quería encontrarlos porque podría abusar de ellos para decírselo.

Después del desayuno que casi le quedó atorado en la garganta, él fue a su habitación para responder la carta.

Nadie podía saber lo decepcionado que se encontraba al darse cuenta de que lo vivido había sido solo una actuación de ella, porque él, sin desearlo, le abrió su corazón de una manera absurda y estúpida. ¿Cómo pudo hacer semejante cosa con una persona a la que no conocía de ningún sitio? Era un reverendo tonto. Si ella deseaba burlarse de él por siempre, tenía suficiente material para morir de risa. La vergüenza lo consumía, pero lo que más le molestaba era saber que la persona que a él le agradaba era solo la personalidad malvada de lady Augusta, que era suficientemente mala para ser tan pequeña. Bien decían que mientras más bonita y pequeña era una serpiente, más veneno tenía. Quien dijo eso no se había equivocado de ninguna forma.

Una vez que terminó de escribir, él le entregó la respuesta a Bernard para que alguien la llevara de inmediato. El duque había esperado mucho por una contestación. Aquel debía estar pensando que era muy resentido por el asunto del perro. De hecho, debería ser cruel y despreciable, arrojarle una plaga hacia sus tierras o quemar sus pastizales para tener venganza, pero no, él era un caballero con valores, orgulloso, pero con buenos preceptos. Lo correcto era lo que le guiaba, salvo cuando hablaba con Augusta, con ella tenía un terrible problema que quizá no identificara con facilidad, aunque sabía dónde y cuándo había comenzado. Ella era preciosa, inteligente y una excelente actriz. Podría incluso perdonar que mandara a su perro para que se lo comiera, pero no haberse burlado correspondiendo a sus besos de la noche pasada. ¿Cómo podría tener una jugosa venganza? Pues de la misma forma en que Augusta se atrevió a verle la cara.

***

Augusta tenía problemas para prestar atención a las lecciones de la señora Smith. Si bien no le había estirado la oreja, ya que las aguas se habían calmado en su casa, dentro de ella había algo terrible que no la dejaba en paz: la experiencia vivida junto al duque. Ese beso había sido tan maravilloso que era su más íntimo secreto. No se lo había dicho a Amber, pues eso sería ponerse en peligro, puesto que su doncella podría ser amedrentada por su causa en cualquier momento y no quería que ella confesara ese pequeño desliz que había tenido con ese hombre tan despreciable.

Pese a que lo consideraba de esa forma, ella suspiraba por un poco más de lo que había

probado. Lo probable era que volviera a utilizar al perro para amenazarlo y que volviera a besarla. No estaría mal ponerse prepotente para conseguir lo que deseaba.

Suspiró y siguió en el mundo perfecto que había armado dentro de su mente amenazando a un caballero para que la besara.

—Tengo la respuesta del duque —anunció su padre que la encontró en el pasillo.

El fin de toda su fantasía había llegado, no más soñar con ese malvado hombre que la besó. Él ya sabía y quizá estuviera condenada a sufrir las consecuencias de sus actos. No debió decir nada, pero ella no pudo dejarlo con la duda y le dejó ese acertijo.

—¿Y qué ha dicho, padre? —preguntó.

—Que nos invita a la casa de sus tíos para una cacería de perdices —contó con la carta en la mano.

—¿No cree que nos podría dar un balazo?

—No a mí, tal vez a ti, pero la verdad es que quizá tú lo mates a él primero. Eres más rápida para desenfundar un arma.

—¿Cree que pueda cazar perdices con ustedes?

—¿Por qué no?

—Mmm... padre, ¿no quiere ir a Londres?

—No. Me gusta Gloucestershire.

—Yo quisiera conocer a otros caballeros, a los que son probables candidatos a esposo. Aquí estoy perdiendo el tiempo.

—Nos podemos ir después de arreglar las cosas con el duque. Es mejor limar las asperezas de una vez, disculparse y continuar como personas razonables. Es importante que en Londres puedan verse y saludarse con normalidad para que los cotilleos que después puedan circular sobre tu abandono en medio de un baile queden sin efecto.

Lamentaba aún más no poder escapar de lo que le esperaba. Debía estar pagando todas sus culpas de una vez y después de pasar esa vergüenza seguiría su camino hacia lo desconocido.

—Debía intentarlo. ¿Cuándo cree que sea conveniente asistir a su propiedad?

—Mañana mismo, querida. Él se disculpa encarecidamente por el retraso, pues la carta había quedado entre la correspondencia de su tía. No podemos hacerlo esperar más después de que nosotros tuviéramos la culpa de que él perdiera una bota. Llevaré dinero para ofrecerle aquello y tú llévale algo agradable.

—¿Y qué puede ser?

—Dale un pañuelo o flores. Tal vez le gusten.

—No puedo darle hierbas venenosas, entonces flores.

—¿Y qué piensas del pañuelo?

—¿Para qué entregarle un pañuelo a alguien que cree que no merece la pena darme su sonrisa?

—¿Te han dolido esas palabras, Augusta?

—¿Por qué tendrían que dolerme? Su sonrisa me importa igual que lo que cuesta su bota. Desde un principio él y yo estábamos destinados a esto porque el duque empezó. Me hubiera gustado que las cosas fueran diferentes.

—Todavía esto es recuperable. El duque es un hombre juicioso y sabrá que tú le convienes, Augusta.

—Tengo demasiados defectos que suman a los de él. Lo mejor es que piense en presentarme con el marqués de Horshire.

—¿Cómo sabes del marqués de Horshire?

—Como si usted no supiera que todos los rincones de esta casa tienen oídos.

***

Al día siguiente, tanto el duque como toda su familia fueron a la residencia de la familia de Wilburg.

Augusta hizo lo que le había sugerido su padre. Bordó un pañuelo y recogió unas flores para «congraciarse con él». Simplemente se sentía ridícula, y esa era su culpa, no debió obsequiarle flores a su padre.

—Nadie creerá que le dijiste chimpancé, querida. Con ese detalle que llevas —dijo su madre, burlona.

—No se burle, madre. Esta es una idea de mi padre, jamás sería mía. No tengo interés alguno en que ese hombre tome de buen grado mi presente. Le aseguro que, siendo un chimpancé, quizá se lo meta en la boca o me lo arroje en la cabeza.

—No vayas con la actitud inadecuada, Augusta —ordenó su padre.

—Ya va con las prendas poco propicias para una dama. Ella no debería estar con ropa de cacería para visitar la casa de un caballero.

—Usted siempre va de cacería con mi padre vestida de la misma manera que yo, con prendas menos elegantes.

—Pues no me parece apropiado. Deberías estar intentando ganarte el favor de los tíos a los

que ofendiste con tu actitud en el baile.

—Quiero que las dos tengan una sonrisa, yo quiero cazar y no quiero que nadie de ustedes me arruine el día. A la primera que abra la boca para decir una tontería la devolveré a casa.

—¿Es un premio o un castigo? Eso teniendo en cuenta el lugar al que iremos. Esa gente no nos quiere, ¿por qué ir a donde no nos aprecian? Preferiría irme a la casa de mi tío Clifford y escuchar las historias de mi tía, además, oír los sonidos extraños que tiene esa casa. Me encantan las historias de miedo...

—Ni que lo digas, he pasado años de mi vida inventando historias para mis cuñadas, ha sido un largo camino después para ti y quizá en algún momento para mis nietos.

—Creo que es muy apresurado hablar de eso. Para que el favorito de la casa se case falta demasiado tiempo.

—Tú eres la favorita y estás a menos de dos millas de una gran oportunidad, no lo eches a perder, Augusta —alegó su padre.

Al bajar la colina, distinguieron la residencia de la familia del duque de Westwood. Era una propiedad grande, mas no tan majestuosa como la que ellos tenían. Augusta estaba nerviosa, todo lo que podía pensar era en el grito de guerra que daría el duque una vez que pudieran dirigirse la palabra. Arrojarle el perro no había sido cualquier cosa, era algo muy delicado.

—Hemos llegado... —comunicó Albert.

Al llegar, la joven miró hacia la casa y a través de la puerta principal salían quienes se encargarían de atenderlos, entre ellos Wilburg.

—Ahí está esa mujercita tan insoportable. Oh, y lo peor es su vestimenta de dama, usa un vestido como ese con botas —masculló Margarite entre dientes.

—Calla, Margarite, te oirán —reprendió su esposo.

Wilburg solo podía observarla. Al hacerlo, se removieron un montón de cosas dentro de su mente, desde el abandono, el perro y hasta el beso. No sabía cuál de los problemas pesaba más, aunque quizá el beso fuera lo más perturbador.

Al momento en que ambos cruzaron sus miradas, se dieron cuenta de que cada uno sabía lo que ocultaban. Para Augusta ese sería un pésimo día, ya que debía responder ante él por todos sus pecados. Al notar que él se acercaba para recibirlos, ella quería quedarse en el carruaje y no bajar, sentía vergüenza ajena al estar ahí. Además, el duque tenía una buena arma para destruirla ahí mismo si lo deseaba. Podía decir que la había visto en el baile de máscaras y eso sería todo para ella, su padre la encerraría en algún lugar y le buscaría un esposo porque ella estaba descarriada y era probable que hasta le quitara el apellido, ya que para todo lo malo que hacía era Augusta Fane.

—Es un placer recibirlos. Personalmente, le pido disculpas por el retraso en la contestación de su carta, excelencia —saludó Wilburg, disculpándose.

—Son cosas que ocurren. Espero que podamos conversar bastante en este día y aclarar cualquier inconveniente surgido en el pasado. Para todos nosotros es importante que no existan rencores —musitó el duque de Salisbury con una inclinación de cabeza.

—Soy un caballero, excelencia, para mí no hay nada que recordar. He sido un poco pillo, pues no he sabido hablar con milady. Usted sabe, un soltero, un grupo de amistades... Perdí un poco la sutileza y no sabía cómo tratar a milady... —contó acercándose a ella.

«¿Qué demonios estaba tramando el duque?», se cuestionó Augusta. Ella estaba segura de que el duque no estaba siendo bueno, generoso o educado, su mente maquiavélica debía estar pensando en cómo hacerle mucho daño. Quería acabar con todo el asunto. La noche del baile de máscaras fue suficiente, no quería enfrentarse más, ya que descubrió que sentía cosas por él sin importar que tan ruin fuera. Estar ahí solo le provocaba incomodidad y sufrimiento.

Ella tuvo que hacer una reverencia ante él, no le entregó su mano como era la costumbre, pero cuando él extendió la suya, debió darle lo que pedía. Volver a tocar su mano era toda una locura, se sentía como si no pisara el suelo. En su cabeza, imaginaba que se besaban otra vez, pero eso solo era un sueño, la realidad era distinta.

—Buen día, su excelencia —saludó.

—Es un placer volver a verla, milady. Veo que ha venido dispuesta a más que sentarse en un sillón para conversar.

—Le dije que sabía cazar. He venido a cazar con ustedes.

—Las damas se quedan aquí en el jardín y los caballeros irán de cacería —habló Margarite que no quería a esa niña cerca de Wilburg ni si se trataba de la hija del rey.

—Augusta lo sabe, pero no quiso vestirse como debería, se siente cómoda de esta manera y lo importante es estar cómodos y pasarlo bien —justificó Kitty ante la actitud de Margarite. Era evidente que no soportaba a Augusta, pero para eso estaba ahí, para defender a su hija si hacía falta.

Capítulo 20

—Pasen, por favor. Siento muchas ganas de mostrarle al duque nuestra colección de armas y trofeos de caza —comentó Ernest que estaba poco interesado en tonterías, él deseaba cazar con su sobrino y el vecino, no ambicionaba más que eso.

—Me interesa ver eso... —musitó el duque.

—Usted va por aquel lado, mientras que yo le mostraré mi jardín a la duquesa y a su hija. Vengan, por favor. Mi jardín es mi orgullo, paso mucho tiempo aquí...

Augusta miró a Wilburg, mientras seguía a su madre y a la tía del duque. En ese instante, recordó que dejó el pañuelo y las flores en el carruaje.

—Madre, he olvidado algo en el carruaje —avisó la joven.

—Siempre y cuando no sea a su perro... —farfulló Margarite, punzante.

La duquesa miró a su hija y asintió, después se detuvo a observar a Margarite. Quería decirle muchas cosas, pero estaba segura de que la amistosa visita dejaría de serlo con una palabra mal dicha.

—Ve, Augusta, no olvides entregarle eso a su excelencia, así olvida que casi no cuenta su historia —musitó de manera provocadora hacia Margarite.

Las mejillas de Augusta se tiñeron de rosa, pues su madre, en lugar de ayudarla, la estaba inmortalizando en la memoria de una mujer importante para el duque. Ni si le obsequiaba un invernadero lograría algo para agradar a esa dama. Desde que dejó plantado a su excelencia en medio del salón, sabía que se había ganado a pulso el rechazo de ella.

Siguió su camino para ir al carruaje y creyó que ya no encontraría a Wilburg en el lugar en donde se habían encontrado antes, mas lo vio ahí, de pie, mirando el paisaje. Ella no quiso interrumpirlo, por lo que decidió que no llegaría hasta donde él estaba.

—Lady Augusta, ¿no le alegra verme? Supongo que no, ya que quería que su perro me devorara —dijo Wilburg que la vio de soslayo.

—Sabía que la introducción que ha hecho con mi padre era solo un teatro. Es el mejor actor que cualquiera podría ver.

—¿Mejor actor que usted? No me haga reír.

—Debo ir al carruaje...

—La acompañaré para que esté segura.

—Estaré más segura si usted no se acerca a mí. Por más que he venido a llevarme bien con usted por mi paz, la de mi padre y para que me levanten todos mis castigos impuestos.

—Si hubiera obrado bien desde un principio, no estaría en esta situación.

Augusta le dio la espalda y fue hacia donde el cochero había dejado el carruaje.

—Lo dice el que ha iniciado esto provocándome desde un principio —masculló la joven que giró sobre sus talones para enfrentar a Wilburg.

—Es cierto, pero yo la estaba apreciando, me parecía hermosa. Dije muchas cosas que no debería, solo no quería admitir lo que pasaba.

—¿Y qué pasaba?

—Vi a la mujer más bella del condado y quedé hechizado. Pese a su impertinencia, debo admitir su belleza y también que la malignidad puede estar contenida en la fragilidad de una dama.

Ella dejó de cruzar los brazos bajo el pecho, parecía sentirse más sosegada al oírlo.

—Gracias por lo que ha dicho, usted no me ha dejado decirle que goza de mucha gracia en sus facciones.

—Hemos estado peleando mucho, milady, y no hemos tenido tiempo de conocernos mejor.

—Oiga, esto es muy extraño. Usted no es amable. De hecho, cuando yo deseo algo soy tan amable como usted y eso me indica que no pretende nada bueno y me interesa saber qué es lo que quiere. Sé que lo he avergonzado públicamente y que también he puesto su vida en riesgo. Hoy ha hecho que me arrepintiera de mis acciones conociendo lo que ha pensado de mí.

—¿Y antes no se arrepintió?

—No, porque usted fue grosero conmigo y sentía que merecía el castigo, ni por más castigada que estuviera se me hubiera ocurrido arrepentirme.

—Su sinceridad es agobiante, pero me da la razón al decir que es una criatura malvada. ¿Buscará algo en el carruaje?

—Sí, he traído algo para usted...

—¿Para mí?

—Antes de que piense mal, mi padre me ha sugerido tal cosa. No ha nacido de mi corazón, ya que soy frívola y egoísta.

—Sigue siendo demasiado sincera, pero me agrada.

Sin darse cuenta Wilburg le sonrió y al ver que ella también lo hizo, desapareció su sonrisa, pues no quería que Augusta lo viera así, pensaría que le agradaba cuando no era de esa forma.

La joven abrió la portezuela del carruaje y sacó una canasta de flores con un pañuelo dentro.

Al distinguir lo que era, el duque quedó atónito. ¿Flores? ¿Flores para un caballero?

—No soy una liebre —comentó Wilburg, contrariado.

—Es lo que le dije a mi padre, pero como le di flores para ir al baile del barón Zouche, baile que usted arruinó, creyó que era bueno que le diera algo puro.

—Viniendo de usted no es tan puro. Si usted es sincera, yo también lo seré. Es una víbora, una arpía malvada y convenenciera. Me dio la pista para que supiera quién era.

—Mire el pañuelo, bordé su título... Usted insistió en romper el encanto de la noche.

—Ese engaño le costará caro y lo sabe.

—Lo suponía, pero en mi defensa...

—En su defensa, nada. No hay forma de que usted sea perdonada. La besé bajo engaños.

—Le dije que quería irme y no quiso.

—Debió gritarme quién era y yo le hubiera dado el puntapié para que desapareciera más rápido de mi vista.

—Yo quería ser feliz sin que importara nada. Me ha besado y no puede cambiarlo, quizá se lave la boca mil veces y no se borrará lo que usted, por voluntad propia, hizo, siendo que me he negado. En ningún momento fue mi intención aprovecharme de su ignorancia, más bien, estuve como estúpida pensando en usted todos estos días. Sabía que este día llegaría y esperaba mi sentencia, no crea que no estoy preparada para lo que pudiera venir de su persona. Somos tan idénticos que yo misma podría idear su plan de venganza contra mí.

—Es una verdadera sinvergüenza. Sabe que puedo extender su castigo hasta las estrellas si hace falta al decir que sale de su casa por la noche y sin permiso, ya que no vi a sus padres esa noche.

—No esperaría menos de un cobarde. Y bien, ¿le han gustado mis presentes? —curioseó dándole lo que había llevado.

—¿Me pregunta eso después de insultarme?

—Perdón, debí haberlo hecho antes para ganarme su favor. Para la próxima vez lo tendré en cuenta —expresó sarcástica—. ¿Puedo ir con ustedes de cacería? Prefiero soportarlo a usted que a su tía que no me tolera.

—No la quiero en la cacería.

—¿Nos arreglaremos hoy o no?

—¡Wilburg! —lo llamó su tío, que al no verlo en el salón salió a buscarlo en compañía de Albert.

—Al menos debemos tratar de llevarnos bien por hoy —respondió al verse interrumpido por los otros.

Los dos caballeros se acercaron hasta ellos y vieron lo que Wilburg tenía en la mano.

—Augusta ha pensado que ese presente es ideal para usted. La he visto cortando esas flores como si fuera un bello colibrí —habló el duque.

—Es un detalle que me ha encantado y más el pañuelo tan blanco como la promesa de paz que me ha hecho milady...

Los ojos de Augusta salieron de sus cuencas. Ella estaba a punto de declararle la guerra, pero él no se quedaba atrás en las provocaciones; sin embargo, la inteligencia Fane estaba en su ser.

—Es cierto. Su excelencia me ofreció como ofrenda de paz que pudiéramos cazar juntos. Espero que no los moleste...

En ese instante el sorprendido era Wilburg. Era lamentable que no pudiera sacar ventaja de la situación. Ella era tan astuta como una ardilla. Cada cosa que él decía era capaz de manipularlo a su antojo. Estaba perdiendo la batalla de voluntades y de viveza.

—Es... sorprendente —dijo Ernest que aún no creía lo que escuchaba. Wilburg hacía muchas cosas extrañas por esa dama.

—Adelantémonos, milord. Dejemos que los jóvenes hablen, además, quisiera conversar con usted sobre un asunto particular.

El tío de Wilburg comenzaba a entender lo que quería decir el duque de Salisbury. Él quería que aquellos dos convivieran por una razón y por supuesto que sabía cuál era.

—Considero que son jóvenes inmaduros —comentó Albert—. Quería pedirle que conversara con su sobrino. Él es un excelente candidato para Augusta. Sé que tal vez ella no ha demostrado que puede ser una dama maravillosa, pero está bien educada, solo le hace falta dejar de lado el orgullo y al duque también le hace falta un poco de eso. Ambos son muy orgullosos.

—No quisiera interferir con los gustos de Wilburg. Dije que jamás lo orillaría a casarse por conveniencia. Su existencia ha sido un infierno gracias a los padres que ha tenido. Yo no pienso dejar que sufra por una decisión absurda que parece conveniente. Él busca una dama distinta. Siento decirle esto, pero dos personas con el mismo carácter son incompatibles. Wilburg debe casarse con alguien mucho más maleable que su hija. Sé que ella es perfecta ante los ojos de usted, al igual que mi sobrino lo es ante mí. Espero que entienda lo que quiero decirle sin sentirse agraviado.

—Lo comprendo a la perfección, pero puedo asegurar que mi hija es ideal para él. Tiene un corazón de oro por más que parezca frívola. Admito que he sido un padre permisivo y que la he consentido más de lo debido. Gracias a su sobrino comenzó a entender cómo funciona el mundo real, dejándola fuera de la burbuja que creé para ella. Es difícil para mí ver cómo se enamora lentamente del duque de Westwood, lamentaré mucho si este matrimonio no puede darse.

Albert echó una mirada hacia donde su hija y el duque iban caminando en silencio uno al lado del otro.

—Es una sinvergüenza...

—¿No me ofrecerá su brazo para caminar?

El reclamo a su educación hizo que él extendiera su brazo para que caminaran juntos.

Enseguida ella se encaramó a esa extremidad y siguió su caminata.

—Es agradable caminar por estas tierras, tiene un paisaje interesante. ¿Prefiere cabalgar o ir a pie? —preguntó Augusta para darle conversación al duque.

—Prefiero ir a caballo —respondió con acritud.

—¿Qué le parece una carrera? El que gana se queda con la razón y el que pierde pide perdón igual sin ser culpable de nada —pronunció Augusta, que hacía trabajar a su mente a conveniencia propia, pero sin buscar ser caprichosa, solo quería estar cerca de él. Sabía que no existía futuro, pero igual lo deseaba. Tendría toda su vida para recordar ese momento que podría ser agradable.

El duque escuchó con atención la propuesta de Augusta. No quería dejarla ir de esa manera, quería ver correr su sangre, pero al parecer ella no quería seguir el mismo juego. Tal vez se aburrió de jugar con un espejo.

—Todavía me debe el engaño del baile de máscaras.

—No quise hacerlo, solo quería bailar y divertirme como no pude hacerlo antes. Me sorprendió encontrarlo ahí. Lo reconocí muy rápido, pues su porte tan distinguido es imposible pasarlo por alto.

—¿Lo dice en serio o se está burlando?

—Hasta el cuestionamiento ofende, su excelencia. No está bien visto que hable de su atractivo, pero debo admitir que la naturaleza ha sido generosa con usted. Su cabello es tan reconocible para mí, que podría distinguirlo a millas de distancia.

—No quiero creerle, lady Augusta, usted es una arpía.

—Lo sé, pero no debería condenarme sin conocerme... ¿Qué tonterías estoy diciendo? Quizá los castigos de la señora Smith estén dando resultado y las estiradas de oreja aflojaran mi cerebro. No soy tan mala como cree.

—¿Le han estirado de la oreja?

—He sido torturada por mis malos actos. Pensé que perdería el amor de mi padre y he tenido un gran susto. ¿Qué haría sin su apoyo y sin su afecto? No crea que solo usted es vulnerable. Sin mi familia, no soy nadie. Puedo ser malvada, pero sin ellos me quedo como una pequeña hormiga. El objetivo de mi vida es tener un buen matrimonio y que este sea por amor.

Capítulo 21

Augusta se vio en la necesidad de decir aquello, ya que el duque no pensaba bajarse de su burro. Ella sabía que él la consideraba bella y el duque también sabía que lo consideraba atractivo. Creía que eso podría ser suficiente para mantener la paz. Podría continuar peleando con él hasta que se casara con alguien, pero no le veía sentido seguir con algo que no la llevaría a ningún lugar.

—No quise engañarlo en ningún momento, espero que eso le quede claro —repitió Augusta para que Wilburg pudiera fijar esa idea en su cabeza.

—Me cuesta creerle y, de hecho, no le creo una sola palabra.

—Entonces haga como que nunca antes nos conocimos y que somos vecinos que compartirán un momento obligados. Solo hay que ser agradables, es lo que dice la señora Smith y que no deja de repetir.

—Y no veo la razón por la que pueda estar repitiendo eso —dijo Wilburg con una risa sarcástica adornando su rostro.

—Es comprensible su burla. Sé que quizá nos volvamos a encontrar algún día, pero lo mejor es que no sigamos en estos términos. Escuche, estoy siendo conciliadora, ¿sí? Podríamos pelearnos toda la vida siendo que somos muy parecidos. Solo quiero recuperar mi vida y ser feliz. Tengo a mi futuro esposo esperando a que lo encuentre en Londres, no puedo perder el tiempo jugando a los enemigos con usted, que es un caballero entrado en años.

—¿Cómo que entrado en años? Todavía soy muy joven.

—No lo sé, quizá lo que hay entre sus cabellos no sea solo el color rubio, tal vez un par de canas pueden aparecer. Además, tiene algunas arrugas cerca de los ojos.

—¿Quiere la paz o prefiere iniciar una batalla más?

—En verdad lo intento, pero es que usted no coopera. En fin, lo he intentado, haga lo que le parezca más conveniente —glosó Augusta.

El capricho no dejaba en paz al duque, pero era desconfiado después de lo que había ocurrido, primero el perro y después el engaño. ¿Cómo no desconfiar? Él quería su venganza, por más pequeña que pudiera ser y ese día la tomaría.

—Iremos a cazar y después usted y yo nos debatiremos en la carrera que propuso para saber quién tendría la razón. Zanjaremos esto de esa manera, nos trataremos con respeto en Londres.

Ella le entregó una sonrisa de conformidad.

Siguieron al tío y al padre de Augusta hasta las caballerizas, en donde ya estaban puestas algunas armas para que pudieran cogerlas. Albert había llevado la suya y la de su hija. También,

cogieron sus capas de cacería para partir.

Antes de subir al caballo, Albert quiso ayudar a Augusta, pero Wilburg se adelantó y la cogió de la cintura para colocarla en la silla. El contacto entre los dos era algo que solo ellos podían entender. Sus miradas se cruzaron como comunicándose sobre sus emociones.

La joven sentía que el contacto de Wilburg la quemaba. Sentía como el fuego subía por su pecho para hacer que ella se sonrojara. Eso no la ayudaba a mantener una distancia amable con él. La tentaba y Augusta no quería caer, pues no quería pensar como su padre, tenía claro que entre ellos el amor sería algo difícil. Él la tenía en un concepto que quizá fuera irremediable, a lo único que podía aspirar en ese instante era a que no hablara mal de ella para lograr casarse con alguien que la adorara.

—Gracias —articuló.

Wilburg no quiso sonreír ante aquella victoria de tocar a la joven. ¿Qué clase de venganza era entrar en un círculo vicioso como el acercamiento? Augusta le atraía y no podía negarlo, pero esos sentimientos eran prohibidos porque eran parecidos y nada bueno se podía esperar de ellos.

Los caballeros se montaron en sus caballos y comenzaron a conversar, mientras dejaban a Augusta sola con sus pensamientos.

—¿Iremos cerca del arroyo? —preguntó Albert.

—Sí. Hay una gran abertura bajando un poco por ahí —señaló Ernest—. Ahí suelen ir los otros. Será una buena oportunidad para emboscarlos.

—¿Y las perdices? —curioseó Augusta. Ella creía que los caballeros la ignoraban con el firme propósito de que se arrepintiera y regresara a beber té con las damas.

—Están un poco más escondidas, les gustan los arbustos. Es el refugio contra sus depredadores —respondió Wilburg. Sin darse cuenta, él pensaba en acapararla.

—¿Quieres perdices, Augusta? Ve a por ellas. Al duque no le molestará indicarte el lugar en donde puedes hallarlas —dijo Albert que estaba al borde de regalar a su hija con ese hombre. Definitivamente, su padre era un casamentero.

—Será un placer enseñarle las perdices y otras aves a milady —replicó sonriente—. ¿Me acompaña?

Por supuesto que sí, iría para sufrir como una verdadera tonta. Le encantaban los problemas, por eso daría un paseo a solas con él.

—Es mejor que permanezcan con nosotros —musitó Ernest, que no quería dar pie a situaciones que comprometieran a su sobrino en un futuro. Cualquier cosa que le ocurriera a la joven podría ser su culpa.

—Me encargaré de que ningún coyote devore a milady.

—El que tiene más posibilidades de ser devorado es usted, su excelencia —farfulló

Augusta, burlona.

Él no pudo evitar sonreír. Lo que intentaba evitar con ella, lo comenzaba a consumir lentamente. No quería entregarle sus sonrisas porque no la creía digna; sin embargo, Augusta era tan caótica y excéntrica que eso lo mantenían interesado en acercarse. Debería estar pensando en cosas malas y en hacerle daño, pero lo que deseaba era poder estar solos.

Ellos se alejaron del duque y del tío de Wilburg para ir a por las perdices.

—¿No cree que su padre me da demasiada confianza? —indagó Wilburg para tener una conversación con ella.

—¿Es lo que cree? Deje que lo saque de su error.

—¿Por qué?

—Él cree que conseguirá un esposo para mí.

—¿Y quién sería tan tonto para casarse con usted?

—Pues él espera que ese tonto sea usted. ¿Qué le parece? Tiene las esperanzas puestas en que seré duquesa porque nuestra situación le recuerda a la de mi madre con él.

—¿Sus padres se han odiado alguna vez?

—Sí, antes de casarse. Ella no podía ver lo encantador que era mi padre en compañía de sus perros. Al igual que usted no nota mi encanto...

Wilburg no pudo evitar echarse una sonora carcajada por lo que ella decía. ¿De dónde había salido tan ocurrente mujer?

—Puede burlarse todo lo que quiera, pero es verdad. Le he dado flores y un pañuelo, ¿quién más haría eso? —siguió Augusta.

—¿Quién más me enviaría a su perro? Supongo que el afecto que me tiene es demasiado. Mi tío me contó la historia de sus padres y yo había dicho que el duque había obligado a la dama para casarse a punta de una jauría de perros.

—Cásese conmigo o la devorarán... Es lo mismo que pensaba cuando era pequeña. —Rio Augusta—. No he considerado que pueda ser una mala idea.

—No preguntaré si sería capaz de tal cosa, porque, sin duda, la respuesta podría confirmar mis sospechas.

—¿No quiere que lo obligue a casarse conmigo? Tengo cinco perros a los que podría soltar para que lo busquen si se niega —bromeó.

—No estoy tan desesperado por casarme. Sin duda usted sería la última mujer en mi lista. No se ofenda, pero sé que entiende mis razones y tiene grandes fauces.

Ella alzó los hombros para restarle importancia, aunque no podía decir que lo que escuchó no le dolía, ya que no era correspondida en sus emociones hacia él.

—Es entendible. ¿Está seguro de que soy la última?

—Sí.

—Está bien, he insistido lo suficiente. Ahora, tenga cuidado de que el corazón de una dama pudiera ofenderse, pues tengo un arma y en este momento una perdiz va a caballo.

—Debería usar un monóculo para evitar confundirse y dar el tiro equivocado.

—Era un chascarrillo, no soy capaz de matar a nadie, aunque lo parezca.

La decepción no la dejaba levantarse. Le entusiasmaba cazar en su compañía, pero el duque solo parecía despreciarla. Ella era una mujer de alcurnia, no debería estar rogando por un poco de su atención, entendió que no había forma de que alguna vez pudieran llegar a un acuerdo.

El duque hacía lo que debía y eso significaba conservar una distancia saludable con su acompañante, ya que ella no era la mujer adecuada para su vida y él lo entendía como tal. También, comprendía que ella tenía algo especial que lo dejaba pensando. Sus deseos de venganza se veían afectados por el humor sarcástico y ácido de Augusta, ya que le gustaba cómo era. No pudo evitar reír a carcajada suelta porque todo lo que decía la joven era interesante y gracioso, por más que fuera en contra de él o que lo usara como la comidilla.

—Hemos llegado. Debemos dejar aquí los caballos y caminar con sigilo para no espantarlos —pronunció Wilburg que bajó de su caballo y lo ató a un árbol.

Augusta estaba a punto de hacer lo mismo que él, pero Wilburg lo impidió.

—La ayudaré...

—Ni siquiera debería molestarse. Es una simple y absurda cortesía que no sienta.

—Insisto.

La cogió de la cintura y la bajó muy cerca de su cuerpo. Aprovechaba cada oportunidad para acercarse a ella haciendo caso omiso a su mente que le decía que se alejara de esa serpiente enroscada que esperaba una oportunidad para darle una mordida que lo dejaría muerto o desfallecido.

La joven se sonrojó y se quedó cerca de él, quien rompió el contacto fue el duque. Se sintió huérfana al instante, parecía que se acercaba y se alejaba con el propósito de hacerla sufrir con su acercamiento. Después ella cogió su arma y se alejó de Wilburg para tomar su propio camino de cacería, como acostumbraba al salir con su padre.

Fue sigilosa y escogió un lugar en el cual quedarse a esperar el momento exacto para cazar perdices. Debía ser rápida para tal efecto. Una vez que identificó a la víctima y la oportunidad perfecta, apuntó su arma, cerró un ojo y halló el blanco. Tenía el dedo sobre el gatillo, a punto de percutir; sin embargo, una piedra en el agua hizo que todas las perdices que estaban bebiendo el

líquido se escaparan de todas las maneras posibles. Ella miró hacia un costado y vio al duque arrojando piedras en el lugar. Juraba que lo había hecho a propósito.

—¿Por qué hizo eso? Estuve a punto de dispararle a una perdiz y tenía a la segunda casi en mi plato —masculló dejando su escondite con premura para increparlo.

—Lo hice con la peor intención del mundo. Merece un poco de mi maldad.

—¡Grrr! No es posible que se ponga al nivel de una niña como yo, usted es un hombre, un varón, ¡un duque! ¿Me considera tan importante para ser su rival?

—¿Usted? ¿Importante? Nunca vi nadie más insignificante que su persona.

Con pésimo ánimo fue y le dio un golpe en el pecho con la palma abierta, entonces, Wilburg la cogió de ambas muñecas hasta hacer que ella soltara el arma que llevaba.

—Que sea la primera y última vez que se atreve a intentar levantarme la mano. No por ser un caballero dejaré que me trate de esta manera.

—¡Suélteme, patán! Dígale a mi padre que regresé a mi casa —expresó intentando soltarse, pero él era más fuerte que ella.

—Usted se quedará aquí para pagar todas sus maldades, lady Augusta. —Después de decir eso, él se apoderó de los labios de la joven, mientras ella quería zafarse de su agarre.

Estaba enfadada por lo que había hecho Wilburg. Podía jurar que lo odiaba, pero no debía seguir albergando rencores hacia él. Prácticamente, habían aclarado las cosas, no se soportaban y no había más que hacer ni qué decir. Sin embargo, aquel beso volvía a hacer mella dentro de ella. Era como mantener con vida a alguien que debía morir. Eso que los unía no era más que algo para que el duque de Westwood siguiera deseando ser el ganador de la puja entre ellos. No se resignaba a perder.

Capítulo 22

Por más que buscaba no darle el gusto al duque, ella cedió ante el beso y lo apretó contra su cuerpo para disfrutar aún más. Si este hombre la hacía sufrir, al menos quitaría un poco de rédito de lo que ocurría entre ambos, la satisfacción era un pago por los desplantes del duque.

A él le sorprendió que ella se tomara aquella libertad con él, pero no le molestaba, más bien lo disfrutaba. No estaba acostumbrado a pelear con una mujer y después besarla, mas con Augusta todo era excepcional.

El sonido de un disparo hizo que ambos se separaran.

—Genial. Gracias a su tontería ahora vamos en desventaja contra su tío y mi padre —espetó cogiendo su arma que gracias a la violencia del duque había dejado caer.

—Esto no se trata de una competencia, milady.

—Probablemente para alguien sin ambiciones esto sea solo una cacería. Ahora ya no podremos coger una sola perdiz en esta zona. Las que quedaron cerca ya debieron irse. Bien... ¿qué más nos queda por hacer aquí? ¿Sabe recoger bayas?

—¿No sabe cazar otras cosas?

—Por supuesto que sí, pero si usted va a boicotear mi cacería, no le veo sentido a esforzarme. Lo más seguro es que no espante a las bayas.

—Lo único que me gusta de usted es su sentido del humor.

—Si es todo lo que le gusta, ¿para qué me besa?

—Para hacerla pagar. Es una tortura.

—¿Para usted o para mí? Porque déjeme decirle que yo lo he disfrutado, así que para mí no es una tortura. Busque algo que en verdad me haga daño, pero es difícil que lo consiga.

—Sabía que yo le gustaba.

—No es ningún secreto que es agraciado, ya se lo he dicho, pero como usted solo recuerda lo conveniente, se olvida de lo importante. Quédese aquí y deje que la gente que sabe se encargue de la cacería. No me desconcentre.

Él vio a Augusta que se alejaba hacia un pequeño bosquecillo. ¿Acaso lo había llamado inexperto? Pues no era ningún improvisado en este asunto. ¿Quién se creía ella para decirle semejante tontería? Él la había provocado, necesitaba ser malicioso y por eso había arrojado las rocas al agua para que se quedara como una tonta escondida ahí, pero al verla tan molesta, se le había ocurrido calmarla con un beso. Era bella cuando se enojaba, parecía un pajarito tratando de espantar a un halcón. Ni siquiera la había inmutado en su afán de molestarla, es más, le había confesado que disfrutó del beso. Eso era descarado en el sentido más amplio de la palabra. No

tenía vergüenza de decir eso siendo una dama, hija de una excelente familia. Debía tener la mejor educación del mundo, pero ella prefería hablar como aparecían las cosas en su cabeza.

Dejó que ella se fuera, había tenido un pequeño instante de retribución al molestarla, era suficiente para él, por el momento.

Pese a que Augusta dijo que se alejaba para cazar, en realidad lo hacía para descansar sus emociones, ya que, si se quedaba más tiempo, seguiría arruinándose frente a Wilburg, que no buscaba más que humillarla de una manera en la que no pudiera levantarse más adelante. No obstante, a ella no le sorprendía nada de lo que hacía porque suponía que nada bueno podía venir de él.

Mientras trataba de hallar la paz, ella encontró la oportunidad de alzarse con una perdiz que estaba distraída. No dudó mucho tiempo en disparar y hacerse con el ave. Cazar le producía mucho orgullo. Tenía una bolsa arpillera para juntar lo que cazaba. Cogió el animal y lo colocó ahí. De pronto vio que el duque corría hacia ella como si estuviera asustado.

—¿Se encuentra bien? —cuestionó el duque.

—Sí, he cazado una perdiz. Ni crea que se la voy a dar para que se jacte de ella, busque sus propias aves.

—Al menos no se disparó en el pie, pensé que se le había escapado un balazo y estaba agonizando aquí.

—Lo único que agoniza es mi perdiz. No soy una inútil para dispararme en el pie. Mi padre no crio a una tonta. ¿Ya ha cazado algo o quiere evitarse la fatiga con mi presa?

—¿Para qué querría yo su escuálida ave? Iré a por un venado.

—Mucha suerte con eso... Lo esperaré aquí mismo en una hora para nuestra carrera.

—Aquí estaré.

Esa hora que habían pactado llegó muy pronto y para ese entonces, la joven ya tenía tres perdices y bayas silvestres que había cosechado. Se sentó a esperar al duque.

Lo vio llegar con las manos vacías y sonrió.

—No sabía que los venados en su propiedad eran invisibles —dijo burlona.

—Ja, ja, ja... qué graciosa —replicó con gestos sentándose a su lado—. No he tenido suerte, es todo.

—Pero si hubiera sido yo quien no cazaba, usted estaría bebiendo mi sangre en una copa, moriría condenada a sus burlas.

Él suspiró.

—Tiene razón, es cierto, la destrozaría sin compasión.

—Entonces, tengo derecho a burlarme de su afirmación.

—Lo mejor es que ate su bolsa a su caballo y lo haga con fuerza, ya que correremos mucho.

—¿Me ayuda con mi bolsa? Pesa un poco después de mi fructífera cacería.

El duque volteó los ojos, molesto, por la actitud insidiosa de la dama. Todo era su culpa.

—No volveré a cazar con usted —se quejó el duque.

—Es comprensible y humillante. ¿Quiere que comparta mi victoria con usted para que los demás no sepan que no ha cazado? Somos un equipo, ¿o no?

—No. Somos enemigos.

—Oh, qué palabra tan fuerte. Si no quiere compartir, no habrá inconveniente. Para que no se sienta tan mal le daré la victoria en los caballos. No me gusta verlo perder, parece un niño caprichoso, así como mi hermano.

—¿Se está justificando antes de perder?

—No, no quiero golpear su ego ya vapuleado por la falta de presas. Puedo ser amable y compasiva. No todo es malo conmigo por más que quieran demonizarme. Tal vez a la gente algún día le interese conocerme y no solo juzgarme.

Wilburg la ayudó con su bolsa y él mismo se aseguró de atarla con fuerza a la silla de montar para que la joven no perdiera su cacería. Debería arrojar aquello a un caimán, pero eso solo demostraría que no sabía lidiar con la frustración. Era un hombre de más de treinta años que peleaba con una cría de dieciocho, de hecho, ni siquiera sabía si tenía esa edad.

—Haga su mejor esfuerzo —mandó Wilburg, esperando que ella le diera la mano para ayudarla a subir al caballo.

—Lo haré, pero claramente su caballo es superior al que yo usaré. Mi padre tiene muchos caballos y me ha enseñado sobre ellos. —Augusta le entregó su mano y se impulsó para quedar al lomo del animal.

—La destreza del jinete es la que decidirá quién ganará este duelo.

—La destreza y su caballo preparado para eso. No pelearé por lo evidente, daré lo mejor de mí, no se descuide.

Después de ayudarla, el duque subió a su caballo y señaló al horizonte.

—La carrera será hasta allá. Quien llegue primero será el ganador de nuestros conflictos, sin importar que pueda o no tener la razón —declaró Wilburg.

La joven solo deseaba que eso ocurriera y que la paz reinara entre ellos. Para su mala fortuna no podían correr el tiempo atrás y volver a empezar.

—La ansiedad me consume por resolver este asunto.

Los dos se miraron mientras que Wilburg iniciaba el conteo. Estaban en posición para sacarle fuego a esos caballos si hacía falta para que uno de ellos ganara.

—¡Ahora! —ordenó el duque que azuzó a su caballo con presteza. Él sí estaba dispuesto a ganar algo ese día, sin importar lo que fuera la recompensa.

En cambio, Augusta no tenía interés alguno en ganar. Ella ya había decidido lo que deseaba y estaba satisfecha con haber besado a ese hombre. Había visto a una generación de mujeres Fane atravesar el camino del matrimonio, sabía lo que quería y eso era lo que debía percibir. Un beso del duque solo podía quedar como un recuerdo de lo que pudo ser, pero no fue. Pese a su inmadurez, sabía a la perfección qué tipo de hombre deseaba y parte de esa búsqueda estaba basada en los varones de su familia: aguerridos, románticos y consentidores. Eran diferentes, pero coincidían en esas cosas. Ella no podía decepcionar encaprichándose con alguien que jamás la vería como algo valioso. Lamentablemente, sus ojos habían escogido mal y su mente debía hacer el trabajo de desechar lo que no servía.

Respecto a la carrera, ella sabía que sus posibilidades de ganar eran pocas porque el caballo del duque era uno dotado de altas capacidades, criado para carreras, en cambio, la yegua que le habían proporcionado era noble, pero no era capaz de rendir de la misma manera que uno que había sido preparado para el fin particular como las carreras.

La ventaja que le sacaba el duque no era mucha, pero sí evidente. Ganaría porque él lo había decidido, pero en el fondo ella sabía que era la ganadora indiscutible de la lucha de temperamentos. Por más que seguía espoleando a su caballo, ella lo hacía solo por el ánimo de competir, aunque no parecía ser tan apasionada como ese caballero. Él sí parecía necesitar esa victoria.

El duque ni siquiera miró hacia donde debería estar Augusta, estaba concentrado en sus esfuerzos por ganar. No sabía si merecía una victoria, pero no era lo mismo merecer que necesitar. Su ego se encontraba un poco maltratado desde que conoció a Augusta. Ella sí que no se andaba con rodeos. Él recordaba a su madre como alguien terca, necia y testaruda, que no dejaba de creer que tenía la razón, pero la joven con la que se debatía en plena carrera tomaba al toro por los cuernos y no le importaba ceder o exterminar para conseguir lo que quería. Era admirable por más que no debería serlo.

Cuando llegaron hasta la que sería la meta, su caballo fue el primero en estar ahí por una cabeza, tampoco era por mucho. Disminuyó la corrida del animal hasta que este giró para buscar a la joven que estaba haciendo lo mismo que él.

—He ganado —anunció.

—Sí, lo ha hecho. Soy una persona respetable y cumpliré mi palabra... Es un trato. Me alegra saber que entre nosotros ya no existe ningún conflicto, podré salir por el bosque en compañía de Silvester sin temor a ordenarle que se lo coma.

—Debería considerar la idea de sacrificar a ese animal tan peligroso.

—Usted es más peligroso que él. Ahora estamos en paz, no pelearé más. —Ella extendió su mano para que él la cogiera, pero el duque la miró como si estuviera loca—. ¿Qué?

—No es la forma de dar una felicitación por parte de una dama, pero la aceptaré. —Él correspondió a ese acercamiento, aunque le parecía insuficiente.

—¿Y cuál es la forma según usted?

Wilburg le estiró la mano casi haciendo que ella cayera del caballo, solo para acercarla a su boca y poder besarla otra vez.

Ella se sujetó de las prendas de Wilburg con su mano libre. Lo que él había hecho la tomó por sorpresa. No imaginó que la besaría hasta el punto de dejarla sin aliento. Cada vez que se besaban eso se convertía en una tortura mayor, ya que como mujer entendía que ellas eran más sentimentales que un caballero que actuaba por impulso y por el simple hecho de desear algo. Él no parecía entender que cada vez que ellos acercaban sus labios, más difícil se hacía el hecho de afrontar que sus caminos estaban destinados a estar separados, al menos para ella; sin embargo, él no tenía sentimientos con respecto a eso.

Logró separarse del duque para poder colocarse correctamente.

—Si no va a proponerme matrimonio algún día, no vuelva a besarme. No sé qué damas frecuenta, pero no ando besando a la gente por el mundo.

—No me casaré con usted jamás, solo quiero divertirme, ¿eso le sirve?

Capítulo 23

Merecía que lo golpeara por su grosería, pero eso sería iniciar un conflicto nuevo y no estaba interesada en un desgaste de esa envergadura.

—Me alegra saberlo. Ahora debemos regresar, quiero presumir mi cacería a mi padre y a su tío —dijo para que él no se diera cuenta de su decepción. Cada vez le dolía y le molestaba más la falta de sutileza del duque. No sabía cuál era el problema, si ella era muy sensible, los castigos la habían ablandado o simplemente estaba enamorada.

—Al menos usted puede presumir de algo, yo no he traído nada —recordó el duque.

—Le ha ganado a una dama, puede presumir eso.

Augusta azuzó al caballo para regresar a la residencia de los parientes del duque.

Él, mientras tanto, se quedó en aquel sitio evaluando lo que ella le había dicho. Negó con la cabeza después de darse cuenta de que Augusta se había burlado de su persona, pues no era de caballeros ganarle a una dama. Siempre lo tenía planeado, no daba un paso sin que estuviera calculado. Eso le resultaba aún más insoportable, su victoria no era una victoria real, era solo una estupidez, aunque era válido entre los dos, ya que se habían dado el saludo de la paz, que a ella no pareció agradarle tanto. Él quería besarla, se le antojó, pero la joven no quería participar en su felicidad, pese a que le correspondía cada vez que se besaban. No sabía si quería hacerle daño o disfrutar. Para esas alturas su mente estaba confundida.

Hizo el esfuerzo para alcanzarla y lo logró. No lo había aventajado demasiado. No le dirigió la palabra hasta llegar a la residencia. Prefería ese silencio entre los dos, lo necesitaban. Una vez en el lugar, su tío y el duque de Salisbury estaban entregando sus armas y caballos a los mozos.

—He oído un par de disparos —comentó el tío de Wilburg.

Albert se fijó en el caballo de su hija, al parecer ella hizo lo que no debía: cazar.

—¿Qué han traído? —preguntó Albert al verlos descender del caballo. Esta vez él ayudó a Augusta a bajar.

—Perdices, padre. No ha sido difícil —respondió la joven—, y también unas bayas. Espero que le sirvan para una compota.

—Las perdices las ha cazado ella sola —contó Wilburg.

—¿Cómo que las ha cazado ella? Oh, entiendo —habló el tío de Wilburg que creía que su sobrino le había dado a la joven todo lo que él había cogido.

—Sí, y pudieron ser más si no ocurría un pequeño problema de una desafortunada piedra en el agua —siguió Wilburg.

—Augusta...

—Padre...

—Necesito conversar contigo —pidió Albert.

—Y yo contigo, Wilburg... —aseguró su tío tocando su hombro.

El duque de Salisbury y Augusta se apartaron del resto y caminaron fuera de las caballerizas.

—Augusta...

—¿Qué hice ahora?

—Cazaste.

—¿No era eso lo que debía hacer en una cacería?

—No debiste demostrar tus habilidades. El duque debería haber creído que yo solo exageraba o que te alentaba.

—¿Por qué? Padre, usted pretendía que...

—No pretendía nada en particular más que fueras encantadora, pero eso es mucho pedir si llevas el apellido Fane en algún lugar de tu nombre.

—¿Me envió a solas con él para que yo lo conquistara? Me avergüenza lo que ha hecho. Su estimado candidato no ha hecho más que rechazarme mil veces, ¿pretende seguir humillándome y pisoteando mi nombre? Conmigo no cuente. Prefiero ser soltera que vivir de esta manera, para agradar a un patán solo porque usted cree que yo merezco un duque. Padre, merezco alguien que me quiera y que me trate bien. Está cegado por su título y por revivir algo que no es igual. Entre mi madre y usted hay algo especial, entre el duque y yo no hay nada. Al menos llegamos a un acuerdo. Lo mejor es que dejemos este lugar y por dignidad regresemos a casa.

—Estoy seguro de que exageras, pero no puedo obligarte a contraer matrimonio con alguien que a mí me agrada y a ti no.

—Padre, no es cuestión de que él no me agrade, el problema es que yo no le agrado. No podemos hacer nada más que recoger nuestras cosas e irnos o quizá es mejor que cumpla con lo que ha dicho que hará aquí y nunca más nos vuelvan a ver. Quiero irme a Londres.

—El saldo de mis meses aquí solo serán de un pato y dos perdices... Espero que el año próximo pueda ser mejor. Invitaré a Spencer y a los demás. No quiero regresar a Londres todavía.

—Puedo pasar mi cumpleaños aquí y aprovecha para invitar al tío Clifford y cazan juntos o tal vez me deje ir a casa de mi tío Spencer.

—¿Piensas que le tocarás el corazón? Él es capaz de enviarte aquí con un grito.

—Soy consciente, pero prometo portarme bien.

—Eso ni siquiera tú lo crees. Volvamos junto a los anfitriones, haremos lo posible por no hacer que este día esté desperdiciado.

—Vaya por mis cosas y yo iré a por mi madre.

Todavía en las caballerizas, Ernest quería saber lo que había ocurrido.

—Entonces tú no has cazado nada, Wilburg.

—No lo hice, estuve ocupado arruinando la cacería de lady Augusta.

—No puedo creerlo. Eres rencoroso, pero es conveniente que lo seas para evitar que el duque quiera que te cases con su hija. Me ha dicho sus intenciones mientras estábamos solos.

—Se quedará en intenciones, porque yo no tengo interés en una niña como esa que piensa que merece el mundo por ser la hija de un duque. Lo que merece es ser una solterona. No es lo que espero para una esposa, no está a la altura...

El duque de Salisbury que estaba llegando a las caballerizas escuchó todo lo que ese hombre había dicho de Augusta. Había estado ciego y en ese momento se encontraba verdaderamente indignado. Cuando el duque de Westwood se diera cuenta de que Augusta era la indicada, nunca le daría su mano. Haría lo posible por encontrarle un buen matrimonio.

Lamentaba no haber creído las palabras de su hija, pero todavía estaba a tiempo de hacer lo correcto. Fingiría una sonrisa y eso sería todo, aunque no sabía si podría hacerlo alguna vez. Se le había quedado atorado lo que escuchó de los mismos labios del duque.

Cogió valor y se acercó a los caballeros.

—Me temo que esta jornada tan pacífica llega a su fin —pronunció Albert.

—¿Ha tenido un contratiempo? —indagó Ernest.

—Sí, uno muy pequeño, pero que me molesta mucho —respondió al borde de estallar.

—¿Y qué puede ser eso? —curioseó Wilburg.

—Y todavía lo pregunta... —Albert no pudo contenerse y se acercó a Wilburg que era de la misma estatura que él. No temía que pudiera ser más joven y fuerte. Sentía tanta rabia que podría enfrentarse a un ejército de jóvenes. Lo cogió de las prendas y lo colocó contra un pilar de las caballerizas—. No vuelva a acercarse a Augusta para despreciarla.

Sorprendido por el repentino ataque del duque, Wilburg se dispuso a responder.

—No sé qué le ha dicho su hija, pero...

—¡Ella no me ha dicho nada! ¡Los he oído y eso es suficiente para mí! Voy a desfigurarle la cara si vuelve a expresarse de esa manera de una dama, de mi hija, maldita cucaracha con

título.

—Ya sé de dónde saca los insultos su hija.

—Tengo más insultos si le interesa y ella cuenta con más repertorio que yo. Lamento haber considerado que usted era digno de amarla alguna vez. Me vi reflejado en usted durante mis años aquí, pero veo que no nos parecemos en nada. Le advierto que, si llega a decir algo malo de mi hija en Londres para truncar sus sueños, no dude que no solo lo aplastaré con mi buen nombre, sino que barreré el mercado con usted utilizando mi influencia. No me quiere de enemigo, se lo aseguro, ya que mis perros descuartizándolo será algo gustoso para usted en comparación a lo que puedo hacer por amor a mi hija.

El duque de Salisbury arrojó a Wilburg con fuerza contra el pilar y después se retiró.

—No sé si es bueno o malo, pero a tu tía le gustará esto —aseguró el tío de Wilburg.

Él tampoco sabía si era bueno o malo que le advirtieran eso. Debió devolverle esa cortesía al duque con un empujón, pero lo vio tan enfadado que prefirió callar, ya que podría terminar en una situación peor y mucho más complicada de lo que ya era.

—Tampoco sé qué significa a ciencia exacta, pero considero que no volveré a ver a lady Augusta.

La joven llegó junto a su madre que estaba con la tía de Wilburg y la vio bastante distraída con las cosas que conversaban sobre las flores que recogían en el jardín.

—Madre... —llamó Augusta.

—¿Han regresado todos o tú no quisiste continuar? —preguntó Kitty.

—Hemos regresado. Los demás están en las caballerizas.

—Supongo que nos espera un gran festín de todo lo que han cazado —dijo Margarite.

—Kitty... —pronunció el duque en voz alta—. Nos iremos.

—¿Cómo que nos iremos?

—Nos vamos ahora —sentenció Albert.

—¿Qué está ocurriendo? —inquirió la tía de Wilburg.

—Descuide, milady, en algún momento regresará mi esposa para lo que estaban haciendo. Ahora me urge no ver a su sobrino.

—¡Oh! —expresó la mujer más confundida que antes.

—Padre, todo estaba bien...

—Nada está bien. Vayan al carruaje. Agradezco por el recibimiento que nos hizo, lady Margarite, pero no nos quedaremos en donde no solo ensucian mi buen nombre insultando a mi

hija, sino que lo hacen escondidos como ratas.

Kitty y Augusta apresuraron su despedida y fueron hacia donde estaba el carruaje.

—¿Qué le has dicho a tu padre? —increpó Kitty.

—No le he dicho nada, madre. A él no le gustó que yo cazara y que el duque llegara con las manos vacías, pero eso no es mi culpa. Le juro que él estaba bien después de que conversáramos... No comprendo.

Las dos solo obedecieron, pues Albert no estaba con ánimos de ponerse a explicar nada, al menos no en ese momento en el que se encontraba muy irritable.

Una vez que los tres estuvieron en el carruaje y los sirvientes colocaron sus pertenencias ahí, ellos partieron.

—¿Ahora sí puedes explicarnos la razón por la que te comportas así? Has sido grosero, Albert —reprochó la duquesa.

—Pues no me quedaré en casa de alguien que cree que Augusta no está a su altura. Pese a que se supone que quedaron en buenos términos, ese hombre habló mal a sus espaldas. No le creí a Augusta y la castigué sin una causa justa, solo juzgándola por ser una joven caprichosa y egoísta, pero eso estaba muy lejos de ser así. Ella lo dijo y no le creímos. También la obligué a irse a solas con él. En verdad, creí que era alguien que podría hacer feliz a Augusta.

—¿Dejaste ir a Augusta sola con el duque comprometiendo su reputación?

—Sí.

—¡Qué clase de padre eres para hacer semejante tontería! Spencer jamás lo hubiera permitido. ¿Te pareció la salida más sencilla mancillar el nombre de tu hija? ¡Eres un duque, maldición! ¡Puedes conseguir lo que quieras e incluso a un mejor candidato que este!

—Madre...

—No le ha ocurrido nada. Por considerarla tan poca cosa, ni siquiera fue capaz de ser un caballero.

—¿Alguien va a tener la decencia de escuchar lo que tengo que decir? —interpeló Augusta —. Lo importante es que mi padre se ha dado cuenta de las cosas. Ahora me devolverá lo que me ha quitado injustamente. No se preocupen por mí, esta experiencia me ha enriquecido. Tal vez tenga golpeado el orgullo, pero no he perdido nada valioso. Conocer a este caballero me ha hecho ver la búsqueda del matrimonio de otra manera y que quizá no exista el hombre romántico y consentidor con el que soñaba. Mis expectativas son muy altas para lo que el mercado matrimonial me puede ofrecer.

Ella tenía parte del corazón resquebrajado, pues lastimosamente creía haberse enamorado de la persona equivocada.

Capítulo 24

Wilburg vio que la familia del duque se retiraba raudamente de la residencia de sus tíos. No le quedaba mucho por hacer más que festejar su suerte. Ya no tendría que seguir pensando en Augusta, porque sentía que tenía prohibido pensarla gracias a la cara de su padre.

—Son las peores visitas que he visto nunca. Serán muy duques, pero la cortesía se la han dejado olvidada en la mansión en uno de sus costosos joyeros —masculló Margarite.

—El duque tiene razón al actuar de esa manera, tía. Me excedí en el tono tan alto en el que dije un par de declaraciones desafortunadas. Desde ahora en adelante no volverá a ver a esa familia y mucho menos a lady Augusta Relish. Si me permiten, iré a mi habitación, estoy cansado.

Se alejó de sus tíos para poder sentirse un poco más tranquilo, ya que todo lo que ellos dirían se basaría en lo ocurrido con el duque de Salisbury.

Al entrar en su habitación encontró a su ayuda de cámara colocando en un florero las flores que Augusta le había regalado.

—¿Cómo ha ido todo, su excelencia? ¿Se cambiará para estar más cómodo? —preguntó el sirviente que fue a guardar en un cajón el pañuelo que también le había dado Augusta.

—Se fueron, Bernad, y fue gracias a una indiscreción mía.

—Lo lamento, su excelencia. La joven era muy hermosa.

—No la volveré a ver nunca más, es lo bueno. Bernard, quisiera permanecer un minuto a solas.

—Toque la campanilla si me necesita. Con permiso.

Su sirviente se retiró y él se sentó en su lecho. Juntó ambas manos y las observó con detenimiento por un minuto, luego miró hacia el florero que había puesto Bernard en la habitación. Abandonó su lugar y fue a cogerla, después arrojó el presente por la pared y fue a pisotearlas. La frustración se apoderaba de él y no podía controlarla. Debería estar feliz por haber logrado alejarse de esa dama y no ser partícipe de los planes del duque para contraer matrimonio con ella, pero no lo estaba. Debió plantarse ante ese hombre y hacerle saber que no le temía, mas se quedó callado sin razón aparente, escuchando con atención y tragándose toda la rabia de aquel. ¿Dónde estaba el hombre peleador y decidido que había sido? Tal vez se lo había comido Silvester.

Una vez que recuperó la cordura, cogió las flores que había pisoteado y las colocó en su sitio, tratando de que no parecieran maltratadas. Una de ellas se había salvado de tal locura y esa la apartó para dejarla junto a su escritorio.

—Odio las flores —masculló molesto.

***

Había pasado un mes del altercado entre las dos familias y Augusta se encontraba montada en el carruaje de su padre en compañía de ellos para partir a Londres. Ya había cumplido sus dieciocho años y era momento de aprovechar que había recuperado todo lo que le habían quitado para castigarla. Podía ser la misma Augusta de hacía meses atrás; sin embargo, algo dentro de ella ya no era igual. El duque de Westwood cambió su vida y la forma en la que debía pensar en los caballeros. Esa ilusión de cuando era niña había desaparecido, Wilburg le había robado sus sueños y no solo eso, también el amor que tenía destinado para alguien que valiera la pena.

La señora Smith y la doncella viajaban en otro carruaje con las demás cosas, por lo que Augusta no podría conversar de cosas interesantes y tendría que escuchar a sus padres hablar sobre su hermano y cualquier otro miembro de la familia.

Trataba de concentrar su mente en algo diferente al duque de Westwood, pero no lo conseguía, pensaba en él hasta torturar su espíritu. Las cosas que antes amaba comenzaban a parecerle molestas, tediosas y aburridas, ya que todo afectaba su buen humor.

—¿No me contará alguna historia de terror, padre? —curioseó Augusta, que detestaba el silencio sepulcral que se cernía sobre ellos durante el viaje.

—He pasado los mejores años de mi vida contando esas historias, estoy agotado —farfulló el duque.

—No puedes ser tan tacaño con tu tiempo, Albert. Es tu hija, no tu cuñada. Deberías dedicarle más tiempo a ella.

—Pero si tiene dieciocho años, es suficiente edad para pensar en algo distinto. A estas alturas podría estar repasando sus lecciones para ser una dama.

—Soy una dama y estoy cansada de tantos años de práctica, tanto que me he tomado el asunto hasta como un juego después de todo lo ocurrido por si llega a mí otro charlatán.

—Lo que ocurrió con el innombrable fue solo algo sin importancia, querida. Hay que dejarlo en el pasado —alegó su padre.

Por supuesto que ella quería dejarlo en el pasado, pero no podía. En todo ese mes aún no había logrado solucionar el inconveniente que significaba pensar en Wilburg. Había quedado como una estaca clavada en su pecho. Quería librarse de él y de su recuerdo, mas la perseguía sin desearlo.

Esperaba que en Londres las cosas cambiaran, esperaba que sus primos la distrajeran.

Cuando llegaron a la ciudad, Augusta sonrió pensando en que podría recuperarse y ser la misma jovencita que era capaz de devorar al mundo. Esperaba que no tuviera ningún percance después del abandono al duque en medio del baile; no obstante, su padre le dijo que eso no sería mayor problema, pues si alguien decía algo, él dejaría muy mal parado al duque de Westwood.

El duque había vuelto a ser ese hombre consentidor y amoroso con ella, aunque tal vez en

este momento fuera mucho más mezquino que antes en lo que se refería a ella. Se dio cuenta de que la había puesto en peligro, sin saber que la misma Augusta se atrevió a salir en una noche solitaria y que por accidente lo encontró y desde ese instante en que probó sus labios quedó hechizada por uno de los sapos más adinerados de Londres. ¿Sería posible que encontrara alguien que lograra conquistarla con su carisma y tuviera el suficiente dinero para mantenerla como merecía?

La duquesa viuda los vio entrar por la puerta y apenas pudo ponerse en pie con su bastón.

—Qué placer verlos, no los esperaba —saludó la mujer.

—Usted al único que espera es al adefesio que huele a cadáver que frecuenta mi casa —masculló Albert.

—No hables así de lord Sharp. Estoy esperando el carruaje para ir a visitarlo. Soy una mujer viuda, no te escandalices. Oh, mi querida y preciosa, Augusta, ¿por qué te veo tan maltratada? Ven y habla con tu abuela —pidió la duquesa que abrió sus brazos para que su nieta se acercara.

—Es solo el cansancio del viaje, abuela.

—Quiero ver todo lo que te han comprado en Gloucestershire, debes tener muchas cosas nuevas.

—Estuvo mucho tiempo castigada, no le hemos comprado nada —contó Kitty.

—Es por culpa de la señora Smith que es demasiado exigente con Augusta. Mi querida nieta no puede pasar por tantas torturas, ella merece todo lo mejor. No te preocupes, cariño, tu abuela se encargará de consentirte, ya estás en tu hogar.

La duquesa viuda amaba mucho a Augusta y para ella era importante verla feliz y consentida. Su nieta era la reina de esa casa, nadie podía cuestionarla en su presencia y no importaba si había hecho algo malo, para ella no podían reprocharle nada. No los había acompañado a Gloucestershire para cuidarla, ya que su salud se encontraba muy deteriorada y no soportaría un viaje tan largo.

—Descansaremos del largo viaje, madre. Encárguese de todo, por favor —pidió el duque.

—Lo haré antes de irme a ver a lord Sharp, descansen. Augusta, tú y yo después conversaremos, ve a descansar.

—Sí, abuela. —Ella le dio un beso en la mejilla y se dirigió a su habitación.

—Tienes muchas invitaciones, Albert. No olvides revisarlas. Augusta debe presentarse ante la sociedad. Escuché que hay buenos pretendientes, me lo ha dicho lady Kirby.

—Está bien, madre.

La joven llegó a su habitación y lo primero que hizo fue abrir las ventanas para mirar el paisaje de Londres. Necesitaba sentir que estar ahí le devolviera el buen ánimo y restauraría su

forma de ser. No le gustaba ser tan obediente.

Su doncella entró al salón y se acercó Augusta.

—La vestiré para que descanse y yo también iré a dormir un poco —habló la doncella que buscó un camisón en el enorme armario de la joven.

—Me siento tan feliz de haber vuelto a Londres, Amber. Siento que seré feliz aquí.

—Ya somos felices desde que nos han levantado el castigo, pero yo extrañaré Gloucestershire —dijo entre suspiros.

—La noche que fui a coger el caballo para ir a la mascarada no te vi ahí, solo escuché sonidos extraños. ¿Te estabas besando con el mozo y por eso dices que extrañarás Gloucestershire?

—Sí, solo lo estuve besando un poco —respondió la doncella que se sonrojó.

—Yo no extrañaré Gloucestershire. Fue horrible. Nunca he sido tan castigada y humillada en toda mi vida.

—Ciertamente, ha sido una pesadilla y lo peor es que usted se ha enamorado de un desgraciado.

—No digas eso, no quiero pensar en el duque. Creo que él y yo hemos quedado en buenos términos; sin embargo, algo no cambió y es que no quiere casarse conmigo. Podría lamentarlo, pero no nos llevaríamos bien. Es un poco humillante ser rechazada, y él no escatimó palabras para decirme que jamás podría estar conmigo. Mi padre fue el más ofendido, pero yo comprendí que no puedo forzar a nadie a amarme. Me tocará conocer a otros caballeros y a quererlos o apreciarlos en el mejor de los casos. Presiento que jamás tendré un matrimonio feliz como el de mis padres.

—No piense así, ¿sabe por qué? Porque el duque no es el único caballero.

—¿Y si le digo a Philip que se case conmigo apelando al cariño familiar?

—Su primo no la soportaría. Hay muchos caballeros que se interesarán por usted una vez que la vean llegar a un salón, no se desespere. Está en la flor de la juventud.

—Quiero creerlo, quiero llegar con esa mentalidad a mi primera noche en los salones, pero no tengo las mismas expectativas que cuando no sabía lo que era un caballero ajeno a la familia. Hoy me di cuenta de que vivía en la burbuja más hermosa de afecto y caballerosidad, pero me hizo mucho daño no conocer la realidad y que la señora Smith me hiciera creer que, por ser una dama, hija de un duque, podría tener lo mejor de lo mejor. Creí pensando que podía hacerlo todo.

—¡Puede hacerlo todo, todo a lo que esté dispuesta! Usted es decidida, inteligente y caprichosa, ¿qué más le falta para triunfar?

—Trata de no lamer mis botas. Me animas mucho, Amber, gracias por eso.

—Así como sufro sus desgracias, debería disfrutar de sus triunfos.

—Ten la esperanza de que así será, o tal vez quedes como la doncella de una solterona.

—Su familia completa morirá antes de que usted quede soltera y lo sabe.

—Me casarán de cualquier manera, aunque fuera con un anciano.

La doncella la vistió y se quedó junto a ella hasta que Augusta cerró los ojos para descansar.

Augusta despertó a la hora de la cena y por más que ya no tuviera sueño, se sentía cansada.

—Estoy esperanzado con esta temporada, Augusta. Esta semana será ocupada. Irás con tu madre a encargar vestidos para los bailes —dijo el duque.

—Tengo muchos que no he usado —replicó la joven, hecho que hizo que sus padres y su abuela la vieran con asombro.

—¿Qué le han hecho a mi nieta en Gloucestershire? Ella no diría algo así en su sano juicio —expresó la duquesa viuda.

—Han ocurrido cosas, madre, pero después le hablaré de eso. Sin importar lo que diga Augusta, irán a por prendas nuevas. Mi hija no andará en harapos por ahí.

—Tu padre tiene razón, iremos a pasear, podríamos invitar a tus tías para ir todas juntas para escoger las prendas. Eres la primera sobrina de la familia que se casará, te aseguro que estarán contentas.

—Me conformo con ir a visitarlas, mejor vayamos de compras usted y yo, madre.

Kitty miró a su esposo, pues no notaban entusiasmo en las cosas que antes hacían estallar a Augusta, algo le pasaba y debían solucionar lo que fuera para que la temporada fuera un éxito.

Capítulo 25

Gloucestershire...

El duque le pidió a Bernard que guardara sus prendas en sus baúles, se iría de Gloucestershire. Había tenido suficiente de tanto campo y problemas. Después de que Augusta desapareciera de su vida, él no encontraba consuelo en nada de las cosas que creía que le harían bien. Caminó por los senderos, exploró el arroyo e incluso llegó a perderse en una propiedad desconocida, pero jamás pudo hallar a la joven.

Su mente no perdía la esperanza de encontrarla otra vez y hasta que le arrojara de nuevo el perro. Su vida carecía de diversión y la rutina lo estaba llevando con lentitud hacia el abismo de la demencia. La lectura tampoco lo mantenía inmerso por mucho tiempo y sus tíos no hacían mucho por distraerlo con algo importante, ya que ni siquiera salían. Su tía solo se limitaba a consentirlo en todo lo que podía, pero él estaba aburrido de tener todo lo que deseaba, desde la atención hasta la comida. Su disconformidad era absoluta en todos los aspectos conocidos.

—¿Por qué has pedido que todos tus baúles sean puestos en el carruaje, Wilburg? Creí que te quedarías unas semanas más —pronunció su tía, confundida por lo que hacía su sobrino sin avisar.

—Considero que lo mejor es que regrese a Londres. Me he aburrido mucho aquí y no ha sido una buena experiencia.

—¿No estarás corriendo detrás de lady Augusta? Me han contado que partió a Londres hace varios días —contó la mujer.

Wilburg no sabía nada de eso, pero la información le daba cierta satisfacción. Su tía no quería saber absolutamente nada de Augusta, para ella representaba una horrible plaga.

—No sabía que ella se había ido, pero tampoco me interesa.

—Ella es la causante de todos tus males, pero no te preocupes, querido, tu tía solucionará todo.

—Tía...

—Puedes partir, pero yo iré a Londres contigo o al menos en otro carruaje.

—No hace falta.

—¡Por supuesto que hace falta que tu tía escoja una buena esposa para ti! No es por nada, pero no me puedo fiar de tus gustos. Lo hago por tu bien.

—Me disculpará, tía, pero yo sé lo que es mejor para mí.

—No lo sabes. Si te gusta una mujer problemática es porque no sabes lo que eso significará en tu vida. Quiero evitarte el sufrimiento de vivir en un matrimonio horrible, no quiero que

sufras, me moriría si llegara a verte triste.

—No exagere, le digo que puedo escoger.

—Iré a Londres y es mi última palabra. Te juntarás con otros solteros que quizá están en peores condiciones que tú. No serán una buena influencia para ti.

No había forma de convencer a su tía Margarite de que él era un hombre capaz de decidir su propio destino. Ella estaba cegada por la idea de que él era un verdadero inútil que no podía dirigir su vida. El excesivo afecto que le tenía, comenzaba a sofocarlo y solo por el cariño inmenso que él le profesaba, no le discutía o le prohibía hacer tal cosa.

—Haga lo que guste, pero avise a mi tío.

—Él irá le guste o no. Cuando regrese del pueblo, encontrará sus cosas frente a la casa. No te preocupes que yo me ocuparé.

Suspiró y dejó que ella le diera su afecto con besos en la mejilla y la frente y un abrazo que casi le rompía la espalda.

Él no quiso irse sin despedirse de su tío, por eso retrasó su salida de la residencia. Mientras Wilburg lo esperaba, su tía estaba juntando sus pertenencias para ir a Londres. Lamentaba que ella fuera hasta ahí para arruinar sus planes de despejarse, al final los mismos problemas lo seguirían. No tenía refugio posible al menos por un tiempo.

Una vez que su tío llegó, se encontró con la sorpresa de que se irían de Gloucestershire por insistencia de su esposa para seguir a Wilburg. Pese a que el duque tenía la esperanza de que Ernest convenciera a su tía de no ir, ocurrió lo contrario, los dos estaban entusiasmados con la idea de seguirlo para que él encontrara el mejor camino. Estaba perdido, nada le saldría bien.

Cuando partió lo hizo con sus tíos siguiéndolo en el carruaje.

—Su tía jamás se rendirá, excelencia —dijo Bernard que le proporcionó un libro.

—Lo sé. La dejo hacer lo que desea, ya que no ganaré nada si me niego. Además, no puedo negarme, ella no merece mi ingratitud. Es abusiva y lo comprendo, pero no puedo ser cruel y despiadado. No es la forma de retribuir su amor.

—Que le ponga límites no significa que la maltrate o no la quiera. Debería considerarlo.

—No me gustaría ver que sufre, es inaceptable.

—¿Y qué hará en Londres?

—Lo que hago siempre, ir a White's, encontrarme con mis amistades y seguir adelante.

—Mmm... ¿Y no buscará a la dueña de cierto sabueso que casi se lo come?

—¿Para qué correr riesgos? No sabemos si en Londres tendrá otra clase de animales. Además, tengo prohibido acercarme a ella por designio de su padre. —El duque abrió su libro y

encontró una de las flores que le había dado la joven—. ¿Qué hace esto aquí?

—Creí que usted lo apartó para usarlo como separador, su excelencia. Si no le agrada, puede dármelo, lo arrojaré por la ventanilla.

—No, no hace falta, es de utilidad —musitó.

Por más que quisiera huir de lady Augusta, ella estaba ahí. Era tedioso tener que lidiar con el recuerdo de una persona a la que se negaba a tolerar por todo lo inconveniente que era. Debería odiarla y rechazarla, pero en lugar de eso, tenía una flor que ella le había dado. Quería arrojarla con rabia; no obstante, no tenía la culpa de todos los conflictos que él acumulaba. Creyó que las cosas habían quedado en paz con Augusta, mas el padre de la joven le declaró la guerra a alguien que no estaba interesado en eso. Se sintió frustrado y ofendido por el duque de Salisbury. Que le prohibiera verla no solo le desagradó, sino que lo entristeció.

Un día después de llegar a Londres, Wilburg se sentía repuesto para poder salir por la noche para ir a White's. Bernard lo arregló y se sintió conforme con el resultado.

—¿No irás a una velada? ¿No te interesa? —preguntó su tía.

—No, iré a White's a encontrarme con quienes estén ahí.

—Tu tío y yo iremos a una velada. Llevamos muchos años sin asistir en algún acontecimiento londinense. Tal vez hasta rememoremos viejos tiempos.

—Me alegra que encontraran algo que hacer. Me voy, tía. —Él le dio un beso en la frente a Margarite y después salió de la residencia para subir a su carruaje y partir.

Cuando emprendió el camino miró con buenos ojos el gran movimiento en las calles. La oscuridad no dejaba indiferente a los londinenses que amaban las veladas nocturnas más que a sus propias vidas. Eso le ayudaba a sentirse mejor, respirar otros aires era mejor. Menos mal que había salido de Gloucestershire, porque de lo contrario hubiera terminado enloqueciendo. La falta de actividades que lo distrajeran jugaban en contra de lo que necesitaba para sobrevivir.

En White's, fue sin dilación al salón privado que solía compartir con sus amigos.

—Su excelencia, qué placer verlo —saludó James, el hombre que siempre los atendía.

—James, ¿cómo han ido las cosas por aquí? ¿Quiénes están?

—Hay un par de sorpresas para usted.

—¿Qué puede sorprenderme?

—Su amigo, el marqués de Blister puede decirle, ya que se encuentra en compañía del duque de Durmont, lord Northland y lord Baltimore.

—¿Y John?

—El marqués de Horshire anda ocupado gracias a las garras de su madre y de su abuela.

—Eso significa que las cosas se complican para él.

—Sí, pase, por favor. Les llevaré una botella de brandy, pues ha llegado justo a tiempo.

Wilburg hizo caso a lo que decía el mozo y entró al salón. Una vez dentro, vio a sus amigos, sentados, encendiendo sus cigarros.

—¡Qué ven mis ojos! —exclamó George, marqués de Blister, al distinguir a Wilburg.

—El maldito está vivo —dijo Herbert, duque de Durmont cuando vio al desaparecido duque de Westwood.

—Vamos, que ni mi tía se ha alegrado tanto al verme como ustedes.

—Es que te creíamos muerto —justificó Steven, conde de Northland.

—Todos queríamos saber en dónde estabas. Desapareciste y no has sido capaz de decir nada —alegó Adam, conde de Baltimore.

—Es comprensible que estén un poco curiosos respecto a lo que he estado haciendo. Estuve con mis tíos en Gloucestershire, descansando de la cara de ustedes. ¿Les alegra saber eso?

—No sabía que nos despreciaba tanto, Wilburg —habló George—. Nosotros estuvimos aquí, preocupados por ti. Ten la decencia de disculparte.

—No me disculparé por nada. Mi elocuencia y mi deber hacia la verdad me lo impide.

—Qué se puede esperar de la arrogancia personificada —masculló Steven.

—Muchos más que de un conde de los suburbios, de mala muerte y de pésimos modales.

—Oigan, oigan, no vamos a pelear entre nosotros, ¿o sí? —cuestionó Adam.

—Nadie discutirá. Considero que Wilburg está un poco tenso, como un perro con hueso nuevo. Dejémoslo en paz y compartamos con él lo que hemos hecho en estas semanas que estuvo lejos —pidió Herbert para calmar los ánimos, ya que Wilburg era pólvora y sus amigos la chispa.

—Disculpen, aquí traigo el brandy para amenizar la conversación, caballeros —interrumpió James.

—Oye, James, ¿por qué no le dices a Wilburg todas las reglas que nos has dicho a nosotros? Todos sabemos que el círculo de los solteros está llegando a su fin —declaró el marqués de Blister.

—Es usted el primero que abandonará este lugar, ¿por qué no se lo cuenta a su excelencia?

—¿Por qué él será el primero? —indagó el duque.

—Porque está enamorado de una dama que lo rechaza —contó Steven.

—Me ama, Steven, me adora y me idolatra, pero está enfadada —lo corrigió.

—Y lady Brianne Scott tiene razones suficientes para haberte devuelto el anillo —siguió Herbert.

—Esperen, no comprendo. ¿En qué han estado metidos?

—A George lo han plantado casi en el altar —bromeó Steven.

—Elle me ama, Steven. Verán que regresará conmigo, es cuestión de paciencia y de portarme muy bien. Sé que me casaré, debo conseguirlo.

—Milady vive en mi casa, con mi madre y conmigo. Ella no dice lo mismo que tú —continuó lord Northland—. Te cuento que la joven vivía con George, ellos solos.

La mente de Wilburg era un torbellino, ¿cómo que George vivió con una mujer, que se comprometió y que lo abandonaron? Estaba completamente perdido. Necesitaba que los demás le contaran todo a detalle.

—Búrlate, Steven, búrlate. Verás que la tendré a mis pies tan pronto que ni sabrá que la raptaron. Dile que la amo.

—No se lo voy a decir. Esa cursilería no va conmigo.

—Necesito explicaciones —farfulló Wilburg sin entender de lo que conversaban los otros.

James sirvió las copas de brandy y después quiso retirarse, pero esos caballeros le pidieron que se quedara a opinar y a servirles. Él siempre hacía todo lo que ellos deseaban, se ocupaba de cuidarlos bien, ya que eran amables y dejaban excelentes propinas dignas de sus títulos.

Unas tres horas después, ellos se habían puesto al día con todo lo que tenían pendiente. Estaban tan ebrios que no podían pararse. De nuevo, Wilburg había caído en ese hábito insano que tenía con sus amigos, que una vez que se entusiasmaba, terminaba ebrio hasta casi perder el conocimiento y lo peor era que en lugar de hacerle bien, lo ponía melancólico.

—James, ¿no hay mujeres para nosotros? —preguntó Steven.

—Sabe que este es un club de caballeros, pero podría recomendarles un lugar en donde encontrar un par de ellas.

—No quiero mujeres, yo solo quiero a Brianne... Su cabello rubio y oloroso no puedo olvidarlo —musitó George con nostalgia en sus palabras.

—Te ves muy mal y, sobre todo, patético —aseguró Wilburg—. Una mujer no puede ponerte de esa manera.

—Y la tal lady Augusta, ¿cómo es? —curioseó Adam—. ¿Tiene buenos atributos? ¿Es ligera?

—¿Cómo te atreves a decir algo así de ella? Lady Augusta es soberbia, la más bella de todas las damas de la creación, ninguna es tan bella, malvada y vengativa. Si tan solo pudiera verla, le diría todo lo que pienso de ella y también cuánto mal me hace sufrir la distancia y su

recuerdo.

—El pobre quiere que un perro vuelva a intentar comérselo. ¿Qué clase de deshonra es esa? —comentó Herbert que bebió otro trago de su copa.

Capítulo 26

Mientras que sus amigos se divertían, John, el marqués de Horshire esperaba su turno para bailar con la escogida por su madre con el expreso permiso de su abuela.

—Quita esa cara, John. A tus veintiocho años deberías estar feliz por tener el visto bueno del duque de Salisbury para bailar con su adorable hija —musitó su madre, la marquesa viuda.

—Sí, es agradable, inteligente y adorable, pero no quiero casarme, no me interesa su visto bueno. Me queda mucho por vivir, no deseo tomar ningún compromiso. Solo soy agradable porque ella lo es.

—Los marqueses se casan con las hijas de los marqueses o duques y el resto da igual —pronunció la anciana lady Cadbury, abuela del marqués—. ¿Qué quieres? ¿Ser como Wilburg? No sé qué hice mal para que mis nietos fueran tan necios. Mis hijas no han sabido criarlos.

—Lo que pasa es que usted tampoco ha sabido criar a sus hijas, abuela —reprochó.

—A mí no me hablas así ni si eres el mismo rey, John. —La mujer comenzó a golpear con bastón, dándole también un golpe en el dedo del pie. Sabía que ahí todo dolía mucho más.

—Basta, abuela, o me dejará sentado y sus oportunidades de verme bailar con la favorita de ustedes se irá al demonio.

—Es la mujer más conveniente para ti, ¿no lo ves? Además, podrás tener buenas relaciones con la familia Fane que sabes que pueden ayudarte a hacer crecer tus negocios —musitó su madre.

—Creo que puedo tener buenas relaciones con todos sin tener que casarme con la hija de alguno de ellos. No me interesa de qué familia sean las mujeres, solo que no quiero compromisos ahora. ¿Saben que le están haciendo perder el tiempo?

—No me obligues a pensar en comprometerte con ella, es mejor que lo hagas por voluntad propia. No hay nadie más conveniente —siguió la marquesa.

John comenzaba a agobiarse con el asunto de que quisieran casarlo con lady Augusta. Él todavía se sentía con los pantalones ligeros como para contraer matrimonio a tan corta edad. Le interesaba casarse algún día, por supuesto, pero no en esa temporada, lo que podía hacer era huir como un cobarde. Desaparecería de su casa y dejaría que su madre y su abuela persiguieran a Wilburg cuando él apareciera.

Por otro lado, Augusta estaba descansando, pues su presencia en los salones era muy cotizada, pero su padre, por ausencia de duques, había optado por perseguir marqueses. Uno ya se le había escapado, según lady Kirby, pero el que estaba libre, el marqués de Horshire era algo casi seguro, según decía su progenitor.

Ella no estaba de acuerdo, ya que el marqués era educado, pero entre ambos no existía ni

una mirada cómplice y mucho menos una atracción descomunal. Eran amables entre sí, no más que eso. Augusta cambió mucho su perspectiva y la prepotencia se ausentaba de sus pensamientos, aunque tampoco tenía razones para serlo. Nadie se comportaba de esa manera.

—¿En dónde está la chispa de mi sobrina favorita? —preguntó Eugenia, su tía.

—No lo sé, tía. Esto me parece tan vacío y aburrido —confesó.

Eugenia cogió de la mano a su sobrina y la llevó hacia un rincón.

—¿Estás de broma? Buscar esposo es divertido, aunque yo no me divertí tanto en ese entonces y sabes por qué todo me parecía de la misma manera que a ti.

—¿Por qué?

—Porque le di respiración boca a boca al marqués.

—Ya no soy una niña, tía. Dígalo con todas sus letras, lo besó.

—Las jóvenes de ahora son un poco más liberales. Si fueras hermana de Spencer, estaría escandalizado, o peor aún, muerto. En fin, lo qué presiento es que tu golpe de aburrimiento tiene un nombre y espero que también tenga un título, que no sea un mozo de las cuadras o algo peor, un vicario.

—No, no, tía. Mi vida es complicada para hacerla más difícil con un vicario.

—Entonces...

—Entonces... Era un duque, uno muy antipático, odioso, repulsivo y cobarde.

—Oh, vaya, que te tiene enamorada para dedicarle esos pensamientos tan sublimes. Escucha, no pierdas el tiempo, ser marquesa también es maravilloso.

—No es el título. No siento nada por el candidato de mi padre. Quiero un hombre romántico, que me consienta, tía Eugenia. Deseo ser feliz con alguien a quien pueda amar; sin embargo, siento que jamás podré hacerlo gracias a ese ejemplo de incultura.

—¿Y qué puedo hacer por ti? ¿Quieres que hable con Albert? Siempre me hace caso. Le diré que seguirás buscando y que no te obligue a estar con este caballero o también puedo pedirle los perros para amenazar al hombre para que se case contigo y te haga feliz.

—Le he arrojado el perro y no resultó del todo bien, tía.

—Mientras no quedara cojo, manco o desfigurado, todo irá bien. Una mordida no hace daño, ¿o sí? —cuestionó Eugenia.

—Debo seguir adelante, lo intento, pero el agobio no me deja tranquila. Él debe seguir en Gloucestershire y yo aquí, buscando un esposo que encaje en los estándares perfeccionistas de mi padre.

—Deja que yo hable con Albert para que no te obligue a nada y si quiere hacerlo, lucha por lo que quieres. Convierte la vida de todos en un infierno absoluto por no dejarte cumplir con lo que deseas o bien puedes dedicarte a la caridad como cualquier otra solterona de Londres.

—No quiero la caridad, quiero ser la esposa de alguien, tener joyas, hijos, besar a un hombre, sentirme viva. No voy a ser feliz si me quedo soltera, no nací para eso, soy como la gallina que no nació para la sopa.

—Déjame recordarte que tienes algo muy especial que puedes utilizar y eso es el apellido Fane. Ninguna de nosotras se rindió ante lo que deseaba, somos capaces de matar al mismo demonio de un soponcio. Tú puedes luchar por lo que quieres, un duque endemoniado como el que dices no va a vencerte y si lo deseas, lo puedes tener, vivo o muerto.

—Lo que pasa es que él no quiere tenerme.

—Es que no lo ha considerado, probemos con el perro otra vez, quizá dé resultados.

Ella le sonrió a Eugenia y después vio que el marqués de Horshire se acercaba a ellas, su nombre era el próximo en su carnet de baile. Al menos se divertiría, era un caballero agradable que procuraba no mencionar la palabra matrimonio en ningún caso. Suponía que era un soltero empedernido.

—Aquí viene el marqués, haz tu reverencia, sé amable y trata de conquistarlo —pidió Eugenia.

—Tía... —dijo en tono de reproche.

—Era broma, soporta todo lo que puedas. Hablaré con Albert.

Su tía se perdió entre la multitud que los rodeaba y Augusta suspiró. Debía estar sonriente todo el tiempo para no desagradar a nadie y menos a su padre, ya que él casi se comportaba como antes, salvo por lo casamentero que se había vuelto. Pasaba mucho tiempo conversando sobre quién sabe qué cosas, pero sin duda, tenía que relacionarse con el asunto del matrimonio.

—Lady Augusta, he venido a reclamar mi pieza de esta noche —pronunció John.

—Será un honor, como siempre, estar en tan grata compañía. ¿Cómo ha estado? —preguntó Augusta al coger la mano que él le ofrecía.

—Un poco ocupado, gracias por preguntar. Merecía un poco de distracción, y qué mejor lugar que un baile lleno de mujeres esperando casarse.

—Lamento no poder decir que este lugar está lleno de caballeros deseando casarse. Uno es más escurridizo que otro, pero es gracioso, al menos aún me parece de esa forma. ¿Cómo está su abuela? Ella es tan agradable y encantadora, tiene muchas vivencias interesantes y divertidas. Es evidente que ha sido una dama muy codiciada.

—¿Mi abuela? Ella es todo lo que quiera, menos agradable. Si hay alguien en este mundo que merezca ir al infierno sin juicio alguno, es lady Cadbury. Es capaz de desterrar al mismo demonio de su imperio de devastación.

—Ni yo he hablado tan mal de la institutriz, pero pienso algo muy parecido sobre ella. Ella es tan tierna como mi abuela.

—Ni siquiera podríamos compararlas, la duquesa viuda es un ángel caído del cielo en comparación con la arpía que vive en mi casa.

Ellos dos seguían sonriendo mientras conversaban sobre los demás. En eso se llevaban muy bien. Les gustaba cotillear y dar sus opiniones sobre cualquier asunto.

El duque, que se encontraba junto a la conocida matrona, lady Kirby, observaba con buenos ojos la actitud de Augusta. Estaba sonriente y parecía cómoda en compañía del marqués.

—Sigo sin poder creer el cotilleo que llegó de Gloucestershire sobre su preciosa hija, señoría —comentó lady Kirby—. Para nada parece ser una criatura grosera.

—No puede confiar en todo lo que se dice, lady Kirby. El duque es un hombre demasiado egocéntrico y las personas alrededor malinterpretaron la situación —justificó.

—Debió ser una terrible confusión. El marqués de Horshire es primo del duque de Westwood. Le aseguro que aquel intentará que estos dos no lleguen a nada si es cierto que ha sido humillado en un baile.

—Es lamentable saber que el marqués pertenece a la misma ralea del duque. Espero que no terminen siendo iguales. Faltan candidatos dignos para Augusta.

—No se preocupe, hay un par de buenos candidatos. Mi favorito es el duque de Durmont, pero es escurridizo como una lagartija, hace lo que sea para no encontrarse conmigo, pero siempre lo encuentro. Encajaría a la perfección con su hija.

—Tal vez a Augusta ni siquiera le agraden los duques, lo único que me importa es que sea feliz y la traten bien, como merece.

—Ese marqués o el duque que le digo pueden ser una gran opción. Deje que hable con él, cuando le cuente sobre su hija. A veces creen no estar interesados hasta que aparece la indicada, ya ve a sus cuñados, tanto que algunos se negaban... —La mujer rio al recordar su pasado como casamentera de alguna que otra Fane. Estaría encantada de conseguir un esposo a la altura de la hija de un duque.

Albert sabía que lady Kirby era una aliada importante que, si bien quizá no lo ayudara con Augusta, podría ser de utilidad para los demás miembros de la familia, incluso para Charles, su heredero.

Después de terminar su pieza de baile con Augusta, él la llevó para que conversara con su madre y su abuela, ellas estaban ansiosas por humillarlo, diciéndole a la joven que pronto formaría parte de la familia y que él estaba muy enamorado de ella, fascinado con toda la historia familiar y un montón de cosas más que carecían de sentido.

—Este hijo mío tiene un excelente gusto. ¿Se han divertido? —preguntó la marquesa.

—Por supuesto que sí. Es imposible no hacerlo de la mano de milady. Goza de un excelente sentido del humor y es una bailarina excepcional.

—Su señoría, es demasiado amable conmigo, no sería una buena bailarina sin un excelente bailarín —replicó Augusta.

Ella podía notar que la familia del marqués se regocijaba al verla en compañía de él.

—Hija mía, ¿qué esperas para invitarla a tomar el té mañana? —curioseó la abuela de John. Quería ejercer presión sobre su nieto para darle celeridad al matrimonio.

—Estaría encantada de recibirla a usted y a su madre en nuestra casa —dijo la mujer para invitar a Augusta.

—Mi madre estará encantada, solo debe decírselo usted, o ella pensará que lo he inventado.

—No se preocupe, John irá a preguntarle a su madre. Mi hijo hablará en mi nombre.

El marqués quería que se lo tragara la tierra, era eso o ser engullido por la familia del duque de Salisbury. La joven era agradable, pero no lo suficiente para considerarla alguien que podría enloquecerlo.

—Lo haré, madre. Deje que acompañe a milady y me encargo.

Después de que se despidieran de las damas, Augusta y John caminaron hacia Kitty, que se encontraba conversando con Victoria, su cuñada y esposa de lord Nottingham.

—Has vuelto, Augusta, y lo has hecho en buena compañía —habló Kitty para hacer un cumplido para el marqués. No sabía si aquello resultaría, pero intentaría hacer lo que estaba a su alcance para que eso resultara.

—Hemos sigo invitadas a un té en la residencia del marqués, madre —comentó Augusta.

—Es cierto. Mi familia y yo estaremos encantados al recibirlas, el té de mi casa es uno de los mejores de Inglaterra.

Capítulo 27

Para Wilburg la noche había sido espantosa, no sabía ni siquiera cómo había llegado a su cama. James debió ayudarlo a subir al carruaje y Bernard se ocupó del resto.

Tomó tanto que no recordaba haber bebido de esa manera en mucho tiempo y todo se lo debía a lady Augusta y también a la melancolía que le transmitía el mismo George a causa de su mal de amores.

No quería verse de esa manera, era lamentable y tan patético que debería estar prohibido ser tan idiota como el marqués de Blister. Pese a que él creía que recuperaría a su prometida, Wilburg pensaba lo contrario, al menos si esa mujer se parecía a Augusta. Cualquier cosa hacía que la recordara y que no saliera de su cabeza. Suponía que se trataba del deseo de lo prohibido, que por lo general resultaba ser algo inherente al ser humano, mientras más le prohibían una cosa, más lo deseaba. Lady Augusta Relish no era la excepción a esa regla. Todo el tiempo estaba en su cabeza, y lo inevitable era que se la encontrara en cualquier momento en algún baile de la temporada, ya que no tardaría mucho en ir a uno de ellos para acompañar a sus tíos o para compartir con sus amistades.

Pese a su lamentable estado etílico, fue divertido volver a encontrarlos. Por un lado, Gloucestershire había sido beneficioso para volver a apreciar el bullicio y la compañía a la que había desmeritado con su ausencia.

A quien no había visto fue a John, su primo, él era el marqués de Horshire y por lo general siempre estaban juntos por más que se llevaran al menos cinco años de diferencia. Su tía, la marquesa viuda, era hermana de su madre y su abuela vivía con ella y con John, puesto que su tío no la soportaba, tal vez él tuviera un poco de la intensidad de esa familia corriendo por su sangre. Debería hacerle una visita a su primo, tolerar a su abuela no debería ser un esfuerzo, aunque lo que recordaba de ella era que lo llamaba ingrato.

—Buen día, su excelencia —saludó su ayuda de cámara al entrar en la habitación para prepararlo para que desayunara. Él sabía en qué horario despertar al duque después de su estado de embriaguez.

—¿Cómo me viste ayer por la noche? —preguntó con curiosidad. Se estiró en la cama y después se acomodó para seguir descansando.

—He visto cadáveres con más conciencia que usted.

—Entonces llegué de ahí en malas condiciones.

—Alguien vomitó en sus botas.

—Debió ser Steven. ¿Qué demonios tienen mis botas que atraen la desgracia?

—No sea supersticioso, fue solo un mal momento para estar junto a su amigo.

—¿Mis tíos han desayunado?

—No, lo están esperando. No quisieron hacerlo sin usted.

—No debieron hacerlo. Mi tía hace esto para que deje de beber.

—Es probable, su excelencia.

El sirviente lo ayudó a vestirse para que pudiera bajar a desayunar en la brevedad, ya que la culpa comenzaba a carcomer al duque.

Un poco apresurado bajó hasta el salón para tratar de reducir el tiempo y de esa forma darle esperanzas a sus parientes para que no desfallecieran de hambre.

—Buen día —dijo con cierta agitación.

—¿A quién persigues, Wilburg? —curioseó su tía, burlona.

—No han desayunado, deberían haberlo hecho.

—No te preocupes, tu tía y yo estamos acostumbrados a desayunar cuando la ocasión lo requiera. Fuimos a demasiados lugares con dueños excéntricos, así que, una hora de diferencia, no nos hará daño —alegó su tío.

—De todas maneras, la culpa no me dejó seguir disfrutando del lecho. Pasemos al comedor.

La mesa estaba servida cuando se acercaron para desayunar.

—Tu tío y yo nos hemos divertido mucho. Aquí en Londres siempre saben hacer buenas fiestas. No digo que en Gloucestershire no ocurra algo similar, pero fue algo especial volver a encontrar a nuestras viejas amistades. Cuando tu tío y yo estábamos a punto de comprometernos, teníamos nuestros rivales...

—Rivales que te perseguían. Ella rechazó a grandes candidatos —siguió Ernest—, pero al final ganó el segundo hijo de un duque, alguien sin título.

—Ernest, no me fijé por el título, sino por lo encantador que eras. Nadie más se atrevió a incendiar unas cortinas por accidente en un baile tan importante como ese. El jovencito rebelde que no tenía mucho que hacer más que quejarse de no ser alguien con influencias. Al menos podrías alegrarte porque eres mucho más feliz de lo que fue tu hermano que tenía el título, no deberías quejarte de tu suerte.

—Era un tonto, un rebelde sin necesidades. No ser el mayor me afectaba mucho, porque todas las concesiones eran para él, porque sería el heredero, mientras a mí me dejaron a mi suerte y tuve que dar batalla. Cuando la bella hija de un conde se fijó en mí, creo que las cosas comenzaron a cambiar y a quien envidiaban era a mí.

—Quisiera tener alguna vez alguna buena anécdota que contar como la de ustedes, a mí solo me persiguen perros para comerme y mis amigos vomitan en mis botas.

—No es lo mejor, pero es divertido —alegó su tía—. ¿Cómo te fue anoche? ¿Cómo está tu primo?

—Muy bien, tía. George estaba comprometido, pero ya no, la dama lo abandonó.

—Oh, pobrecillo. Pronto conseguirá algo mejor, si hay algunas cosas que abundan en Londres son mujeres —musitó Margarite.

—A John no he podido verlo, considero que debo visitarlo, tal vez esté sufriendo en manos de mi abuela o de mi tía.

—Espero que me quieras más a mí que a tu otra tía... —farfulló la mujer.

—Por supuesto, tía. Usted es como mi madre y ella es como mi madre, pero en el otro aspecto. Es momento que vea cómo están. Sé que quizá sea un poco ingrato con mi abuela, pero ella también lo es, tiene favoritismo hacia John.

—Eso es conveniente para ti, así te deja en paz y no te asfixia —opinó Ernest.

—Es lo que pienso. Hoy iré a verlos, espero que el té siga siendo muy bueno en casa de mi primo.

***

Augusta estaba dispuesta a sacrificar su tiempo ocioso a favor de la madre del marqués de Horshire. Sería su primera práctica oficial del té fuera de su círculo familiar. Por ese lado podía sentirse segura, ya que siempre estuvo rodeada por condesas, marquesas y duquesas, por lo que no sentía temor de hacer una tontería.

—Se ve muy bien, milady. Impresionará a la familia del marqués —comentó Amber que no dejaba de tocar el cabello de Augusta para acomodarlo.

—Es suficiente —se quejó la joven al sentirse acosada.

—Su excelencia quiere que esté impecable. Usted es el reflejo de si su doncella es afanosa o no.

—Mi padre no dudará en venderme al menor postor. Anda enamoradizo, primero un duque y ahora un marqués, ¿qué viene después?

—Usted y yo lo sabemos: un conde.

Ella miró con reproche a Amber y esta solo achicó los hombros, pues era lo lógico en el orden de importancia.

Después de terminar con su arreglo, ella fue a la planta baja, ahí estaba su madre en compañía de su padre. Él fijó sus ojos en Augusta y le sonrió.

—Deja nuestro nombre en alto —mandó Albert.

—Así será, padre.

—Si existe una invitación, también existe interés por parte del marqués.

—Padre, no quiero que se decepcione, por eso prefiero que no albergue tantas esperanzas.

—Al menos haz lo que debes, es todo lo que pido. Si no resulta un compromiso, al menos que no sea por tu causa. No le digas chimpancé o algo similar, ¿comprendes?

—No hay razón para que trate de esa manera a alguien tan educado como el marqués, padre.

—Es cierto, Albert, deja la paranoia —pidió Kitty que le dio un beso en los labios antes de tomar de la mano a Augusta.

—Controla a Augusta, que no haga una tontería que pudiera avergonzarnos. Confío en ti, Kitty.

—No te preocupes, yo me ocupo, querido.

Las damas se despidieron para poder emprender el camino hacia la residencia del marqués de Horshire. Augusta no pudo disminuir la ilusión en el rostro de su padre. La consideraba lo suficientemente capacitada para meterse al marqués en el ridículo; sin embargo, ella sabía que no era de esa manera, tanto ese caballero como la misma Augusta solo eran amables y si estaban haciendo esto era porque no había otra salida, estaban presionados por sus familias para gustarse y soportarse.

Augusta no quería decirle a su padre que su corazón estaba ocupado por un mal recuerdo y eso le dificultaba incluso tener una nueva ilusión. Sabía que no podía decir eso, mataría de decepción a su progenitor y quizá a su madre, pero era su realidad. Debía encontrar a alguien que tuviera un buen título y que quisiera casarse, tal vez el afecto llegara con el tiempo, aunque ella debía fingir que era la más feliz del mundo. El duque de Westwood era tanto el hombre de sus pesadillas como el de sus sueños. Debía conformarse con no volver a saber de él, ya que su padre tenía una posición férrea con respecto a su excelencia. Era consciente de que en cualquier momento podría encontrarlo en algún baile y también ya había pensado en cómo ignorarlo, por supuesto, sin ser poco educada, pues había resuelto sus conflictos con él después de aquella carrera. Ese fue el instante en que creyó que las cosas entre ellos quizá algún día dieran frutos. ¿Por qué la besaría si no fuera así?

Su madre le había dicho que los caballeros acostumbraban a besar a muchas mujeres y eso no era mal visto; no obstante, que una dama besara a muchos varones era un escándalo mayúsculo. Por eso tampoco podía fiarse de los besos que le había dado a ella, así como la besaba, quizá podía hacerlo con otra. Esa idea le causaba más tristeza que se añadía a su poco ánimo de salir.

—Nos divertiremos mucho, Augusta —dijo su madre al ver que ella estaba en silencio dentro del carruaje.

—Lo sé, madre, no me cabe la menor duda —respondió sin desear agregar nada.

—Sé cómo te sientes. Conmigo no hace falta que finjas nada. También estuve enamorada de alguien que no me correspondía en su momento, que era muy orgulloso... Parecía un alma penitente como tú. Londres no va a mejorar tu espíritu.

—No estoy enamorada de nadie.

—Sí lo estás. Encontrarás a ese carcamán aquí, pero tu padre no lo aprobará. Se siente muy ofendido por las palabras que escuchó pronunciar al duque.

—Yo ya había arreglado las cosas, dejé que me ganara una carrera y creí que empezaríamos de nuevo, sin darme cuenta de que era el fin. En verdad, le dije a mi padre que no insistiera con eso de que me fijara en él, y aquí tiene el resultado. Voy a la casa de un caballero para que me interese. Su señoría es una excelente persona, divertida e inteligente, pero no es para mí, aunque supongo que si me propone casarnos tendré que aceptar. Lo que importa es el título, es lo que ha importado siempre.

—Una Fane equivocada piensa eso que has dicho, todas lo hemos pensado en el pequeño lapso de la desesperación.

—También creía en los finales felices.

Capítulo 28

Wilburg llegó a la casa de su primo y golpeó la puerta, esperaba que no estuvieran muy ocupados para poder recibirlo de la mejor manera.

El mayordomo de la residencia frunció el ceño al verlo, parecía ser que no era lo que esperaba.

—Buenas tardes, Seymour, pareces un poco sorprendido al verme —saludó el duque.

—Por supuesto que no, excelencia, pase, por favor.

—¿Se encuentra John?

—Está en compañía de su tía y de su abuela, su excelencia.

—¿Cómo está mi abuela?

—Está ansiosa por casar a su señoría, pero él seguirá dando un poco de lucha para que no termine casado a tan corta edad.

—No esperaba menos de mi abuela, es una mujer que no se detiene cuando se trata de arruinar la vida de las personas.

—Espero que no le diga eso a milady o tendrá que soportarla mucho tiempo con un par de insultos a cuestas.

—Trataré de guardar silencio al respecto.

El hombre guio al duque hasta el salón. Ahí su primo se levantó del asiento para recibirlo y después el resto de su familia se dio cuenta de que alguien que no era lady Augusta y su madre, había llegado.

—Wilburg —pronunció John que le dio un abrazo amistoso—. ¿Dónde has estado? Nos tenías preocupados. Estuviste demasiado tiempo ausente para creer que estabas de visita en Gloucestershire.

—¿Cómo estás, John? ¿Sigues sobreviviendo en este nido de víboras? —preguntó correspondiendo al afecto de su primo.

—Cada día de mi vida es una lucha, espero que un día todo mejore…

—Oh, pero si es el duque de Westwood, mi otro nieto —dijo la abuela de ambos en tono sarcástico.

—Buenas tardes, abuela —habló acercándose a ella.

—¿Qué haces aquí? ¿Acaso quieres seguir arruinando la vida de John con tus ínfulas y tu poco ánimo por casarte? —increpó la anciana.

—Qué cariñosa. Extrañaba mucho su particular forma de ser, abuela.

—¿Cómo has estado, Wilburg? ¿Siempre acaparado por Margarite? Esa mujer no tiene una gota de vergüenza al creer que tú le perteneces. Nosotros somos tu familia —reprochó su tía.

—Ellos me han criado y merecen toda mi atención. En cambio, cada vez que vengo aquí me reciben de esta manera tan desagradable. Dudaba en venir aquí, pero quería saludar a John con quien tengo una excelente relación. No tengo razones para juzgarlo a él a causa de ustedes. No me tratan bien, así que no esperen algo más de mí. Les daré el mismo trato que recibo.

—Típico de tu madre… —masculló la abuela.

—Sí, típico de alguien a quien usted le arruinó la vida casándola con alguien a quien no soportaba.

—¿Y qué querías? Te apuesto que no deseabas ser el hijo de un baronet. No tendrías estos humos que cargas hoy en día. —Rio la mujer mayor—. Hice lo mejor, arreglé ese matrimonio y salió bien. Estuvieron juntos hasta el final.

A Wilburg le molestaba que su abuela se jactara de haber convertido la vida de sus padres en un verdadero infierno. Era evidente que ellos nunca desearon casarse, ese matrimonio tan conveniente fue arreglado por los apellidos que llevaban y por la clase a la que pertenecían.

—Y ahora piensa arreglar un matrimonio para mí —musitó John, riéndose de la batalla verbal entre sus parientes.

—Claro que lo haré. Esa joven es lo mejor que te pasará en la vida. No dejaremos pasar esta oportunidad. Y tú, Wilburg, acomódate si vas a participar con nosotros en una interesante tarde de té con la hija de alguien muy importante en Londres —mandó su abuela—. Si no podrás mantener tu lengua quieta, te pediré que nos visites en otra oportunidad.

—Creo que me quedaré a conocer a la famosa dama a la que piensan arruinarle la vida, aunque dudo que John se parezca a mi padre en algo. No quiero que lo obliguen a casarse, si lo veo incómodo, abriré la boca para espantarla.

—Cuida tu boca, cariño. No traigas aquí los modales de tu otra tía —farfulló la marquesa viuda.

Después de unos minutos, escucharon que alguien golpeaba la puerta. Vieron a Seymour ir hacia la entrada para abrir. Unos instantes más tarde, Wilburg, que estaba de espaldas a la entrada, giró la cabeza para ver de quién se trataba y saber sobre la dama a la que querían casar con John. Cuando la vio sintió que le paralizó el corazón y que la sangre dejó de fluir por sus venas.

Augusta y Kitty habían llegado hasta la casa del marqués, entraron al lugar con una sonrisa hasta que se dieron cuenta de que alguien conocido estaba ahí. La joven creyó que su pecho estallaría al ver a Wilburg, ya que lo había recordado todo el camino. Comenzaba a creer que ella lo había llamado con el pensamiento para que se presentara ahí, pero no entendía qué podría estar haciendo en el sitio. Tal vez quisiera arruinar un probable compromiso. Con eso

comprobaría que él era más vengativo que la misma Augusta.

—Sean bienvenidas, por favor —dijo la marquesa como saludo y se acercó a las damas en cuestión.

—Gracias por la invitación —correspondió la duquesa.

—Espero que no les moleste la visita de mi nieto, Wilburg, duque de Westwood —comentó la abuela.

En la mente de Augusta solo existía una palabra: desgracia. No podía creer que cayese en ese lugar sin tener la mínima idea de que el marqués era primo de ese hombre.

—Por supuesto que no nos molesta ese hecho —alegó Kitty que no sabía cómo le diría a su esposo que el duque apreció de la nada. Solo esperaba que él no hubiera dicho nada de la mala relación que mantenían entre ellos.

—Milady, es un placer que viniera a acompañarnos. Mi primo es mi mejor amigo —mencionó John que se acercó a la joven para tomar su mano y plantar un beso al dorso. Después, fue a hacer lo mismo con la duquesa. Mientras dejaba a Augusta a merced del duque.

Él observó a Augusta y no sabía qué decir, tal vez por la mente de ella pasara que comenzaría un nuevo duelo, pero no era su intención, estaba muy feliz por haberla encontrado.

No sabían qué decirse. Solo cuando Wilburg extendió su mano para tomar la de ella, Augusta entendió que debía saludarlo aunque estuviera asombrada al verlo ahí. Ni siquiera sabía cómo disimular sus sentimientos, solo esperaba que la conexión entre su mente y su lengua no hiciera tonterías.

—Es un placer verla, lady Augusta —murmuró sobre el dorso de la mano de ella. Se sentía extraño volver a tocarla después de más de un mes sin saber de la joven.

Ella no sabía cómo responder, así que solo le hizo una venia como saludo y después retiró la mano para ir junto a su madre. El duque también debía saludarla para no quedar mal.

—Podemos ir al jardín. Hay que aprovechar que hace un día maravilloso. John, acompaña a milady —ordenó la abuela del marqués—. Tú, Wilburg, me llevarás y mi querida hija acompañará a la duquesa.

—Venga, milady —pidió John que no se había percatado de que Wilburg y Augusta se conocían.

—Mi madre y yo estábamos muy entusiasmadas por venir, su señoría. Sabemos que ustedes son agradables y amables. —Augusta pronunció esas palabras para tratar de sobrellevar la presencia de Wilburg. Sería difícil, pero esperaba lograrlo.

—Me alegra saberlo. Nosotros estamos expectantes por su visita. Mi primo, Wilburg, ha regresado después de un largo tiempo desaparecido, no sabemos qué estaba haciendo en Gloucestershire. Debió divertirse mucho para permanecer lejos.

—Espero que sí se divirtiera.

Los ojos de Wilburg no creían que John estuviera sonriéndole a Augusta y que ella le estuviera correspondiendo. No debería molestarle, pero le causaba cierto fastidio tener que verla con su primo.

—¿Por qué miras tanto a lady Augusta? Ni se te ocurra fijarte en ella, Wilburg. Escogí a esa joven para John, porque él merece lo mejor. Es hija de un duque, sobrina de un conde y con el resto de la familia con mucha influencia tanto política como social, algo que hará prosperar aún más las finanzas de John —advirtió la anciana.

—¿No puedo apreciar la belleza de la joven? ¿Acaso está prohibido? ¿No le avergüenza destruir la vida de John con una dama que no le conviene?

—¿Qué no le conviene? ¿Qué estás diciendo? Mi nieto se casará con una mujer importante como lady Augusta. No seas envidioso, sigue tú buscando entre la alimaña social si te apetece. Yo conseguiré los mejores matrimonios para la parte de la familia que sí me tolera.

—¿No le da miedo ir al infierno, abuela?

La anciana rio y golpeó a Wilburg en la rodilla con su bastón.

—No, no le tengo miedo a eso, me preocupa más que John termine casado con alguna dama sin clase, ni dinero y sin influencias. Cuando tengas hijos, comenzarás a preocuparte por cosas que ni siquiera creías posible, y más cuando eres la madre. Disfruta de tu soltería como lo vienes haciendo.

Por más que su abuela lo amenazara mil veces, no le importaba, seguiría mirando a Augusta como quería, porque por más diferencias que tuvieran, su belleza nunca dejaría de apreciarla.

Mientras tomaban el té, Wilburg permanecía en silencio, salvo cuando John le cedía la palabra, notó que Augusta lo evitaba, no quería mirar hacia él y solo opinaba cuando el marqués decía algo que pudiera ser de su interés. Le sonreía como una demente al dueño de esa casa y él no podía evitar arder por dentro, ya que John era igual de efusivo con sus sonrisas para ella. Recordó en ese momento lo que le había dicho a Augusta sobre las sonrisas. Entendió que en ese tiempo debió verse como un verdadero cerdo patán.

Con John la veía desenvolverse casi con naturalidad y con extremo carisma. Entre ellos no había existido algo similar, salvo la noche del baile de máscaras. Ella era encantadora y él no había podido notarlo. Moría por echar a todos de ahí y quedarse a solas con Augusta. Quizá empezaran con una discusión, pero no podría sostenerla por mucho tiempo porque quería decirle otras cosas más importantes.

—Milady, su madre ha dicho que le encantan las flores. Aquí tenemos un hermoso invernadero y queremos enseñarle para que nos dé su opinión —dijo la marquesa viuda.

—Me encantan las flores. Mi padre me ha dado un libro sobre ellas y me sé todas las variedades nativas de Inglaterra. Tal vez la botánica sea algo más que un simple pasatiempo —

aseguró Augusta, que agradecía que alguien la salvara de la escrutadora mirada del duque de Westwood. Le daba la sensación de que aquel estaba a punto de arrojarse en su yugular.

—Entonces venga con nosotras. Mi madre y yo acostumbramos a pasar mucho tiempo en ese lugar. Nos agrada disfrutar del aroma de las flores frescas todo el tiempo que sea posible —siguió la dama.

Las cuatro mujeres abandonaron sus asientos para ir hacia el invernadero, a la vez que los dos caballeros se quedaban en el lugar.

John se sirvió un poco más de té para llenar su estómago.

—¿Te apetece, Wilburg? —curioseó el marqués.

—No, te lo agradezco. ¿Desde cuándo conoces a la dama? —indagó el duque sin rodeos.

—Durante esta temporada hace quizá más de una semana. Lady Augusta es una dama sencilla, aunque muy directa. Supongo que opina lo mismo que yo sobre esto que nos ocurre.

Las palabras de su primo lo hacían desconfiar. ¿Qué significaba ese asunto de «nos ocurre»?

—¿Qué significa eso?

—Es evidente que su familia y la mía están dispuestas a que lleguemos a algo. Sé que ella me conviene por muchos motivos; sin embargo, no me siento listo para casarme. Tal vez en un par de años, mas no creo que ella me espere tanto tiempo. Hay mucha competencia y siendo ella la hija del duque de Salisbury, pretendientes no le han faltado.

—Considero que deberías permanecer soltero y despachar a esta dama. Es lo más conveniente.

—No es tan fácil y más teniendo a esas dos viejas con la nariz metida en mi entrepierna todo el tiempo. Si nada sale como espero, la próxima boda será la mía con lady Augusta Relish.

Capítulo 29

Lo que había dicho John no le había gustado en lo más mínimo. Augusta no podía casarse, no debería al menos casarse con nadie. Ella era demasiado insoportable para contraer matrimonio con su primo, pues él era mucho más dócil que el mismo Wilburg.

—Debes andar de broma con eso de casarte, ¿no es así? Oye, tampoco puedes caer en la manipulación de nuestra abuela.

—Sé que esta joven es lo mejor dentro de la sociedad y me agrada, quizá no para el juicio. Tal vez si se queda soltera un par de años... No lo sé, o tal vez tenga primas que quiera presentarme si no llegáramos a casarnos, aunque por el momento todo indica que vamos camino al matrimonio.

—Eso no puede ser posible y menos con lady Augusta —alegó con vehemencia.

—¿Por qué no con lady Augusta?

—¿No te das cuenta de que es arrogante? Es una serpiente.

—¿Te has dado fuerte en la cabeza? No estamos viendo a la misma mujer, Wilburg. Desde que conozco a milady ha sido encantadora y para nada me parece que te expreses así de una dama de su clase.

—Es que tú no la conoces...

—¿Y tú sí?

Ni a sus demás amigos les había dado el nombre de la dama que lo había torturado en Gloucestershire. Solo dijo que se distrajo en el lugar con una joven, que por su privacidad y su reputación no diría el nombre.

—Por accidente, en Gloucestershire.

—¿Qué clase de accidente?

—Lo admito, he sido grosero, un patán, un verdadero patán.

—Me sorprende mucho de ti que no pierdes la compostura.

—Ella era engreída y arrogante, me increpó por estar mirándola.

—Imagino que la observas como todos, como si te la fueras a comer. Un poco de respeto no estaría mal, Wilburg. Es admirable que pese a un primer mal encuentro, ella sea una dama en todos los sentidos.

—Ni te encariñes con ella, no permitiré que te cases con una mujer así.

—Oye, oye, ¿no te estarás excediendo en tus atribuciones? No necesito tu aprobación para casarme si me llegara a atraer la idea de hacerlo, solo falta el visto bueno del duque.

—En verdad me molestaría mucho que te casaras con ella. Considera la idea de perder a tu primo si llegaras a hacerlo.

John no daba crédito a lo que escuchaban sus oídos. Definitivamente, Wilburg se había excedido.

—No porque tú no la soportes, yo la trataré mal. Además, estás sentando una postura sobre algo que ni siquiera ocurre. Cálmate, parece que te gusta ella.

—Por favor, es una arpía, no me gustan los reptiles. Quiero lo mejor para ti y ella no lo es.

—Mi madre y la abuela piensan diferente. Hazlas cambiar de opinión, y verás que bajar una estrella del cielo es más sencillo.

—No puedes dejar que ellas decidan por tu futuro. Mi abuela no tiene corazón, no le importa si alguien sufre o no.

—Mi tía no supo adaptarse al duque, no es culpa de su madre, ya que la mía fue feliz con mi padre. La gran mayoría de los matrimonios en Londres son ventajosos, nadie se casará con una mujer que no le conviene. Enloqueces porque has sido un tonto y ella tampoco podría quedarse como una blanca paloma con alguien tan arrogante como tú, te conozco, no eres lo mejor que ha visto esta ciudad.

Discutir con su primo no lo llevaría a ningún lugar; sin embargo, tendría que intimidar un poco a Augusta. No podía dejar que siguiera haciéndose ilusiones con John. Ellos dos no debían casarse. No concebía a esa joven casada con él, si eso pasaba, se volvería loco.

La joven y su madre estaban observando las plantas del jardín y a Augusta ninguna especie le resultaba desconocida, pues las conocía todas gracias a que la señora Smith la torturaba con los libros. Gracias a eso tenía muchos conocimientos de botánica, incluso podría hacer un par de mezclas de hierbas y conseguiría una medicina natural.

Con toda esa sabiduría, ella lograba impresionar a las damas y su madre se notaba muy orgullosa sobre lo que su pequeña hija sabía hacer.

Augusta intentaba no echar un vistazo hacia donde se encontraba el duque, ya que no sabía qué podría ocurrir, o si cualquiera de ellos podría enloquecer de alguna manera y quitarse los ojos por más que no tuvieran razón para tal cosa. Tenía miedo de su propia reacción y lo peor sería ir a conversar con él, mas se había jurado no hacer tonterías y lo cumpliría. Ignorarlo era su mejor forma de pasar ese día con tranquilidad.

—Iré a sentarme un rato, me duelen los pies. Soy una anciana que no soporta mucho tiempo estar de pie. Lady Augusta, es usted una dama completa, lo que está buscando mi nieto. John, ven aquí, jovencito. Aprende un poco con milady. Sabe los nombres de todas las plantas. Ni siquiera nuestro jardinero es capaz de saber tantas cosas. Cuando sea la dueña de esta casa hará maravillas. Espero estar viva para ese entonces.

A John no le quedó más trabajo que obedecer y dejar la pulla que llevaba con Wilburg. Acudió a donde su abuela lo llamaba y después ella se dirigió a los sillones para tomar asiento.

—¿Todavía no piensas irte, Wilburg? —increpó la anciana.

—No, abuela. No voy a dejar a John aquí, a merced de ustedes y de esas víboras casamenteras —escupió.

—Aquí no queremos tus malos deseos, Wilburg. Ve con tus otros tíos. Después de tantos años no puede ser que te importe lo que hagamos, tú nos defenestraste toda tu vida y ahora quieres decidir algo. Te quiero porque eres mi nieto, porque llevas mi sangre por más que lo lamentes. He sabido llevar en alto a mi familia y lo seguiré haciendo hasta donde Dios diga basta.

—Más bien hasta que el diablo decida llevársela. Escuche una advertencia. No dejaré que mi primo se case con lady Augusta Relish.

—¿Y cuál sería el motivo? Oh, déjame suponer: tu codicia. La quieres para ti, pero déjame decirte que tu tiempo terminó. Lady Kirby me ha puesto al tanto de tus andanzas en Gloucestershire. Eres un truhan, Wilburg. Sé que ella te abandonó en un baile y que fue porque tú fuiste insidioso con una joven de su clase.

El duque alzó el mentón con soberbia para mirar a su abuela. Ella no perdía una sola batalla. Podría parecer una simple anciana; sin embargo, era la mejor estratega a la hora de arruinar la vida ajena.

—Controla tus celos. Esa dama te ha rechazado. No eres lo que espera, ríndete, Wilburg. Fracasaste porque no te has puesto en mis manos, si tú hubieras deseado, te la tendrías; no obstante, ni el saludo te has dignado a darnos en mucho tiempo y ahora vienes como si te creyeras un salvador de los afligidos. A la única persona que salvaremos aquí, será a lady Augusta para que no caiga en tus garras.

—Qué cariñosa es usted, abuela. Ahora ya recuerdo las razones por las que no venía a verla. Es probable que también influenciaran a John. El pobre está desorientado, pero lo devolveré al camino que merece.

—Tú me amenazas y yo te amenazaré a ti. Despídete, te extenderé una invitación cuando no venga la joven.

—Pobre de usted, abuela. Hay lugares en donde la puedo encontrar y lograr que uno de ellos entre en razón, cuando le cuente a milady cómo es usted en realidad, no querrá emparentar con ustedes.

—Más pobre eres tú, porque si por cosas del destino se casa contigo, terminará emparentado conmigo. Gano de todas formas. Ten un buen día, Wilburg. Ven, dale un beso a tu abuela.

Él obedeció y lo dio el beso a su abuela en la mejilla.

—Judas lo hizo con más sentimiento que tú.

—Me despediré, abuela.

Wilburg se acercó a los demás que estaban entre las plantas escuchando lo que Augusta decía con gran astucia. Al parecer ella sí sabía cómo ganar su lugar en esa familia. Se mostraba inteligente, adorable, sencilla sin perder la clase que la caracterizaba. No podía estar ahí en el mismo lugar con ella, pero en verdad no podía dejar que Augusta se casara con John, eso era descabellado. No, no pasaría.

—Lamento tener que despedirme. Fue un placer verlos a todos. John, te esperaré esta noche en White's para conversar —habló el duque.

—John tiene un baile esta noche, esperemos que lady Augusta pueda acompañarnos —pronunció la marquesa viuda.

—Por supuesto que Augusta estará ahí. No se pierde una velada, ya que solo se tiene dieciocho años y una oportunidad para casarse —replicó Kitty, que lo que deseaba era hacer arder a ese hombre para que se arrepintiera de todo lo que había hecho.

—Ya oíste, Wilburg, te veré pronto —lo despidió su primo, a la vez que las damas hacían sus reverencias para despedirlo. Él miró a Augusta que al cruzar su mirada con la de él, terminó desviándola hacia las que tenía en su mano.

Hizo una inclinación de cabeza y se retiró a largas zancadas del lugar. Estaba furioso con Augusta. Quería destruir esa casa con ella dentro. Había vivido una de las experiencias más horribles y humillantes que alguien podría tolerar y esta vez fue propiciado por sus propios parientes y no por Augusta, que estaba siguiendo los designios de encontrar un esposo; sin embargo, ¿por qué debía ser John? ¿Por qué un pariente de él? Como si fuera que no existieran más peces en el mar. Todos los caminos parecían llevarla hacia él. ¿Qué debía hacer para evitar que Augusta se casara con su primo?

Tanto Augusta como su madre permanecieron más tranquilas una vez que Wilburg se retiró. Su presencia era desagradable en el lugar, ya que no le quitaba los ojos de encima a la joven. Pese a la incomodidad, consideraba que había hecho un gran trabajo para no quedar mal frente al marqués y tampoco con su padre cuando le contaran que el duque de Westwood había estado ahí.

Augusta y John caminaban por el amplio jardín trasero del marqués de Horshire.

—Wilburg me ha dicho que la conoce —comentó John para iniciar una conversación con ella.

—Sí, lo he visto en Gloucestershire. Es solo que no hemos tenido un encuentro agradable en esa ocasión.

—Sé que Wilburg quizá le pudiera parecer un poco grosero, pero él no es así.

—Lamento contradecir su afirmación. Su excelencia me ha tomado como enemiga por

gratuidad. He defendido mi buen nombre de él en su momento y, pese a que hemos quedado en buenos términos, no creo que dejara de intentar hacer algo malo.

—No se preocupe por eso, no caeré en lo que Wilburg desea, ya que entiendo que él tiene un interés romántico en usted.

—¿Interés romántico? No, su señoría, él lo que quiere es hacer bulla, molestar y provocar. Es un experto.

—En verdad que cuando dice esas palabras no reconozco a mi primo. Somos muy cercanos, como hermanos.

—No dudo que su excelencia sea una excelente persona con usted y con el resto, pero conmigo se ha cogido una enemistad absurda que he intentado solucionar, aunque con su mirada de hoy, creo que no lo he conseguido.

—Ignore a Wilburg, considero que él tiene interés en usted. Eso podría traerle conflictos conmigo, ya que usted es una dama que está en mi casa por una razón y es porque mi madre la considera una candidata ideal para mí.

—No debería decir esto, pero no se deje llevar por los consejos de otros, siga lo que su corazón le dice, siempre y cuando eso lo lleve a ser feliz. ¿Qué más podríamos perseguir nosotros? Cuando sobra el dinero, lo único que podemos perseguir es la felicidad.

Cada uno de ellos trataba de alejarse de la mejor manera posible. Tanto Augusta como John, sabían que entre ellos no cabía mucho más que una amistad cortés y que solo por presión estaban ahí compartiendo momentos. No se desagradaban, pero tampoco enloquecían por estar juntos.

Cuando llegó el momento de retirarse, Augusta arrojó toda su figura en el carruaje, cansada de aquella tarde.

—Parece que has llamado al duque con tus pensamientos, Augusta —dijo la duquesa, burlona.

—¿Cómo es posible que a mi padre se le olvidara decirnos que el duque era pariente del marqués? Madre, tengo el presentimiento que ese hombre querrá echar por tierra cualquier plan de matrimonio que pudiera tener.

—También lo creo, pero en el momento en que lo vuelvas a ver, lo increparás y le dirás que, si él no se casa contigo, no se atreva a molestar, solo tienes una oportunidad y no puedes desperdiciarla.

Capítulo 30

Al llegar a casa de sus tíos, Wilburg fue a su habitación y pidió que Bernard fuera junto a él.

—¿En qué puedo servirle, su excelencia?

—Bernard, ¿cómo puedo saber a qué velada irá mi primo y si yo tengo esa invitación?

—Estuvo en casa del marqués, ¿por qué no le ha preguntado?

—Es una larga historia, Bernard, pero te haré el cuento más corto: lady Augusta Relish estaba en ese lugar, ella es candidata de mi abuela y de mi tía para que sea la próxima e infortunada marquesa.

—¿Lamenta que el marqués se quedara con la mujer que le gusta?

—Ella no me gusta, no la quiero cerca de John, quiero advertirle que se abstenga de pertenecer a esa familia. Le haré más bien que mal. No conoce a mi abuela, ni se imagina que clase de arpía es esa anciana.

—No debería preocuparse por una mujer que no le importa.

—Me preocupa John, es todo.

—Mmm... Nunca he visto a nadie tan reacio a aceptar lo evidente. Le sugiero que siga a su primo y que dentro del carruaje mire si tiene esa invitación. Si no la tiene, dudo que alguien se atreva a cerrarle las puertas de su casa a un duque.

—He aceptado que no puedo continuar en conflicto con ella y que tampoco puedo dejar que mi primo, a tan corta edad y obligado por la vieja arpía mañosa de mi abuela, termine casado en contra de su voluntad.

—Usted se ha vuelto una persona demasiado preocupada por los demás, excelencia —musitó su sirviente, queriendo insinuar que nunca lo había sido.

—Puedes pensar mal de mí, Bernard, pero estoy haciendo el bien sin mirar a quién.

Podría bien estar dando excusas de lo que en realidad deseaba, admitir que Wilburg no quería que lady Augusta se casara con John porque esperaba que fuera para él, nunca lo haría, podrían torturarlo, cortarle dolorosamente las extremidades, prenderle fuego y demás torturas conocidas, mas no confesaría nada. Su orgullo jamás se lo permitiría. Estaba molesto y eso lo diría solo para él mismo.

Podría hacerle caso a su sirviente para conseguir lo que deseaba que era conversar con la joven. Como había oído de primera mano que su primo iría y le insistían a John, él no perdería la oportunidad de hundir los planes de un próximo enlace. Con eso conseguiría una seguidilla de buenas acciones para salvar a varias personas de una única persona malvada: su abuela.

Por la noche, él salió temprano de su casa en compañía de Bernard y todas las invitaciones que tenían en la casa para ese día. Su ayuda de cámara había bajado para observar la salida del carruaje del marqués de Horshire, ya que podría verse sospechoso que el coche de su primo estuviera frente a su residencia esperando a que saliera.

Una vez que vio lo que necesitaba, se apresuró para llegar a donde se encontraba el duque. Subió al carruaje y comenzó a contar lo que había visto.

—Su primo ha salido, su excelencia. Es momento de seguirlo. —El sirviente se sentó y comenzó a hurgar entre las invitaciones.

—Va temprano a los acontecimientos —comentó Wilburg—. Faltó poco para que no llegáramos.

—Con su abuela a la cabeza dudo que llegue tarde a cualquier sitio, excelencia. Ahora solo nos queda saber sobre qué calle quedará el lugar.

—No puedo creer que esté haciendo esto…

—Nadie lo creería. ¿Les ha dicho a sus tíos que vio a milady?

—No, ¿para qué preocupar a mi tía con la presencia de esa joya inglesa cerca de mí?

—Le desagradará saber que está haciendo estas cosas para poder encontrarse a solas con ella y persuadirla para que no se case con un marqués rico, joven y apuesto.

—¿Del lado de quién estás, Bernard?

—De ninguno, excelencia, pero si yo fuera milady no le haría caso a usted, al menos de que me ofreciera matrimonio a cambio de rechazar a un buen candidato.

—Ella seguirá soñando con algo semejante. ¿Me imaginas pidiéndole matrimonio a esa dama? No, yo no alcanzo a imaginar tal aberración.

Bernard achicaba los ojos para no decir lo que pensaba, pues para él faltaba muy poco para que el duque enloqueciera y secuestrara a la joven. Estaba llegando al límite de su orgullo y de la soberbia. El hecho de que su abuela quisiera casar a esa mujer con el marqués solo era una razón más para actuar con premura, ya que aquel no podía concebir que alguien le ganara algo. La vieja matrona era el demonio a vencer en esa ocasión.

Siguieron al primo de Wilburg hasta la residencia de la conocida lady Hastings. Entonces, Bernard encontró la invitación y se la entregó al duque para que lo dejaran pasar sin inconvenientes, puesto que esa dama era una matrona quisquillosa que no quería que gente que no perteneciera a los altos círculos sociales se acercara a su casa. No deseaba saber de burgueses en su territorio.

Bajó del carruaje con determinación, dispuesto a llevarse a quien fuera por delante.

—Su excelencia... —pronunció lady Kirby que lo cogió del brazo más rápido de lo que una serpiente daba una mordida.

—Lady Kirby. —Él suspiró al darse cuenta de que el objetivo de su visita al lugar se retrasaría si quería ser un buen hombre con una vieja casamentera.

—Me alegra verlo en esta velada. Me gustaría presentarle a un par de damas. Sé que el círculo de los solteros está cerca de desmembrarse. El duque de Durmont ha estado pendiente de lo que ocurre en la temporada, al igual que los marqueses. Ahora lo veo a usted y se me ocurren tantas damas...

—No quiero a ninguna dama, no quiero bailar con nadie, ni hablar y mucho menos ver —farfulló.

—Oh, me temo que tengo aquí a un hueso duro de roer. Entiendo que debe molestarle que su primo, el marqués, esté tan interesado en la dama que lo ha rechazado dejándole claro que no quiere ni siquiera su saludo. No se preocupe, es algo entendible porque es un duque y no está acostumbrado a tal trato.

Por la mente de Wilburg pasaba asesinar a esa mujer. ¿Cómo alguien podía ser tan imprudente para decir semejante tontería?

—Para que lo sepa, lady Kirby, yo fui quien rechazó a milady. No se confunda. No está a mi altura.

—No es lo que han dicho un par de testigos. No puedo hablar sin conocerlo plenamente, pero quienes me contaron son personas de mi confianza.

—Créale a quienes guste, con permiso...

La dejó en la entrada hablando sola. Después se acercó al sirviente de la recepción y entregó su invitación para ser anunciado junto al resto.

Llegando al lugar se encontraban Augusta y sus padres.

—Augusta, si ves al duque te acercarás a mí y no te despegarás. Ese hombre es capaz de cualquier tontería que pueda hundir tu reputación —ordenó su padre.

—Le he dicho que él y yo no tenemos problemas, que lo hemos resuelto en Gloucestershire, fue usted quien lo trató mal —acusó la joven—. Debo ser yo quien le diga lo que debe hacer, padre, pues le pareció buena idea ocultar la relación entre el marqués y el duque. ¿No se le ocurrió que volvería a verlo de forma evidente, aunque fuera el día de la boda? Me tuve que enterar de la peor manera. Mi rostro debió ser un poema.

—Es cierto que no lo dije, tienes razón en enfadarte. Es una pena que sea pariente de tal personaje de mala muerte como el duque.

—Supere eso, padre. El duque no puede hacernos daño, dudo que quiera hacerlo. ¿Por qué razón lo haría?

—No menosprecies el orgullo de un caballero, Augusta —insistió su progenitor.

—Haré lo que crea conveniente. No se preocupe por eso. Si el duque se acerca, le diré con

amabilidad que tiene prohibido acercarse a mí, ¿es suficiente?

—No, pero espero que cumplas, jovencita. No quiero verte correr tras las botas de un caballero que te desprecia.

Su padre insistía en demonizar al duque, pero ella tampoco podía negar que él no era un hombre malo. Todo lo que su padre oyó, se lo había dicho ese caballero sin rodeos, a la cara, sin contemplaciones. Era capaz de tolerar muchas cosas cuando sabía que no existía manera de solucionar el inconveniente. Ella sabía que tener algo con el duque solo habitaba en su mente, en la realidad, eso no ocurriría. Por eso ni siquiera le molestaba lo que pudiera decirle. Ninguna ofensa podría atacarla.

Los tres bajaron del carruaje y fueron anunciados en el gran salón. Augusta no pensaba que se encontraría con el duque; sin embargo, al primero que notó fue a él y al instante supo que también la había visto, ya que sus miradas se cruzaron, dándose a entender que no podían fingir demencia.

A medida que ella caminaba por el salón, sentía que él la seguía con los ojos y con su tejer entre los demás asistentes. De soslayo lo vio y supuso que no le quitaría los ojos de encima. ¿Por qué la perseguía? ¿Qué podría querer? Lo creería muy inmaduro si deseara traer los conflictos pasados al presente.

Apenas llegó a donde su padre deseaba, el duque no perdió el tiempo y se acercó a Augusta.

—Buenas noches, milady, ¿me concederá una pieza? —preguntó Wilburg sin rodeos. Él tenía la idea fija de amedrentar a Augusta y después retirarse.

—Ni siquiera una estatua es tan dura como su desvergüenza —espetó Albert que se colocó entre Augusta y Wilburg—. No le concedo un baile con mi hija. No está autorizada a concederle un baile a usted.

—Padre, no levante la voz. En lugar de ayudar, está perjudicándome.

—Hágale caso a milady. Sus conflictos conmigo son distintos al trato que pude haber hecho con su hija.

—¿Qué tratos pudo hacer usted con una niña? ¿Cómo pude creer que era un buen candidato para mi hija? No es más que un sinvergüenza.

—Albert, no te exaltes —pidió Kitty, que miró a su alrededor, no quería que su esposo llamara la atención de la peor manera.

—Aléjese de Augusta, es mi última palabra —sentenció Albert.

Kitty lo cogió del brazo para llevarlo a otro lugar y Augusta los seguiría, no le dijo nada a Wilburg, solo lo miró.

—En el jardín apenas surja una oportunidad —emitió antes de retirarse. Fue echado como un perro de aquel lugar. El duque de Salisbury estaba dispuesto a cumplir con cualquier amenaza

que se relacionara a acercarse a su retoño.

Augusta siguió a sus padres sin replicar a lo que había dicho Wilburg. No asintió ni negó la sugerencia de él. Sus padres se acomodaron junto a su tío Spencer y a su esposa.

—Estuve a punto de saludarte, Albert, pero al ver tu rostro, he preferido esperar a saber qué te tiene sofocado, aunque no me sorprendería que respondieras que tiene que ver con Augusta. Es una digna exponente de la familia, un gran dolor de cabeza de alto presupuesto... —pronunció lord Nottingham.

—No hagas que se desquicie, Spencer. Tiene un problema con alguien que está a su altura y que sin duda se parece a él —habló Kitty.

—¿Parecerse a mí? ¿Desde cuándo he sido un sinvergüenza? Tal vez soy orgulloso, pero jamás he hablado mal de una fémina y después acudir junto a ella para pedirle una pieza de baile. Mi decencia me impediría tal acto aborrecible.

—No tuvo las agallas suficientes para darle una bofetada con guante blanco, padre. Si algo he comprendido después de enfrentarme a él con insultos irracionales, ha sido que no debo colocarme a su nivel, pues soy mucho más que palabras burdas que tienen como objeto envanecerme más que dejarlo a él en mala posición. Lo que hizo con esa actitud fue provocar la locura del duque. Ahora no lo dejará en paz, lo único que a ese hombre podría trastornarle es que los demás quieran tranquilidad. Hay que dejarlo ganar y simplemente, como por arte de magia, desaparecerá. No le gusta que le obsequien victorias, si usted le discute, le da batallas que lo volverán más poderoso.

—Tu hija quizá tenga más sentido común que todos nosotros juntos —musitó Spencer, sorprendido, por la preparación de su sobrina. No recordaba que Augusta fuera tan inteligente, pero no podía sorprenderse, ya que tanto su padre como su madre, eran personas que gozaban de mucho intelecto.

Capítulo 31

—Sea cual sea el asunto, no me interesa tratar con ese hombre. No quiero parecer más inteligente que otros en este momento, solo quiero que Augusta no se acerque a él —masculló Albert.

—Límpiate la saliva que te ha salido por la rabia. Es igual a Kitty, te ignorará y después se encontrará con él en cuanto tú te descuides —alegó Spencer, su cuñado—. Tengo la sensación de que ya he vivido esta clase de eventos al menos unas cinco veces. Sabes que, si Augusta quisiera casarse con ese hombre, no tendrías opciones que acatar sus deseos.

—Ella sabe que jamás la entregaré en matrimonio a ese hombre, ni siquiera se le ocurrirá desafiarme. ¿No es así, Augusta? —cuestionó el duque.

—No, si él me pide matrimonio, tal vez huya con él gracias a su pobre forma de negociar, padre. Un castigo ejemplar para este hombre sería probar su afecto diciéndole que si quiere casarse conmigo no verá una moneda de mi dote.

—Pequeña desv… —Albert suspiró. Su hija haría lo que se le antojara. Lo único que le quedaba era apelar a que el duque de Westwood se sintiera realmente amenazado de que algo malo le pasaría, aunque el asunto de no entregar la dote era algo interesante. Él no había recibido nada de su cuñado, porque era su forma de apoyar a un pobre conde con cinco hermanas.

—No hay que exaltarse. Dejen en paz a Augusta. Ella es una joven sensata y con el gran carisma familiar. Como toda persona de esta familia, encontrará el camino a la felicidad —dijo Victoria.

—Espero que ese camino la lleve lejos de ese duque charlatán, bribón y desvergonzado.

Los demás no quisieron seguir provocando a Albert, suponían que nada en el mundo lo haría cambiar de opinión respecto a lo que era mejor para el futuro de su retoño.

Mientras que sus parientes conversaban con su padre para distraerlo, Augusta estaba con la mente perturbada a causa de no saber si hacer lo correcto o escuchar lo que él tenía para decirle a ella. ¿De qué deseaba hablar el duque? Lo que fuera, ella debía mantener la calma y si le preguntaba algo que tuviera que ver con el marqués, respondería que se hallaba enamorada como nunca antes lo había estado en su vida.

La gente llenaba el carnet de Augusta y ella iba a bailar con tranquilidad ante la mirada de su familia y también la del duque de Westwood. Esperaba la oportunidad perfecta para llevarla lejos de tantos ojos que podrían estar pendientes de lo que conversaban. Debía ser breve, ya que el padre se comportaba como uno de los sabuesos de su hija y estaba dispuesto a rasgarle la yugular en público.

Llegado cierto momento, él creyó que Augusta estaría libre y podría ir a por ella; no obstante, su primo, a quien el mismo Wilburg estuvo ignorando haciendo que no lo había visto, se acercó a ella para tomar la pieza que le correspondía. En ese preciso instante, sintió como un

extraño calor se apoderaba de su cuerpo y de su mente. Ver que John acariciaba las manos de Augusta y después pegaba a su cuerpo a la figura de él, lo enfermaba, podía jurar que se sentía mareado. Qué evento tan traumatizante. Su cabeza imaginaba miles de escenarios en los que podrían terminar aquellos después de que John acariciara a Augusta de una manera tan prohibida. Le costaba creer que a él le agradara la joven, pues su abuela quería casarlo con ella. Lo consideraba un gran detractor de ella, por lo que no estaba seguro de a qué podría estar jugando su primo.

Quería que ese baile terminara lo más pronto posible. Eso de intentar leer los labios era una hazaña imposible con él teniendo los nervios de punta, puesto que veía a la joven sonreírle al marqués y a John, verlo pegado a la oreja de ella como si fuera un arete. Quería saber qué podría estar susurrándole para hacer que Augusta le obsequiara sus sonrisas.

—No sé qué pasa con Wilburg. Ha estado ignorándome toda la noche. Él se está comportando muy extraño —comentó John, cuya curiosidad no lo dejaba estar tranquilo, ya que entendía que el problema entre los dos no era la abuela con la que Dios los había castigado, sino que era la dama con la que él estaba compartiendo un baile.

—El duque me ha pedido una pieza, pero tan pronto como mi padre lo vio acercarse, lo espantó como si se tratara de un animal molesto.

—Pobrecillo, debe estar confundido. No lo ha golpeado, ¿no es así?

—No. Él y yo aclaramos todo lo que debimos en Gloucestershire, no comprendo a qué puede deberse su acercamiento.

—Imagino que le dirá que se aleje de mí, pero lo que tenga que decirle sobre mi persona, usted ni siquiera debería considerarlo.

—Lo sé. Su excelencia puede estar deseando echar a perder una buena relación entre nosotros. Puede que lo que él desee es envenenarlo en mi contra para que no me considere una buena esposa, pero supongo que sabe que mi extensa familia y mis apellidos avalan mi integridad.

—No dudo de nada que tenga que ver con usted, más bien dudo de mi propia familia. Wilburg es mi amigo y mi primo, me temo que deberé enfrentarlo para saber lo que necesita.

—O mejor puede dejar que yo me encargue. Si tiene algo en mi contra, lo sabré con el primer cruce de palabras que haga conmigo en privado. El duque no perderá los estribos al menos que yo lo provoque.

—No se arriesgue. Lo considero peligroso desde hoy, tiene una mirada de demente.

Augusta miró hacia donde se encontraba el duque y ciertamente tenía esa mirada que había dicho el marqués. No le quitaba los ojos de encima a ninguno de ellos. Lo mejor era enfrentar el asunto de una buena vez. Ella tampoco podía resistir a la tentación de saber qué deseaba decirle con tanta urgencia.

El baile entre Augusta y el marqués había finalizado y ella se retiró hacia donde estaba su padre; sin embargo, sintió que alguien la cogió de la muñeca y la estiró como un ave rapaz en

medio del campo.

—Usted y yo hablaremos de una vez y será ahora —sentenció el duque de Westwood.

—Podría ser un poco más delicado al cogerme la mano, su excelencia.

—No me hable de delicadeza cuando usted baila con siete caballeros seguidos y ni siquiera le duelen los pies. No está capacitada para hablar de delicadeza.

—¿Estaba contando a mis parejas de baile?

—Le sorprenderá más saber que estuve intentando leer sus labios para saber qué hablaba con mi primo.

—Qué desvergonzado, y lo cuenta con una pasividad que da miedo.

—No hablemos de lo que da miedo. Debería reservarse sus sonrisas.

—No soy tacaña y si me agradan sonreiré hasta que me duela la boca. No tiene razones para hacer esto y tampoco para sacarme del salón sin la autorización.

—Ahora lo que menos me interesa es la autorización de alguien que me odia con justa causa.

—Puedo caminar sola, suélteme.

—Prefiero asegurarme de que no escapará hasta que lleguemos al jardín.

Él siguió jalando a la joven del brazo hasta que llegaron a un lugar más alejado del jardín y pudo soltarla. Augusta acarició su muñeca y esperó a que el duque dejara de recorrer frente a ella, agitado.

—¿Puede quedarse quieto? —preguntó Augusta.

—No quiero hacerlo. Deseo hablar sobre usted y mi primo. Le digo que no apruebo ningún matrimonio entre ustedes. No dejaré que él se case con alguien como usted.

—¿De nuevo está queriendo hacer una guerra conmigo? Oiga, no lo tome a mal, pero me tiene cansada. En Gloucestershire ha sido difícil, además, me ha rechazado como futura esposa porque me lo dijo sin que yo se lo propusiera. Si quisiera casarme con el marqués, créame que no necesitaría su aprobación.

—No la dejaré hacerlo y es por la sencilla razón que mi primo merece algo mejor que una niña mimada y caprichosa que busca su propio beneficio.

Ella suspiró.

—¿Cuándo madurará? ¿No se da cuenta de que no puede decidir por las vidas ajenas? No estamos hablando de usted y de mí, sino de su primo y yo.

—Eso último no existe y tampoco lo puedo permitir. No se casará con John porque jamás se lo permitiré.

—Entonces consígame un esposo conveniente, pero sepa que yo adoro a su primo y me resulta el hombre más encantador que he conocido jamás…

—¡No puede adorarlo, no puede quererlo, es más… debería odiarlo! —expresó cogiendo a Augusta de sus muñecas.

—Es la realidad que vive ahora. Quizá en algún momento lo quise a usted, pero me ha demostrado que no es suficiente caballero para hablar mal de una mujer.

Pese a que seguía cogiendo las muñecas de Augusta, no la estaba apretando con fuerza, ya que oír que ella había dicho que en algún momento lo quiso fue como un balde de agua fría.

—¿Quererme usted? Desde un principio deseó mi desgracia —bufó el duque que trataba de discutir el asunto.

—Si me dejé besar fue porque un sentimiento me impulsó. Pude haberle disparado cuando estuvimos juntos en el campo, pero anhelaba tocar sus labios otra vez después de nuestro primer beso. Es la ilusión estúpida de una dama. Después de que mi padre me dijo lo que usted había expresado sobre mí, entendí que no debía abrigar ninguna esperanza y más sabiendo que jamás me querría ni me trataría bien porque su vida siempre se ha rodeado de miseria en cuanto al afecto se trata. Ahora, le pido que me deje ser feliz con quien sea, no vuelva a aparecer cerca de mí. Su presencia me lastima y me impide continuar con una vida normal. Hágase a un lado de una vez y para siempre. —Ella liberó su muñeca de las garras de Wilburg.

Augusta no tenía razones para dar vueltas sobre el asunto que la tenía ahí conversando con él. Ella necesitaba pensar en su futuro, en lo mejor que podría tener. Wilburg no la miraría como mujer, las cosas no cambiarían jamás, no perdía nada con decirle lo que le parecía. Quizá hasta con eso pudiera conseguir que él abriera los ojos y la dejara continuar al darse cuenta de que no era un juego.

—Hace bien en no ilusionarse conmigo, pero tampoco quiero que tenga esperanzas con John, y me remitiré a mi propia vida miserable y carente de afecto, como la ha llamado usted. Culpe de eso a la honorable señora con la que se ha sentado a tomar el té esta tarde. Por más que huela a cadáver, ella no termina su misión en este mundo. Mi abuela no busca ni su felicidad ni la de John y mucho menos la mía, solo la de ella. Casar a sus hijos y nietos es todo lo que le importa.

—¿Y qué hay de malo con eso? No todo puede salir mal.

—¿No todo puede salir mal? He vivido miserablemente con mis padres porque fueron escogidos por ella para juntarse, pero ninguno se toleraba. El carácter inmaduro de mi padre con sus vicios y placeres enfermó de odio a mi madre y ambos tuvieron una vida llena de amantes. Ese fue el ambiente en el que crecí. Gritos y golpes por las infidelidades de ambos. No quiera esa vida, escoja algo mejor. No crea que le doy este consejo porque la aprecio, es por la felicidad de mi primo.

—Su primo no le está pidiendo ningún consejo.

—Soy mayor que él y sé lo que le conviene.

—Ni siquiera sabe lo que le conviene a usted mismo, menos sabrá lo que puede ser conveniente para él. No es mejor que su abuela, excelencia. Puedo alejarme de su primo para que tenga paz, pero le pido que no aparezca más, solo quiero un esposo que sea romántico, consentidor y adinerado. Puedo pedir lo que soy capaz de dar.

—Hace bien en alejarse de John... —dijo. Persuadirla había sido demasiado fácil, pero ¿a qué costo para él? Con todo lo que le dijo, su mente estaba hecha una maraña.

—Siéntase servido. Solo déjeme decirle a su señoría que no quiero volver a verlo.

A Augusta le dolía darse cuenta de que a Wilburg no le importaba su confesión, tenía el corazón duro como una roca, pero ella era orgullosa y sabía que sobreviviría.

Cuando Wilburg vio que ella lo estaba dejando en el jardín, se apresuró a cogerla de nuevo y acercarla a su figura. Sin dudar quiso besarla, pero recibió una bofetada en su intento.

—No quiera jugar conmigo, le saldrá muy mal. Olvide que le diré a su primo que me alejaré. Desde ahora haré todo lo posible por ser la marquesa de Horshire. Si insiste en acercarse a mí, tenga por seguro que de usted no quedará nada, quienes me adoran lo convertirán en polvo.

Capítulo 32

Dos semanas después...

El plan de Wilburg para alejar a Augusta de John no había funcionado, de hecho, él estaba más cerca de ella de lo que se hubiera imaginado antes.

Nada le salió como quería y lo peor era saber que lady Augusta Relish, en algún momento, se interesó en él como para ser su esposo. Esa confesión que ella le había hecho tiempo atrás, lo había dejado pensando en ella sin descanso, ya que, concluía que el problema por el cual desde un principio no pudo sacar de su mente a Augusta. Desde el día que la conoció había quedado completamente enamorado de ella, pero él no lo había visto de esa manera, solo en ese instante de desahucio podía darse cuenta de eso, pues gracias a la forma en que había sido criado no había podido darse cuenta de que si lo que sentía era algo bueno o malo. La única conclusión importante era que deseaba besar a esa mujer con locura y alejarla de cualquier sinvergüenza que la pretendiera, sin importar que ese sinvergüenza fuera su propio primo.

—¿Te encuentras bien, querido? —preguntó Margarite al ver que su sobrino se encontraba solo en la biblioteca de su residencia. Se dedicaba a pasar sus días encerrado y por las noches salir a beber solo o acompañado. Lo único que ella sabía era que su primo lo estaba ignorando a causa de la joven hija del duque de Salisbury.

Él suspiró con fuerza antes de responder.

—Sí, pero estoy cansado de fingir algo que no soy. Admito que soy demasiado orgulloso para admitir mis errores frente a otros, pero debo decirle de una vez que no coincido en nada de lo que ha dicho de lady Augusta.

—Ella es la piedra de la discordia entre tu primo y tú. ¿Cómo puedes pensar en defender a una dama así?

—No puedo callar esto por más tiempo, tía. Me gusta lady Augusta, la deseo para mí. No quiero que John se case con ella. No sé si deseo casarme, pero estoy enloqueciendo.

—Es lo que tu tío ha temido desde que la conociste y yo también. Las mujeres malas siempre se quedan con los hombres buenos.

—No soy bueno, soy peor que una víbora. He sido malo, inmaduro y he calumniado a milady. Sé que usted me ve como la criatura más inocente de este mundo; sin embargo, no es así, el amor que siente por mí la mantiene ciega con respecto a cómo soy en realidad. Este ser horrible y despiadado que ha caído en las garras de una mujer igual es lo que tiene. Lady Augusta me confesó que me quiso, pero que con mi forma de ser dejó de abrigar esperanzas. Todo esto es por mi absurdo miedo a repetir la vida de mis padres, pero no me di cuenta de que ella y yo no somos como ellos, debido a que entre nosotros existe algo que se llama atracción. Me he negado todos estos meses y ha sido suficiente.

Margarite miró a Wilburg que tenía una expresión de sufrimiento en el rostro. No reconocía al joven cuyo rostro siempre era burlón. Ese había desaparecido desde Gloucestershire, para dar

lugar a otro de un rostro más serio y pensativo. Tampoco ella lo había ayudado a conseguir a la mujer que creía que lo haría feliz.

—Entiendo que ella ya no te quiere y que desea estar con tu primo, ¿no es así? Esa joven pierde la oportunidad de estar con el mejor caballero de Inglaterra, cariño. Si te animas, buscaremos juntos a una bella jovencita que pueda cubrir su lugar.

—Tía, necesito más entendimiento de su parte. ¿Cómo puede decirme semejantes palabras en este instante de confesión y vulnerabilidad? No quiero a otra mujer, quiero a lady Augusta; no obstante, quizá el problema ni siquiera sea que ella me rechace, sino que el duque no me tiene en buen concepto.

—Te empeñas en buscar el sí, donde solo son negativas.

—Pues es ahí en donde quiero estar. ¿Qué me aconseja?

—No puedo aconsejarte cuando soy intolerante a esa joven.

—Es por mi causa, se lo he explicado.

—Entonces haz lo que tu corazón te dice. Si te dice que te lances al abismo en contra de tus propias creencias sabiendo a lo que te enfrentas, hazlo. Aquí siempre estaré yo, hagas las cosas bien o mal, querido.

¿Y qué era eso que su corazón le pedía que hiciera? ¿Cuál era el abismo al que debía arrojarse para hallar una solución que lo compusiera?

—Está decidido, iré a por milady…

—¿Y si te rechaza, Wilburg? —curioseó su tía para saber qué acciones tomaría de acuerdo con sus convicciones.

—La secuestraré y no le quedará más remedio que aceptarme. No voy a perder.

La mujer cerró los ojos al escuchar que su sobrino haría una tontería sin precedentes. Se rebajaría a ser un joven demente a causa del amor de una pésima dama.

***

Al tiempo que llegó la noche, Wilburg fue a su despacho y buscó algo que le interesaba en su rincón seguro de la residencia.

—Esta noche ha pedido ir muy emperifollado, su excelencia —comentó Bernard que lo vio entrar a la habitación para vestirse.

—Tengo algo importante que hacer y eso es tomar mi destino de una vez y correr todos los riesgos que eso conlleve.

—¿A qué se refiere, su excelencia?

—A que conversaré con amabilidad con lady Augusta… —Wilburg le mostró el arma que había sacado de su despacho.

—Su excelencia…

—Si me dice algo que me desagrade, la usaré para convencerla de que cambie de parecer. Estoy cansado de perder frente a ella. Esta vez será diferente.

—Ha perdido el juicio. Los celos no son los mejores consejeros que un duque puede tener.

—He sido asesorado por mi corazón y este me dice que tome medidas drásticas antes de que sea demasiado tarde.

—Espero que milady diga exactamente lo que usted precisa.

—Sí, por su bien y por el de John, de hecho, le haré una visita antes de ir a esa fiesta. Veré si le quedan ganas de ir.

Así como lo pronunció, el duque simplemente cumplió con su palabra y fue a visitar a su primo. No quería que a él le quedaran dudas de lo que deseaba en ese instante.

—¿Se encuentra John, Seymour? —indagó el duque.

—Sí, se está preparando para salir al igual que su tía y su abuela, puede pasar a esperarlo.

—No quiero esperarlo. Iré a su habitación —pronunció con premura—. Conozco el camino.

Al sirviente no le quedó más remedio que acatar lo que decía el duque. Lo vio subir las escaleras a largas zancadas. Sabía que faltaban un par de horas para salir al baile; sin embargo, la visita del primo del marqués era algo demasiado extraño.

John se encontraba en su habitación cansado de intentar anudar su pañuelo a su cuello. Al escuchar que la puerta se abrió, ni siquiera distinguió de quién se trataba.

—Seymour, este pañuelo se resiste a mí. Parece tener inteligencia propia.

—No soy Seymour, pero puedo ayudarte de igual manera con eso —dijo Wilburg sorprendiendo a su primo.

—Me alegra verte, Wilburg, pese a que me has evitado todo este tiempo, incluso en White's. ¿Todo esto es por lady Augusta?

—Primero me preocupaba por ti, porque pensé que serías infeliz con ella, debido a que la abuela la escogió.

—Creo que este asunto se te ha ido de las manos, Wilburg. Te enfadas conmigo por una dama.

—No es por cualquier dama, es ella.

—Dímelo de una vez. ¿Qué quieres?

—Quiero que te hagas a un lado, que no sigas en esto. En verdad, John, eres mi primo, el único ser que lleva parte de mi sangre y al que tolero.

—Nunca pretendí pelear contigo por lady Augusta. Ella es buena y agradable, solo que...

—¿Qué ha pasado?

—Me han pillado con mi amante. Su esposo me ha amenazado de muerte y lastimosamente, los consejos de la abuela han resultado para salvar mi vida. Me aferro a lady Augusta porque mi existencia depende de esto.

—¿No has pensado que es mejor que dejes Inglaterra un tiempo prudencial o tal vez puedas irte al campo?

—Lo he considerado. Solo que es ahí en donde no puedo abandonar a lady Augusta como un sinvergüenza. Soy un caballero, me han visto con ella.

—Yo me ocuparé de ella. Tú puedes coger tus pertenencias e irte apenas necesites hacerlo.

El marqués se acercó a su primo y le dio un fuerte abrazo.

—No le hagas daño a lady Augusta, te irá muy mal si lo haces.

—Créeme que lo sé. Es evidente que ella ha olvidado contarte un par de cosas, pero me encargaré de ponerte al día con ello.

***

Augusta se preparaba en su habitación, mientras que su prima, Philippa se probaba cada joya que encontraba.

—Y pensar que solo me faltan menos de tres años, Augusta —comentó la niña—. Seré como tú.

—No te recomiendo ser como yo, tú eres diferente, Philippa, eres tonta.

—El encanto de las tontas, las audaces lo desean.

—Ciertamente no puedo juzgarte, una vez que estés buscando esposo quizá comience a burlarme de ti.

—Tendrás autoridad para hacerlo si te casas, hasta ahora no puedes. Déjame que observe esta diadema nueva. Se la pediré a mi padre. Tiene incrustaciones de diamantes... —Philippa cogió su monóculo para observar cada centímetro de la joya.

—¿No te conformas con que brilla?

—Mi padre dice que debo fijarme en cada detalle para hacer negocios.

—Tú único negocio es casarte, Philippa.

—Es cierto. Quiero lucir bellas joyas y poder identificar a los caballeros que quieren estafarme para quedarse con mi dote.

—No le digas a nadie que piensas eso.

—Todos lo saben en la casa. Mi institutriz, la señorita Wharton me dijo que continuara haciendo lo que me gustaba y esto es lo que deseo. Ella me alienta a mantener la mente ocupada.

—La mente, pero no la lengua. La señora Smith debe reprender a esa institutriz. Ella sabe cómo criar mujeres exitosas.

—Tú no te has casado aún, de acuerdo a eso podremos juzgar su éxito antes de su retiro.

—¿De qué están hablando? —preguntó la señora Smith que entró a la habitación de la joven.

—Philippa necesita cambiar de institutriz —respondió Augusta—. ¡Ay, Amber! —masculló después de que su doncella le apretara el corpiño.

—La señorita Wharton me parece preparada, no creo que le diga a su pupila que haga tonterías. ¿Qué hace, lady Philippa?

—Estoy viendo si estos diamantes son auténticos y anoto su valor aproximado y su peso...

—Qué problema tendrá la condesa con esa niña... —pronunció con cierta preocupación—. Escuche, milady, a los caballeros no les agrada que las damas sepan más que ellos. Recuerde siempre tratarlos como lo que son: seres superiores de los cuales dependerá su vida en el futuro.

—Confío en que mi padre escogerá un pretendiente decente para mí, a mí lo que me gustaría es lucir joyas como estas. Todos los diamantes son auténticos...

—Me alegra saber que tiene algo de dama en esa mente tan... extraña. Bien, milady, sus padres están a punto de partir.

—¿Creen que pueda llevarme un libro que vi en la biblioteca? Era uno que se notaba muy interesante y tenía demasiados números.

La señora Smith respiró para tranquilizarse. La hija de lady Meredith era un pequeño problema que se intensificaría con los años que le faltaban por pasar.

—Tengo un libro mucho mejor para usted: cómo ser una dama.

La niña arrugó la frente y frunció su boca hacia abajo, eso no le gustaba. Ella y la institutriz se retiraron de la habitación.

—Ay, milady, su prima es extraña. No es una Fane.

—Es una Fane, pero muy en el fondo. A veces pienso que ser tonta es mucho mejor que ser

inteligente.

—No la imagino tonta, milady. Usted es bella e inteligente, con un marqués en el bolsillo y un duque... Bueno, perdido.

—Gracias por levantarme el ánimo. Ya no pensaba en el duque.

—Miéntale a otra persona, no a mí que soy casi como sus pensamientos hechos carne.

—Tengo pensamientos muy feos si tú los representas.

Capítulo 33

Después de abandonar la casa de su primo, Wilburg fue hacia el lugar en el que se realizaría el baile al que asistiría Augusta. Para él eso era muy importante, esa noche ella no podía escapar.

La ventanilla que unía a Wilburg con su cochero, se abrió de manera repentina.

—Disculpe, excelencia, veo un cuerpo tirado a la orilla de White's, ¿no cree que puede ser uno de sus amigos? —preguntó el cochero.

—Por supuesto que no, pero no perdemos nada por comprobarlo.

Después de responder, el carruaje disminuyó su ritmo y quedó al costado del camino. Wilburg bajó y se acercó con lentitud, mas una vez que reconoció el pelo cobrizo de Adam, apresuró el paso.

—¡Adam! —exclamó al encontrarlo tirado en el suelo.

—¿Qué pasa? ¿Wilburg?

—¿Qué haces aquí en medio de la calle?

El conde miró a cada lado de la calle y luego tiró su cabeza hacia atrás.

—Me tropecé y caí aquí... —dijo Adam.

—No puede ser que te ocurra eso. Pensé que estabas ebrio.

—No, estaba probando si la calle es cómoda. Pensé en quedarme en White's.

—Debes estar enfermo. Es mejor que regreses a tu casa.

—Me encuentro perfectamente, fue solo un mal paso.

—¿Un mal paso? Te llevaré a tu casa.

—No te preocupes, estaré en White's y James se ocupará de mí.

—¿Comes bien?

—Solo soy delgado. Exageras, Wilburg. —Adam se puso de pie para poder ir al club—. Anda, sigue tu camino.

—No sin que te vea dentro del lugar, sentado y con un té en la mano.

Wilburg acompañó a su amigo. Al entrar al club encontró a James que se acercó a ellos al verlos.

—Buenas noches, caballeros, ¿mesa para dos?

—No, un té para Adam. Lo encontré tirado al costado del camino —contó Wilburg.

—No le hagas caso, James. Sírveme brandy.

—Un té, James. ¿No se da cuenta que estando tirado ahí pudo venir una dama a recogerlo y obligarlo a casarse? —bromeó Wilburg jugando con el miedo de Adam al matrimonio—. La basura de muchos es el tesoro de otros.

—Milord sabe que quedarse solo en cualquier lugar es una invitación para ser abordado. No se preocupe, su excelencia, me ocuparé del conde —pronunció James.

—Ni una gota de alcohol sin comer algo primero, Adam —le recordó el duque.

—Está bien, haz lo que dice Wilburg, James. Primero algo de comer y después una copa generosa de whisky, brandy o ginebra.

—Eres responsable de él, James —advirtió Wilburg antes de retirarse.

Al salir de ahí comenzó a pensar que algo no estaba bien con Adam, por eso estaba tirado en un lugar en la calle. No lo habían asaltado ni tampoco lo habían golpeado. Wilburg sabía que aquel no tenía deudas por las cuales alguien quisiera tomar represalias en su contra. Le resultaba difícil entender cómo un conde de alcurnia se encontraba de esa manera. Definitivamente, creía que tenía problemas de salud, pues cada vez lo veía más delgado. Una vez que desocupara su mente de Augusta, se ocuparía de Adam y de sus asuntos.

Una vez que retomó su camino, Wilburg estaba decidido a hacer entrar en razón a la joven que lo tenía más que distraído y enfadado consigo mismo. Al menos sentía que su tía aceptaría a la joven, ya que suponía que comprendió que no podía seguir pensando que entre él y Augusta las cosas estaban obligadas. Tal vez el padre de la joven quiso casarlos en un principio. No podía creer que tenía bendición del hombre, pero que la había perdido de una manera tan absurda al no comprender sus propios pensamientos y sentimientos hacia ella. Si el duque de Salisbury lo odiaba era por una justa razón y se había jurado que jamás le permitiría un matrimonio con su hija. Esperaba que solo fuera la molestia del momento y que eso no interfiriera con sus deseos.

Al llegar al baile no tardó en encontrar a Augusta. Ella se encontraba conversando con otras personas y lo hacía con una gran sonrisa hasta que lo vio y colocó una mueca que duró poco tiempo, pues comenzó a sonreírle a todos otra vez.

Su primo, John, se presentó ante ella con la intención de hacerla bailar y después llevarla a la trampa que él tenía para Augusta, en donde lo encontraría a él, ya que su presencia no era grata para aquella. Wilburg se dirigió al jardín, no sin antes encender un cigarro para esperar con paciencia a que el asunto rindiera sus frutos. Para él sería difícil admitir muchas cosas, pero si quería a esa mujer a su lado, tendría que meterse su orgullo por las orejas.

—Buenas noches, milady —saludó el marqués que se acercó a Augusta y los demás miembros de la tertulia en la que ella se encontraba.

Ella correspondió con una reverencia y le sonrió.

—Es bueno verlo, su señoría —correspondió la joven.

—Nos hacía falta un caballero tan galante como usted para completar nuestra tertulia, su señoría. ¿No piensa invitar a sus otras amistades? ¿No sabe si vendrá mi estimado duque de Durmont? —curioseó lady Kirby.

—Lamento decepcionarla, milady, pero desconozco lo que debe estar haciendo Herbert. ¿Le molesta que le robe a lady Augusta?

—Ella ya estaba aburrida de escucharnos. Haga que se divierta, su señoría —habló la matrona con amabilidad.

Augusta asintió y cogió el brazo que el marqués le estaba ofreciendo.

—No me agradezca por haberla salvado. Ha sido una acción espontánea —musitó John, burlón.

—No se preocupe, me estaba divirtiendo al oír todos los planes de lady Kirby para casar al menos a la mitad de este salón.

—Qué planes tan diabólicos... Aguardaremos que termine esta pieza. ¿Cómo están sus padres?

Ellos siguieron charlando hasta que comenzó la pieza, en la que siguieron conversando sobre varias cosas que resultaban divertidas, desde criticar prendas hasta conversar sobre joyas.

Después de acabar el baile, John la llevó hasta la mesa del tentempié para que compartieran la bebida. Él le entregó una copa de vino y después cogió una de brandy.

—¿Me acompaña al jardín? —indagó el marqués, sonriente.

Un jardín, una dama y un caballero no eran la mejor combinación que podría existir.

—Si no quiere tener inconvenientes es mejor que nos quedemos aquí.

—Jamás se me ocurriría propasarme con usted, su padre no tendría compasión por mí.

—Está bien. Llevo un tiempo conociéndolo y confío en que es un gran hombre —comentó Augusta.

Si él se quería propasar, sabía perfectamente qué hacer para salir de la situación. Como primera regla, jamás entrar al salón después de tal cosa, debía buscar otra vía de entrada sin hacer un escándalo que la comprometiera con alguien indeseable. Y la segunda, era no ir a un jardín con nadie, pero esa regla no le servía en ese momento.

Los dos salieron juntos y sonrientes, siguiendo con sus interesantes conversaciones.

—Milady, he querido hablar con usted sobre algo que necesito decirle.

En la mente de Augusta, ella creía que había llegado su fin. Esperaba que no le pidiera matrimonio, ya que no le quedaría más opción que aceptar por la presión de su familia.

—Su señoría, considero que deberíamos volver al salón —alegó para no oír lo que podría tener que decirle.

—No, ahí no podría decírselo con libertad. Quería decirle que dejaré Londres por un par de semanas hasta que se solucionen algunos asuntos que tengo.

—Qué alivio —comentó Augusta sin darse cuenta de lo que había dicho.

—Suponía que sería un alivio para los dos. Solo que, quizá quede a merced de algunos cotilleos malintencionados por parte de algunas personas que dirán que después de todas estas semanas bailando y conversando, no me he animado a pedirle el compromiso.

—Veré cómo lidiar con eso. Si usted necesita irse, es porque no puede aplazar tal cosa. Además, considero que un compromiso no debe tomarse a la ligera, es para siempre.

—Usted y yo hablamos el mismo idioma... —Él cogió la mano de Augusta y dejó un beso al dorso—. Sepa que la dejaré cuidada.

—No necesito que nadie me cuide, su señoría.

—Alguien me ha solicitado cuidar de usted.

Augusta vio que el marqués dirigía su mirada hacia una parte del jardín y ahí distinguió que la figura del duque de Westwood se acercaba. Como cualquier persona educada lo haría, ella hizo una reverencia para él.

—Lady Augusta —saludó Wilburg e inclinó su cabeza para responder a lo que ella había hecho con anterioridad.

—Su señoría, créame que no necesito que nadie cuide de mí y menos el duque que me considera un trabajo extenuante en su vida.

—Milady, converse con él. Es momento de que me vaya. Nos volveremos a encontrar muy pronto. Wilburg...

—Adiós, John.

El duque vio que su primo fue por un lugar distinto al salón. Prefirió irse caminando por el jardín. Apenas se fue, Augusta pensaba hacer lo mismo.

—Quédese, lady Augusta... —ordenó.

—¿Y por qué me quedaría? —increpó enfadada al verlo.

—Porque debo hablar algo importante que nos atañe a los dos.

—Me disculpa, su excelencia, mas considero que los asuntos pendientes entre nosotros han

pasado tiempo atrás. No hay nada que nos obligue a soportarnos en este instante.

—Se equivoca. Quería hablarle sobre mí.

—No quiero oír su forma egocéntrica de hablar.

—No me irrite, milady —pronunció ante las esquivas frases de la joven.

—Entonces aprenda a tener paciencia. He sido comprensiva y sincera con usted todo el tiempo, no me pida más, pues no tiene derecho a hacerlo.

—Sé que he roto su corazón, la he tratado mal y he sido inmaduro a morir, pero he reflexionado desde la última vez que conversamos y pese a que no la... tolero, me veo en la necesidad de pedirle que acepte mi mano en matrimonio.

Esas palabras fueron difíciles de pronunciar para Wilburg, puesto que él no sabía cómo ser romántico, solo conocía ser un poco tosco. Le costaba admitir sus sentimientos, eran un gran motivo de vergüenza.

—¿Qué clase de tomadura de pelo es esta, su excelencia? No se burlará de mí en esta ocasión. He sido sensata, incluso más de lo que yo misma esperaba, le confesé mis sentimientos y con sutileza le sugerí que se casara conmigo. Dimos por terminado esto y le dije que me enfocaría en su primo. No venga aquí a querer confundirme. El tiempo en que quise estar a su lado se ha terminado —dijo Augusta que desconfiaba de las intenciones del duque. No podía entender la razón por la que él se presentaba en ese instante a hablarle de eso. Era una verdadera locura que no la dejaba razonar con claridad y solo le hacía pensar que era algo imposible.

—Esto es agónico, lady Augusta Relish. Su presencia antes me molestaba, pero ya no, extraño verla y pelear con usted de alguna manera. Por eso, le pido que sea mi esposa. Sé que en el fondo lo desea y entiende que soy conveniente. Le daré todo lo que pueda imaginar y me tendrá a sus pies si me acepta y si no, me veré en la penosa situación de usar el arma que he traído para convencerla, también estoy dispuesto a un escándalo que la obligue a pertenecerme.

—Ha perdido el juicio —farfulló Augusta sin poder creer todo lo que oía.

—Es por su causa. Su belleza me ha cegado desde el primer día y desde ahí he luchado contra el sentimiento desconocido que me invade. Para mí ha sido difícil tomar la decisión de pedirle matrimonio. No ha sido algo que se pensó a la ligera. He sufrido gracias a las humillaciones que me ha hecho con mi primo, pero he decidido que es suficiente. No quiero que esté con nadie más, la necesito a mi lado.

—Hubiera dado todo lo que poseo por escuchar esas palabras semanas atrás, pero no soy capaz de creer en usted después de tratarme tan mal, de decir barbaridades de mí hasta conseguir el desprecio de mi familia. No tiene la aprobación de mi padre, por eso, tome esta respuesta a su burla: no me casaré con usted.

—¡Por un demonio, lady Augusta! ¿Qué quiere para casarse conmigo? ¿Que me humille ante usted? —Wilburg cerró los ojos. Dijo que se tragaría su orgullo y así sería. Procedió a bajar una rodilla al suelo.

—¿Qué hace? No puede estar hablando en serio. Levántese de ahí —mandó la joven que se sonrojó al verlo en esa posición. No podía creer que en verdad ese hombre estuviera haciendo algo semejante.

—Aquí me quedaré hasta que decida que soy el único hombre de su vida. —Buscó en el bolsillo de su levita un anillo que tenía junto al arma. Alguno de los dos debería dar resultado—. Es en serio, milady. No me jactaré de humilde y menos de ser una persona valorable, pero le ofrezco lo poco que hay en mí y toda mi fortuna a su disposición. Tal vez con eso recupere su afecto y me pueda ver de nuevo como alguien digno.

Capítulo 34

Lo que oía del duque era más de lo que esperaba de cualquier persona. Si ella deseaba una confesión de algo, quería que fuera tan parecida a los dichos de ese caballero. Después de tantas peripecias y malentendidos, en verdad no sabía qué hacer, porque deseaba estar con él, pero era difícil creer en sus palabras, los hechos que los separaban eran de importancia, pues el duque de Salisbury no estaría dispuesto a dejar que su hija se casara con alguien que se había expresado con tal grosería como lo había hecho él. Sin embargo, por más fuertes que fueran las negativas, su corazón gritaba por Wilburg, aunque tal vez se tratara de otra artimaña para no salir perdiendo.

—¿Cómo sé que no quiere hacer esto por el simple placer de humillarme?

—Haré lo que me pida para demostrarle que esto que digo es cierto —correspondió el duque.

—Entonces, no tendrá reparos en presentarse frente a mi padre conociendo el historial que lo precede —decidió la joven—. Solo de esa manera creeré en usted y en lo que dice. Considero que mi postura es entendible, ya que, pese a que llegamos a la paz, siempre había algo que nos devolvía a la guerra.

—En mi caso, nunca dejé de pensar en usted. Me he resistido lo que he podido para considerarla la mujer más inconveniente de Inglaterra, pero en realidad lo que deseaba era tenerla cerca de mí y tomar sus labios con los míos. Usted ha logrado lo que ninguna otra dama ha podido: enloquecerme.

—No me siento orgullosa de eso.

—¿Todavía siente algo por mí, milady?

—No puedo mentir porque desde que lo besé la primera vez no he podido dejar de pensar en usted, un incordio. He soportado sus humillaciones de la mejor manera, incluso cuando dijo que no era una liebre para comerse las flores.

—Otro desafortunado suceso en mi largo antecedente de pecados en su contra. Sé que es muy rencorosa, no sé si tal vez me perdone algún día.

—Sé que no quiere pedirme perdón, pero lo importante es su sinceridad sobre sus sentimientos hacia mí. No me interesa perdonarlo, saber que me quiere es lo que manda.

—Quiere decir que…

—Que mejor se levante de ese lugar antes de que lo vea una persona y si esto es una burla de su parte, al final termine dándose el tiro por la culata al ser descubierto e irremediablemente terminará siendo mi esposo, todavía tiene tiempo de arrepentirse.

—Me quedaré a esperar a la persona que asegurará su permanencia a mi lado.

Augusta acortó la poca distancia que le quedaba con el duque e inclinó un poco el cuerpo para observar lo que llevaba él en la mano.

—Póngalo en mi dedo. Estudiaré la baratija con la que quiere comprar una esposa.

—¿Baratija? Es parte del gran joyero de mi familia. Es parte de un gran diamante de la india, lady Augusta.

—Mmm… Sigo esperando que dé menos excusas y que actúe para ponerme eso lo más pronto posible para que pueda descansar su rodilla. No es tan joven para estar en esa posición tanto tiempo.

Wilburg se puso de pie con dificultad. Era cierto que le temblaban las rodillas, quizá ya no era tan joven como imaginaba. Cogió la mano de Augusta y dejó en ella el anillo.

—Mi prima tiene muchos conocimientos de joyas y manipula algunas cosas extrañas para conocer su autenticidad. Puedo desconfiar de usted porque no ha sido una buena persona durante el tiempo que nos conocemos.

—Haga lo que guste con la joya, siempre y cuando usted sea la única dueña o me lo devuelva por un rechazo. Es algo importante, se lo digo. Mi padre nunca quiso que mi madre se la pusiera, se odiaban mucho y yo no pretendo seguir sus mismos pasos.

—Me entusiasma que no quiera repetir historias malas.

—Y a mí me entusiasmaría que me diera un beso o que correspondiera a uno que quiero darle.

—Todavía no sé si en realidad sus intenciones son buenas.

—¿Es una excusa absurda para no corresponderme? Le di un anillo que sabe que es valioso, ¿no es prueba fehaciente de mi propósito?

Con una media sonrisa tímida, Augusta asintió ante lo que decía el duque, a lo que él entendió que debía besarla para conseguir una respuesta positiva. Arreglar el asunto con el padre de la joven sería el paso inmediato a este que daría solo para alegrar a su corazón.

Cogió el mentón de la joven con su mano y lo alzó para que sus labios pudieran devorar la boca de ella. Mientras los dos se besaban y disfrutaban de aquel momento como si fuera lo único importante, los familiares de Augusta estaban ahí, observando esa escena.

—¡Canalla! —espetó Albert. Sabía que su hija estaba tardando demasiado en el jardín. Creía que la encontraría en compañía del marqués de Horshire; sin embargo, se encontraba en las garras de ese arrogante caballero.

La joven se alejó de Wilburg y corrió hacia su padre. Sabía que aquello no sería nada bueno.

—Tú dices que lo atrapemos y eso haremos —musitó Spencer, indignado, al ver que ese hombre había besado a su sobrina.

—Es un patán aprovechado —espetó Victoria tan indignada como su esposo.

—Si arma un escándalo, su excelencia, milady es quien saldrá perjudicada, y para su desgracia, acabará casada conmigo —lo provocó Wilburg, envalentonado después de aquel beso y de la respuesta favorable al matrimonio. Lo que le faltaba era convencer al duque de que sí quería estar con su hija—. Mañana iré a ajustar cuentas con usted para que no diga que soy un cobarde.

Mientras que su padre y el duque de Westwood discutían, Augusta guardó el anillo en su ridículo. Si su progenitor llegaba a verlo, quizá se desmayara.

—Lo esperaré, aunque sé cómo terminará esto. Solo una cosa le diré, mi hija está prohibida para usted.

—Lo sé, pero lo prohibido siempre es más atractivo…

—¡Excelencia! —exclamó Augusta para que dejara de provocar a los caballeros de su familia. Ese tipo de frases podría llevar a más de uno a la tumba.

Entonces, Wilburg decidió retirarse para atacar al día siguiente con mayor fuerza. Si hacía falta no dejaría en pie al padre de ella.

—¿Te encuentras bien, querido? —preguntó Kitty ante el rostro pétreo de su esposo.

—¿Qué padre, tío o hermano que se respete estará bien con semejante afirmación, Kitty? —increpó Spencer que aflojó su pañuelo.

—Esto es culpa de Augusta que no entiende de los peligros de estar en un jardín. Es la locura de tu hija, Kitty —acusó Albert que hizo lo mismo que su cuñado—. Abanícame, mujer, que estoy sintiendo que tengo el infierno en el cuerpo.

—Albert, no exageres. De vez en cuando las damas podríamos tener gustos culposos y más cuando tú te has encargado de dejar a tu hija en varias ocasiones junto a ese hombre. Esta fue la oportunidad ideal para atraparlo y que se casara con Augusta.

—¿Te estás oyendo, Kitty? Por el amor de Dios, siento que estoy viviendo esto de nuevo. Me iré a casa —habló Spencer—. Agradezco no tener a ninguna hija. Quiero a mis sobrinas, pero esto es responsabilidad de ustedes. Si requieren apoyo moral o un médico, solo deben buscarme. Vámonos, Victoria, necesito una copa.

—El médico te lo ha prohibido —aseguró su esposa.

—A mí nadie me prohíbe nada. Este es el momento en el que necesito una copa.

Los condes de Nottingham fueron hacia el salón, dejando a la familia de Albert ahí, en su compañía.

—Augusta… —pronunció Albert que miró a su retoño.

—Tengo una explicación para todo lo que ocurrió —se apresuró a decir la joven.

—Debe ser una explicación muy buena, querida, o tu padre no te perdonará.

—El marqués me ha dejado en compañía del duque y es todo. —A Augusta ya no se le ocurrió qué decir.

—¿Esa es tu magnifica explicación? —increpó su padre—. De ninguna manera hay una razón por la cual ese hombre tuviera alguna autorización o, ¿también me dirás que lo autorizó el marqués de Horshire?

—Por supuesto que no, padre. Es una libertad que se ha tomado el duque y ante lo que no pude defenderme.

—¡Maldito! Te ha coaccionado. Mañana lo esperaré y no solo descargaré mi ira en él, de la misma manera usaré mi pistola.

—No cometas una tontería, Albert. Matarlo te asegura la horca —farfulló su esposa.

—Debo defender el honor de Augusta.

—Padre, no le pido que me defienda, solo quiero que mañana escuche al duque con atención. Tal vez no sea tan malo eso que tiene que conversar con usted.

—Sé lo que tengo que hacer. No necesito tus consejos. —Su padre la dejó en el jardín en compañía de su madre.

—Ahora dime lo que ha ocurrido, jovencita —ordenó la duquesa.

A Augusta no le quedó más remedio que buscar el anillo en el ridículo y enseñárselo a su madre.

—Él me propuso matrimonio, madre, y yo le dije que para poder aceptarlo debía presentarse para conversar con mi padre.

—Este anillo es hermoso, querida. Es una lástima que tu padre lo matará. Suponía que no existía ninguna explicación para que ustedes se estuvieran besando con tanto ahínco.

—Lo que lamento es que él ya no cuente con el visto bueno de mi padre, ya que usted sabe que muero por estar a su lado.

—Como tu madre, te digo que no debes dejar al duque solo con tu padre, pues no lo convencerá. Tú debes defenderlo, y defender tus sentimientos.

—Pero siento temor de él. Me castigará.

—No te castigará. Pues tú le harás entender las implicaciones que puede tener un rechazo en tu vida. Además, es la oportunidad que él esperaba para su hija. Él quería a ese hombre, no puede ser que ya no lo quiera. Está enfadado porque habló mal de ti. Espero que se disculpe.

—No quise que lo hiciera, no sonaría sincero. Si sus intenciones son reales y se enfrenta a mi padre, sabré que desea ese perdón, pues contradecirá por completo lo que había pensado

sobre mí antes.

***

Wilburg fue a su casa sonriente. Sabía que tenía su pellejo en el precipicio; no obstante, la joven sí demostraba interés en él. Aquel beso que se habían dado revivió todo el fuego que existía entre ellos. Solo debía coger valor para enfrentar al duque de Salisbury, a quien provocó en última instancia sin considerar que al día siguiente iría a rogarle para que le concediera la mano de Augusta.

Al entrar no encontró más que a Bernard y este lo llevó hacia su habitación para que pudiera cambiarle de ropa para descansar.

—¿Cómo le ha ido, su excelencia? —preguntó el sirviente.

—Considero que ha sido bueno; sin embargo, mañana deberé enfrentarme al padre de ella.

—Entonces lo ha aceptado.

—En parte. Milady tiene sus requerimientos para ser mi esposa y estoy de acuerdo. He sido un patán con ella, la desconfianza es algo normal en esta situación. Le he dado el anillo. Sé que era uno de los más valiosos de la colección que tenía en casa, ya que el de mi madre decidí arrojarlo al Támesis. Nadie merece tener que llevar la carga de algo maldito. Cambiaré mi vida, por más que la dama sea igual a mí en muchos aspectos, la diferencia es que entre nosotros existe algo que nos llama a estar cerca. Nuestras disputas eran la forma en la que decíamos que estábamos atraídos por el otro. Sé que es una forma extraña de atracción, pero al final de cuentas uno no puede elegir de quién enamorarse. Las cosas surgen, y por eso hoy me siento satisfecho con lo que hice. Tomé la decisión de dejar de lado mi orgullo que me hacía daño para acercarme a ella. —Wilburg sonrió—. Ella es tan inteligente y hermosa que me arrepiento de haber sido un carcamal. No pude apreciar sus bondades gracias a que he sido egocéntrico y egoísta.

—Usted no sabe lo importante que son esas palabras en su vida. Está decidido a acabar con la sombra que siempre lo ha perseguido. Ahora podrá ver el amor, el cariño y el afecto como en verdad son y más porque se casará por amor.

—Todavía debo hablar con el duque, pero si no me da la mano de su hija, tendré que robársela.

Capítulo 35

Por la mañana, en la residencia de Augusta, ella se había despertado más temprano que cualquier otra persona en esa casa. No había podido dormir en toda la noche, pues por su mente atravesaba la idea que Wilburg debía ir y, aunque la joya que le había dado era muy valiosa para perderla, todavía desconfiaba de sus intenciones. Quería que en realidad fuera verdad.

—¿El anillo en el dedo no la ha dejado dormir? —indagó Amber que se acercó Augusta. Se suponía que ella debería haber despertado a la hija de los duques.

—Es que… —Augusta suspiró—, aún no sé qué pensar. ¿Y si me ha engañado?

—Vende la joya, compra muchos perros y los deja frente a su casa. ¿Qué le parece?

—No se me había ocurrido, pero lo consideraré, sin dudas que sí.

—La he imaginado casándose, milady. Desde que supe que le habían propuesto matrimonio no he podido dejar de soñar con el momento de arreglarla para ese día. Y fíjese que no ha tenido que mover un dedo para que alguien le rogara que lo aceptara como esposo, simplemente se dedicó a ser amable con otros caballeros. Es usted una mujer inteligente.

—Nunca he deseado provocar celos o demencia en el duque, estaba buscando una oportunidad para olvidarlo; sin embargo, no lo conseguí y ahora me ves aquí, pendiente de una aparición suya para ser feliz. ¿Y si no viene?

—Me preocupa más si su excelencia lo recibirá y en qué condiciones. Esperemos que no sea con una lluvia de balas.

—Es cierto, mi padre no lo tiene en buen concepto.

—Ni siquiera ese mismo caballero debe tenerse en buen concepto, es un truhan.

—No puedo juzgarlo, me parezco a él.

—Mi consejo es que se prepare por si necesite colocar su pecho como muralla contra su padre. Estoy segura de que cumplirá su palabra, quiere ser su romántico consentidor, milady.

—Espero que así sea.

La doncella arregló a la joven para que pudiera desayunar en compañía de sus padres. Sin embargo, solo encontró a la duquesa y a su abuela en el comedor.

—Buen día, madre, abuela, ¿y mi padre?

—Buen día, querida. Tu padre, en un acto de insensatez, se ha atrincherado en su despacho en compañía de sus armas —contó Kitty.

—¿Es cierto que un caballero ha pedido tu mano? —interrogó su abuela—. Tu madre me lo

ha contado. Dilo, jovencita, te has involucrado con alguien a quien tu padre no tolera, ¿no es así? Albert no haría algo semejante si no tuviera una razón.

—Abuela, no me puedo comprometer sin que mi padre apruebe a ese hombre, pero él me ha dado un anillo de compromiso y lo acepté. El duque debe venir hoy para conversar. Me temo que tendré que intervenir en favor de su excelencia si quiero casarme.

—Por supuesto que sí. Albert es un poco prepotente, no dejes que haga lo que quiere, lucha por lo que deseas. Quiero como nieto nuevo a un duque.

—No dejes solo al duque cuando venga a la casa, de esa forma tu padre lo respetará un poco más —siguió Kitty.

La situación en su casa estaba complicada. Sabía que los sirvientes tenían órdenes de hacer pasar a cualquier visita del día al despacho. Su padre no quería que ella cruzara palabras con quien quizá pronto se convirtiera en un cadáver.

Una hora después del desayuno, alguien golpeó la puerta de la residencia, Augusta estaba sentada en el salón, aunque antes estuvo recorriendo cada rincón en busca de sosegar su espíritu. Entre las dudas de que, si asistiría o si su padre mataría a alguien, su mente no tenía paz.

La doncella que curioseaba por la ventana en búsqueda de alguien corrió hacia la joven que al parecer no oyó la puerta.

—¡Milady! En la puerta está un caballero alto, de cabellera rubia y recogida —contó Amber, emocionada.

Al escuchar lo que había dicho la doncella, Augusta se puso de pie para esperarlo. Su corazón estaba a punto de salirle del pecho a causa de la emoción y del temor de no saber lo que ocurriría. Si estaba en ese lugar era porque en verdad se casarían si lo permitía el duque.

El sirviente de la residencia del duque se acercó a la puerta para abrir y dejar pasar a la visita.

—El duque lo espera en su despacho —pronunció el sirviente.

—Gracias. ¿Y lady Augusta? —preguntó Wilburg, que ya estaba ahí para salir victorioso.

—Se encuentra en el salón…

Augusta no podía esperar para verlo, por eso se apresuró a llegar a la recepción antes de que lo llevaran directamente a la horca.

—Su excelencia —saludó con premura.

Wilburg se movió tan rápido como la joven para coger su mano y poder besarla.

—¿Ve que no era mentira? Dije que vendría y aquí estoy…

Ella cogió la mano de él y la acercó a su pecho para acogerla.

—Cuídese de mi padre, no tiene buenas intenciones con usted, por favor.

Ante ese gesto, Wilburg colocó su mano para acariciar el rostro de ella.

—He venido por una respuesta positiva. Si no la tengo, tendrá que huir conmigo. Suena arriesgado, pero le prometo que todo saldrá bien si su padre no accede por las buenas. —Él acarició el rostro de la joven con cariño y en el momento en que estaba dispuesto a besarla, escucharon un carraspeo de garganta.

—¿Tampoco va a respetar mi casa? Augusta, ven aquí —ordenó Albert, que había estado tan pendiente como la doncella. Su idea era que el joven no cruzara palabra con su hija; no obstante, eso no se había dado.

—Padre, le pido…

—Tú no pides nada. Este caballero conversará conmigo y es todo.

—Quiero ir con ustedes. Este asunto es de mi incumbencia, por favor.

—No quiero que veas cómo lo mato. Quédate aquí y toma un té con tu madre y tu abuela. Venga, excelencia —mandó Albert.

—Estaré bien, milady…

Cuando Augusta los vio alejarse por el pasillo, esperó un momento hasta escuchar que la puerta se cerrara, después corrió hacia el despacho y recostó la cabeza por la puerta.

—¿Qué está haciendo ahí, milady? Solo salgo a pasear con Calvin y la encuentro pegada como una lagartija a la puerta de su padre —farfulló la señora Smith, que llevaba un par de días visitando la casa de lord Nottingham para estar junto a su esposo.

—No es momento, señora Smith. Mi futuro junto al duque de Westwood depende de que mi padre no lo mate en un arranque de locura.

—¿Qué es eso de su futuro junto al duque de Westwood?

La joven le enseñó el anillo a su institutriz.

—¿En qué momento ha ocurrido esto? Es tan hermoso… ¿Cómo…? —La señora Smith no entendía cómo pudo haber llegado eso al dedo de su pupila, pues la relación entre ellos era mala —. Ustedes se odiaban, milady.

—Las cosas que tiene el amor, señora Smith. No odio al duque, lo amo.

—El amor es hermoso, pero escuchar a través de las puertas no lo es. Vayamos al salón a esperar junto a…

Kitty levantó el dedo para hacerle una señal de silencio a la señora Smith, ella también había ido a escuchar lo que su esposo hablaría.

—Qué más da… —dijo resignada la mujer que recostó la cabeza para dedicarse a lo mismo que las demás.

En el despacho, Albert tenía sus armas sobre el escritorio y no tenía vergüenza de enseñárselas al duque.

—Le daré el beneficio de escucharlo antes de abrir fuego contra su humanidad, caballero —alegó Albert, que cogió una de sus armas y amagó limpiarla.

—Qué amabilidad de su parte. Seré breve, vine aquí para pedirle que me dé la mano de su hija en matrimonio.

—¿Darle la mano de mi queridísima Augusta? ¿Está demente?

—En el pasado no le parecía que fuera un demente para casarme con ella. Sé que mis palabras fueron desafortunadas en su tiempo, pero sabe que no hay nadie que pueda darle a milady todo lo que yo puedo ofrecerle.

—Jamás le daré la mano de mi hija, ¿lo oye? Lárguese de aquí. Me juré que el día que usted quisiera casarse con ella, lo rechazaría, pues mi hija no merece estar con alguien que no la considera a su altura.

—No sea hipócrita, excelencia. Tampoco está santificado para impedirme nada. Quiero la mano de su hija con su permiso o sin él, pero siempre es mejor apelar a lo que corresponde.

Albert le apuntó con su arma a Wilburg, mas él respondió de la misma manera.

—Nos mataremos aquí si no acepta lo que le digo —espetó Wilburg.

—Podemos resolver esto al amanecer.
La puerta se abrió de repente y Augusta entró al despacho, dejando al descubierto a todas las que estaban escuchando detrás de la puerta.

—¡Bajen el arma, padre! ¡Si los dos se debaten por mí, al menos dejen que hable! —declaró Augusta que se colocó frente a Wilburg para defenderlo.

—Este hombre ha venido a… ya lo escuchaste, supongo. No pienso entregarle lo más valioso de mi vida a alguien que no te dará el lugar que mereces, Augusta.

—Padre, yo lo he aceptado. Quiero ser su esposa. Anoche me dio un anillo y no he sido capaz de ser sincera con usted. Amo a este hombre y estoy dispuesta a huir con él si no cede a su pedido.

El duque de Salisbury bajó el arma y sintió como sus brazos se habían puesto lánguidos antes de caer desmayado al suelo de su despacho.

Todos quedaron impresionados con eso. La pedida de mano al parecer se retrasaría.

Horas después…

Los miembros de su familia se habían reunido para visitar a Albert, que a su edad tampoco se encontraba para tantos sobresaltos. Lo último que le había dicho Augusta casi lo manda al otro mundo. Él creía que sería capaz de soportar cualquier cosa, pero no estaba preparado para

escuchar que su hija amara a un sinvergüenza y que quisiera huir con él.

—Lamento que mi padre lo amenazara, excelencia —habló Augusta que estaba sentada en el salón junto a Wilburg.

—Creo que le hemos causado un gran disgusto a su padre. La felicito por su entereza y por defender sus creencias. Usted será una gran duquesa —replicó Wilburg que cogió la mano de ella para besarla varias veces.

Ambos se veían enamorados frente a los demás miembros de la familia.

Cuando el médico y la duquesa de Salisbury fueron a dar noticias sobre la salud del duque, todos se levantaron de sus asientos.

—¿Cómo está mi padre? —indagó Augusta, apresurada.

—El duque debe dejar la bebida y el tabaco. No hay nada de qué preocuparse. Si sigue mis indicaciones estará tan saludable como lord Nottingham que ha sobrevivido —respondió el médico.

—Ve a verlo, Augusta. Ha pedido por ti —dijo Kitty para que ella fuera a la habitación.

No perdió el tiempo para ir a verlo. Esperaba que su padre recapacitara sobre negarle su mano a Wilburg.

—¿Puedo pasar? —curioseó la joven que encontró a su padre sentado junto a la ventana.

—Pasa. Quiero escuchar lo que tengas que decir —pronunció.

Augusta se arrodilló frente a su padre y dejó que este le acariciara los cabellos, mientras ella recostaba su cabeza en las piernas de él.

—Lo amo, padre. Estoy dispuesta a correr riesgos.

—¿Cómo? ¿Cómo ha ocurrido?

—No lo sé. Debo confesar que escapé una noche y fui a un baile de máscaras en Gloucestershire. Ahí conocí al duque en otra faceta, pues él no me había reconocido. Desde ese día, las cosas en mi cabeza cambiaron al igual que para él. Cuando usted se enfadó con el duque, ya habíamos arreglado las diferencias entre nosotros, aunque no conversamos de matrimonio. Se ha negado mucho a eso en su propio corazón; sin embargo, por la noche me ha confesado que ha estado enloqueciendo por mí y le confieso, padre, que yo casi me muero sin él.

—¿Entiendes que es un hombre orgulloso?

—Y yo soy una mujer orgullosa. El duque tendrá un buen adversario en la habitación de la duquesa.

—No sé si algún día llegaré a perdonarlo, pero creo que como yo he tenido una oportunidad para casarme con tu madre y ser feliz, tú también lo mereces. Le daré tu mano a ese sinvergüenza. Que venga aquí.

La joven se levantó de un salto y besó la frente de Albert antes de salir corriendo de la habitación.

—Un gracias no hubiera estado mal... —habló el duque y sonrió ante el entusiasmo de su hija que se había perdido detrás de una puerta.

Epílogo

Cinco años después...

La vida no podía ser más feliz para Wilburg después de que el duque de Salisbury aceptara darle la mano de la joven, al menos bajo una docena de amenazas. Él se había casado antes que su amigo George y la prometida de este en esa misma temporada.

Las cosas no solo mejoraron para él, sino también para su tía Margarite y su tío Ernest que disfrutaban de la felicidad de Theodor, el hijo de cuatro años que tenían él y Augusta, aunque cuando llegó Alexandra a sus vidas, la locura los tomó sin descanso, ya que todos adoraban tener a una pequeña niña a la cual criar.

Con esos dos hijos que le había dado Augusta a Wilburg, ella no solo había ganado el respeto de Margarite, también todo su afecto, ya que dejaron Gloucestershire para vivir más cerca de los niños, aunque para el verano preferían ir a ese condado para la cacería.

Augusta y Wilburg caminaban por el sendero que los llevaba hacia donde se encontraban las perdices que deseaban.

Él la cogió de la cintura, pero Augusta, juguetona, lo empujó.

—No te daré nada de lo que me pertenece, Wilburg —advirtió la joven.

—Nadie quiere tus perdices. Yo iré de este lado y tú del otro —ordenó Wilburg.

—¿Lo haces porque cada año eres incapaz de cazar algo del lado que me das a mí? Esto tiene que ver con el cazador, no con la presa.

—Podrías haber traído a Silvester para que te ayudara.

—Él terminaría devorándote en un descuido si estamos separados. Todavía no puede verte como mi esposo.

—Hay muchos que no pueden verme como tu esposo, pero se aguantarán.

—Sea como sea, este será otro año para mí. Admítelo, Wilburg, soy demasiado para ti.

—Tu padre se ha tomado muchas cosas en serio.

—Después lanzaremos vajillas viejas para dispararles. Siempre hay algo nuevo que hacer en el campo.

Los dos separaron sus caminos y como siempre, Augusta siempre tenía la ventaja, más que su esposo. Por lo general ella ganaba más presas que él, aunque sabía que después de eso habría problemas, pero las reconciliaciones eran los momentos más esperados de todo ese matrimonio.

No se arrepentía de haberse casado con Wilburg. Era feliz con la familia que había logrado

formar. Tenía a sus padres siempre cerca y también a los tíos de su esposo. Tenían mucho apoyo de ellos, no podía quejarse de su buena fortuna. Sus hijos eran su más grande y doloroso orgullo, ya que la señora Smith había saltado muchas partes de la vida de casada. No le había dicho que parir era igual a casi morir. Odió tanto a Wilburg en sus dos embarazos por el dolor que sintió que ya no estaba dispuesta a más hijos. Preferiría a los caballos, ya que los dos eran adicionados a ellos y desde hacía poco tiempo apostaban en las carreras de Ascot.

Tenía en la mira a un pato. En ese lugar no había abundancia de perdices, pero sí de patos. Cuando estaba a punto de disparar una piedra que alguien había lanzado, los espantó, dejándola sin nada en ese instante, debía empezar de nuevo.

—¿De nuevo, Wilburg? ¿No te cansas de hacer trampa? —increpó Augusta que guardó su arma.

—¿Estás enfadada? Quiero verte así porque eres fuego puro, Augusta. —Él acortó distancias entre los dos y la pegó a su figura con violencia.

Ella alzó su mano fingiendo que acariciaría a su esposo; no obstante, le dio una ligera bofetada.

—Por mis patos...

Él se abalanzó sobre la boca de Augusta.

—Por la bofetada —aseguró el duque una vez que se alejó de los labios de ella.

Los dos sonrieron y comenzaron a hacer danzar sus lenguas en sintonía de aquel sentimiento inmenso que los embargaba.

—Oh, Augusta, te amo y te deseo tanto... —musitó Wilburg en tono ardiente, acariciando la figura de ella.

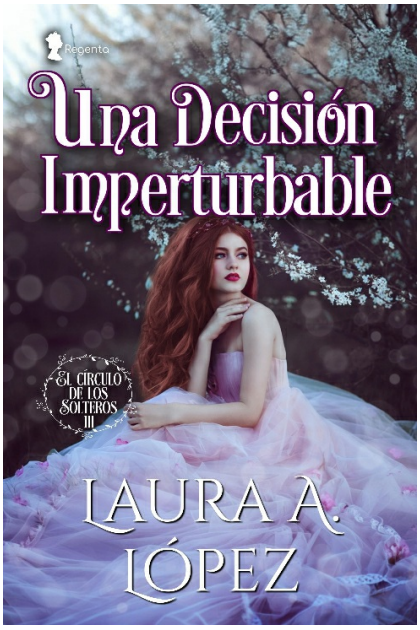
—Nadie nos ve. Podríamos ir a la cabaña. Me encanta que me ames tanto como yo a ti...

—Cualquier lugar es bueno para demostrar cuánto deseamos estar juntos...

Entonces Wilburg y Augusta continuaron besándose hasta quedar presos e inmersos en la poderosa pasión que los envolvía para consumar entre aquel paisaje el amor que se profesaban.

Fin.

Conoce la próxima novela de la Serie El círculo de los solteros



Adam Bruster, conde de Baltimore, un caballero que pertenecía al círculo de los solteros, era conocido por ser alguien esquivo dentro de la sociedad y al que aún no le había llegado el tiempo para sentar la cabeza. No obstante, el destino tenía otros inquietantes planes para él.

Lady Dorothea Coldwell, hija del marqués de Fremont, no había conseguido un esposo en sus cuatro temporadas. Era una terrible solterona y sobre sus hombros pesaba el ultimátum de su padre que exigía un prometido sin importar su condición social en un determinado plazo.

Rezando por un compromiso con un caballero lo encontró en uno de los lugares menos esperados: en la calle, como si esperara por ella.

¿Podrá Dorothea convencer a Adam de que es la mujer de su vida después de haberlo confundido con otra persona?

Si te gustó Una elección peligrosa, podría gustarte…



Frederick Case, conde de Melbourne, había sido víctima de su primera decepción amorosa, por lo que decidió abandonar su visita a Londres para adentrarse en su otro origen: el escocés.

Catriona Crawford, era la hija de un antiguo jefe de clan, que se encontraba en el dilema de la probable muerte de su padre que quería enviarla a Inglaterra, convencido de que su futuro sería mejor por ser la nieta de un duque.

Las Highlands no representaban un problema para Frederick, mas no contaba con encontrarse a la criatura más grosera y abominable en su forma de ser y que lo llevaba a considerar de nuevo la idea de matrimonio: Catriona, quien lo despreciaba por su lado inglés que él también acostumbraba a menospreciar.

¿Qué le depara el destino a un caballero y una salvaje de las Highlands? ¿Podrán los dos superar sus prejuicios para vivir un gran amor?

Novela relacionada con El querido enemigo, serie Extraños y con la Familia Fane.

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, soy casada y con una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real*, y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor*.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita, La ventana de los amantes y Mi amada señorita Angel.*

También he incursionado en la auto-publicación en Amazon, con*: Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno, Una heredera obstinada, Una beldad indomable, La esquiva señorita Millford, Las peripecias de los amantes, Nuestro tiempo perfecto, La dama de Sandbeck Park, Las oscuras intenciones de lord Coventry, El amante de Londres, Anhelos de primavera, Una candidata inadecuada, El silencio de los amantes, Amantes en la eternidad, Amantes en guerra, La prometida desconocida, Enamorar a un lord inglés, La acompañante del marqués, El candidato perfecto, La joven matrona, La herencia del duque de Gloucester, El esposo ausente, Una forajida cautivadora, El preceptor, La justicia de un canalla, El domador, La nueva esposa, Una solución para lord Nottingham, El prometido despreciado, Un beso irreverente, El querido enemigo, Un compromiso accidentado, Un caballero misterioso, Un seductor afortunado, Una diablesa enamorada, Su encanto inglés, Una elección peligrosa y Una cadera incorregible.*

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense, Nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquiva señorita Millford.*